MONA ELTAHAWY

# El himen y el hiyab

## Por qué el mundo árabe necesita una revolución sexual

Capitán Swing

Traducción de
**María Porras Sánchez**

Capitán Swing

## Prólogo
## a la edición española

Siete años después de que Túnez sirviera de detonante para las primeras protestas de la denominada «Primavera Árabe» y derrocase a su antiguo dictador, el país vuelve a ser fuente de inspiración, pero también de rabia. ¿Por qué? Por derribar algo aún más difícil de derrocar que los dictadores de por vida: las leyes islámicas y los tabús sobre el matrimonio y la herencia.

En agosto de 2018, el presidente tunecino, Beji Caid Essebsi, propuso equiparar por ley a las mujeres en materia de derechos de herencia a pesar de las protestas de miles de personas que se mostraban contrarias a cualquier modificación de la ley islámica. Si el Parlamento decide finalmente aprobar la ley para la igualdad de herencia, Túnez se convertiría en el primer país musulmán en garantizar que las mujeres y los hombres reciban la misma herencia. Según la ley de sucesión islámica, los hombres reciben el doble de herencia que las mujeres. El año pasado, Essebsi también levantó la prohibición que impedía que las tunecinas musulmanas se casaran con hombres de otras confesiones. En casi todos los países musulmanes, los hombres de esta mayoría pueden casarse con mujeres judías o cristianas, pero las musulmanas solo pueden casarse con hombres de su misma fe.

Al revocar la prohibición sobre el matrimonio interreligioso y su promesa de paridad en la ley de herencia, Essebsi ha desatado una polémica encendida. Los eruditos de la Universidad Al Azhar, la mayor autoridad del islam suní, afirmaron que la distribución equitativa de la herencia era «incuestionable» y «contravenía los edictos islámicos», y añadían que la regulación de los derechos sucesorios en el islam estaba recogida en la *sharía* y que «no había lugar para razonamientos independientes ni incertidumbres». Esos mismos eruditos advirtieron que permitir que las mujeres se casaran con hombres de otra confesión «obstruiría la estabilidad del matrimonio».

Como era de imaginar, los que se opusieron a la igualdad de las mujeres en materia de herencia y matrimonio en Túnez dijeron que había «temas más importantes» de los que ocuparse, y algunos llegaron a asegurar que las medidas que favorecían la igualdad de las

mujeres eran parte de una «agenda política extranjera».

Otros han criticado la actitud progresista adoptada por el presidente tunecino como un «feminismo impuesto por el Estado». Los opositores han acusado a Essebsi de utilizar los derechos de las mujeres como un «arma arrojadiza» para desviar la atención pública de otros temas (a saber, una controvertida ley que garantiza la amnistía a los funcionarios de los antiguos regímenes condenados por corrupción). Otros dicen que solo estaba intentando captar el voto femenino para las elecciones municipales. ¿Acaso es algo malo intentar atraer el voto de las mujeres eliminando obstáculos para su igualdad?

La controversia desatada ante la perspectiva de garantizar una mayor igualdad para las mujeres en Túnez es un recordatorio necesario de hasta qué punto las mujeres musulmanas de la región —y también las cristianas— son prisioneras de unas leyes de estatuto familiar legitimadas por la religión que son profundamente misóginas. Valga también de recordatorio trágico de que, históricamente, las mujeres se unen a las revoluciones y a los movimientos de liberación solo para verse apartadas por los hombres. Reconozcámoslo, ninguna de las revoluciones de la región ha sido sobre la igualdad de género. A pesar de que las mujeres se manifestaron con los hombres en las protestas, el día después los hombres continúan en guerra con los hombres en su lucha por el poder (literal o políticamente), mientras que las mujeres cosechan escasos logros en las sociedades conservadoras de la región. Cuando hablo de la importancia de la igualdad de las mujeres, a menudo me dicen: «Este no es el momento». Las mujeres oyen que su lucha es una distracción. En otras palabras, las mujeres —que constituyen la mitad de nuestras sociedades— figuran de las últimas en la lista de nuestras prioridades; una lista concebida por los hombres. Es un hecho que nuestros dictadores oprimen a todo el mundo, ya sean hombres o mujeres. Pero mientras el Estado oprime a hombres y mujeres, el Estado, la calle y el hogar trabajan conjuntamente por oprimir a las mujeres, creando una tríada misógina.

Los críticos que aseguran que las acciones de Essebsi constituyen un «feminismo impuesto por el Estado» niegan el hecho de que Túnez haya sido históricamente progresista con los derechos de las mujeres. En 2017, cuando Essebsi levantó la prohibición contra el matrimonio interreligioso y prometió igualdad en materia de derechos de sucesión para las mujeres y los hombres musulmanes, muchos recordaron al presidente Habib Bourguiba, que impulsó las leyes de estatuto personal del país en 1957, un código que garantizaba más derechos a las tunecinas de los que existen en muchos otros países de la región aun a día de hoy. El código les concedía el derecho a iniciar el proceso de divorcio, abrir una cuenta bancaria, crear un negocio sin el

consentimiento del cónyuge y acceder a medidas para el aborto. Con Bourguiba, Túnez también prohibió la poligamia.

Del mismo modo que Túnez fue el detonante de otras revoluciones contra los dictadores en otros países, también está liderando la marcha por los derechos de las mujeres en la revolución. Después de la revolución, decretó la igualdad de género en las listas electorales y ahora el país tiene una de las constituciones más progresistas de la zona. Cada vez que los contrarios a la igualdad de género utilizan el comodín del «feminismo impuesto por el Estado» o de la «distracción» contra los progresos en los derechos de las mujeres, ignoran que el Parlamento tunecino, donde las mujeres ocupan un tercio de los escaños —un porcentaje más alto que en Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña—, aprobó una ley contra la violencia de género en 2017 de amplio alcance que protege a las mujeres del acoso sexual y de la discriminación económica. La ley también supuso el fin de un vacío legal en el Código Penal que permitía que los violadores evitaran su condena si accedían a casarse con sus víctimas. Poco después, Jordania y Líbano terminaron con otros vacíos legales similares. En los tres países, las activistas pro derechos de la mujer han luchado largo y tendido para abolir las leyes que fomentan el matrimonio entre el violador y su víctima.

Las medidas de Túnez para proporcionar a las mujeres igualdad de derechos en el matrimonio y en la herencia son revolucionarias no solo para las mujeres de ese país, sino para todas las musulmanas. Así es como una revolución que comenzó contra el dictador en el palacio presidencial puede dar lugar a otras revoluciones contra los dictadores a quienes se enfrentan las mujeres en la calle y en el hogar. Las medidas de Túnez que permiten que las mujeres tengan los mismos derechos en el matrimonio y en la herencia son pasos importantes para desmantelar la tríada misógina que invade nuestra región.

Todavía queda mucho por hacer. Arabia Saudí —uno de los patriarcados más perniciosos de la región— llevó a cabo una campaña sin precedentes contra las feministas y las activistas pro derechos de las mujeres en mayo de 2018, justo unas semanas antes de levantar una prohibición única en todo el mundo que impedía conducir a las mujeres.

Fue un recordatorio de que el feminismo aterroriza a los autoritarios.

¿Por qué si no el príncipe saudí Mohammed bin Salman —el príncipe heredero de la monarquía absoluta que ha reinado desde 1932 en un país cuyo nombre se debe al patriarca— iba a mantener a Loujain al Hathloul, una estudiante de posgrado de veintiocho años, incomunicada durante semanas?

¿Por qué este príncipe, después de haber sido ensalzado en el

programa *60 Minutes* del canal de televisión norteamericano CBS por «emancipar a las mujeres» en vísperas de una visita a Estados Unidos en marzo de 2018, envió tropas en mayo para arrestar a diecisiete activistas pro derechos de las mujeres, entre ellas Al Hathloul, y también a Aisha al Mana, de setenta años, directora de varios hospitales y de una facultad de medicina, que sufrió un ictus el año pasado?

¿Qué amenaza representa una catedrática jubilada de sesenta años como Aziza al Yousef, con cinco hijos y ocho nietos, que también fue arrestada? ¿Se merece que un periódico afín al Gobierno coloque su fotografía en portada bajo el titular: «Tu traición y tú habéis fracasado»?

¿Y cómo hay que interpretar que ese mismo periódico incluya a toda plana las fotografías de siete de las diecisiete activistas arrestadas en mayo, acompañadas de la palabra «traidora» rotulada con tinta roja y editadas para que parezcan fotos policiales? Entre ellas figuraba Emam al Nafjan, catedrática de lingüística y madre de cuatro hijos, incluido un bebé.

La respuesta a estas preguntas es simple: al parecer, las autoridades supremas de Arabia Saudí quieren dejar claro que no fue la valiente lucha de estas feministas la que culminó en este momento, cuando por fin el reino levantó la prohibición que impedía conducir a las mujeres, sino que fue un príncipe embarcado en un ejercicio de revisionismo titánico quien les ha otorgado esa gracia. Permitir que las feministas celebren lo que es, en todos los sentidos, una victoria tras años de activismo, alimentaría la idea de que el activismo funciona: una verdad que los autoritarios odian.

Al menos diecisiete activistas pro derechos de las mujeres fueron arrestadas o retenidas. Fueron acusadas de estar en contacto con organizaciones contrarias al reino. Cuando ves un vídeo en los medios saudíes afines al Gobierno que proclama un «hito en la historia de Arabia Saudí» mientras muestra a un agente de policía (hombre, cómo no) dándole a una mujer su carné de conducir, hay que recordar que son las detenidas las que tienen todo el mérito, no una monarquía absoluta y sus clérigos conservadores, que han conspirado para mantener a las mujeres bajo el yugo del patriarcado.

Por si cabía alguna duda sobre a quién le deben lealtad los clérigos, Reuters informó que el jefe de la policía religiosa —el Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio— había «alabado la declaración del fiscal y criticaba a los grupos e individuos que "amenazaban la seguridad y la estabilidad del Gobierno"».

Ante sus aliados y amigos occidentales, al príncipe Mohammed le encanta exhibir lo que Norah O'Donnell, de *60 Minutes*, y Thomas

Friedman, del *New York Times*, definieron como reformas «revolucionarias», y seguirles el juego. Mientras tanto, prácticamente no se critican los bombardeos en Yemen que él inició hace más de tres años. Esta campaña ha matado a miles de civiles. El alcalde de Los Ángeles, Eric Garcetti, fue uno de los pocos estadounidenses que se reunieron con el príncipe y sacó a colación el tema de los derechos humanos durante la gira de tres semanas por todo el país norteamericano del saudí.

Durante esa gira, el príncipe heredero negoció contratos de armas con el presidente Donald Trump y se reunió con diferentes celebridades, desde Oprah Winfrey a Dwayne Johnson, pasando por Jeff Bezos y Bill Gates. De regreso a casa, poco más de un mes después, el príncipe Mohammed, que había insistido en que las mujeres eran «absolutamente» iguales a los hombres, dejó claro que no son las activistas feministas que tanto han luchado por la igualdad las que se han ganado la libertad, sino que es él quien la otorga.

Tres de las feministas arrestadas a mediados de mayo como parte de la campaña contra activistas pro derechos de las mujeres (las tres fueron puestas en libertad unas semanas después) formaron parte de la primera protesta al volante del reino en 1990, donde 47 mujeres fueron arrestadas.

Los arrestos de mayo de las líderes de esa generación anterior de feministas, además de otras más jóvenes como Aziza al Yousef y las mencionadas Emam al Nafjan y Loujain al Hathloul (la última sigue bajo arresto en el momento de escribir estas líneas), que han tomado parte en otras protestas más recientes contra la prohibición de conducir, suponen un intento de erradicar el feminismo intergeneracional.

Durante años, la familia real y los clérigos ultraconservadores que la legitiman desacreditaron el feminismo y a las mujeres que desafiaron lo que yo defino como *apartheid* de género como algo «occidental» y «extranjero». Pero aquellas activistas detenidas a las que los medios afines al Gobierno difaman como «traidoras» no son nada de eso. Son ciudadanas saudíes respetables. También hay algunos hombres. De hecho, al menos hubo tres abogados y activistas defensores de los derechos de las mujeres entre las personas detenidas en mayo.

Durante décadas, el régimen saudí ventiló cualquier crítica hacia su infausto historial contra los derechos de las mujeres alegando una forma de excepcionalismo. Se refugiaba en una interpretación ultraconservadora del islam impuesta a sus ciudadanos, a quienes se describía como «no preparados» para que las mujeres tuvieran más derechos.

Las mujeres y sus aliados masculinos detenidos por el príncipe Mohammed han demolido esas excusas. Durante las distintas olas de

protestas al volante, las mujeres subían vídeos suyos o de otras mujeres desafiando la prohibición; por su parte, otras personas al volante les brindaban muestras de apoyo mediante gestos como el pulgar hacia arriba. Las mujeres también compartían historias de parientes varones que las acompañaron durante sus protestas al volante o acudieron a las comisarías a buscarlas después de ser arrestadas.

Algunas personas han sugerido que, con los actuales arrestos de las activistas, el príncipe Mohammed busca apaciguar a los elementos más conservadores de Arabia Saudí preocupados por sus «reformas».

Pero la valiente labor de las feministas arrestadas siempre ha ido más allá de la eliminación del veto que les impide conducir; quizá este sea el mayor desafío que representan para él y para el régimen saudí. Se trata de abolir el sistema de tutela, la personificación del patriarcado que permite que las mujeres sean consideradas menores a perpetuidad. Estas precisan del permiso del padre, un hermano o incluso un hijo para viajar, estudiar, casarse o acceder a algunos servicios públicos.

Cuando comenzó esta década no se produjo ninguna revolución política en Arabia Saudí como las de Túnez, Egipto y otros países de la Primavera Árabe. Pero una revolución social ha comenzado ahora en Arabia Saudí.

Su vanguardia no es un príncipe que se vanagloria de ser un emancipador de las mujeres. Las verdaderas líderes son las feministas que él ha detenido y a quienes ha impedido viajar por atreverse a exigir su libertad.

Aquellos que han rechazado la revolución de las feministas saudíes por considerarla poco realista deben recordar que también a las feministas irlandesas les dijeron que era imposible escapar del yugo de la Iglesia católica en su país. En mayo de 2018, mientras Arabia Saudí arrestaba a algunas feministas, Irlanda elogiaba a las suyas por derrotar al patriarcado conservador al derogar, por referéndum popular, la enmienda en su Constitución que prohibía el aborto.

Los autoritarios tienen motivos para estar aterrorizados por el feminismo.

Y, en un recordatorio del potencial revolucionario intrínseco a la lucha contra la violencia sexual, dos mujeres muy dispares han emprendido el camino para escapar de la fortaleza de tabús que rodea la violencia sexual en Egipto, donde las víctimas se ven obligadas a aceptar la violencia y la culpa en lugar de exigir justicia. Al contraatacar y denunciar lo sucedido, ambas han comenzado a ajustar las cuentas con aquellos hombres que han sido absueltos mediante infinitas excusas tras cometer maltrato hacia las mujeres en el pasado.

En febrero de 2018, un tribunal del sur de Egipto condenó a un

hombre a pasar tres años en prisión por tocamientos a una de estas mujeres. En El Cairo, Khaled Ali, quien fuera en su día candidato presidencial —algunos lo consideraron la personificación de los ideales de la revolución egipcia de 2011—, dimitió como líder del partido Pan y Libertad y como abogado del Egyptian Center for Economic and Social Rights tras ser acusado de acoso sexual. Otro de los abogados del centro, a quien la segunda mujer acusó de violación, también dimitió.

Los testimonios de estas mujeres han dado lugar a un amplio debate sobre si han mejorado las cosas para las egipcias desde 2011. También han puesto en evidencia la hipocresía de algunos activistas de carrera que piensan que los principios de la revolución son aplicables a todo el mundo salvo a ellos.

Una de las mujeres es Rania Fahmy, de veintitrés años, que lleva hiyab y se ha hecho famosa bajo el sobrenombre de «Upper Egyptian Girl». Ella contraatacó, literal y legalmente, a un hombre que la acosó en la calle. El vídeo de una cámara de seguridad de una tienda la muestra golpeándolo con su bolso. El vídeo fue muy compartido en redes sociales y ella lo utilizó para hacer presión y que su atacante fuera juzgado y condenado.

La otra mujer es una feminista que escribió un correo electrónico a un grupo de activistas en octubre de 2017 en el que acusaba a Ali de acoso sexual en 2015 y a otro abogado de derechos humanos de haberla violado en 2014. Mi amigo Ahmed Abdel Rasool me reenvió su correo con el nombre borrado para proteger su anonimato, en el que se leía el siguiente mensaje: «Tenemos que tomar partido cuando las personas que supuestamente defienden nuestros derechos y combaten las violaciones de los mismos son culpables de violarlos. Qué desastre».

La historia de la víctima, que ya no vive en Egipto y se conoce en redes sociales bajo el sobrenombre de «Email Girl», contrasta en muchos sentidos con la de Fahmy, su coetánea.

En el correo a su círculo de activistas, Email Girl dijo que no iba a presentar cargos porque meter a alguien en la cárcel no era una solución contra la violencia sexual. En lugar de eso, prefería prevenir a otras mujeres del comportamiento de ciertos abogados de derechos humanos en los que creían que podían confiar. Describió cómo, mientras estaba de copas en un bar con sus compañeros de trabajo, perdió el conocimiento y se despertó mientras el abogado la violaba.

El caso de Fahmy, celebrada como una heroína por los medios y tuiteros egipcios, muestra lo mucho que ha cambiado la percepción del acoso sexual y los abusos callejeros. Pero las repercusiones de la advertencia de Email Girl —como era de esperar, fue criticada por su forma de vida «disoluta»— muestran lo mucho que nos queda por

avanzar.

Como se ha visto después, Email Girl ha obligado a una comunidad que lucha por los derechos humanos y que se precia de sus credenciales feministas a pasar una prueba que no ha superado. En lugar de apoyarla, algunos miembros de esa comunidad han elegido el silencio. Otros mantuvieron su amistad con los acusados.

«Algunos dijeron que las acusaciones mancharían la revolución, una falacia porque esos dos hombres no le dieron fama a la revolución, más bien la revolución los hizo famosos a ellos», declaró Iman Shukri Abdel Latif, una de las feministas y activistas que criticaron una investigación interna del partido de Ali que lo exoneró. «No podemos oponernos a un régimen opresor con una oposición injusta y que oprime a las mujeres», añadió.

Resulta tentador definir este momento como el #MeToo egipcio. En 2006, la activista afroamericana Tarana Burke fundó el movimiento #MeToo para mostrar su apoyo y solidaridad con las víctimas de la violencia sexual. En 2017, después de que algunas estrellas de Hollywood utilizaran el #MeToo tras acusar al poderoso productor Harvey Weinstein de agresión sexual, el *hashtag* se convirtió en un altavoz mundial.

Las dos egipcias han sido los últimos ejemplos de mujeres en mi país de nacimiento que han levantado la voz contra la violencia sexual. Su valentía es más que bienvenida.

Durante años, las egipcias hemos tenido que navegar entre aguas de tabú y vergüenza para denunciar la violencia sexual por parte del Estado y los hombres de la calle. Es un proceso lento. Pero, en diciembre de 2017, un abogado fue condenado a tres años de cárcel por decir que las mujeres que llevan vaqueros rotos merecían ser violadas como castigo. Y creo que Email Girl ha instigado una revolución contra lo que yo llamo «el dictador en el hogar».

Hace siete años, los egipcios se embarcaron en una revolución contra un dictador en el palacio presidencial. A día de hoy necesitamos más revueltas tanto en la calle como en el hogar. Los activistas que proclaman principios políticos deberían comenzar a creer en algo más significativo que los eslóganes. Deberían reconocer que, mientras el Estado oprime tanto a los hombres como a las mujeres, a estas les está reservado un tipo especial de opresión por parte del Estado, la calle y el hogar. Yo la llamo la «tríada misógina».

Pero todavía hay esperanza. Un activista egipcio, Islam Hashem, me preguntó: «¿Cómo voy a oponerme a la injusticia y el autoritarismo de un régimen dictatorial cuando oprimo y actúo injustamente con mi mujer y mis hijas?».

Él vinculó el apoyo que recibió Upper Egyptian Girl y la valentía de Email Girl, que definió como «una piedra arrojada en aguas

tranquilas». Según él, Email Girl «ha dado un primer paso que servirá de inspiración a muchas otras».

Por muy inspiradores e importantes que hayan sido estos dos casos, la consolidación en el poder de Abdulfatah al Sisi —el antiguo comandante en jefe del Ejército, que ganó un segundo mandato presidencial en las elecciones de marzo de 2018, condenadas rotundamente por constituir una coronación en lugar de un proceso electoral limpio y justo— es un recordatorio de la misoginia que habita en el corazón del autoritarismo, ya sea una monarquía absoluta, como en Arabia Saudí, o un régimen apoyado por los militares, como en Egipto.

En julio, la turista libanesa Mona al Mazbouh fue condenada a ocho años de cárcel por colgar un vídeo en Facebook sobre el acoso sexual que experimentó durante un viaje a Egipto. En agosto, la activista egipcia Amal Fathy fue llevada a juicio por subir a Facebook un vídeo en el que denunciaba el acoso sexual que había vivido en su país. El régimen egipcio ha hablado alto y claro: en lugar de perseguir a los culpables de violencia sexual, prefiere silenciar a las mujeres.

Las revoluciones en Oriente Medio y el norte de África continuarán tropezando y fracasando mientras la ecuación siga siendo esta: donde hay autoritarismo, hay misoginia. La llave de la libertad es el feminismo. En muchos países se sigue asumiendo lo contrario: que las mujeres y nuestras exigencias feministas deben esperar. Resulta fundamental comprender que nadie será libre mientras la mitad de nuestras sociedades continúen oprimidas. La llave para la libertad de todo el mundo está en el feminismo.

Agosto de 2018

# Prólogo
# de la traductora

E*l himen y el hiyab: por qué el mundo árabe necesita una revolución sexual*, de Mona Eltahawy, es una obra valiente, decidida, provocadora y fundamentada. En ella, la autora de origen egipcio aboga por una revolución social, política, sexual y mental. «Es mi bandera, mi manifiesto para denunciar la misoginia en mi región y una forma de conectar con la lucha feminista global», declara. Pero, además de un manifiesto feminista, el libro que tienes en las manos es un poderoso y minucioso ensayo de análisis social que abarca los graves problemas a los que se enfrentan las mujeres en Oriente Medio y el norte de África: la mutilación genital femenina, la violencia de género, el matrimonio infantil, las agresiones y el acoso callejero, la legislación discriminatoria, la misoginia que impera en todas las estructuras sociales y políticas, el predominio del velo islámico y un largo etcétera de agravios que sufren millones de mujeres en la región.

Al mismo tiempo, Eltahawy realiza una reivindicación del papel de las mujeres en las primaveras árabes que, después de manifestarse codo con codo con los hombres en las calles para derrocar a los dictadores, han visto que sus esperanzas por la igualdad de género no se han cumplido: «El patriarca en el hogar y el patriarca en el poder» continúan instalados en las sociedades árabes, perpetuando la misoginia.

El estilo de Mona Eltahawy no dejará indiferente a quienes lo lean: su voz narrativa es directa, precisa y objetiva cuando menciona datos y episodios concretos, incisiva y personal cuando relata su experiencia y escribe sobre la cultura en los países árabes donde ha vivido, Egipto y Arabia Saudí, pero siempre respetuosa cuando cita escrupulosamente las voces de otras mujeres tan valientes como ella, que se hicieron oír en medio del estruendo patriarcal que trataba de acallarlas.

Así, la obra de Eltahawy es un ejercicio para revertir el silencio que se impone en las sociedades árabes de Oriente Medio y el norte de África, un silencio que, como escribía su admirada Gloria Anzaldúa, siempre ha limitado a las mujeres:

> Ahogadas, escupimos el oscuro.
> Peleando con nuestra propia sombra

Por otra parte, debemos recordar que Eltahawy es una autora egipcia de nacimiento que escribe en inglés tras haberse educado en Gran Bretaña, en la Universidad Americana de El Cairo y en otras instituciones de habla inglesa en Arabia Saudí, y haber desarrollado la mayor parte de su carrera periodística en Estados Unidos. Eltahawy es una voz híbrida, y en la traducción resulta fundamental respetar este hibridismo sin caer en una adaptación paternalista ni orientalista.

En cierto modo, el ensayo-manifiesto de Eltahawy funciona como respuesta a la pregunta que se hiciera la crítica postcolonial Gayatri Chakravorty Spivak: ¿pueden hablar los subalternos, unos sujetos que han sido silenciados tradicionalmente por los discursos reduccionistas y privilegiados de Occidente? En su ensayo, Spivak perseguía ofrecer un análisis alternativo de los discursos de Occidente y cómo la mujer subalterna podía o no hablar en este contexto. Para Spivak, no se trata de que la mujer subalterna no tenga capacidad de hablar, sino que no dispone del espacio discursivo necesario para hacerlo.[2] Eltahawy recopila testimonios de mujeres de todo Oriente Medio y el norte de África precisamente para ofrecerles este espacio discursivo y permitirles hacerse oír y denunciar las injusticias a las que se ven sometidas. En realidad, Eltahawy no escribe para un hipotético público occidental, sino para las mujeres y niñas de la región, así como las mujeres árabes de la diáspora. La autora es consciente de los peligros que encierra criticar la violencia de su cultura contra la mujer, pues puede dar «munición» a los reaccionarios de Occidente para justificar la islamofobia. Al mismo tiempo, sabe que los occidentales de izquierdas incurren con frecuencia en el relativismo e imperialismo cultural al interpretar costumbres que atentan contra los derechos de la mujer, como el uso del velo integral, como simples diferencias culturales. «Cuando los occidentales callan por “respeto” a las culturas extranjeras, solo están apoyando los elementos más conservadores de esas culturas», señala Eltahawy.

Al leer estas reflexiones, recordé a la teórica del feminismo india Chandra Talpade Mohanty, que ya en los ochenta denunció que el feminismo blanco, por bienintencionado que fuese, incurría en una simplificación y, en algunas ocasiones, cosificación de las mujeres de los países en vías de desarrollo al suponer que todas ellas compartían la misma problemática y que podían ser «salvadas» por sus compañeras de Occidente.[3] Eltahawy nos recuerda que la solución a los problemas de las mujeres árabes está en la mano de las mujeres del mundo árabe, pero su lucha las conecta con el compromiso feminista global. Occidente puede contribuir a su tarea denunciando sin paliativos las injusticias que sufren y, sobre todo, generando el espacio

discursivo necesario para que ellas se expresen sin filtros. Por este motivo el ensayo de Eltahawy puede ser tan valioso para el público occidental, pues puede ayudarnos a desaprender y desarticular nuestro privilegio para acercarnos a otras realidades desde el punto de vista del otro o, en este caso, de las otras.

¿Cómo crear este espacio de traducción que respetara la intención de Eltahawy sin caer en el relativismo cultural? ¿Cómo trasladar un caleidoscopio de voces árabes a una cultura occidental sin hacerlo desde una posición de superioridad? ¿Cómo desprenderme de mi privilegio como mujer blanca occidental? La propia Spivak aporta una posible solución para evitar los prejuicios occidentales. En su ensayo «The politics of translation», Spivak reflexiona sobre la necesidad de evitar las traducciones de autores de otras culturas que simplifiquen y aplanen los originales para acercarlos a un público occidental, desposeyéndolos de sus diferencias culturales, literarias y geográficas «en una suerte de construcción neocolonialista del panorama no occidental».[4] La alternativa que propone Spivak no es otra que la literalidad, la creación de un discurso intermedio que transmita al lector «una sensación sólida del terreno específico del original».[5]

En este sentido, traducir a Mona Eltahawy es una búsqueda de este terreno intermedio. Con este marco teórico en mente, he procurado ser escrupulosa y respetuosa con el tratamiento de la diversidad de voces que pueblan la obra, tratando de adaptar tanto los testimonios de las distintas mujeres que aparecen en el libro como las diversas culturas de la autora y de sus fuentes. Ha sido mi forma de no silenciarlas con una traducción plana o limitada.

Así, he optado por la literalidad que sugiere Spivak siempre y cuando no incurriera en calcos innecesarios o lastrase inútilmente la lectura. En cuanto al estilo, he procurado adaptar en todo momento el registro de la autora, que va de lo coloquial, especialmente cuando critica mordazmente alguna actitud o personaje especialmente retrógrado, a lo periodístico, cuando desglosa minuciosamente datos estadísticos. El de Eltahawy es un estilo muy directo que plantea numerosas preguntas retóricas o invita a las lectoras objetivas a fijarse en un aspecto concreto mediante imperativos. He optado por una segunda persona del singular en lugar del plural en estos casos, porque considero que transmite una inmediatez y una cercanía que están presentes en el texto, y que genera complicidad con el público lector.

Asimismo, al tratarse de un texto feminista contemporáneo, he evitado en la medida de lo posible los masculinos genéricos. En cuanto a la adaptación de los nombres propios en árabe, he optado por cambiar la transliteración inglesa del original únicamente en aquellos casos que hacen referencia a personajes políticos o autores que se

conocen en el mundo de habla hispana. En el caso de otros nombres propios, he mantenido la transliteración inglesa para no generar confusión en caso de que quienes lean el ensayo deseen ampliar información sobre una determinada persona. Con los textos citados de otras obras, he incluido las traducciones preexistentes al castellano y en caso de obras no traducidas, obviamente he incluido mi traducción.

En cuanto al contenido, para mantener el mensaje de denuncia social y dejar patente que los datos que recaba Eltahawy, que escribió su ensayo entre 2013 y 2015, no son cosa del pasado, he realizado un trabajo de actualización de algunos de los datos más significativos. En aquellos casos en los que he recabado datos posteriores a los que manejaba la autora, los he incluido en notas al pie; en aquellos en que los datos no han cambiado o no tengo constancia de que lo hayan hecho, no se han actualizado.

Un rápido repaso a los cambios producidos desde que se publicó la edición estadounidense en 2015 y los meses de 2018 en los que se llevó a cabo esta traducción revela ciertas mejoras en la condición de las mujeres en la región: varios países han legislado contra el acoso y las agresiones sexuales callejeras, algunos han abolido las leyes que permitían que un violador se casara con la víctima para eludir el juicio, otros han legislado contra la violencia de género, y en Arabia Saudí las mujeres ya pueden conducir y pudieron participar y votar en las últimas elecciones municipales. No obstante, aunque hay motivos para la esperanza, las mujeres en los países árabes, sobre todo las menos privilegiadas, siguen viviendo realidades abrumadoramente misóginas y violentas: la mutilación genital femenina continúa plenamente vigente en muchos países a pesar de los esfuerzos de activistas locales y organismos internacionales por erradicarla, el matrimonio infantil persiste en algunos de los países de la región, la violencia sexual en las calles y la violencia de género en el hogar siguen siendo habituales, la presencia de mujeres en la política continúa siendo residual y los distintos marcos jurídicos, sobre todo el sistema de tutela saudí y las leyes de estatuto personal influenciadas por la *sharía* en diversos países, continúan discriminando a las mujeres. Como señala Eltahawy, la «mezcla tóxica de cultura y religión» impide una separación de poderes real que siente los fundamentos para una desarticulación real de la misoginia.

Es el turno de las mujeres árabes de desarrollar lo que Judith Butler, Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay llaman «mecanismos de resistencia en la vulnerabilidad».[6] Según estas teóricas feministas, tradicionalmente se ha entendido la vulnerabilidad como victimización y pasividad, como un espacio de inacción. Pero la vulnerabilidad también puede ser un espacio para la resistencia, la acción y la agencia. Eltahawy se muestra completamente vulnerable a

través de sus vivencias —conmueven su lucha por quitarse el velo, su sentimiento de culpa al perder la virginidad o la agresión sexual que sufrió durante una manifestación pacífica a manos de las fuerzas de seguridad—, algo que potencia más aún su mensaje y confirma su resiliencia.

Al mostrarse vulnerable, también señala que la única forma que tienen las mujeres árabes de hacer valer sus derechos y luchar por la igualdad dentro y fuera del hogar es alzar la voz y hacerse oír, denunciar, superar el tabú y el estigma social y desterrar para siempre el silencio. Como público lector, debemos contribuir a generar un espacio discursivo para que las mujeres árabes cultiven la palabra y construyan esta habitación propia desde donde denunciar sus injusticias, porque todas ellas son más que un himen y un hiyab. Como concluye Eltahawy, «las palabras son importantes para combatir el silencio, la alienación y la violencia. Las palabras son banderas que clavamos en los planetas de nuestro ser […] Las palabras dicen que estamos aquí».

[1] Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La frontera: la nueva mestiza,* trad. de Carmen Valle, Madrid: Capitán Swing, 2016, p. 104.

[2] Gayatri Chakravorty Spivak, «¿Pueden hablar los subalternos?», trad. de Manuel Asensi Pérez, Barcelona: MACBA, 2009, pp. 90-95.

[3] Chandra Talpade Mohanty, «Bajo los ojos de Occidente. Academia feminista y discurso colonial», trad. de María Vinós, en *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*, Liliana Suárez Navaz y Rosalva Aída Hernández (eds.), Madrid: Cátedra, 2008, pp. 117-163.

[4] Gayatri Chakravorty Spivak, «The Politics of Translation» [La política de la traducción], en *Outside the Teaching Machine,* Nueva York: Routledge, 1993 [2009], p. 181.

[5] «The Politics of Translation», p. 211.

[6] Judith Butler, Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay (eds.), *Vulnerability in Resistance,* Durham: Duke University Press, 2016, p. 1.

MONA
ELTAHAWY

# El himen y el hiyab

## Por qué el mundo árabe necesita una revolución sexual

A las niñas de Oriente Medio
y el norte de África.
Sed inmodestas, rebelaos,
desobedeced y sabed que
merecéis ser libres.

*«Escribid con los ojos como pintoras,*
*con los oídos como músicas, con los pies como bailarinas.*
*Sois el profeta con la pluma y la antorcha.*
*Escribid con vuestras lenguas de fuego. No permitáis que la*
*pluma os destierre. No permitáis que la tinta se seque en el cálamo.*
*No dejéis que el censor apague vuestra chispa ni que amordace*
*vuestra voz. Volcad vuestra mierda en el papel.*
*No nos reconciliamos con los opresores que afilan su aullido*
*con nuestro dolor. No nos reconciliamos».*

Gloria Anzaldúa
«Hablar en lenguas: carta a las
escritoras tercermundistas»

## Por qué nos odian

La fallecida e infravalorada autora egipcia Alifa Rifaat comienza su relato «Vista distante de un minarete» con una mujer que permanece tan impasible mientras mantiene relaciones sexuales con su marido que, mientras él está concentrado exclusivamente en su goce, ella se fija en una telaraña del techo que debería limpiar y le sobra tiempo para meditar sobre el continuo rechazo de su marido a prolongar el coito para que ella alcance el orgasmo, «como si quisiera privarla a propósito». Justo antes de que su marido eyacule, la llamada a la oración interrumpe el coito y su marido se aparta de ella. Después de asearse, la mujer se abstrae rezando y observa la calle desde el balcón. Sale de su ensimismamiento para prepararle, solícita, un café a su marido para que se lo tome cuando despierte de la siesta. Cuando lo lleva al dormitorio para servirlo delante de su marido, como a él le gusta, descubre que este ha muerto. Avisa a su hijo para que vaya en busca de un médico. «Regresó al salón y se sirvió ella el café. Su tranquilidad la sorprendió», escribe Rifaat.

En tres páginas y media de prosa concisa, Rifaat despliega la tríada de sexo, muerte y religión que conforma el núcleo de la misoginia en Oriente Medio. Aquí tenemos a una autora que, en vida, era aclamada por los académicos por ser una egipcia «auténtica», no contaminada por ningún idioma extranjero —solo hablaba árabe— ni por ninguna influencia exterior. Se dice que Rifaat nunca salió de Egipto, aunque sí que realizó una peregrinación a La Meca y asistió a un congreso de literatura en el Reino Unido. Fue obligada por su familia a casarse con un hombre escogido por ellos, con el que viajó por todo Egipto.

Rifaat no tiene pelos en la lengua, ni tampoco suaviza los hechos que relata. En el delgado volumen de cuentos titulado *Vista distante de un minarete*, nos presenta a una esposa de clase media sexualmente frustrada que se pregunta si su madre corrió la misma suerte que ella con su padre, y a otra madre que lamenta su juventud perdida por culpa de la mutilación genital femenina y una sociedad que no perdió ocasión para castigarla por el hecho de ser mujer. Los relatos nos muestran a mujeres que se subliman a través de la religión, a pesar de que los clérigos y una sociedad dominada por los hombres usan la fe contra ellas.

Es algo que no se puede ignorar. Las mujeres árabes vivimos en una cultura que nos es fundamentalmente hostil, reforzada por el desdén de los hombres. No nos odian por nuestras libertades, como decía el manido cliché estadounidense post 11-S. No tenemos libertades porque nos odian, como Rifaat expone poderosamente.

Sí: nos odian. Hay que decirlo.

«Lo cierto es que crecer no supone ninguna alegría para una niña, la vida no es más que un desastre tras otro hasta que acabas tus días como una vieja inútil que tendrá suerte si alguien se apiada de ella», escribe Rifaat en el relato «Los ojos de Bahiyya».

Algunos se preguntarán por qué saco este tema ahora, cuando Oriente Medio y el norte de África están sumidos en el caos, cuando miles de personas están perdiendo la vida, cuando puede llegar a parecer que las revoluciones que comenzaron en 2010 —alentadas no por el consabido odio hacia Estados Unidos e Israel, sino por una reivindicación común por la libertad y la dignidad— han perdido el rumbo. Porque ¿no deberíamos tener todos los mismos derechos básicos, antes de que las mujeres exijan un tratamiento especial? Además, ¿qué tiene que ver el género o, ya puestos, el sexo con la Primavera Árabe? Tienen que ver, y mucho, con la revolución. Esta es nuestra oportunidad para desmantelar todo un sistema político y económico que trata a la mitad de la humanidad como si fueran niñas, en el mejor de los casos. Si no es ahora, ¿cuándo?

Nómbrame un solo país árabe y te diré una larga lista de abusos que se están cometiendo en este momento contra las mujeres de ese país, unos abusos alimentados por una mezcla tóxica de cultura y religión que pocos se sienten inclinados a desenmarañar por miedo a blasfemar u ofender. Cuando más del 90 % de las mujeres casadas de Egipto han visto cómo mutilaban sus genitales en nombre de la «pureza», todos deberíamos blasfemar. Cuando se somete a mujeres a humillantes «pruebas de virginidad» solo por decir lo que piensan en voz alta, no es el momento de callarse. Cuando un artículo en el Código Penal egipcio dice que si un hombre pega alguna vez a su esposa «con buenas intenciones» no se le exigirá indemnización por daños y perjuicios, que le den a la corrección política. Y a todo esto, ¿qué se entiende por «buenas intenciones»? Legalmente se contempla cualquier paliza que no sea «grave» ni los golpes «en la cara». Lo que viene a decir esto es que, cuando se trata del estatus de las mujeres en el mundo árabe, la cosa no está mejor de lo que crees. Está muchísimo peor. Incluso después de estas «revoluciones», las mujeres continúan cubriéndose el rostro y relegadas en la casa, se les niega incluso la movilidad, no pueden conducir sus propios coches, no pueden viajar sin el consentimiento de los hombres y no pueden casarse ni divorciarse sin la bendición de un tutor varón.

Los países de habla árabe de Oriente Medio y del norte de África tienen un expediente nefasto en materia de derechos de las mujeres. No hay ningún país árabe que aparezca entre los cien primeros puestos del informe global de la brecha de género del Foro Económico Mundial; la región entera está a la cola del planeta. El informe anual explora cuatro áreas: salud (incluye la esperanza de vida), acceso a la educación, participación económica (salarios, tipos de trabajo y antigüedad) y compromiso político. Dos países vecinos, Arabia Saudí y Yemen, por ejemplo, están a años luz en cuanto a producto interior bruto (PIB) se refiere, aunque los separan solo ocho puestos en el informe global de la brecha de género, con el reino saudí en el 127 y Yemen en el 136, en el último puesto de la lista de 2013. Marruecos, comúnmente alabado por tener un derecho de familia «progresista» (un informe de 2005 de «expertos» occidentales lo definía como «ejemplo para los países musulmanes que buscan integrarse en la sociedad moderna»), ocupa el puesto 129.[7]

Es fácil saber por qué el país que ocupa la posición más baja es Yemen, donde el 49 % de las mujeres son analfabetas, el 59 % no tienen presencia en el mercado laboral y ninguna mujer ocupaba un puesto en el Parlamento a fecha de 2013.[8] Nuevos y terribles informes nos hablan de niñas de ocho años que mueren en su noche de «bodas» a manos de hombres mayores que han hecho poco por detener la oleada de matrimonios infantiles en ese país. Al contrario, las manifestaciones a favor del matrimonio infantil superan con creces las manifestaciones en contra, y los clérigos proclaman que los que se oponen a la pedofilia legitimada por el Estado son apóstatas porque el profeta Muhammad, según ellos, se casó con su segunda esposa, Aisha, cuando esta era niña.

Al menos las mujeres yemeníes pueden conducir. No es que haya supuesto el final de sus problemas, pero simboliza la libertad de movimiento, y en ningún sitio el simbolismo es tan evocador como en Arabia Saudí, donde el matrimonio infantil también existe y donde las mujeres adultas son tratadas como menores durante toda la vida y se ven obligadas a obtener el permiso de un tutor varón para las cosas más básicas. Las mujeres saudíes exceden en número a los hombres en los campus universitarios, pero no les queda más remedio que observar cómo hombres mucho menos cualificados controlan cada aspecto de sus vidas.

Nada me había preparado para Arabia Saudí. Yo nací en Egipto, pero mi familia se trasladó a Londres cuando yo tenía siete años. Después de pasar casi ocho años en el Reino Unido, nos mudamos a Arabia Saudí en 1982. Tanto mi padre como mi madre eran egipcios, se habían doctorado en medicina en Londres y habían encontrado trabajo en Yeda dando clase de microbiología clínica a estudiantes de

medicina y técnicos. Los campus estaban segregados. Mi madre ensañaba a mujeres en el campus femenino y mi padre a hombres en el campus masculino. Cuando no había ningún profesor disponible del mismo género, las clases se impartían a través de un circuito cerrado de televisión y los estudiantes tenían que formular sus preguntas a través de un teléfono. Mi madre, que había sido el sostén de la familia durante nuestro último año en el Reino Unido, cuando vivíamos en Glasgow, ahora se encontraba con que no podía conducir legalmente. Dependíamos de mi padre para que nos llevara a todas partes. Mientras esperábamos a que nos entregaran nuestro coche nuevo, teníamos que usar taxis ilegales y autobuses públicos. En los autobuses, tras comprar el billete al conductor, mi madre y yo nos íbamos a las dos últimas filas (cuatro, con suerte), reservadas para las mujeres. La parte de atrás del autobús. ¿Te suena de algo? La única palabra para describirlo es segregación.

Me sentía como si nos hubiéramos trasladado a otro planeta habitado por seres que deseaban fervientemente que las mujeres no existieran. Viví en esa atmósfera surrealista durante seis años. En ese mundo, las mujeres, sin importar lo jóvenes o mayores que sean, están custodiadas por un tutor varón —un padre, un hermano, incluso un hijo— y no pueden hacer nada sin el permiso de este tutor. Se las infantiliza hasta extremos insospechados, no pueden viajar, no pueden abrir una cuenta bancaria, no pueden solicitar empleo, ni siquiera recibir atención médica sin el visto bueno de un hombre. Yo lo observaba todo con una sensación creciente de horror y confusión.

Mencionaría el derecho al voto si no fuera porque, cuando vivía en Arabia Saudí, nadie podía votar. El rey Abdalá ha afirmado que se les permitirá votar a las mujeres y presentarse a las elecciones en 2015, pero está por ver si los clérigos —como el gran muftí de Arabia Saudí, que cree que la participación de las mujeres en la política «abrirá las puertas al mal»— echarán por tierra esa promesa como sucedió en 2009, cuando solo se les concedió el derecho a los hombres en las primeras elecciones municipales de Arabia Saudí de la historia.[9]

Pero hablamos de Arabia Saudí, el país donde una superviviente de una violación múltiple fue condenada a prisión por acceder a subirse en un coche con un hombre con el que no tenía parentesco y precisó de un indulto real; Arabia Saudí, donde una mujer que rompió la prohibición de conducir fue condenada a recibir diez latigazos y, nuevamente, necesitó un indulto real. Tan mala es la situación de la mujer en Arabia Saudí que las diminutas y paternalistas palmaditas en la espalda —como la promesa del rey de conceder el voto a la mujer en 2015— fueron recibidas con júbilo por los observadores internacionales, y el monarca que las promovió, el rey Abdalá, fue aclamado como «reformista», incluso por aquellos que no pasarían por

ingenuos, como la revista *Newsweek*, que en 2010 incluyó al rey en la lista de los once líderes mundiales más respetados. La respuesta de este presunto reformista a las revoluciones que afloraron en la región fue apaciguar a su pueblo con más ayudas estatales, especialmente dirigidas al sector de los fanáticos religiosos que la familia real usa para legitimarse.

Tras mudarme a ese país con quince años, llegué al feminismo traumatizada —no existe otra forma de describirlo—, porque ser mujer en Arabia Saudí equivale a ser la personificación del pecado. El reino no se avergüenza de venerar a un dios misógino y nunca sufre las consecuencias de hacerlo, gracias a la triple ventaja de tener petróleo, albergar los dos lugares más sagrados del islam, La Meca y Medina, y controlar el flujo de petrodólares que financia alegremente la industria armamentística de sus aliados occidentales.

Tanto entonces (durante los ochenta y los noventa) como ahora, los clérigos de la televisión saudí estaban obsesionados con las mujeres y sus orificios, especialmente con lo que sale de ellos. Nunca olvidaré cuando escuché que si un bebé varón se orinaba encima de ti, se podía ir a rezar con la misma ropa como si nada, pero si te meaba encima una niña, tenías que cambiarte. ¿Qué demonios hace que la orina de niña sea impura?, me preguntaba yo.

El odio hacia las mujeres.

Esta obsesión de los clérigos por los órganos femeninos continúa activa. Mi barbaridad favorita: conducir es malo para tus ovarios.

«Para la mujer, conducir, salvo en caso de extrema necesidad, podría tener un impacto fisiológico negativo, ya que los estudios médicos fisiológicos y funcionales demuestran que afecta automáticamente a los ovarios y empuja la pelvis hacia arriba —explicó el clérigo saudí Saleh Lohaidan en la web de noticias *Sabq* en 2013—. Por eso está comprobado que los hijos de aquellas que conducen de manera habitual padecen patologías en distinto grado».

Arabia Saudí se adhiere a una interpretación ultraconservadora del islam conocida alternativamente como wahabismo o salafismo; el primero se asocia de manera más directa con el reino saudí y el segundo, otra interpretación literal del islam, con aquellos que no viven en Arabia Saudí. Los petrodólares del reino y los esfuerzos conjuntos en pro del proselitismo han fomentado el alcance global del wahabismo-salafismo y, con él, las interpretaciones del islam que hacen que la vida de las mujeres en Arabia Saudí sea casi una pena de cárcel.

Pero el odio hacia las mujeres no es exclusivo del salafismo. No es simplemente un fenómeno saudí, una rareza odiosa propia de un desierto rico y aislado. El odio islamista hacia las mujeres se ha propagado como el fuego por toda la región y arde con más fuerza que

nunca. Cuando hablo de «islamistas», me refiero a la definición de la agencia de noticias Associated Press: «Defensor o partidario de un movimiento político que aboga por un Gobierno y una sociedad regidos según las leyes que prescribe el islam». Esto incluye a los Hermanos Musulmanes, a los grupos salafistas que pertenecen a la rama suní del islam y a las milicias chiíes de Irak.

La obsesión por controlarnos a nosotras y a nuestros cuerpos suele surgir de un único recelo: si no se les pone freno, las mujeres son poco menos que sexualmente insaciables. Valgan como ejemplo las palabras de Yusuf al Qaradawi, un popular clérigo egipcio residente en Doha (Qatar) y presentador televisivo conservador en la cadena Al Jazeera. Al Qaradawi apoyó las revoluciones, seguramente con la esperanza de que depusieran a los tiranos que lo habían atormentado y oprimido, tanto a él como al movimiento de los Hermanos Musulmanes al que pertenece. Por mucho que Al Qaradawi, que cuenta con una audiencia enorme dentro y fuera de los canales vía satélite, diga que la mutilación genital femenina (que él llama «circuncisión», un eufemismo común que trata de poner la práctica al mismo nivel que la circuncisión masculina) no es «obligatoria», también encontraremos la siguiente observación en uno de sus libros (no tiene desperdicio): «Personalmente apoyo esta cuestión en las circunstancias actuales del mundo moderno. Cualquiera que crea que la circuncisión es la mejor forma de proteger a sus hijas debería circuncidarlas —escribe, y añade —: La opinión pública moderada está a favor de practicar la circuncisión para reducir la tentación». Así pues, incluso entre los «moderados», los genitales de las niñas se mutilan para garantizar que el deseo sexual se arranque de raíz. Desde entonces, Al Qaradawi ha lanzado una *fatwa* contra la mutilación genital femenina (MGF), pero no sorprende que, cuando Egipto prohibió la práctica en 2008, algunos diputados de los Hermanos Musulmanes se opusieran a la ley. También se adhieren al credo de los Hermanos Musulmanes, a los que pertenece Al Qaradawi, algunas mujeres del movimiento que apoyan o legitiman la MGF, incluidas Azza el Garf (una antigua diputada) y la consejera de derechos de la mujer de Mohamed Morsi durante su breve presidencia, que definió la MGF como una forma de «embellecimiento».

Pero, mientras los clérigos se afanan por erradicar el deseo de la mujer, son los hombres los que no se pueden controlar. En las calles de muchos de los países de la región el acoso sexual es una epidemia. Según un estudio de 2008 del Centro Egipcio para los Derechos de la Mujer, el 80 % de las mujeres egipcias aseguraron que habían sufrido acoso sexual, y más del 60 % de los hombres admitieron que acosaban a las mujeres. Según un estudio de Naciones Unidas de 2013, el 99,3 % de las egipcias experimentaron acoso sexual en la calle. Los

hombres nos manosean y nos agreden sexualmente, pero se nos culpa a nosotras por estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado, con la ropa equivocada. El Cairo tiene vagones de metro destinados exclusivamente a mujeres para «protegernos» de tocamientos y cosas peores; en Arabia Saudí son innumerables los centros comerciales solo para familias, donde se les prohíbe la entrada a los hombres solos a menos que se presenten con la requerida acompañante femenina. Las familias imponen el toque de queda a sus hijas para que no las violen ni las agredan, pero ¿hay alguien que les diga a los chicos y a los hombres que no nos violen ni nos agredan?

A menudo se escucha que las economías en declive de Oriente Medio han impedido casarse a muchos hombres, y los hay que usan este hecho para explicar el aumento del acoso sexual en las calles. Pero nunca se oye que un matrimonio tardío afecte a la mujer. ¿En qué quedamos? ¿Las mujeres tienen impulsos sexuales o no? Por lo visto, el jurado árabe todavía está en primero de biología humana. He aquí otra perla de Al Qaradawi: las vírgenes deben ser «pacientes» y resistir la tentación de masturbarse, que él afirma que es «más peligrosa» que la masturbación masculina porque, si una virgen se introduce los dedos u otros objetos en el orificio vaginal, podría perforar el himen, y su familia y su futuro marido la acusarían de fornicación por mantener relaciones sexuales antes del matrimonio.

Volvamos a la llamada a la oración y la sublimación a través de la religión que Rifaat introduce en su relato tan magistralmente. Al igual que los clérigos designados por el régimen calman a los pobres de toda la región prometiéndoles justicia en el más allá en lugar de un ajuste de cuentas con el dictador por corrupción y nepotismo en esta vida, las mujeres son silenciadas por hombres que usan su fe para encarcelarlas.

En Kuwait, donde los islamistas combatieron contra el voto femenino durante años, las cuatro parlamentarias electas en 2009 fueron perseguidas por los conservadores, que exigían que las dos parlamentarias que iban con la cabeza descubierta llevaran velo. Cuando el Parlamento kuwaití se disolvió en diciembre de 2011, un parlamentario islamista reclamó que la nueva cámara (esta vez sin ninguna representante) debatiera su proyecto de ley de «vestimenta decente». No llegó a aprobarse, pero la obsesión por los cuerpos de las mujeres continuó. En mayo de 2014, *The Washington Post* informaba que un miembro islamista del Parlamento kuwaití, presidente del comité para «combatir las influencias extranjeras», mencionaba que el comité había aprobado su propuesta de prohibir la «desnudez» en lugares públicos, incluidas las piscinas y los hoteles. El parlamentario se negaba a definir qué se entendía por «desnudez». En el momento en que se escribieron estas palabras, el proyecto de ley aún no había sido

aprobado por la Asamblea Nacional kuwaití y el Gobierno, pero había creado un conflicto político, ya que un parlamentario, Nabil al Fadl, anunció que dimitiría si la Asamblea aprobaba el proyecto de ley, que describió como una «regresión», según el diario kuwaití *al Shahed*.[10]

Sea cual sea el destino que le aguarda a ese proyecto, las ramificaciones de la obsesión por los cuerpos de las mujeres son serias. El diario *Gulf News* informó que, días antes de la propuesta de «prohibir el bikini», una mujer kuwaití perdió la custodia de sus hijos después de que el abogado de su exmarido mostrase al tribunal una foto suya en bikini acompañada de otro hombre en el extranjero.

«La madre no está en condiciones de criar a los hijos como es debido y la fotografía, un ejemplo que muestra su falta de modestia y su moralidad laxa, genera desconfianza y podría derivar en escarnio público, ya que la sociedad juzga sus acciones a nivel moral y religioso», dijo el abogado.

En Libia, después de una revolución que puso fin a cuarenta y dos años de dominio absoluto de Muamar al Gadafi, lo primero que prometió el presidente del Gobierno de transición, Mustafa Abdel Jalil, fue levantar la prohibición del difunto tirano libio contra la poligamia. No vayas a pensarte que Muamar al Gadafi era una especie de feminista; bajo su dictadura, las niñas y las mujeres supervivientes de abusos sexuales o sospechosas de cometer «crímenes morales» eran internadas en «centros de rehabilitación social» que, en la práctica, eran prisiones de las que no podían salir a menos que un hombre accediera a casarse con ellas o sus familias las aceptaran. Human Rights Watch denunció que después de que Gadafi fuera depuesto muchas mujeres seguían siendo enviadas por sus familias a los centros de «rehabilitación social»: «por el solo hecho de haber sido violadas, se las apartaba por "manchar el honor de su familia"».

El retorno de la poligamia a Libia (donde, desde 2013, los hombres pueden tomar otras esposas contra los deseos de su primera mujer, según *Al Arabiya News*) resulta especialmente lacerante porque las manifestantes jugaron un papel crítico en la revolución libia. Dos días antes de que se organizaran diversas protestas a imitación de las revueltas de los vecinos Túnez y Egipto, las familiares de los prisioneros que fueron asesinados por fuerzas del dictador en 1996 en la masacre de la cárcel de Abu Salim protestaron por la detención del letrado que las representaba contra el régimen de Gadafi. Las manifestantes inspiraron a sus compañeras libias de la provincia oriental de Bengasi para que se unieran a ellas y, desde ahí, las manifestaciones dieron paso a una rebelión en todo el país.

Las primeras elecciones parlamentarias en Egipto después del comienzo de la revolución estuvieron dominadas por hombres que seguían en el siglo vii. Solo 984 mujeres lograron escaños frente a

8.415 hombres. Un cuarto de los escaños del Parlamento fue a parar a los salafistas, que entienden que los derechos de la mujer comienzan y acaban con el «derecho» a llevar el nicab, el velo que cubre el rostro por completo. Cuando sus candidatas hacían campaña, el partido salafista Al Bashar tapaba el rostro de cada mujer con una flor en la propaganda.

Las mujeres no deben ser vistas ni oídas. Incluso sus voces son una tentación.

Flores en lugar de rostros de mujeres en mitad de una revolución en Egipto, nada menos. Una revolución en la que se asesinó, se golpeó, se disparó y se agredió sexualmente a mujeres mientras luchaban codo con codo con los hombres para librar al país de Mubarak… Y, sin embargo, hay muchísimos patriarcas que todavía nos oprimen. Los Hermanos Musulmanes, que ocuparon casi la mitad de los escaños en el Parlamento revolucionario antes que este fuera disuelto por la corte suprema, no creen que una mujer (ni un cristiano tampoco) pueda ser presidenta. La mujer que encabezaba el «comité de las mujeres» del partido político de la hermandad ha declarado que las mujeres no deberían manifestarse ni protestar porque es más «decoroso» dejar que sus maridos y sus hermanos se manifiesten por ellas.

En Egipto, no había pasado ni un mes desde que el presidente Hosni Mubarak renunciara al cargo, cuando la Junta Militar que lo sustituyó, supuestamente para «proteger la revolución», detuvo a docenas de activistas de ambos sexos después de despejar la plaza Tahrir. Todos los tiranos oprimen, golpean, torturan; ya lo sabemos. Pero tienen las «pruebas de virginidad» reservadas para las activistas: violaciones encubiertas en las que un médico introduce un dedo en el orificio vaginal de la mujer en busca de un himen intacto.

Aquí es donde se unen los soldados de nuestros regímenes y los hombres de nuestras calles: ambos agreden sexualmente a las mujeres para recordarnos que el espacio público es una prerrogativa masculina. En la plaza Tahrir hubo violaciones tanto por parte de las fuerzas de seguridad como de civiles, y los hombres de la revolución —ya sean de izquierdas o de derechas— nos han relegado a base de insistir en que los «temas de mujeres» no pueden dominar «la política revolucionaria». Es por eso que pregunto: ¿de quién es la revolución?

No vayas a pensarte que solo la misoginia de los islamistas como los Hermanos Musulmanes o los salafistas de Arabia Saudí pisotea nuestros derechos: recuerda que Mohamed Morsi, de los Hermanos Musulmanes, que ganó las elecciones presidenciales por un estrecho margen tras la destitución de Mubarak, fue a su vez destituido por el aparentemente laico ministro de Defensa Abdulfatah al Sisi. Al Sisi se presentó (sobre todo ante las mujeres) como el hombre que había salvado a Egipto de una regresión terrorífica a la Edad Media a manos

de los Hermanos Musulmanes. Cualquiera que estuviera lo bastante loco como para creerlo haría bien en recordar que Al Sisi aprobó las «pruebas de virginidad» que los militares imponían a las activistas.

Por eso culpo a la mezcla tóxica de cultura y religión. No importa que nuestra política esté impregnada de religión o de militarismo, el denominador común es la opresión de las mujeres.

En Túnez, el primer país en levantarse contra un tirano y el primero en expulsarlo, es donde se percibe un mayor atisbo de esperanza, pero todavía queda mucho camino por recorrer. Las tunecinas contuvieron el aliento después de que el partido islamista Ennahda consiguiera el mayor número de votos en la asamblea constituyente en 2011. Después, profesoras y estudiantes universitarias denunciaron agresiones e intimidaciones por parte de islamistas por no llevar velo.

En marzo de 2014, fui a Túnez con la productora Gemma Newby a entrevistar a distintas mujeres para nuestro documental de radio *The Women of the Arab Spring* [*Las mujeres de la Primavera Árabe*] para el Servicio Mundial de la BBC. Entre las mujeres con las que hablé hubo algunas que habían contribuido a redactar la nueva Constitución, incluidas una diputada laicista, una representante del partido Ennahda y varias activistas que hicieron campaña para que el documento fuera lo más inclusivo posible. Aunque está por ver si sus esfuerzos se traducirán en algo más que palabras sobre el papel, gracias a ellas la Constitución tunecina es la primera en el mundo árabe que reconoce la igualdad de hombres y mujeres.[11] A diferencia de sus homólogas del primer Parlamento egipcio tras la revolución, no todas las parlamentarias islamistas de la asamblea constituyente tunecina son peones del patriarcado.

Algunas diputadas de Ennahda se opusieron al lenguaje igualitario de la Constitución de Túnez. Pero, gracias a los esfuerzos de otras como Fatoum Elaswad, que insistieron en trabajar con sus homólogas laicistas, fue aprobada.

«Cuando las mujeres se pelean, solo se benefician los hombres», me dijo entonces. Toda una lección.

Mi propia revolución feminista evolucionó lentamente y viajó conmigo por todo el mundo. A día de hoy sigo sin saber quién fue la profesora o bibliotecaria disidente que colocó diversos textos feministas en las estanterías de la biblioteca de la universidad en Yeda, pero allí los encontré. Me aterrorizaron. Comprendí que tiraban de un hilo y que la madeja acabaría por desenredarse del todo. Ahora que soy adulta, noto que sentirse aterrorizada es una forma de reconocer lo que necesitas. El terror te anima a saltar, incluso cuando no sabes dónde vas a aterrizar.

Antes de encontrar esos libros me sentía deprimida y asfixiada por el ultraconservadurismo saudí, pero no podía expresar mi frustración

por cómo la religión y la cultura estaban siendo utilizadas como un arma de doble filo contra las mujeres. Esos libros me ayudaron a formular preguntas que continúo haciéndome a día de hoy, preguntas que me han convertido en la mujer que soy.

Descubrí textos feministas de todas partes del mundo, pero lo más significativo fue que descubrí que Oriente Medio también tenía su propia tradición feminista; no había sido importada de Occidente, como a veces sostienen los detractores de los derechos de las mujeres. Ahí estaba Huda Shaarawi, una feminista que fundó el movimiento por los derechos de la mujer en Egipto y que se arrancó públicamente el velo que le cubría el rostro en 1923 en El Cairo; Doria Shafik, que lideró a 1.500 mujeres que tomaron al asalto el Parlamento egipcio en los años cincuenta y luego organizaron una huelga de hambre para exigir el sufragio femenino; la médica, escritora y activista egipcia Nawal el Saadawi; la socióloga marroquí Fatima Mernissi… Todas ellas son fieras defensoras de los derechos de las mujeres. Me dieron un nuevo lenguaje para describir lo que veía a mi alrededor. Les dije a mis padres que no podría sobrevivir en Yeda e hice planes para estudiar en El Cairo.

¿Qué habría sucedido si mi familia se hubiera quedado en el Reino Unido y no se hubiera mudado a Arabia Saudí? ¿Habría sido feminista? ¿Habría prendido la rabia que todavía hoy arde en mi interior?

Me expuse a más injusticias cuando me mudé a Egipto. Salir de la casa donde vivía con mi tío y mi tía equivalía a exponerse a la pobreza a gran escala. Todas las niñas que vivían en las calles me recordaban a la hermana de dos años que había dejado en Arabia Saudí y al abismo que separaba sus vidas. La universidad en la que me matriculé, la Universidad Americana de El Cairo, era una burbuja para privilegiados que contrastaba con la fealdad de la pobreza a mi alrededor. Solía tomar un autobús en el vecindario de clase media baja donde vivía y, una hora después, me reunía con gente que se había desplazado con chófer casi toda la vida. Fue un curso intensivo sobre el clasismo de la sociedad egipcia. Muchos de mis compañeros de clase actuaban como si no hubiera nadie sufriendo en las calles que atravesaban sus coches con chófer.

Uno de mis profesores era columnista en un periódico de capital privado en inglés llamado *The Middle East Times*, que tenía que publicarse en Chipre porque le habían denegado la licencia para imprimir en Egipto. Comencé a trabajar como *freelance* para el periódico en 1989, informando sobre derechos humanos y temas de mujeres. Ese año, uno de mis encargos me llevó a la presentación del informe anual de la Organización Egipcia de Derechos Humanos, un puñado de valerosos activistas que denunciaron torturas bajo el

régimen de Mubarak y tomaron partido por las víctimas de ese Estado policial. Conocí a una mujer de unos sesenta años cuya historia me ha acompañado desde entonces. Me mostró que las revoluciones se gestan con lentitud, que sus raíces abarcan muchas personas y causas.

La mujer había llegado a El Cairo desde su hogar en el sur de Egipto porque sus vecinos le habían dicho que había un grupo en la capital que podía ayudarla a hacer justicia. Acudió a la Organización Egipcia de Derechos Humanos y les contó que tenía un kiosco donde vendía refrescos y cigarrillos. Un día, la policía la instó a que testificara contra un «ladrón de coches». Ella se negó y dijo que no sabía nada de ningún «ladrón de coches» y, por tanto, no podía testificar en contra de él. Según le contó a la organización, entonces la policía se la llevó a comisaría contra su voluntad, donde la sodomizaron con la pata de una silla.

Me marché a casa con el informe anual donde se incluía su historia. El tío con el que vivía —que era médico, un hombre culto que estaba al corriente de las noticias y había viajado— me pidió permiso para leerlo. Me lo devolvió a la mañana siguiente, agitando la cabeza con incredulidad. «¿Esto pasa en Egipto?», fue todo lo que pudo decir.

Muchos egipcios tenían asumido que, si se guardaban las espaldas y no se comprometían políticamente, sobrevivirían. Cuando escuchamos historias como esta recordamos a las incontables personas que no sobrevivieron para contarlas, como el niño de trece años arrestado por vender bolsitas de té que fue presuntamente torturado por la policía de un modo tan brutal que el forense que llevó a cabo la autopsia lloró mientras documentaba sus heridas. ¿Cuántas víctimas innumerables e invisibles de la brutalidad policial arbitraria había en Egipto? ¿Cuántos jóvenes —la mayoría de la población de Egipto, al igual que en el resto de Oriente Medio y norte de África— sentían que no tenían ningún futuro a nivel económico o político? ¿Cuánto tiempo tenía que pasar antes de que la gente se rebelase y exigiera justicia? «¿Dónde está la revolución?», le preguntaba yo a mis tías y tíos a diario.

Veintitrés años después, en enero de 2011, cientos de miles de personas se manifestaron en la plaza Tahrir. Entonces yo vivía en Estados Unidos. No tenía dinero suficiente para un vuelo a Egipto, por eso decidí hacer todo lo posible por la revolución desde Nueva York. Vivía en emisoras de radio y cadenas de televisión, a veces dormía solo una hora o dos entre conexiones, en las que recordaba a las cadenas de televisión estadounidenses que cinco administraciones norteamericanas habían apoyado el régimen de Mubarak a expensas de la libertad y la dignidad del pueblo egipcio, el mismo pueblo que ahora se rebelaba y exigía «¡pan, libertad, justicia social, dignidad humana!» desde sus pantallas de televisión. Convencí a la CNN de que sustituyera el titular «Caos en Egipto» por «Levantamiento en Egipto»,

después de hacer un llamamiento apasionado para que entendieran que lo que estaba sucediendo era una forma de protesta contra la opresión. Esta era la revolución, y hacía mucho que se venía gestando.

A medida que los acontecimientos se sucedían, vi horas y horas de vídeos en YouTube, tocando la pantalla como si así pudiera conectarme con la fuerza vital que exudaban las calles de El Cairo. Ahí estaba la revolución, ¡por fin!

Pero las mujeres siempre han tenido dos revoluciones pendientes: una que han combatido junto a los hombres contra los regímenes que oprimen a todos, y otra contra la misoginia que inunda la región. Por mucho júbilo que me causara el ver un dictador derrocado en Egipto y en otros países de la región, por mucho entusiasmo que sienta al ver esos países dar sus primeros pasos hacia la democracia, por vacilantes que sean —¿qué puede esperarse después de tantos años de opresión?—, soy consciente muy a mi pesar de que, aunque las mujeres hayan estado en las barricadas con los hombres, siguen en peligro de perder los pocos derechos que tenían tanto en el Egipto post-revolucionario como en Túnez, Libia, Yemen y Siria.

En 2013, un estudio de la fundación Thomson Reuters que incluía veintidós Estados árabes situaba a tres de los cinco países en los que las revoluciones habían comenzado en los cinco últimos puestos en lo referente a derechos de las mujeres. Egipto se consideraba el peor país de todos en derechos de las mujeres, con puntuaciones bajas en todas las categorías, incluyendo violencia de género, derechos reproductivos, tratamiento de la mujer en la familia y presencia de mujeres en política y economía. El ascenso al poder de los Hermanos Musulmanes, que culminó con la elección del presidente Mohamed Morsi, supuso un desafío significativo para la igualdad de género. No obstante, desde que los militares depusieron a Morsi, se nos ha recordado que ni los islamistas ni las fuerzas armadas son grandes amigos de los derechos de la mujer; recuerda las «pruebas de virginidad».

El estudio de Thomson Reuters señalaba circunstancias igualmente desalentadoras en otros países donde habían estallado revoluciones. En Siria, los grupos de derechos humanos afirman que las mujeres son sistemáticamente violadas y torturadas por las fuerzas leales al presidente Bashar al Asad, mientras que los islamistas más radicales las han privado de derechos en los territorios ocupados por los rebeldes.

En Libia, los expertos han expresado su preocupación por la generalización de las milicias armadas y un incremento en los raptos, extorsiones, arrestos arbitrarios y abusos físicos contra las mujeres. Afirman que el levantamiento no ha logrado recoger por ley los derechos de la mujer.[12]

Fue en el «nuevo Egipto» donde fui agredida sexualmente por agentes de las fuerzas de seguridad durante los enfrentamientos en la calle Mohamed Mahmoud en noviembre de 2011 —recibí tal paliza que me rompieron el brazo izquierdo y la mano derecha— y donde fui detenida, primero por agentes del Ministerio del Interior y después por los servicios de inteligencia militar, durante más de doce horas, dos de las cuales pasé con los ojos vendados. Solo gracias a un móvil prestado pude enviar un mensaje a través de Twitter para dar la voz de alarma. Al menos doce mujeres más fueron agredidas sexualmente de distintas maneras durante la manifestación en la que los antidisturbios me atacaron. Ninguna de ellas ha hecho pública su terrible experiencia, probablemente por vergüenza o por presiones familiares. En diciembre de 2011 el mundo entero vio la fotografía de la mujer que se convertiría en el icono de los abusos autorizados por el Estado cuando unos soldados le arrancaron el sujetador azul que llevaba y le pisotearon la caja torácica. Descrita prosaicamente como «Blue Bra Girl» [La chica del sujetador azul], se convirtió en mi camarada desconocida. Aún hoy se desconoce su nombre; varias activistas pro derechos de las mujeres me han contado que su familia le ha impedido hablar de lo sucedido… Y ella inspiró a miles de egipcias y egipcios a manifestarse contra las agresiones sexuales. La protesta obtuvo la única disculpa hasta el momento por parte de la Junta Militar en el poder.

¿Y después? Nada, esa es la verdad. En el primer aniversario de los enfrentamientos de Mohamed Mahmoud —con Mohamed Morsi, de los Hermanos Musulmanes, en la presidencia— las mujeres que acudieron a protestar denunciaron que los hombres de la manifestación las toquetearon mientras intentaban escapar de los gases lacrimógenos y las balas de goma de las fuerzas de seguridad. ¿Qué se le pasa por la cabeza a un manifestante que está esquivando a las fuerzas de seguridad, los gases lacrimógenos y los golpes, para pararse a manosear el cuerpo de una compañera? Morsi permaneció en silencio mientras bandas organizadas violaban y agredían sexualmente a las mujeres durante las protestas con impunidad. En el segundo aniversario del 25 de enero, al menos diecinueve mujeres fueron agredidas sexualmente, incluida una que fue violada con un cuchillo. Con todo esto solo se persigue castigar a las mujeres por su activismo y expulsarlas del espacio público. No habría sucedido de no haber sido por la aceptación social de este tipo de agresiones; no habría sucedido si las mujeres no se enfrentaran a distintos tipos de violencia sexual a diario. No habría sucedido si el odio hacia las mujeres no se hubiera tolerado y alentado tanto en nuestras sociedades.

En mayo de 2012, publiqué un artículo titulado «¿Por qué nos odian?»

en la revista *Foreign Policy*. La reacción que generó el artículo —tanto elogios como muestras de apoyo y de cólera— dejó patente que la misoginia en el mundo árabe es un tema explosivo.

Cuando escribo o doy charlas sobre la desigualdad de género en Oriente Medio y el norte de África, sé que piso terreno pantanoso. Por una parte, tenemos a la derecha occidental intolerante y racista, ansiosa por oír críticas de la región y del islam que puedan usar contra nosotros. Me gustaría recordarles a estos conservadores que ningún país se libra de la misoginia, y que sus esfuerzos para revertir los derechos reproductivos que tan duramente se han ganado las mujeres los hermana con nuestros islamistas en términos de odio.

Por otro lado, están los liberales occidentales que condenan el imperialismo con toda la razón, pero en cambio, son incapaces de ver que pecan de imperialismo cultural cuando silencian las críticas a la misoginia. Se comportan como si quisieran salvar mi cultura y mi fe de mí misma, y olvidan que son inmunes a las violencias de las que hablo. Como no comprenden que se dejan llevar por el privilegio y el paternalismo, se atribuyen el derecho a decidir qué es lo «auténtico» de mi cultura y de mi fe. Si la derecha se guía por un racismo encubierto, la izquierda a veces adolece de un racismo implícito que utiliza para usurpar mi derecho a decidir lo que puedo y lo que no puedo decir.

La cultura evoluciona, pero permanecerá estática si los que son ajenos a ella silencian sistemáticamente las críticas en un intento equivocado de salvarnos de nosotros mismos. Las culturas evolucionan a través de la disidencia y de la crítica feroz de quienes forman parte de ella. Cuando los occidentales callan por «respeto» a las culturas extranjeras, solo están apoyando los elementos más conservadores de esas culturas. El relativismo cultural es tan enemigo mío como la opresión que combato en el seno de mi cultura y de mi fe.

Una de las críticas que recibió mi ensayo fue que estaba escrito en inglés. A nadie se le ocurriría criticar algo así en el caso de artículos que denuncian violaciones de los derechos humanos o las economías en declive de nuestra región. El doble rasero es muy evidente: cuando se trata de asuntos de mujeres, mejor que la cosa quede entre nosotros, en una lengua que solo «nosotros» podamos entender, así no nos harás quedar mal.

Había una acusación implícita en la crítica a mi ensayo: que yo quería que «Occidente» «nos rescatara». Solo nosotras podemos rescatarnos. Nunca le he rogado a nadie que nos rescate de nuestra misoginia; esa batalla la tenemos que ganar nosotras. Les ruego a los aliados de los países en esta parte del mundo que presten más atención a los derechos de las mujeres y se nieguen a permitir que el relativismo cultural justifique las tremendas violaciones de los

derechos de las mujeres. Eso es muy diferente a pedirle a alguien que «nos rescate».

Insisto en el derecho a criticar mi cultura y mi fe a través de formas que rechazaría si vinieran de alguien ajeno a ellas. Pongo en evidencia la misoginia en mi parte del mundo para conectar la lucha feminista en Oriente Medio y el norte de África con la lucha global. La misoginia no se ha erradicado por completo en ninguna parte del mundo, sino que persiste en un amplio espectro, y nuestra mayor esperanza para eliminarla por completo reside en poner en evidencia y combatir las versiones locales de la misma, a sabiendas de que al hacerlo contribuimos a la lucha global. Cuando viajo y doy charlas en el extranjero y me preguntan cuál es la mejor manera de ayudar a las mujeres de mi región, siempre les digo que ayuden a las mujeres de su comunidad a combatir la misoginia. Al hacerlo, contribuyes a la lucha global contra el odio hacia las mujeres. He escrito este libro siguiendo esta misma línea; es mi bandera, mi manifiesto para denunciar la misoginia en mi región y una forma de conectar con la lucha feminista global. No es que aquellos países que han logrado reducir los niveles de misoginia fueran inicialmente más respetuosos con los derechos de las mujeres. Más bien las mujeres de esos países han luchado sin descanso para denunciar las violaciones sistemáticas de sus derechos y librar a las mujeres de estas.

He escrito este libro en un momento en el que cada vez más mujeres de color hablan de la misoginia y se niegan a callarse por miedo a «dejarnos en mal lugar». En Estados Unidos las mujeres negras, latinas y asiáticas han tenido que enfrentarse con múltiples niveles de discriminación, contra el racismo hacia sus comunidades y contra la misoginia dentro y fuera de ellas. Durante mucho tiempo les dijeron que denunciar la misoginia que sufrían en el seno de sus comunidades les daría argumentos a los racistas que ya demonizaban a los hombres de estas minorías. Estoy en deuda con varias autoras por haber abordado este acto de malabarismo: la feminista afroamericana bell hooks, Audre Lorde, poeta y activista afroamericana y lesbiana, y la pensadora feminista chicana Gloria Anzaldúa. Su trabajo, que cito con frecuencia, me ofreció una base para combatir el racismo y el sexismo sin miedo de avergonzar a mi comunidad.

Aunque sea plenamente consciente de que los islamófobos y los partidarios de la derecha xenófoba se alegrarán muchísimo al oír lo mal que los musulmanes tratan a sus mujeres, también soy plenamente consciente de que existe una derecha política en el mundo musulmán que propaga la misoginia entre los hombres. Debemos enfrentarnos a ambas, no aliarnos con una para combatir la otra.

Uno de los métodos más efectivos para hacerlo es escuchar las voces de las mujeres que están intentando desmantelar la misoginia desde su

cultura. Las mujeres que aparecen a lo largo de estos capítulos, cuyas voces son parte de la revolución y una parte fundamental para garantizar el éxito de la misma, representan su cultura y deben ser oídas. Las mujeres que combaten por la doble revolución que tanto necesitamos son las descendientes directas de nuestras antepasadas feministas, de Huda Shaarawi, de Doria Shafik y de las numerosísimas activistas cuyos nombres desconocemos, aunque continuemos honrando su lucha para liberarnos de las huestes misóginas. Hemos llegado hasta aquí gracias a estas mujeres, y nosotras debemos continuar con su labor por aquellas que vendrán.

Enfurezco al pensar en los cientos de miles de mujeres que continúan siendo agredidas de maneras mucho peores que la que yo viví, y que no disponen de ninguna plataforma para compartir su experiencia. Quiero desligarme de mis privilegios para recordar a los millones de mujeres que no tienen ninguno. Sé que nada asusta más a los islamistas y a los laicos igualmente misóginos en nuestras sociedades que la exigencia de derechos por parte de las mujeres y su libertad sexual: al final, esa es la doble revolución que debemos librar.

¿Por qué esos hombres nos odian? Nos odian porque nos necesitan, nos temen, saben todo el control que se necesita para mantenernos a raya, para que sigamos siendo niñas buenas con nuestros hímenes intactos hasta que llegue la hora de follarnos y convertirnos en madres que críen a futuras generaciones de misóginos que alimenten para siempre su patriarcado. Nos odian porque somos al mismo tiempo su tentación y su salvación de ese patriarcado, que antes o después comprobarán que también les perjudica a ellos. Nos odian porque saben que una vez nos libremos de la alianza del Estado y la calle que trabaja al unísono para controlarnos, exigiremos que rindan cuentas.

Las batallas por los cuerpos de las mujeres se ganarán con una revolución de la mente. A las mujeres se las acusa con demasiada frecuencia de atreverse a sacar a colación las «políticas de identidad» y se las conmina a dejar de lado los «derechos de la mujer» para perseguir un bien común como la solidaridad o la fidelidad a la revolución. Esto es un error. En la actualidad se están rediseñando grandes parcelas del mundo árabe, con repercusiones de gran alcance y de consecuencias imprevistas. Tanto mujeres como hombres tienen una oportunidad sin precedentes para enfrentarse y erradicar el odio sistémico hacia las mujeres que nos reduce a poco más que a un himen y un hiyab.

Hemos expulsado a Hosni Mubarak de Egipto, a Zine el Abidine Ben Ali en Túnez, Muamar al Gadafi en Libia y Ali Abdullah Saleh en Yemen, pero hasta que la rabia se traslade de los opresores en nuestros palacios presidenciales a nuestras calles y nuestras casas, a menos que derroquemos a los Mubarak en nuestras mentes, en nuestros

dormitorios y en las esquinas de nuestras calles, nuestra revolución nunca comenzará.

[7] Los datos del índice global de la brecha de género del Foro Económico Mundial de 2017 son aún más descorazonadores, pues estos países han bajado puestos respecto a los datos que manejó Eltahawy mientras escribía este ensayo: Arabia Saudí ocupa el puesto 138 y Yemen el 144. Marruecos tampoco mejora su situación y se sitúa en el 136. *(Todas las notas de la presente edición pertenecen a la traductora)*.

[8] En 2018 sigue sin haber presencia de mujeres en el Parlamento de Yemen.

[9] El sufragio femenino se introdujo finalmente en las elecciones de 2015, no sin grandes protestas por parte de los sectores más conservadores. Además, fue la primera vez que las mujeres pudieron concurrir como candidatas; 17 representantes resultaron elegidas en estas elecciones municipales históricas. Por otra parte, en 2018 se levantó la prohibición que impedía conducir a las mujeres.

[10] Al parecer, el proyecto de ley no ha llegado a aprobarse.

[11] Algunas medidas recientes afianzan la igualdad de género en Túnez. En la actualidad, se está negociando la posibilidad de que se considere cabezas de familia tanto a hombres como a mujeres. De esta manera, el marido no estaría obligado por ley a proporcionar el sustento económico a la familia y la esposa no quedaría relegada al espacio doméstico. El proyecto de ley, que se presentó en enero de 2018, también contempla la supresión de la dote por parte del marido, así como la posibilidad de que los hijos del matrimonio reciban la misma parte de la herencia, independientemente de su género, si así lo desean ambos progenitores. Unos meses antes se revocó la ley que prohibía a las mujeres musulmanas casarse con un hombre de otra religión.

[12] Otro estudio de la Fundación Thomson Reuters de 2018 sitúa a Siria como el tercer país más peligroso del mundo para las mujeres, mientras que Arabia Saudí ocupa el quinto puesto y Yemen el octavo. Egipto no aparece en el *ranking* de los diez primeros, pero ocupa un octavo puesto en la lista de países con mayor violencia sexual y el décimo en la de países con tradiciones culturales que someten y perjudican a la mujer. Parece que el estudio no incluye a Libia por falta de datos.

# Velo negro, bandera blanca

En una estación de El Cairo, un día de primavera de 1923, una multitud de mujeres con velos y túnicas negros bajó de sus carros tirados por caballos para recibir a dos amigas que regresaban de un encuentro internacional feminista en Roma. Huda Shaarawi y Saiza Nabarawi salieron a la pasarela del tren. De repente, Huda —seguida por Saiza, la más joven de las dos— se retiró el velo del rostro. Las mujeres que habían ido a recibirlas rompieron en aplausos. Algunas imitaron su gesto. Las crónicas de la época recogen que los eunucos que custodiaban a las mujeres fruncieron el ceño con desagrado. Este acto valiente marcó el fin del sistema del harén en Egipto. En ese momento, Huda estaba dividida entre las dos mitades de su vida: una vivida dentro de las convenciones del sistema del harén y la que protagonizaría como líder del movimiento feminista.

Extracto de la introducción de Margot Badran a *Harem Years: The Memoirs of an Egyptian Feminist* [*Los años del harén: memorias de una feminista egipcia*], de Huda Shaarawi.

Una tarde a principios de los noventa, cuando yo tenía poco más de veinte años, me senté en el vagón para mujeres del metro de El Cairo. Llevaba una de mis faldas favoritas, con un estampado de flores rojas y verdes sobre un fondo marrón, una blusa marrón a juego y un pañuelo beis con los ribetes rojos. Me sentía muy orgullosa de combinar los velos con la ropa que llevaba y no me iba nada la austeridad por la que se caracterizaban las mujeres de Arabia Saudí, donde los velos y las túnicas, conocidas como *abayas*, eran negros. Mi madre y yo nos negábamos a llevar velos negros en Arabia Saudí y yo seguí con la misma tradición en Egipto donde, menos mal, el negro no era de rigor para las que llevábamos hiyab, una forma de vestimenta que cubre todo salvo el rostro y las manos.

Una mujer con nicab (un velo, normalmente negro, que cubre todo el rostro salvo los ojos) trabó conversación conmigo.

—¿Por qué no llevas nicab? —me planteó. Su pregunta era escalofriante; el nicab siempre me había resultado aterrador por su forma de invisibilizar tanto el rostro como a la persona.

—¿No es bastante con lo que llevo? —le pregunté a la mujer.

—Si quisieras comerte un caramelo, ¿escogerías el que está envuelto o el que no tiene envoltorio? —me preguntó la mujer con nicab.

—Soy una mujer, no un caramelo —repuse yo.

Un caramelo envuelto, un anillo de brillantes en una caja… Estas analogías se usan con frecuencia en Egipto y en otros países para tratar de convencer a las mujeres de la importancia de cubrirse.

Comparan a las mujeres con objetos preciosos que se devalúan si están expuestos, objetos que es necesario esconder, proteger y preservar. Cuando toca hablar de lo que se conoce como las restricciones islámicas de la vestimenta femenina, las mujeres no son simplemente mujeres.

Hay varias explicaciones que justifican que las mujeres se cubran con el velo. Algunas lo hacen por piedad, pues creen que el Corán exige esta expresión de modestia. Otras lo hacen porque quieren ser identificadas a primera vista como «musulmanas» y, para ellas, velarse es fundamental para esa identidad. Para otras mujeres, el velo es una forma de evitar las modas caras y las visitas a la peluquería. Para otras, es una forma de que las dejen en paz y les otorga algo más de libertad para moverse en un espacio público que cada vez está más dominado por los hombres. En las últimas décadas, a medida que el velo se hacía más habitual en todo el mundo árabe, fue en aumento la presión sobre las mujeres que no se velaban, y hubo más que decidieron ponerse el velo para evitar que las acosaran por la calle. Algunas mujeres se pelearon con sus familias por su derecho a velarse, mientras otras fueron obligadas por sus familias a ponérselo. Para otras, en cambio, era una forma de rebelarse contra el régimen o contra Occidente.

Por eso, el hecho de llevar hiyab dista mucho de ser sencillo. Está cargado de significados: mujer oprimida, mujer pura, mujer conservadora, mujer fuerte, mujer asexual, mujer estirada, mujer liberada. Decidí llevar hiyab cuando tenía dieciséis años y decidí quitármelo cuando cumplí veinticinco. No exagero cuando digo que el hiyab ha consumido una gran parte de mi energía intelectual y emocional desde que me lo puse por primera vez. Puede que dejara de llevar velo, pero nunca he dejado de pelear con lo que significa velarse para las mujeres musulmanas. Como nunca he ocultado que llevé el hiyab durante nueve años, a veces acuden a mí mujeres jóvenes que se debaten contra su velo, y con frecuencia también contra sus familias, que insisten en que deben seguir llevándolo: «¿Cómo te lo quitaste? ¿Cómo gestionaste la presión familiar? ¿Crees que es obligatorio? ¿Te lo volverías a poner? Mi madre me ha amenazado con encerrarme en casa si me lo quito alguna vez».

En árabe, *hiyab* significa «barrera» o «partición», pero ha terminado por representar una serie de códigos complejos de vestimenta y modestia. El debate por el hiyab parte de este pasaje del Corán:

> Y di a las creyentes que bajen la vista con recato, que sean castas y no muestren más adorno que los que están a la vista, que cubran su escote con el velo y no exhiban sus adornos sino a sus esposos, a sus padres, a sus suegros, a sus propios hijos, a sus hijastros, a sus hermanos, a los hijos de sus hermanos, a los hijos de sus hermanas, a sus mujeres, a sus esclavas, a sus criados varones fríos, a los niños que no saben aún de las partes femeninas (sura 24:31, trad. Julio Cortés).

Esta interpretación de las instrucciones del Corán sobre la modestia es respaldada por los distintos hadices según los cuales Muhammad supuestamente ordenó a las mujeres que se cubrieran todo el cuerpo salvo el rostro y las manos. El hadiz (que significa «tradición») es una colección de dichos y hechos atribuidos a Muhammad, basados en relatos orales recopilados varios siglos después de su muerte. El hadiz de Bujari, considerado el más acreditado, menciona a varias mujeres que reaccionaron a la enseñanza del Profeta cubriéndose, algo que sustenta la creencia de que velarse fue una orden directa de Muhammad.

Pero velarse no ha sido y nunca será tan simple como estos pasajes sugieren. Yo no era consciente de eso al principio de llevar el hiyab. Hasta que no comencé a tener problemas con él no encontré interpretaciones alternativas; al principio no tenía ni el poder ni el valor de dejar de llevar el velo. Necesitaba aliados con argumentos religiosos que pudiera utilizar contra aquellos eruditos religiosos que mantenían que el hiyab era una obligación islámica.

Descubrí una de esas alternativas en las obras de la socióloga y feminista marroquí Fatima Mernissi, una de las primeras mentoras intelectuales en mi camino hacia el feminismo. Ofrecía una interpretación distinta de las aleyas coránicas que contienen la palabra hiyab según las que, en su opinión, se deduce que la palabra significa «una cortina». Sus ensayos *The Veil and the Male Elite: A Feminist Interpretation of Women's Rights in Islam* [El velo y la élite masculina: una interpretación feminista de los derechos de las mujeres en el islam] y *Beyond the Veil: Male-Female Dynamics in Modern Muslim Societies* [Más allá del velo: la dinámica hombre-mujer en las sociedades musulmanas modernas] me ofrecieron una tabla de salvación que me envalentonó para pensar con independencia frente a la corriente dominante masculina de la enseñanza religiosa.[13]

Mernissi creía que el «hiyab» que menciona el Corán hacía referencia a una cortina que se colgaba para darle privacidad al Profeta y su familia. Nos cuenta Mernissi que la aleya fue revelada después de un incidente en el que unos invitados se excedieron más tiempo del debido durante una visita al Profeta y su nueva esposa, y Muhammad era demasiado tímido para pedirles a sus huéspedes que se marcharan de su pequeña vivienda. El hiyab nunca fue concebido para segregar a los hombres de las mujeres —solo era un medio para proporcionarle privacidad al Profeta y su familia— y tampoco se trataba de esconder a las mujeres detrás de un pañuelo, según Mernissi. Para una mujer joven que se debatía contra fuerzas a las que no creía que pudiera plantar cara, las palabras de Mernissi fueron una munición muy valiosa.

«Todas las religiones monoteístas están atravesadas por el conflicto

entre lo divino y lo femenino, pero ninguna tanto como el islam, que ha optado por la ocultación de lo femenino, al menos a nivel simbólico, que ha intentado velarlo, esconderlo, enmascararlo —escribe Mernissi en *The Veil and the Male Elite* [El velo y la élite masculina]—. Esta actitud hacia las mujeres que raya en la fobia resulta aún más sorprendente si tenemos en cuenta que el Profeta había animado a sus seguidores a renunciar a esta práctica de la *jahiliyya* (el periodo preislámico, que significa literalmente «la edad de la ignorancia») y a sus supersticiones […] ¿Es posible que el hiyab, el intento de velar a las mujeres, que hoy en día es considerado un elemento básico de la identidad musulmana, no sea más que la expresión de la pervivencia de la mentalidad preislámica?».

Según la académica egipcio-americana y presidenta del Harvard Divinity School Leila Ahmed, el uso del velo estaba extendido entre la sociedad preislámica, y no solo en Arabia, sino también entre las civilizaciones mediterráneas y mesopotámicas que habían precedido al cristianismo. Se utilizaba, entre otras cosas, para diferenciar a las mujeres libres (que se velaban) de las esclavas (que no).

Ahmed siguió aprovisionándome de munición contra el hiyab al disentir explícitamente de las opiniones que aseguran que el Corán obliga a llevar velo. «No aparece en ninguna parte del Corán como mandato explícito; en las únicas aleyas que tratan sobre las prendas de la mujer […] las insta a que se protejan las partes íntimas y se cubran los senos con un pañuelo», escribe Ahmed en *Women and Gender in Islam: Historical Roots of a Modern Debate* [Mujeres y género en el islam: las raíces históricas de un debate moderno].

Ahmed subraya que, en vida del Profeta, sus esposas llevaban velo, una forma de diferenciarse de otras mujeres. Conocidas como las madres de los creyentes, fueron tomadas como modelos en materia de «pureza» y decencia, y esa es una de las formas en las que el velo comenzó a asociarse con la identidad islámica y esas virtudes en particular. Leer a Mernissi y a Ahmed fue un bálsamo que me envalentonó en mi lucha contra el hiyab y, a día de hoy, a menudo recomiendo su lectura a mujeres más jóvenes que están viviendo su propia lucha.

Pero el hiyab en el título del libro y los velos de este capítulo no son simples símbolos religiosos. Últimamente no me interesa tanto debatir la necesidad religiosa de velarse como preguntar cómo ha cambiado la percepción de la mujer y las percepciones de las mujeres sobre sí mismas con la adopción extendida del hiyab. ¿Somos algo más que nuestros velos?

Aunque no se han llevado a cabo estadísticas exhaustivas sobre el uso del velo, a simple vista parece que ahora hay más mujeres que nunca con velo desde las primeras décadas del siglo XX en Oriente

Medio y en el norte de África. En un artículo de 2007, el *New York Times* afirmaba que hasta el 90 % de las mujeres musulmanas de Egipto llevan algún tipo de velo. Un estudio reciente del Institute for Social Research de la Universidad de Michigan, que analizaba los países de mayoría musulmana: Egipto, Irak, Líbano, Pakistán, Arabia Saudí, Túnez y Turquía, mostraba que una mediana del 44 % de los encuestados prefería que las mujeres se cubriesen el cabello en público. Una mediana del 10 % prefería otras alternativas que cubrían el cuerpo de la cabeza a los pies y que cubriesen el rostro casi por completo, como el burka y el nicab. En Arabia Saudí, la cifra aumentaba hasta el 63 %.

El predominio del velo en Oriente Medio y el norte de África en la actualidad es la última oscilación de un péndulo. Este paso de una forma de vestir conservadora a otra liberal y vuelta a empezar ha sido frecuentemente descrito como fluctuaciones entre el «islam» y «Occidente», una dicotomía que dificulta especialmente hablar sobre el velo o criticarlo sin posicionarse de un lado o de otro. Pero debemos encontrar una forma de hablar del hiyab que no lo reduzca a una elección entre culturas.

El momento histórico en el que Huda Shaarawi se quitó el velo en 1923, quien comenzó un movimiento contra el hiyab en Egipto que duraría décadas, normalmente se enmarca en esta dinámica islam *versus* Occidente. Shaarawi pertenecía a la clase alta —se expresaba con fluidez en otros idiomas además del árabe—, que, junto a una creciente clase media, admiraba las costumbres europeas y las consideraba una impronta «moderna».

Los intelectuales egipcios habían tenido como ejemplos liberales a los europeos desde el siglo XIX. En 1899, el reformista Qasim Amin escribió un controvertido libro titulado *Tahrir al Mar'a* [*La liberación de la mujer*], donde argumentaba que el velo se interponía en el progreso de la mujer y, por extensión, el de Egipto. Los eruditos musulmanes reaccionaron con firmeza ante la polémica de Amin y exigieron que las mujeres que se quitaran el velo fueran encarceladas o, cuando menos, sancionadas. Afirmaban que el velo era la forma de vestir «tradicional» y «auténtica» de las mujeres, convirtiéndolo en el uniforme de las menos favorecidas, para las que la educación, los idiomas y las costumbres europeas no eran una opción.

Cuando Evelyn Baring, el cónsul general de Egipto, abanderó las ideas de Amin, se instauró una dinámica terrible por la cual los derechos de la mujer se convirtieron en el títere del poder imperial, haciendo que fuera casi imposible que aquellos que se oponían a la ocupación y la influencia europea criticaran el velo sin que pareciera que tomaban partido por Occidente.

Después del golpe de 1952 —en el que un grupo de oficiales

militares derrocó al rey— que puso fin a la monarquía en Egipto y terminó con la ocupación británica, ir descubierta dejó de asociarse con los antiguos gobernantes y pasó a identificar a las mujeres trabajadoras egipcias que ocupaban puestos en el floreciente sector público. En los años sesenta prácticamente solo llevaban velo en Egipto las integrantes del movimiento de los Hermanos Musulmanes y las habitantes de ciudades pequeñas y zonas rurales.

Entonces, ¿qué ha cambiado? ¿Qué ha hecho que el péndulo regrese al velo?

La influencia islamista creció en todo el mundo árabe después de la humillante derrota sufrida por los árabes a manos de Israel en 1967. En 1979, la revolución iraní tentó a la región con su visión de un Estado islámico. Además, las economías de los países de la zona habían sufrido un deterioro e impulsaron a muchos trabajadores a buscar empleo en Arabia Saudí, donde se vieron influenciados por el wahabismo. A su regreso a sus lugares de origen, los trabajadores trajeron consigo estas nuevas ideas conservadoras, entre las que se incluía una percepción más estricta de la modestia de la mujer.

Anwar Sadat alentó a los islamistas en Egipto, utilizándolos contra sus enemigos políticos internos. Después de que unos oficiales islamistas del Ejército asesinaran a Sadat en 1981, el régimen de Mubarak, que se autoproclamaba laico, combatió a sus rivales conservadores —incluidos los Hermanos Musulmanes, los opositores más organizados de Mubarak— con un conservadurismo propio. Es un patrón habitual que usan los Gobiernos —especialmente aquellos próximos a Estados Unidos y Europa, como Egipto bajo el dominio de Sadat y Mubarak— para protegerse contra quienes los tildan de ateos o impíos. Los clérigos conservadores aparecían en televisión y otros medios en un alarde de músculo fundamentalista diseñado para mostrar que los Hermanos Musulmanes no tenían la exclusiva de la piedad. Un tropel de clérigos, algunos con el beneplácito del Estado y otros no, usaron cintas de casete y más tarde canales de televisión por satélite para difundir sus mensajes.

Cuando se trataba de mujeres, su principal mensaje era «cubríos». En los años noventa, el clérigo populista Omar Abdel Kafi grabó cintas de casete a favor del hiyab que compraban las mujeres de clase alta de El Cairo (las cintas de casete eran una forma de llegar a un público más amplio que evitaba la censura del Estado, parecido a lo que sucede con las redes sociales en la actualidad). A Omar Abdel Kafi se le atribuye haber «convertido» él solo a varias actrices famosas y haberlas apartado de la «vida pecaminosa» de la pantalla y conducido a la piedad del velo, instaurando así un ejemplo para sus admiradoras.

Con la llegada de la televisión por satélite a finales de los noventa, un telepredicador llamado Amr Khaled se asomó a las ondas para

predicar que el islam no estaba reñido con las costumbres «modernas». Pero también él hizo del velo su mensaje principal hacia las mujeres. Una conocida mía que veía regularmente sus programas me dijo que comenzó a ponerse el hiyab después de oírle hablar de la importancia de cubrirse de un modo muy conmovedor. «Me eché a llorar. Corrí al armario de mi madre, saqué un pañuelo y decidí que comenzaría a llevar velo», me contó.

Por esa misma época, algunos de los países vecinos de Egipto con influencias similares introdujeron el hiyab en las leyes. En Sudán, el artículo 152, introducido en 1991 en el Código Penal, posibilita que el Estado pueda condenar hasta con cuarenta latigazos a las mujeres que violen las «normas de vestimenta inmoral».

> Quien cometa en un lugar público algún acto indecente o se comporte de tal manera o de cualquier otra que vaya en contra de la moralidad pública, o lleve un atuendo indecente o inmoral que incomode el sentir público, será sancionado con un máximo de cuarenta latigazos, con una sanción o de ambas maneras.

Este tipo de lenguaje permite que la «policía moral» de Sudán castigue a las mujeres por ir sin velo e incluso por llevar pantalones. Aun así, la misoginia refleja la jerarquía: las sudanesas que son arrestadas por «vestir de manera indecente» que pertenecen a familias adineradas o con contactos suelen librarse de los latigazos o pagan una multa para evitar el dolor y la humillación. Las mujeres menos favorecidas y las cristianas del sur —lo que pasó a ser Sudán del Sur— son las más afectadas por el infame artículo 152.

En los países donde los islamistas han abogado por el velo, los tipos de velo que fomentan son nuevos. A diferencia de los velos tradicionales, que se llevaban más sueltos, más al aire, los que promueven los islamistas se llevan más ceñidos y a menudo se acompañan, en los círculos más conservadores, de abrigos abotonados hasta los pies y túnicas negras o azul oscuro. Por el contrario, a medida que el velo se ha hecho más notorio, muchas mujeres jóvenes en Egipto y, especialmente, en los países occidentales subvierten la nueva austeridad con velos de color flúor y prendas que se adaptan al cuerpo que desafían la modestia que supuestamente subyace a la idea de velarse.

En 2005, me encargaron que entrevistase al líder espiritual de los Hermanos Musulmanes en el cuartel general de la organización en El Cairo. Aunque oficialmente era una organización ilegal, se les había «permitido» concurrir a las elecciones parlamentarias de ese año. En muchos vecindarios por todo El Cairo había publicidad, carteles y folletos suyos. Yo había dejado de llevar hiyab en 1993 y estaba preparada para que me pidiesen que me cubriera para la entrevista; siempre que había entrevistado a algún líder de los Hermanos Musulmanes en el pasado, me habían entregado un pañuelo antes de

entrar en la habitación donde tendría lugar la entrevista.

Ese día llevaba pantalones y una camiseta de manga corta. Pero la persona que me recibió no me tendió un pañuelo. Me sentí gratamente sorprendida. Mi primera entrevista era con Mohamed Akef, que por aquella época era el guía supremo de los Hermanos Musulmanes. Le dije que había oído que su organización parecía más pluralista de lo habitual y que había acudido para comprobar si realmente aceptaban la diversidad de opinión.

Me contó que los Hermanos aceptaban plenamente el pluralismo y la inclusión. Para ilustrar esta idea, mencionó que, después de que los Hermanos Musulmanes de Kuwait, junto con los salafistas ultraconservadores, se opusieran a los planes del emir de implantar el sufragio femenino y permitir que las mujeres se presentaran a las elecciones, él —Akef— les había escrito para recordarles que el islam no prohíbe que las mujeres participen en la política.

Complacida con que hubiera sacado el tema de la mujer tan pronto en nuestra conversación, le pregunté a Akef si, en caso de que gobernaran en Egipto, los Hermanos Musulmanes cambiarían la Constitución egipcia para restringir los derechos de las mujeres, por ejemplo, obligándolas a llevar el velo.

Él insistió de nuevo diciendo que los Hermanos Musulmanes creían en el pluralismo y la inclusión, y añadió:

—Prueba de ello es que estás aquí entrevistándome y estás desnuda —dijo Akef.

—No estoy desnuda.

—Tu cabello está desnudo, tus brazos están desnudos; según la ley de Dios estás desnuda.

—Las aleyas del Corán que hablan de la vestimenta de la mujer tienen distintas interpretaciones —le dije.

—No escuches a aquellos que intentan decir que el hiyab no es obligatorio. No existen distintas interpretaciones. Solo hay una interpretación y, según esa interpretación, estás desnuda.

Hasta ahí llegó el pluralismo.

Solo tenía que abandonar el cuartel general de los Hermanos Musulmanes y echar un vistazo a mi alrededor para entender por qué Akef no tendría que cambiar nada en la Constitución para imponer el velo. Los Hermanos Musulmanes ya habían ganado esa batalla. El velo, fuera el hiyab o el nicab, es una bandera blanca izada para proclamar que nos rendimos a los islamistas y a su conservadurismo. Casi una década después de esa entrevista, con la mayoría de las mujeres egipcias tapadas por una forma de velo u otra, es evidente que los islamistas han conseguido el control social de toda la región.

Cuando hablo sobre la necesidad de una revolución social para que nuestra revolución política tenga éxito, tengo en mente esta victoria

islamista sobre las costumbres sociales —además de la definición de modestia—, no solo la opresión del régimen.

Nunca he descrito en detalle la experiencia de llevar velo o de quitármelo. Siempre ha sido un tema difícil, y muchos años después de decidir dejar de llevarlo me sentía tan avergonzada que prefería no comentar con mis nuevas amistades que en su día llevé hiyab. Llevé el velo durante nueve años. Tardé ocho en quitármelo.

Cuando vivía en Egipto de niña, ninguna de mis familiares llevaba ningún tipo de velo, y los únicos que se veían eran los pañuelos corrientes que llevaban las egipcias del campo. No obstante, durante los años setenta y ochenta, las mujeres comenzaron a cubrirse más y más, algo que salta a la vista cuando repaso fotos familiares antiguas. Aquellas tías mías que hace treinta o cuarenta años se casaban o acudían a las bodas con vestidos sin mangas por la rodilla —y a menudo posaban junto a bailarinas de danza oriental ataviadas con sujetadores y bragas brillantes y tintineantes y faldas ligeras— aparecen en las bodas actuales casi uniformemente veladas. La mayoría de sus hijas, mis primas, también llevan hiyab.

En 1980, cuando regresé a El Cairo —mi primer viaje familiar a la ciudad desde que nos habíamos mudado a Londres en 1975—descubrí que la hermana menor de mi madre había decidido ponerse un velo especialmente austero que consiste en una túnica que va de la cabeza a los pies, como una tienda de campaña ambulante. Mi tía es solo cuatro años mayor que yo. De niñas habíamos estado muy unidas y prácticamente nos habíamos criado juntas. Entonces, cuando caminábamos juntas por la calle —yo tenía trece años y ella diecisiete —, los desconocidos se detenían y la insultaban por su forma de vestir. Cuando critican, los egipcios no escatiman; yo llevaba entonces el pelo tan corto que un hombre joven que caminaba detrás de nosotras le dijo a su amigo: «Esa chica antes era un chico y se ha cambiado de sexo». Pero mi tía se llevó la peor parte de los comentarios vitriólicos: «¿Pero qué demonios estás haciendo?», «¿Qué es esa tienda que llevas puesta?». (En la actualidad, en El Cairo, treinta y cuatro años después, se insulta de manera similar a las mujeres que, como yo, no llevan velo).

Arabia Saudí lo cambió todo para mí. Poco después de que mi familia se instalara en Yeda, cuando yo tenía quince años, comencé a desear llevar velo. La religión estaba por todas partes. El comité para la promoción de la virtud y la prevención del vicio —la definición oficial y kafkiana de la policía moral, también llamados los Mutaween o los Haya'— acosaba tanto a vendedores como a compradores para que asistiesen a la oración, y perseguía a las mujeres instándolas a que se cubriesen. Necesitaba defenderme y pensé que lo conseguiría con el

hiyab. Cuando les anuncié a mis padres mi decisión, dijeron que era demasiado joven para llevar hiyab y sugirieron que esperase un año o así.

Menos de un mes después de nuestra llegada a Yeda hicimos el *hajj* o peregrinación, uno de los cinco pilares del islam. Hasta entonces, La Meca —el lugar de nacimiento del islam donde está ubicada la Ka'aba, la estructura cúbica hacia donde rezan los musulmanes cinco veces al día— era un lugar que solo había visto en las fotos colgadas de las paredes del salón de mi familia y mis amigos. Durante este viaje fue la primera vez que llevé velo, si exceptuamos la hora del rezo. Parecía una monja vestida con mis ropajes blancos de peregrina.

Uno de los primeros rituales de la peregrinación es el *tawwaf*: rodear la Ka'aba para presentar tus respetos ante este lugar sagrado y manifestar tu intención de realizar el *hajj*. A vista de pájaro, los cientos y miles de musulmanas y musulmanes que rodean la Ka'aba parecen un tocadiscos que gira con un movimiento suave y sobrecogedor.

Hay que rodear la Ka'aba siete veces, y mientras caminaba a su alrededor lentamente, rezando junto a mi familia, en un momento enormemente significativo y sagrado, noté una mano en el culo. Ningún hombre me había tocado nunca esa parte de mi cuerpo (ni ninguna otra, a decir verdad). No podía correr y, aunque hubiera tenido la valentía, no habría podido darme la vuelta para enfrentarme al hombre que me estaba sobando porque literalmente no había sitio para hacerlo.

No podía expresar con palabras lo que me estaba sucediendo. No podía entender cómo, en el lugar más sagrado del mundo, en el lugar hacia donde todos mirábamos cuando rezábamos, a alguien se le podía ocurrir ponerme una mano en el culo y dejarla ahí hasta que logré zafarme. El hombre fue insistente. Cada vez que me apartaba, él volvía a agarrarme.

Rompí a llorar, porque era todo lo que podía hacer. No fui capaz de contarles la verdad a mis padres, por eso les dije que me agobiaba el gentío. Subimos al piso de arriba de la Gran Mezquita, a uno de los círculos interiores, para completar el *tawwaf*. Luego regresamos al piso de abajo y a la Ka'aba una vez más para besar la roca negra, otro ritual de la peregrinación. Según la creencia, la roca fue traslúcida y blanca en su día, pero con el tiempo, perdió el encanto del paraíso y se manchó con los pecados de la humanidad.

Mi madre y yo tuvimos que esperar al turno de las mujeres. Un policía saudí que estaba allí de pie les hizo un gesto a los hombres para que esperasen mientras besábamos la roca. Mientras me inclinaba hacia esta, el mismo policía me toqueteó el pecho subrepticiamente. Subrepticiamente: así es como lo hacen la mayoría de los hombres,

como aprendí durante mis años en Arabia Saudí y luego en Egipto. Así es como se hacen con tu cuerpo, tan subrepticiamente que acabas por dudar si el abuso ha existido, si de verdad te has sentido asqueada, si, en realidad, unos dedos se deslizaron por debajo de tu asiento en el autobús o si te rozaron el culo cuando el hombre al que pertenecían apartó la vista.

Si un policía junto a la Ka'aba en La Meca me toquetea el pecho, ¿qué posibilidades tengo de quejarme y que su acto no quede impune? El silencio y la vergüenza se aprenden rápido y pronto. Si un policía que les dice a los hombres que se aparten para que las mujeres puedan besar la roca negra sin ser molestadas me manosea ahí el pecho, precisamente junto al lugar más sagrado para los musulmanes, ¿qué posibilidades tengo yo o cualquier otra mujer de combatir el abuso contra nuestro cuerpo?

Me llevó años poder hablar de estos tocamientos durante el *hajj*. Me callé no solo por vergüenza, sino por no dejar a los musulmanes en mal lugar. Incluso ahora, cuando sí que hablo de cómo me manosearon durante el *hajj*, me acusan de inventármelo o me dicen que estoy difamando al islam. Aunque varias mujeres me han hablado de abusos similares mientras llevaban a cabo rituales sagrados. Desde luego, nuestros cuerpos sufrirían menos abusos si toda la energía que se emplea en acallarnos se empleara en detener a los hombres que nos manosean.

Una noche, de regreso a Yeda, tomamos un taxi pirata para hacer nuestra compra semanal. El hombre joven que nos dejó en el centro comercial de Yeda donde comprábamos insistió en esperarnos para poder llevarnos a casa.

—Tío, quiero pedirle la mano de su hija en matrimonio —le dijo el taxista, de unos veinte años, a mi padre, que estaba sentado a su lado en el asiento del acompañante de regreso a casa.

—Si tiene quince años.

Mi madre, mi hermano y yo estábamos en el asiento de atrás intentando no partirnos de risa.

—No pasa nada. Quiero casarme con ella de todas formas.

—En nuestra familia, nadie se casa antes de terminar la universidad, hijo.

—No pasa nada. La esperaré.

Todos nos reímos cuando llegamos a casa, pero ese «tiene quince años» seguido de «No pasa nada. Quiero casarme con ella de todas formas» no era ninguna broma. Poco después, un hombre mucho mayor que me pilló mirando un tablón de anuncios en un supermercado mientras mis padres pagaban la compra me preguntó si estaba sola. Después de contarles a mis padres lo sucedido, no me volvieron a dejar ir sola. Mi hermano tenía que acompañarme a todas

horas: una lección temprana de cómo se restringe la libertad de movimiento de la mujer en aras de la protección.

Para cuando hicimos nuestro segundo *hajj*, mi mente estaba lista para rendirse y mi cuerpo ansiaba desesperadamente la invisibilidad. Me sentía como si todo fuera *haram* (prohibido) en Arabia Saudí. Fue el principio de la primera de mis depresiones; creía que me estaba volviendo loca. Por eso hice un trato con Dios: como siempre dicen que una buena musulmana se cubre el cabello, me cubriré el cabello si impides que pierda la cabeza. Me decidí a llevar velo y esta vez mis padres aceptaron mi decisión.

Pero descubrí que el hiyab no me volvía invisible. Había decidido esconder mi cuerpo de la misma manera que algunas adolescentes: cuando notan que despiertan la atención masculina, se refugian en la ropa holgada. Pero las prendas que yo llevaba no protegían mi cuerpo de los dedos y las manos indeseados. Si hubiera usado pintura para indicar los lugares donde me han tocado, me han manoseado o me han agarrado sin mi consentimiento, incluso cuando llevaba el hiyab, todo mi torso, por delante y por detrás, estaría coloreado.

Aunque vivir en Arabia Saudí propició que decidiera llevar velo, lo llevaba con menor frecuencia de la que puedas imaginar. Según aseguraban la mayoría de los eruditos religiosos, solo era necesario cubrirse en presencia de los hombres que no eran parientes (aunque tal interpretación ha sido rebatida, como he mencionado antes) y, como la segregación por género en mi colegio implicaba pasar la mayor parte del día con otras mujeres, podía estar sin velo. No obstante, cuando regresaba a Londres con mi familia de vacaciones, la necesidad de llevar el velo —al menos según las reglas y las normas que había aceptado— era continua. Lo llevaba casi todo el día y comenzó a asfixiarme. Me constreñía el cuello. Me sentía oprimida y condicionada, y echaba de menos la sensación del viento en el pelo. Cuando miro mis fotografías de esa época, veo a una chica que está aislada del mundo, como si el pañuelo sellara la tristeza que sentía.

A pesar de la tristeza, me iba bien en los estudios. Si llevar el hiyab me causaba o me agudizaba la depresión, nadie lo habría adivinado. Escribí un ensayo sobre la multitud de formas en las que las mujeres se cubrían la cabeza en las distintas confesiones religiosas, en el que aducía que no era justo asociar el velo solo con el islam. ¿Qué había de las monjas o las judías ultraortodoxas?, me preguntaba. Estaba deseando defender mi compromiso con el velo y conectar otras religiones con el ideal de modestia al que me había sometido.

Entonces descubrí el feminismo.

A los diecinueve años, me topé con esos libros incendiarios en la biblioteca universitaria de Arabia Saudí. Lo que más me sorprendió fue leer argumentos de mujeres musulmanas —como Mernissi y

Ahmed— que cuestionaban el velo. ¿Por qué solo las mujeres eran responsables de proteger a los hombres del deseo sexual que supuestamente las mujeres despertaban en ellos? ¿Por qué no podían controlarse los hombres? ¿Por qué, si los hombres eran los tentados, no se les perseguía a ellos? Todas estas preguntas me asaltaron en una época en la que yo intentaba apartarlas. Eran bienvenidas y mal recibidas al mismo tiempo, un síntoma de que era inevitable que mi velo y yo terminaríamos ajustando cuentas.

Mi vía de escape era subrayar la idea de «elección». Si una mujer tenía derecho a llevar minifalda, entonces yo tenía derecho a elegir llevar velo. Mi elección era un síntoma de mi libertad de pensamiento. Así, decidir ponerme lo que quería era una forma de afirmarme en el feminismo. Yo era feminista, ¿no?

Pero pronto aprendería que elegir llevar hiyab es mucho más fácil que elegir quitártelo. Y esa lección fue un recordatorio importante de hasta qué punto la elección puede ser «libre».

Cuando regresé a Egipto a la edad de veintiún años, el hiyab se convirtió en una ocupación a tiempo completo que acarreaba deberes que nunca me habría imaginado. Por aquel entonces, en 1988, antes de los hiyabs rosa y naranja fluorescente y los pantalones de pitillo, existían ciertas ideas preconcebidas sobre lo que una mujer con hiyab podía o no podía hacer. La extraña combinación que yo representaba complicaba la ecuación: una mujer egipcia que chapurreaba árabe con un marcado acento inglés, que bailaba cuando había música en el campus con el hiyab puesto. Por aquel entonces, esa combinación resultaba chocante. Pero intentar convencer a la gente de que podía lograr que funcionara se convirtió en una especie de obsesión.

Cogía el metro y pensaba para mis adentros: no puedo fallar al equipo. ¿Qué pensará la gente de las musulmanas si me quito el velo después de todo lo que he dicho y hecho para demostrar que se puede llevar y al mismo tiempo ser extrovertida y feminista?

En esa época comencé a conocer y entrevistar a feministas egipcias, amparándome en mujeres reales que lideraban las luchas sobre las que había leído. Las buscaba por todas partes. Muchas de aquellas mujeres prácticamente me adoptaron, me invitaban a sus reuniones, me enviaban sus últimos informes y me avisaban de los congresos que organizaban. Una de aquellas mentoras, Hala Shukrallah, se convertiría en la primera mujer en liderar un partido político en Egipto cuando el partido social demócrata Dostour la eligió como cabeza de lista en 2014.

Un día, entrevisté a una periodista veterana que estaba haciendo exactamente lo mismo que yo aspiraba hacer: utilizar la escritura para luchar por la igualdad de la mujer.

—¿Por qué te cubres el pelo? —me preguntó.

Para Shukrallah y las demás feministas de la New Woman Foundation, mi hiyab no representaba un problema. Por eso, cuando la periodista sacó a relucir mi velo, me pilló desprevenida. No estaba allí para hablar de mí misma, pero me convertí en la prueba número uno mientras ella explicaba cómo las fuerzas conservadoras oprimían a las mujeres egipcias.

—¿No ves que estás destruyendo todo aquello por lo que tanto hemos trabajado? —me preguntó.

En ese momento, no lo veía. Me tenía por una feminista entusiasta y la idea de fallar a mis hermanas me horrorizaba.

—Pero yo he elegido vestirme así —respondí. De nuevo, el verbo elegir. Lo que finalmente me ayudó a separarme del hiyab fue una anécdota que me contó mi madre extraída de una conversación sobre mí con un médico compañero de mi padre. Me ayudó a acabar con el conflicto que causaba esa idea, la elección. El médico, interesándose por mí y por mi hermano, le preguntó si me había casado. Cuando mi madre le contestó que no, él repuso —según me contó ella—: «No te preocupes, lleva velo. Encontrará marido». Así de fácil: un trozo de tela me había suplantado.

Entonces comprendí —como había demostrado la seguridad paternalista de ese hombre— que yo no era la chica de portada con hiyab que me imaginaba. Solo era un hiyab.

Cuando respondí a toda prisa «pero yo he elegido vestirme así», no había tenido en cuenta a los hombres, por ejemplo, a este médico, que consideraban irrelevante mi elección (del mismo modo que mi elección era irrelevante para la periodista). Me di cuenta de que la periodista y el médico representaban bandos opuestos en una misma lucha, y supe que no quería estar del lado del médico.

La semana que decidí finalmente que dejaría de llevar velo, acababa de terminar mis estudios de periodismo en la Universidad Americana de El Cairo. Se podían contar con los dedos de las dos manos el número de mujeres veladas en la AUC durante los años en que estudié allí, de 1988 a 1992. En aquellos años, yo pertenecía a la minoría que llevaba velo también fuera del campus.

Mis mayores retos el día que terminé con mi velo fueron dos: el primero, contárselo a mi familia, que me había presionado para que no me lo quitara durante esos ocho años de lucha. El segundo, hacerme un mal corte de pelo. No quería que nadie pensara que me había quitado el velo por vanidad o para atraer a los hombres. En esa época, el feminismo significaba para mí no llevar maquillaje, no depilarme las cejas y rechazar la «feminidad» con fervor (salvo en el caso de las faldas conjuntadas con los pañuelos).

Por eso, lo último que quería era «estar guapa» después de quitarme el hiyab, y la mejor manera de asegurarse de que no lo estaría pasaba

por acudir a una peluquera. En Egipto, al menos antes de que la mayoría de las mujeres optaran por el hiyab, la peluquería estaba considerada una profesión de mala reputación para las mujeres y era un mercado dominado por los hombres. Por eso acudí a una peluquería local y pregunté por una mujer. Me preguntaron si estaba segura, pero yo fui inflexible.

Tras hacerme un corte de pelo chungo, y con el velo cubriéndome solo la mitad de la cabeza, fui a recoger a mi hermana al colegio, donde sabía que me encontraría con mi madre. Mientras esperábamos a que los niños y niñas salieran, le conté a mi madre nerviosamente lo que había hecho.

Aquellos últimos días de mi lucha con el pañuelo tuvieron lugar durante una ola de calor, y utilicé el clima como excusa para esconderme en casa durante unos días, retrasando el momento de dar la noticia a mis amigos y compañeros. Finalmente, cuando me obligué a salir de casa, estaba convencida de que para cualquiera que me cruzara por la calle y en el transporte público que tomé para llegar a la AUC, mi cabeza descubierta era una novedad, ya que justo ese día había dejado de llevar el velo. La cosa no mejoró al llegar a AUC, donde mis amigos se dividían entre el bando de «¡Estás mucho mejor así!» y el bando de «Pero ¿qué has hecho? Nos haces quedar mal a todas». A una amiga de este segundo bando le contesté: «No soy el Corán con patas». Pero no sirvió de mucho.

La culpa me persiguió durante varios años. Me pesaba menos si continuaba poniéndome la misma ropa modesta que solía llevar con el hiyab, salvo el pañuelo. Me avergonzaba tanto de habérmelo quitado que nunca les contaba a mis nuevas amistades que antes lo llevaba. No me maquillaba, continué con el pelo corto y tuve que vérmelas con una nueva conciencia de mi cuerpo. Llevar el hiyab durante nueve años me había permitido posponer la necesidad de definir qué significaba para mí la feminidad. El hiyab había sido mi manera de intentar esconderme de los hombres, pero al final solo había conseguido ocultarme mi cuerpo a mí misma.

Una mañana de 2002, un clic en un correo electrónico de Human Rights Watch sacó a la luz todo lo que nunca había expresado, todo lo que nunca había afrontado, todo lo que había intentado olvidar.

El incendio fue una tragedia que podría haber sucedido en cualquier lugar. Quince niñas de entre trece y diecisiete años habían muerto en una avalancha y otras cincuenta y dos habían resultado heridas tras desatarse un incendio en su colegio.

Los padres y los periodistas, furiosos, exigieron la dimisión de las autoridades educativas, a las que acusaban de incompetencia y corrupción. Había muchos motivos para estar furiosos. Unas 800 alumnas se apiñaban en un edificio diseñado para 250. La puerta

principal del colegio estaba cerrada. No había salidas de emergencia, no había alarmas de incendios, no había extintores en el edificio. Pero un detalle mucho más siniestro en esta tragedia nos muestra que solo podría haber sucedido en Arabia Saudí.

Los bomberos contaron ante la prensa saudí que la policía moral había obligado a las niñas a permanecer en el interior del edificio en llamas porque no tenían puestos los velos y las *abayas* que las mujeres deben llevar en público en ese reino. Un periódico saudí informó que la policía había detenido a los hombres que intentaron ayudar a las niñas a escapar del edificio, bomberos incluidos, mientras decían: «Acercarse a ellas es pecado». Las niñas murieron porque los fanáticos de la puerta prefirieron verlas arder que aparecer en público vestidas de manera inapropiada.

Eres tu velo. Tu velo vale más que tú.

No podía dejar de llorar mientras leía el informe de Human Rights Watch. Alguna de aquellas niñas podría haber sido mi hermana pequeña, que en esa época iba al colegio en Yeda. ¿Qué clase de islam permite que los hombres condenen a unas niñas a la muerte?

El incendio en el colegio y la complicidad del Estado saudí en las muertes de esas niñas deberían haber desatado protestas, ¡incluso una revolución! Cada año, se conmemorarían sus muertes y se reflexionaría sobre las consecuencias fatales de la misoginia. Sí, la misoginia puede matarte. Esas escolares siempre deberían ser recordadas como víctimas de un crimen de odio: el crimen de odiar a las niñas y las mujeres.

Pero ni se las conmemora, ni se las honra, y la revolución en Arabia Saudí todavía parece lejana.

Cuanto más te acercas a Dios, menos te veo a ti: esa es la idea detrás del nicab. La encuentro extremadamente peligrosa, surge de una ideología que pretende esconder a las mujeres. Mucha gente dice que apoya el derecho de una mujer que ha elegido llevar nicab porque es su derecho natural. Pero lo que hacen es apoyar una ideología que no cree en el derecho de la mujer a hacer nada salvo cubrirse el rostro. En Arabia Saudí, por ejemplo, la ideología salafí afirma que las mujeres no pueden viajar solas, no pueden conducir, ni siquiera pueden acudir al hospital sin el permiso de un hombre. Aun así, los hay que aseguran que las mujeres musulmanas están luchando por el derecho a llevar velo, por cubrirse el rostro. Me indigno cuando la gente dice que, como feminista, debería apoyar el derecho de la mujer a hacer tal cosa. Sostener que llevar el nicab es cuestión de feminismo es entender el feminismo del revés.

Lo que me preocupa sobre la discusión del velo en Europa es que las prohibiciones del hiyab y del nicab son medidas propuestas por partidos xenófobos de derechas casi en exclusiva. Están apropiándose

de un tema que saben que es muy emocional y muy fácil de vender a los europeos temerosos de la inmigración y preocupados por la economía, europeos que no comprenden a las personas que parecen y suenan distintas a ellos. Como resultado, las prohibiciones no son apoyadas por aquellos que las perciben como una forma de islamofobia en lugar de por lo que son en realidad: un tema de derechos de la mujer.

El racismo y la discriminación que los musulmanes afrontan en muchos países —como Francia, donde vive la comunidad musulmana más numerosa de Europa— son problemas reales. Pero no debemos sacrificar a las mujeres en el altar de lo políticamente correcto, o en nombre de contrarrestar la poderosa y boyante derecha en países donde los musulmanes son una minoría. Estoy decepcionada con la izquierda europea por no pronunciarse y defender que prohibir el nicab es fundamental para los derechos de la mujer: estamos combatiendo una ideología que no cree en los derechos de la mujer. Por eso apoyo la prohibición del velo que cubre el rostro impuesta en Francia, Bélgica y también en algunos lugares de Cataluña.[14]

También me pregunto por qué tantos hombres musulmanes se apresuran a defender el nicab y el derecho a llevarlo.

Observa el encontronazo que tuve con un hombre así, el reconocido académico Tariq Ramadan, criado en Suiza, nieto del fundador de los Hermanos Musulmanes, Hasan al Banna. Ramadan ha escrito largo y tendido sobre el hecho de ser musulmán y occidental, y se le suele considerar una influencia positiva para los jóvenes musulmanes europeos que navegan entre múltiples identidades. Personalmente, encuentro algunas de sus posturas demasiado conservadoras.

Durante su intervención en el programa televisivo de la BBC *Newsnight*, donde nos pedían que opinásemos sobre la prohibición del nicab en Francia, Ramadan se esforzó mucho para explicar que consideraba que solo la comunidad musulmana podía abordar el debate sobre el nicab. Ese argumento me parece una falacia. Aunque superficialmente parezca bastante razonable, las mujeres tienen pocas posibilidades de expresar su disconformidad en esa comunidad.

Justo en ese mismo momento —ni planeado habría salido mejor—, cuando Jeremy Paxman, el presentador de *Newsnight*, me vio negar con la cabeza para expresar mi desacuerdo con las palabras de Ramadan y comentó que yo parecía tener una opinión distinta, Ramadan me impidió que tomara la palabra y me interrumpió con una barbaridad: «Claro que tiene una opinión distinta. Todos sabemos que eres una neoconservadora».

Se refería a los neoconservadores de la política estadounidense, con cuyas ideas nunca me he sentido identificada. Creía —dado que los neoconservadores apoyaron la invasión estadounidense de Irak, contra

la que yo me manifesté cuando vivía en Nueva York— que llamarme así era una forma de difamarme.

Después de que Ramadan interrumpiera varios de mis intentos de explicar por qué no estaba de acuerdo con que el debate del nicab se llevara a cabo solo en el seno de la comunidad, le grité que se callara porque era mi turno y continué explicando que su conducta era un ejemplo perfecto de los riesgos de insistir en que la comunidad debía ocuparse sola del asunto: los hombres hablan por todos y todas.

Era, en palabras de una amiga mía, como si él dijera: «Cállate, mujer, y déjame pelear por tus derechos». Desde aquel encontronazo con Ramadan, se ha popularizado el término *mansplaining* o «machoexplicación» para describir la insistencia de un hombre en explicarle a una mujer algo que ha experimentado ella.

Las prohibiciones del nicab continúan ganando terreno en la Unión Europea. En julio de 2014, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos avaló la ley francesa de 2010 que sostiene que, en un lugar público, no se pueden llevar prendas que oculten el rostro. Está penado con una multa de unos 150 euros. El tribunal dictaminó que la prohibición «no está explícitamente fundada en la connotación religiosa de la vestimenta, sino únicamente en el hecho de que oculta el rostro». Esta sentencia expresa perfectamente cómo se debería plantear el asunto: los efectos de la ocultación deben anteponerse a la connotación religiosa.

Se pueden esgrimir argumentos contra el nicab por temas de seguridad; por ejemplo, una persona enmascarada no puede entrar en un banco, y el nicab se puede considerar un tipo de máscara. Yo prefiero un argumento más filosófico. Somos criaturas sociales y la comunicación no verbal es una parte importante de nuestras interacciones diarias. Si estuviera sentada delante de ti ahora, nuestra interacción sería muy diferente dependiendo de si puedes verme la cara o no. Cuando salimos de nuestros hogares, realizamos un contrato social con la comunidad en la que vivimos. Creo que los velos que ocultan el rostro violan ese contrato al limitar la capacidad de interactuar de manera plena, puesto que impiden la comunicación no verbal.

Algunos se han opuesto a la prohibición del nicab argumentando que no es asunto del Estado cómo decide vestirse la gente. Creo que este argumento es una falacia que ignora el hecho de que el Estado sí se ha manifestado con anterioridad en esta materia al prohibir la desnudez en público, por ejemplo. El estado de Nueva York, donde viví durante diez años antes de mudarme a Egipto para escribir este libro, prohíbe que se lleven máscaras en encuentros de tres o más personas.

A lo largo de la última década, ha surgido una tensión interesante y

necesaria en el debate sobre el velo gracias a la creciente visibilidad de las comunidades musulmanas en Occidente. Antes he mencionado cómo en Egipto, por ejemplo, las idas y venidas con el hiyab se articulaban como un tira y afloja entre el islam y Occidente. Bien, entonces, ¿qué pasa si eres una musulmana que vive en Occidente? ¿Qué sucede cuando eres islam y Occidente a la vez? Estas identidades cada vez más visibles contribuirán, espero, a que desechemos la oposición islam *versus* Occidente.

Irónicamente, las prohibiciones del nicab podrían impulsar esa polémica tan necesaria sobre el velo facial que tantas comunidades musulmanas temen abordar. Debemos desechar la idea de que el nicab es la cúspide de la piedad para las mujeres; he llegado a oír decir a algunos eruditos religiosos que si una mujer es «demasiado hermosa» está obligada a cubrirse el rostro. Debemos examinar cómo el nicab contribuye al fomento de una «cultura de la pureza» —tomo prestada la expresión que las feministas de Estados Unidos han comenzado a utilizar contra los conservadores cristianos obsesionados por la «modestia» de la mujer—, y cómo esa cultura contribuye directamente a los peligros a los que las niñas y las mujeres se enfrentan en el espacio público. Además, necesitamos oír más voces de mujeres musulmanas. Después de apoyar los vetos al nicab —y condenar a las claras el racismo y la xenofobia de los grupos políticos que los habían impulsado—, algunas mujeres musulmanas me dijeron en privado que se oponían a cualquier tipo de velo que cubriese el rostro, pero que eran reacias a hablar por la avalancha de ataques que yo tuve que soportar después de apoyar públicamente las prohibiciones y oponerme a los velos faciales.

A menudo, cuando hablo en distintos foros en Occidente, como campus universitarios o programas de televisión con público de estudio, suele haber una mujer musulmana que pone en duda mi oposición al nicab y mi apoyo a su prohibición. Disfruto con el debate que mantenemos porque es un recordatorio importante de que las mujeres musulmanas sabemos diferir, que no somos monolíticas en nuestras opiniones. También es una lección sana que nos obliga a plantearnos que lo que nos han enseñado solo es una interpretación erudita comúnmente aceptada. Cuando era joven y oía a los hombres y mujeres a mi alrededor que la responsabilidad de una mujer especialmente hermosa era cubrirse el rostro para no tentar a los hombres (de nuevo, la idea de que salvar a los hombres de sí mismos es responsabilidad de las mujeres), me hacía sentir muy incómoda, pero era tímida para enfrentarme con mi velo y no tenía las palabras ni la capacidad de desafiar lo absurdo de esa forma de razonamiento.

Una mujer egipcio-americana con nicab apareció conmigo en un debate de la radio pública sobre el velo facial y también sale en un

bloque de la CNN que se ha hecho viral desde entonces en YouTube. En el programa de radio, ella explicaba que había comenzado a llevar nicab después de comenzar a trabajar en una plataforma petrolífera como ingeniera química y haber sufrido acoso sexual por parte de sus compañeros. De nuevo, esa «elección» de esconderse tras el velo, como yo había hecho en Arabia Saudí. Pero en su caso era un velo integral que le cubría el rostro, lo que yo considero un borrado de identidad. Una y otra vez, por culpa de las transgresiones sexuales de los hombres —en su caso, en Estados Unidos—, las mujeres ocultan sus cuerpos. Cuando el presentador del programa de radio le preguntó si el nicab había afectado su vida laboral de alguna manera, la mujer confesó que le había resultado difícil continuar trabajando como ingeniera y que había dejado el trabajo. Es importante recordar esta cuestión. Cuando argumento que el nicab borra a la mujer porque esconde su rostro, a menudo me increpan los que piensan lo contrario, que aseguran que las mujeres que se cubren el rostro son tan activas como la que más. Algo claramente falso.

Tuve otro enfrentamiento con otra mujer con nicab durante la grabación del programa de televisión de Al Jazeera English *Head to Head*. Grabado en la sociedad de debate Oxford Union, el programa tiene un formato de foro público en el que Mehdi Hasan, el presentador, fríe a preguntas sobre el tema en cuestión al invitado —en mi caso, mi ensayo «¿Por qué nos odian?» y la igualdad de género en Oriente Medio y el norte de África—, y después es el turno de un panel de expertos y del público.

Una mujer con nicab me reprendió por no permitirle luchar por quitarse el nicab al igual que yo lo había hecho con el hiyab. Al apoyar la prohibición del velo facial, aseguraba, le estaba impidiendo terminar su propio viaje. Le deseé lo mejor y le contesté que respetaba su postura, pero no la compartía y que seguiría apoyando la prohibición del nicab.

En la recepción después del programa, donde había hombres y mujeres, la misma mujer se me acercó sin el nicab. Me quedé atónita y le pedí que me explicara por qué no se cubría el rostro. Contestó que era complicado y que se cubría el rostro dependiendo de la situación. Le dije que las mujeres de Oriente Medio y el norte de África no tenían ese privilegio.

Sostengo que las mujeres que viven en países occidentales —que son musulmanas y occidentales al mismo tiempo— pueden ayudarnos a librarnos de la dicotomía islam-Occidente. Pero les ruego que sean conscientes del privilegio que les permite alzar la voz para defender el hiyab tan apasionadamente. Es fácil olvidar que hay mujeres más desfavorecidas que ellas para las que velarse no es una elección real. Entiendo la necesidad de defender el velo propio, yo lo hice durante

años, a pesar de que en mi interior luchaba contra él. Es importante defenderse frente a los islamófobos y los racistas. Lo pillo. Pero si se hace sin conocer las realidades que viven aquellas mujeres que no tienen el privilegio de elegir, entonces mis interlocutoras acaban haciendo exactamente lo mismo que me acusan de hacer cuando apoyo la prohibición del nicab: silencian a otras mujeres. ¿Por qué el silencio, cuando algunas de nuestras mujeres se funden en negro, ya sea por políticas identitarias o por ceder ante el salafismo? El nicab representa una extraña veneración por la desaparición de la mujer. Pone en un pedestal a una mujer que se cubre el rostro, que se borra, y considera este borrado el *summum* de la piedad. No podemos continuar ataviándonos con el velo negro e izando la bandera blanca frente a la misoginia islamista.

Egipto y Túnez aportan dos ejemplos interesantes y opuestos del impacto de la revolución en el velo y ofrecen pistas interesantes sobre hacia qué lado acabará por inclinarse el péndulo.

He leído y oído hablar de varias mujeres egipcias que dejaron de llevar hiyab o nicab después de la revolución que comenzó en enero de 2011. La activista y bloguera feminista Fatma Emam escribió una entrada exaltada en su blog donde explicaba cómo había decidido dejar de llevar hiyab porque había concluido que, si quería liberar Egipto, antes tenía que liberarse ella. En declaraciones a Bloomberg News, Emam contó que su madre la había acusado de querer ser un hombre y había amenazado con repudiarla si se unía a las protestas de la plaza Tahrir (por aquel entonces, Emam tenía veintiocho años). Ella acudió igualmente.

«Hay muchísimas mujeres como yo que han desafiado a sus familias —contó Emam ante Bloomberg—. La revolución no solo se está haciendo en Tahrir, está sucediendo en cada casa egipcia. Es la revolución para combatir el patriarcado».

Otra mujer egipcia me contó que se había quitado el hiyab mientras coreaba «libertad» cuando se manifestaba con miles de mujeres en enero de 2011, porque en ese momento eso era lo que la libertad significaba para ella.

Dos mujeres que pertenecen a un grupo de apoyo para mujeres que fundé en El Cairo poco después de trasladarme allí, en 2013, dejaron de llevar el hiyab después de la revolución. Una de ellas, de treinta y cinco años, me dijo: «Me quité el velo y comencé a exigir derechos. La revolución me ha vuelto mucho más valiente. Ahora es mucho más fácil hablar y sé que tengo capacidad para reclamar mis derechos sin que los hombres intervengan. Tengo derecho a que los hombres me respeten como a una igual y a que no me traten como a una seguidora. Lo que cambió la revolución fue nuestra mentalidad. Nos empoderó para decir: ¿quién soy yo, quién soy en este país y cuándo voy a

conseguir mis derechos?».

Otra mujer del grupo de apoyo tomó la decisión de marcharse de casa —un tabú tremendo en Egipto— con diecinueve años porque su madre amenazaba con encerrarla en la casa si se quitaba el hiyab.

Está por ver si estas mujeres tan envalentonadas para librarse del velo inspirarán a más mujeres. Eso espero. Sigo recibiendo correos y mensajes en mis redes sociales de mujeres angustiadas con problemas con sus familias por culpa del hiyab. Una mujer que conozco se quitó temporalmente el velo después de que el médico se lo recomendara para tratarse una infección del cuero cabelludo. Su madre, iracunda, contactó con un clérigo y le preguntó si podía repudiar a su hija.

En Túnez, bajo la dictadura de Zine el Abidine Ben Ali, el uso del velo en colegios y organismos públicos estaba prohibido. Fatoum Alaswad, del partido Ennahda, me contó que en su época de estudiante de derecho llevaba una boina que hacía las veces de hiyab para poder ir a la universidad. Pero cuando Ben Ali abandonó Túnez, la presión contra el velo se invirtió. Los informes sacaron a la luz que los salafistas estaban presionando y, en ocasiones, incluso atacando a las mujeres que no llevaban hiyab. Activistas feministas tunecinas como Amira Yahyaoui, fundadora de Al Bawsala (una de las primeras organizaciones de la región encargadas de monitorizar la redacción de la Constitución, que amenazaba con revelar los nombres y avergonzar a los miembros de la asamblea constituyente que intentaran vetar la cláusula sobre la igualdad entre hombres y mujeres), explicó que, aunque Túnez fuera más progresista que los Estados vecinos, es un país conservador y patriarcal, especialmente en las ciudades pequeñas y zonas rurales.

Yahyaoui me contó (para mi documental de radio del Servicio Mundial de la BBC World Service *Women of the Arab Spring* [*Las mujeres de la Primavera Árabe*]) que cuando le formuló a un miembro salafista de la asamblea constituyente una pregunta, este se negó a contestarle porque, según dijo, no hablaba con mujeres si iban «desnudas». Me reí y le conté que el guía supremo de los Hermanos Musulmanes también me había dicho que estaba desnuda. Furiosa por la descripción del salafista y su forma de ignorarla, Yahyaoui comenzó a desvestirse. Horrorizado, él le preguntó qué estaba haciendo.

—Estoy enseñándote cómo es una mujer desnuda —contestó Yahyaoui. El hombre le rogó que se detuviera y aceptó la pregunta. Ella me contó que cuando se promulgó la Constitución, buscó al salafista y se abrazaron para celebrar el momento.

Conocí a Lina Ben Mhenni, profesora de lingüística de la Universidad de Túnez y activa bloguera durante la revolución, en una cafetería desde donde se veía el Ministerio del Interior, donde su padre había sido torturado durante el régimen de Ben Ali. Los seis

meses anteriores, Ben Mhenni, de treinta años, había necesitado escolta policial las veinticuatro horas porque encontraron su nombre en una lista negra de objetivos de un reconocido grupo islamista. Planeaban asesinarla porque defiende los derechos de la mujer, es laica y no cree que se deban mezclar la política y la religión. Le pregunté a Ben Mhenni qué opinaba del levantamiento de la prohibición del velo en los colegios y los organismos públicos y el creciente uso del mismo.

—Lo considero una cuestión de libertad personal —dijo—. Sé que bajo el régimen eran frecuentes los arrestos e incluso las palizas a mujeres por llevar velo. Tengo una tía que lleva hiyab y ha sido arrestada varias veces. No es extremista, lo lleva porque quiere. Es una cuestión de libertad personal, esos tipos no deberían meterse con mi libertad.

¿Qué impacto ha tenido en la vida de las mujeres?

—Una de mis estudiantes me contó que sus compañeras de piso la estaban intentando obligar a llevar nicab. Ella vestía de negro y llevaba velo, prácticamente llevaba burka. Me dijo: «Antes no solía llevar nada así, y ahora me obligan a hacer esto».

En Ettadmun —uno de los barrios obreros más grandes de África— conocí a Fatma Jgham, una catedrática universitaria y activista por los derechos de las mujeres que había fundado Tahadi [Desafío], un centro cultural donde chicos y chicas reciben clases de rap, grafiti y baile como una forma de fomentar su activismo. Me contó que había recibido amenazas de algunos estudiantes salafistas del campus por no llevar hiyab.

Cuando le pregunté por el artículo en la nueva Constitución que garantizaba la igualdad, contestó:

—La igualdad es una práctica, no es una cuestión de palabras, de tener una bonita cláusula en una constitución. Las mujeres están combatiendo distintos tipos de extremismo: extremismo económico, extremismo cultural y distintas formas de violencia. Las cosas serán diferentes de verdad cuando me sienta segura allá donde vaya. Cuando ponga un pie en la calle, ¿me vas a respetar como mujer, puedes garantizar mi seguridad?

Una de las jóvenes que acudía a Tahadi era una chica de diecinueve años que llevaba velo, mientras que su madre, peluquera de profesión, no llevaba. Ambas se alegraban de que existiera una cláusula sobre la igualdad, pero les preocupaban más otros temas más cotidianos.

—Lo que cambiaría es la mentalidad, porque la gente del barrio dice siempre: «¿Cómo dejas que tu hija vaya [a Tahadi]? Está lleno de chicos». Y yo les digo: «No es asunto vuestro, es mi hija, le gusta ir y yo se lo permito» —dijo la madre—. Me preocupan los grupos fundamentalistas y extremistas, especialmente cuando vuelvo tarde a

casa del trabajo. A veces me marcho pronto para no encontrármelos. Conocemos nuestra religión y sé que llevar hiyab es una cuestión personal. A veces tengo clientas que vienen a la peluquería con hiyab y se lo quitan dentro porque les preocupa que los hombres de fuera, sean salafistas o de otros grupos fundamentalistas, las miren mal o las obliguen a ponérselo.

Tanto en el Túnez moderno como en toda la región, llevar hiyab no es una elección real para las mujeres, y no puede serlo mientras predominen la discriminación y la violencia. Casi un siglo después de que Huda Shaarawi se quitara su velo, nos hundimos, y continuaremos haciéndolo mientras el cuerpo de la mujer sea el lienzo donde señalamos nuestra aceptación del conservadurismo y el patriarcado.

[13] Aunque estos dos ensayos no están publicados en España, la mayoría de la obra de Mernissi ha sido traducida al castellano. La autora también aborda el tema del velo en su ensayo *El miedo a la modernidad: islam y democracia* (Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2007, trad. de Inmaculada Jiménez Morell) y, sobre todo, en *El harén político. El profeta y las mujeres* (Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1999, trad. de Inmaculada Jiménez Morell).

[14] Si bien es cierto que varios ayuntamientos catalanes, como el de Lleida, publicaron ordenanzas que prohibían el burka y otros velos integrales, en 2013 el Tribunal Supremo consideró que un ayuntamiento no tiene capacidad para limitar el ejercicio de un derecho fundamental como la libertad religiosa y las declaró nulas. La Generalitat catalana intentó impulsar una ley en 2014 para prohibir este tipo de prendas, pero no salió adelante, como tampoco había prosperado una iniciativa similar en el Senado impulsada por el Partido Popular en 2010. Con respecto a Europa, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea avaló en 2017 que las empresas puedan prohibir el uso del velo islámico en el trabajo, alegando que este veto es una norma privada de la empresa y, por tanto, «no constituye una discriminación directa por motivos de religión».

## Una mano contra las mujeres

Para aquellas de nosotras
que fuimos marcadas con el hierro del miedo
esa leve línea en el centro de nuestra frente
de cuando aprendimos a tener miedo con la leche materna
por esta arma
esta ilusión de seguridad aún por encontrar
los pies de plomo esperaban silenciarnos
Para todas nosotras
este instante y este triunfo
Nunca estuvimos hechas para sobrevivir

AUDRE LORDE, «Letanía de la supervivencia»
(fragmento), en *The Black Unicorn*
[El unicornio negro].

Casi el cien por cien de las niñas y mujeres egipcias han declarado haber sufrido acoso sexual. Un informe de Naciones Unidas de 2013 situó el porcentaje en el 99,3 %, aunque mis amigas aseguran en plan broma que el 0,7 % restante tenía el teléfono apagado cuando llamaron para preguntar. Antes de salir de casa, todas las mujeres que conozco se preparan para la carrera de obstáculos de comentarios ofensivos, manos largas y cosas peores que aguardan en las calles de camino al colegio, a la universidad o al trabajo. El mismo estudio de Naciones Unidas también informaba que un 96,5 % de las mujeres egipcias habían experimentado algún contacto físico no deseado, mientras que el 95,5 % han sido objeto de acoso verbal en las calles.

En Yemen, la activista Amal Basha publicó un estudio que afirmaba que el 90 % de las yemeníes habían sufrido acoso, sobre todo pellizcos. «Los líderes religiosos siempre culpan a las mujeres, las hacen vivir en un continuo estado de miedo porque ahí fuera siempre hay alguien siguiéndolas», declaró ante Associated Press. Si el caso de acoso se denuncia en Yemen, añadió Basha, los líderes tradicionales interfieren para encubrirlo, eliminan las pruebas o aterrorizan a la víctima.

Merece la pena recordar que casi todas las mujeres en Yemen van tapadas de los pies a la cabeza. Yo nunca relacionaría el atuendo de la mujer con ningún contacto físico no deseado o el acoso verbal, pero nuestras sociedades conservadoras sí lo hacen. El elevadísimo número de casos de acoso en Yemen enfrenta a los conservadores con su propia mentira al decir que las mujeres se buscan ellas solas que las

acosen por vestir de manera «inmodesta».

En Túnez, un país considerado mucho más progresista a nivel social que otros países de la región, las leyes hacen poco por poner freno al acoso, y las mismas fuerzas culturales lo perpetúan: el tabú que impide hablar de ello públicamente, la obsesión por la virginidad y la culpabilidad de la víctima. Aunque Túnez aprobó una ley en 2004 contra el acoso sexual, las activistas denuncian que son las mujeres las que tienen que probar que el acoso se produce de manera regular. La ley también está redactada con un lenguaje moralizante que condena, según dice, la «transgresión de las buenas costumbres y el acoso sexual».

En Argelia, donde se dictó la primera condena por acoso sexual en el puesto de trabajo en 2012, el veredicto se celebró como un mensaje importante para las mujeres que buscaran justicia. Sin embargo, el culpable, un ejecutivo de televisión septuagenario, fue condenado a seis meses de cárcel, aunque no tendría que cumplir la pena a menos que reincidiera, y a una multa de 200.000 dinares, el equivalente a unos 1.500 euros.

Los casos de abusos continúan descontrolados y van en aumento mientras nuestros Gobiernos fracasan una y otra vez en su intento de proteger a las niñas y las mujeres en el espacio público. Unas leyes efectivas no son la única solución, pero al menos indicarían una voluntad por parte del Gobierno de tomarse en serio cualquier forma de violencia sexual contra la mujer. En países donde no se legisla contra el acoso sexual en las calles, por no mencionar una definición clara del mismo que ayudara a las mujeres a utilizar la ley contra sus acosadores, se silencia aún más a las mujeres por medio de la vergüenza y el tabú.

Observa lo que sucedió cuando Rula Qawas, la decana de la Facultad de Lenguas de la Universidad de Jordania, ayudó y aconsejó a un grupo de estudiantes en su curso de teoría feminista para que grabaran un cortometraje sobre el acoso sexual experimentado en el campus de la universidad. En la grabación se mostraba a unas estudiantes que exhibían carteles con las obscenidades que habían oído. Cuando subieron la grabación a YouTube, en junio de 2012, la controversia y las críticas no tardaron en aparecer, pero no iban dirigidas contra los hombres del campus que las habían acosado sexualmente, sino contra las estudiantes, a quienes se acusaba de dejar en mal lugar a la universidad.

El rector de la universidad despidió a Qawas: una decisión que desató la ira de activistas y académicos. Un grupo de académicos, la Asociación de Estudios de Oriente Medio, condenó por improcedente el despido de Qawas e instó al rector de la universidad a terminar con el «acoso sexual sistemático e impune de las estudiantes del campus».

El acoso sexual en las calles no es algo exclusivo de Oriente Medio y el norte de África. Es una realidad preocupante a la que se enfrentan demasiadas mujeres en el mundo. Pero una combinación de factores sociales, religiosos y políticos ha hecho del espacio público de esta región un lugar excepcionalmente peligroso para las mujeres.

Las activistas del primer congreso sobre acoso sexual celebrado en la región, que tuvo lugar en El Cairo en 2009 y al que asistieron representantes de diecisiete países árabes, concluyeron que el acoso campa a sus anchas en toda la zona porque las leyes no lo castigan, las mujeres no lo denuncian y las autoridades lo ignoran. El acoso sexual a niñas y mujeres en el trabajo, en los colegios y en las calles las ha llevado a cubrirse y confinarse en sus casas, manifestaron las activistas.

Según Associated Press, las participantes del congreso de El Cairo aseguraron que los hombres se sienten amenazados porque la mujer tiene un papel cada vez más importante en el mercado laboral, mientras que los conservadores culpan del acoso a las mujeres, por vestir y comportarse de una manera determinada. Según contaron las activistas, las mujeres o bien han adoptado el velo facial para intentar escapar del acoso constante, o bien se han planteado dejar los estudios o el trabajo.

Los niveles de acoso sexual en las calles se han disparado en todo el mundo árabe y todos nos preguntamos el motivo. Una posible respuesta —que siempre es recibida con abucheos por parte de los conservadores— es que cuanto más se cubren las mujeres, más se escaquean los hombres. La «cultura de la pureza» que existe en todo Oriente Medio y el norte de África responsabiliza a las niñas y a las mujeres de su propia seguridad frente a la violencia sexual y las obliga a asegurarse de no «tentar» a los chicos y a los hombres. La «cultura de la pureza» es un término que oí por primera vez en Estados Unidos, donde se utiliza para describir la retórica de la derecha religiosa, que afirma que la virginidad y la modestia son el medio para alcanzar la «pureza» de las mujeres. El término me parece muy apropiado para describir las presiones a las que se ven sometidas las mujeres en Oriente Medio y el norte de África, y nos recuerda lo mucho que tiene en común la derecha religiosa en todo el mundo.

Nesma el Khattab, abogada del Shehab Center de El Cairo, una organización que apoya a niñas y mujeres, me habló de los obstáculos con los que estas se encuentran cuando combaten el acoso sexual en las calles: «La madre les dice: “Cúbrete si no quieres que te molesten”. La abuela les dice: “Eres una chica, las chicas no replican, cállate y acéptalo”. Su padre les dice: “No denuncies el acoso porque esos chicos a los que acusas le pegarán a tu hermano”».

¿Recuerdas la conversación que mantuve con la mujer del nicab en

el metro de El Cairo? Lleva esa forma de pensar a un extremo absurdo y peligroso y te encontrarás con los panfletos que la activista feminista Shahrazad Magrabi vio que se repartían frente a los colegios femeninos en las ciudades libias de Trípoli y Bengasi en 2014. Me habló de ellos para el documental del Servicio Mundial de la BBC.

Comienzan con dos extraños monólogos yuxtapuestos. Primero, una rosa describe lo fácil que resulta encontrarla en cualquier esquina, lo barata que es, etc. Después, una perla habla de lo especial que es porque habita dentro de una almeja en el fondo del océano, de manera que nadie la ve. En otras palabras, la rosa no es especial porque todo el mundo puede verla y tener acceso a ella, mientras que la perla es preciosa porque está oculta a la vista.

«Nos están causando un grave perjuicio, están utilizando el islam como arma, como herramienta. Dicen que si eres mujer y sales a la calle irás al infierno», declaró Magrabi.

«Lo que me preocupa es cómo le están inculcando a la gente que es *haram* [pecado]; ves a niñas de seis años con pañuelo, vas al colegio y si una maestra tiene [alumnos varones de más de seis años], debe taparse el rostro para enseñar. Yo soy libia. Nací aquí. Nunca he vivido fuera. ¿De qué demonios están hablando?».

Esta cultura de la pureza lleva tanto a hombres como a mujeres a culpar injustamente a la mujer por el acoso que sufre. Las mujeres son criticadas, a su vez se critican y se vigilan unas a otras, ya sea por llevar ropa demasiado ajustada o del color equivocado o del largo equivocado o del estilo equivocado: la culpa siempre la tiene la mujer. Todo lo que una hace para alterar su propia apariencia se interpreta como un incentivo para abusar de ella. Según un estudio realizado por el King Abdul Aziz Center for National Dialogue, con sede en Riad, el 86,5 % de los saudíes culpa «al maquillaje excesivo de las mujeres» del aumento de casos de acoso sexual. En un estudio llevado a cabo en 2008 por el Egyptian Center for Women's Rights (ECWR), fundado por la activista en derechos de la mujer Nehad Abo El Komsan, la mayoría de los 2.000 hombres y mujeres egipcios encuestados culpaban a las mujeres de sufrir acoso sexual callejero al declarar que el acoso era resultado de su manera de vestir. El ECWR también recogía que el 62 % de los egipcios había admitido acosar a alguna mujer en alguna ocasión. Quizá el hallazgo más triste del estudio era que, a diferencia de las mujeres extranjeras, la mayoría de las egipcias coincidían en que no debían hablar del acoso para evitar arruinar su reputación.[15]

Insistir en que la «modestia» es una condición indispensable para la seguridad en la calle es culpar a la víctima e ignorar la realidad del acoso sexual callejero. También pone en peligro las vidas de las mujeres que no se visten tan «modestamente» como la sociedad trata de imponerles. Con la esperanza de que los hombres no nos susurren

obscenidades y que sus manos respeten las fronteras de nuestro cuerpo, les suplicamos: «¿Qué pasaría si yo fuera tu esposa, tu hermana o tu hija?». La mujer siempre es el centro de todo, el objeto de las obscenidades y las agresiones. ¿Acaso no merece un acceso seguro al espacio público si no se la identifica por su relación con un hombre?

Más bien deberíamos denunciar y avergonzar a los chicos y hombres que nos niegan esa seguridad, y deberíamos preguntar: ¿Qué pasaría si fuera tu marido, tu hermano o tu hijo?». Los que hacen de nuestro paso por la calle un infierno son hombres que conocemos, hombres con los que estamos emparentadas, y el escrutinio debería cebarse en ellos, no en nosotras.

Poco después de que el estudio del ECWR se publicara en 2008, escribí un editorial para un diario egipcio privado que se publica en árabe llamado *Al-Masry Al-Youm*, donde señalaba algunas de las ocasiones en las que había sido toqueteada, seguida por desconocidos en coche o había tenido que ver cómo un desconocido mostraba sus genitales en mi presencia. La sección de comentarios de la edición *online* del periódico se llenó de opiniones de hombres que venían a repetir esto: «¿Quién te crees que eres? ¿Quién iba a querer tocarte?» (como si ser agredida fuera un cumplido) y «¿Cómo no te van a sobar?, ¿qué esperabas? ¡Si vas sin hiyab!». En respuesta a mi comentario de que tenía solo cuatro años la primera vez que un hombre me mostró los genitales —había aparcado el coche en nuestra calle en El Cairo, se sacó el pene delante de mí y de una amiga, otra niña pequeña, y nos animó a que bajáramos del balcón donde nos encontrábamos—, un lector incluso se tomó la molestia de buscar mi dirección de correo electrónico para escribirme y preguntarme: «¿Qué tenías de especial a los cuatro años para que alguien quisiera exhibirse delante de ti?».

Me dejó atónita la rabia masculina que impregnaba los comentarios. Pero la rabia debería ser nuestra, debería pertenecer a las mujeres ¿o no? Las pocas que dejaron comentarios reprendían a los hombres que no se creían lo mucho que se había extendido el acoso sexual en Egipto.

«¡Pregúntale a tu esposa, pregúntale a tu hermana, pregúntale a tu mujer!», exclamaban las mujeres.

Una o dos mujeres les dijeron a los hombres furiosos algo que espero que los aterrorizase. «Cada mañana, antes de salir de casa, me sujeto el pañuelo con alfileres. Esos alfileres son mis armas contra vuestras manos en el transporte público y en la calle».

Luego están los Estados que agreden a las mujeres directamente. Ataques que están legitimados o son propiciados por el Estado —algo que conecta con la naturaleza de la misoginia que tan arraigada está

en nuestra región—, que tratan los cuerpos de las niñas y las mujeres como propiedad estatal, ya sea mediante violencia sexual, ya sean represalias por disidencia política o disconformidad con los miembros de la familia. La agresión sexual legitimada por el Estado a veces es paradójicamente un castigo por haber cruzado la línea roja sexual que marca la sociedad. Es como si el Estado dijera: «Tú no puedes usar tu cuerpo sexualmente, pero nosotros sí».

Según el informe mundial de 2014 de Human Rights Watch, miles de mujeres iraquíes han sido detenidas injustamente por las autoridades y han sido objeto de palizas y agresiones sexuales, y todo para que las fuerzas gubernamentales puedan hacer de ellas una herramienta de presión contra sus parientes varones sospechosos de terrorismo y otros crímenes. Aunque HRW denunció esta atrocidad ante los ojos del mundo, el ministro de Derechos Humanos de Irak desestimó el informe, declaró a través de un portavoz que era «exagerado» y aseveró que los responsables de los actos que aparecían en él ya habían sido identificados por los investigadores iraquíes y serían juzgados. Pero, como HRW señala en la introducción a ese estudio sobre los abusos a mujeres por parte del sistema judicial iraquí, este es un consuelo mínimo para las víctimas. «Tanto hombres como mujeres sufren los graves defectos del sistema judicial penal. Pero las mujeres sufren el doble por su condición de ciudadanas de segunda en la sociedad iraquí».[16]

Libia, a lo largo de los cuarenta y dos años de la dictadura de Muamar al Gadafi y también durante la revolución que lo derrocó, proporciona ejemplos sangrantes. En su libro *Las cautivas: el harén oculto de Gadafi*, Annick Cojean, una reportera del diario francés *Le Monde*, explica cómo Gadafi secuestraba mujeres jóvenes, las convertía en esclavas sexuales y las obligaba a consumir drogas.

Como en todos los países de la región, la violación en Libia es un tema tabú que pocas quieren romper. No obstante, dos de las mujeres que hablaron con Cojean ilustran mi argumento de que la violencia sexual está legitimada por el Estado y usada como herramienta de castigo a diferentes niveles. «Soraya», que tenía veintidós años cuando Cojean habló con ella, contó que tenía solo quince cuando Gadafi ordenó que la separasen de su familia para hacer de ella una esclava sexual y llevársela a vivir al sótano de su residencia en las afueras de Trípoli, Bab al Azizia. La historia de Soraya fue confirmada por el relato de otra de las esclavas sexuales de Gadafi, «Khadija», que pertenecía al infame séquito de guardaespaldas femeninas con las que viajaba el dictador. Su historia desarticula el mito que muchos medios del régimen dibujaron a petición de Gadafi: que sus guardaespaldas eran una especie de guerreras amazonas feministas. Según el libro de Cojean, Khadija, encerrada en el mismo sótano que Soraya, fue

utilizada para seducir a dignatarios para futuros chantajes. A «Houda», que también era una niña cuando fue violada por Gadafi por primera vez, le dijeron que si se sometía podría sacar a su hermano de la cárcel.

Durante la revolución para deponer a Gadafi, la Corte Penal Internacional declaró que habían recabado pruebas de que el dictador había ordenado violaciones como arma contra las fuerzas rebeldes. La primera mujer en contarlo fue Iman al Obeidi, que irrumpió en un hotel de Trípoli para contarles a los periodistas extranjeros cómo había sufrido una violación múltiple a manos de las fuerzas de Gadafi. La agencia de noticias Reuters informó de otras tres mujeres que habían corrido una suerte similar y que habían sido señaladas como objetivo por el «crimen» de criticar a Gadafi en un vídeo que había aparecido en un canal de televisión internacional. Dos de las mujeres eran solteras, y Reuters informaba que no se había vuelto a saber de ellas. La tercera, conocida como «la Revolucionaria», habló en un congreso en la capital, Trípoli, oculta tras un velo facial que garantizase su anonimato. Casada y embarazada cuando los guardias de Gadafi la secuestraron, aseguró que había sufrido un aborto después de ser violada en la cárcel. «La Revolucionaria» tenía unos veinte años y contó en el congreso que su compañera de cautiverio más joven tenía catorce, mientras que la mayor tenía la edad de su madre.

En febrero de 2014, el gabinete libio, en una maniobra sin precedentes, decretó que las mujeres que habían sido violadas durante las revueltas que derrocaron a Gadafi debían ser reconocidas como víctimas de guerra. Ese decreto, que necesitó de la aprobación del congreso, habría puesto a las mujeres al mismo nivel que los excombatientes heridos y les habría permitido solicitar indemnizaciones. Sin embargo, a medida que avanzaba 2014, la política libia se desintegró por los combates entre las milicias, y resulta difícil determinar cuándo y cómo tal decreto ayudará a las supervivientes de la violencia sexual que tuvo lugar durante la revolución.[17]

Este reconocimiento por parte del gabinete no habría sido posible sin el increíble valor demostrado por unas cuantas mujeres al denunciar, a sabiendas que podían ser repudiadas o asesinadas por sus familias por revelar que habían sido raptadas. Estas mujeres contaron con el apoyo de activistas que han trabajado incansablemente para mitigar el abandono de estas mujeres por parte del Gobierno y la ira de sus parientes varones; activistas como Souad Wheidi, quien, según Reuters, creó un archivo de crímenes sexuales cometidos durante la revolución. Antes de la labor de Wheidi, estas violaciones no se documentaban; Amnistía Internacional afirmó ante Reuters que no

había documentado ni un solo caso de violación durante los ocho meses de guerra civil que culminaron con la caída del régimen de Gadafi porque las víctimas no hablaban. «Creemos que podrían haber sucedido [múltiples violaciones], pero no tenemos ninguna prueba —afirmó Amnistía Internacional—. Todos dicen: "Esto ha sucedido, pero no en nuestro pueblo. Pasó en el de al lado"».

Aparte de las represalias por parte de fuerzas gubernamentales, milicianos, vecinos y sus propias familias, las supervivientes de violación en Libia que denuncian los crímenes se ven expuestas a ser juzgadas penalmente según la *zina*, el área de la ley islámica que regula las relaciones sexuales ilegales. El vocablo árabe *zina* significa «fornicación» o «adulterio», dependiendo de si el «crimen sexual» es cometido por una persona soltera o casada. En la mayor parte de las interpretaciones de la *zina*, cualquier relación sexual extramarital o premarital es un acto criminal, y hasta las víctimas de violación son juzgadas si no pueden probar ante el tribunal que la supuesta relación no fue consensuada. Ese es el riesgo al que se enfrentan la mayoría de las mujeres de los países de la región, no solo de Libia.

Las milicias fuertemente armadas y cada vez más poderosas que han paralizado la política libia desde el final del régimen de Gadafi representan un peligro letal para las ciudadanas libias. En marzo de 2014, entrevisté a la activista libia Zahra Langhli en El Cairo para el documental radiofónico que realicé para el Servicio Mundial de la BBC sobre el papel de las mujeres en las revoluciones. Langhli, cofundadora de la ONG Libyan Women's Platform for Peace, lamentaba que Libia se hubiera convertido en un territorio completamente inseguro que amenazaba la supervivencia física y política de las mujeres. En una situación así, los derechos de las mujeres no se consideran prioritarios, sobre todo al haber tantas detenciones e informes de torturas. Según Langhli, las mujeres libias no eran meras víctimas casuales de la violencia, también se las había excluido deliberadamente del proceso político. A pesar de ganar el 16,5 % de los escaños en las elecciones al Congreso General Nacional, las parlamentarias no estaban a salvo, según Langhli.

«Las mujeres han aparecido en televisión y han desvelado el tipo de amenazas que reciben por parte de sus compañeros [en el Congreso General Nacional], ya sean afiliados a las milicias o milicianos —dijo —. En los países árabes o musulmanes se da mucha importancia al honor y a la vergüenza. Vemos muchas activistas; el tipo de guerra al que se enfrentan a diario comienza con rumores que podrían desembocar en secuestro, violación o cualquier cosa parecida, pero las activistas y las políticas son su objetivo. Creo que es una violencia dirigida sistemáticamente contra las activistas, en concreto para privarlas de su espacio político».

Tres meses después de entrevistar a Langhli, la famosa activista libia pro derechos humanos Salwa Bugaighis fue asesinada en su casa de Bengasi, unas horas después de votar en las elecciones a un nuevo Congreso. Bugaighis era abogada y una firme defensora de los derechos de la mujer que había participado en las primeras protestas de la revolución libia en febrero de 2011. También era abiertamente crítica con las milicias, y su asesinato forma parte de una cadena de ataques contra políticos, activistas y periodistas que habían criticado a los grupos armados que controlan gran parte de Libia.

No había pasado ni un mes del asesinato de Bugaighis cuando una parlamentaria fue asesinada en Derna, una ciudad oriental marcada por la tensión y conocida por ser un reducto de extremistas islámicos. En declaraciones a Associated Press, un oficial de seguridad libio dijo que unos asaltantes desconocidos dispararon contra Fareha al Barqawi cerca de una gasolinera. Era miembro de una coalición política en el Parlamento saliente de Libia. Su marido había sido prisionero político durante años en tiempos de Gadafi, según Associated Press.

Las mujeres en Siria —donde una revuelta contra el régimen de Bashar al Asad que comenzó en marzo de 2011 desembocó en guerra civil— también han sido el objetivo de la violencia y los abusos sexuales tanto por parte de las fuerzas del régimen como de grupos armados. Según la Red Euromediterránea de Derechos Humanos (EMHRN), entre marzo de 2011 y julio de 2013 unas 6.000 sirias fueron violadas. Un informe realizado por el mencionado grupo describía cómo las mujeres eran el objetivo de francotiradores y eran usadas como escudos humanos, a menudo junto a sus hijos. Además, la red informaba que las mujeres estaban siendo raptadas para ser intercambiadas por prisioneros o violadas en grupo como represalia contra las acciones de sus parientes varones.

«Se vuelven inadaptadas sociales por culpa de este estigma, por eso tienen que abandonar la zona. Algunas ni siquiera tienen la posibilidad de huir con sus familiares. Se las deja solas y aisladas», dijo la portavoz de EMHRN, Hayet Zeghiche, a la BBC.

Como en Libia, las mujeres sirias formaron parte de la revolución de su país y se manifestaron junto a los hombres aun a riesgo de ser encarceladas, torturadas y asesinadas. Y, como en Libia, la violencia sexual se convirtió en un arma de guerra para castigarlas a ellas y aterrorizar a las demás.[18]

Las refugiadas sirias también han sido objeto de violencia sexual en campamentos situados fuera de su país. En diciembre de 2011, la Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH), en colaboración con la Arab Women Organization (AWO), envió una misión internacional de investigación para entrevistarse con mujeres sirias que habían huido a Jordania. La FIDH confirmó que la

delegación había visitado tres campamentos de refugiados (Zaatari, King Abdullah Park y Cyber City) y también se mantuvieron reuniones con ochenta refugiadas que vivían fuera de los campamentos «oficiales» en Amán, Rusaifa, Dhleil y Sama Sarhan (en el distrito de Zarqa).

El informe de la FIDH, «Violencia contra las mujeres en Siria: romper el silencio», afirma:

> Continúa siendo extremadamente difícil de cuantificar la magnitud de los crímenes de violencia sexual o extraer conclusiones sobre patrones, sobre todo debido al estigma que rodea estos crímenes. No obstante, todas las entrevistadas declararon haber sido testigos o haber oído hablar de casos de violencia sexual y aseguraban que el miedo a ser violadas había motivado su decisión de abandonar el país. Varias de las entrevistadas relataron indirectamente casos de violación y otras formas de violencia sexual cometidos por las fuerzas afines al régimen durante los registros domiciliarios, durante arrestos en los puestos de control y en las cárceles. También se relataban crímenes similares cometidos por grupos armados antigubernamentales.
>
> Muchas de las entrevistadas también mencionaron el riesgo que corrían las mujeres de ser secuestradas por cualquier bando con el fin de obtener información o para ser utilizadas como moneda de cambio para la liberación de prisioneros. Según varias mujeres y organizaciones que proporcionan servicios de apoyo, en ocasiones a las supervivientes de las violaciones se las obliga a casarse, para poder «salvar el honor de la familia».

Las niñas y las mujeres no siempre están a salvo en los campamentos de refugiados. En octubre de 2014, la publicación *The Christian Science Monitor* informó que «en los campamentos de refugiados y las poblaciones turcas abarrotadas en la frontera con Siria, las mujeres y niñas sirias más pobres están siendo víctimas de redes criminales que las explotan sexualmente de maneras diversas, que van desde los matrimonios ilícitos a la prostitución». Otros medios de comunicación han documentado horrores similares en los campamentos de Jordania.

El Estado no solo viola los cuerpos de las mujeres en países donde hay un vacío de seguridad o en aquellos asolados por la guerra civil. En abril de 2014, la página web Morocco World News lamentaba que «en la Argelia moderna, en pleno siglo XXI, una chica que camine por la calle, el espacio masculino por excelencia en las sociedades árabes en general, pueda ser arrestada por la policía y llevada a un hospital en contra de su voluntad para ser sometida a una prueba de virginidad». Proseguía citando una página web de noticias argelina donde se informaba que dos mujeres jóvenes habían sido sometidas a pruebas de virginidad después de ser arrestadas por la policía cuando regresaban a casa de una fiesta de cumpleaños.

«Un ginecólogo de un hospital del este de Argelia admite que "los casos de pruebas de virginidad solicitados por la policía han ido en aumento"». Según Morocco World News, «estas chicas "estaban aterradas, espantadas por haber sido arrestadas por la policía para ser sometidas a este tipo de prueba", añade el ginecólogo. Normalmente, en casos de violación, estas pruebas se realizan en presencia de la

madre, pero irrumpir en la intimidad de una niña y someterla a una prueba de virginidad puede tener el mismo efecto traumático que una violación».

Morocco World News también citaba un grupo de Facebook llamado Algerie Fait, que aseguraba que, en la ciudad de Constantine, tres mujeres de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinte años habían sido sometidas a pruebas de virginidad por las autoridades después de interrogarlas sobre el pícnic que habían hecho. La web también citaba a un abogado anónimo que subrayaba que estas pruebas de virginidad eran el método que seguían las autoridades para castigar a las jóvenes por una conducta supuestamente inaceptable. «Este tipo de pruebas son un ataque a la libertad individual. ¿Qué tiene que ver la virginidad con un crimen o un delito? ¿Constituye un elemento esencial del delito? —se preguntaba el abogado—. No hay ninguna ley que diga que una mujer no tiene derecho a salir por la noche con un hombre».

Se estableció una dinámica parecida en 2011, cuando la policía arrestó a una niña de catorce años en el conservador emirato de Ajman (que forma parte de los Emiratos Árabes Unidos) acusada de «adulterio», después de que los vecinos se quejaran de que se veía con un hombre en la terraza de su edificio. La niña fue encarcelada en una prisión para adultos durante dos semanas y obligada a someterse a un examen ginecológico que determinó que aún era virgen, según *Gulf News*. El hombre con el que supuestamente se había estado viendo (de unos veinte años) también fue arrestado, pero sin duda no se le sometió a un examen humillante de los genitales.

En Egipto se ha llegado a tal punto que el Estado puede arrebatarte físicamente el velo y examinarte el himen por la fuerza, mientras alega que te está protegiendo. Según distintas activistas, durante una protesta en 2005, el régimen de nuestro antiguo dictador Hosni Mubarak envió policías de paisano y matones a sueldo para agredir sexualmente a mujeres periodistas y activistas. La protesta era un llamamiento al boicot en contra del referéndum que permitiría que se presentaran múltiples candidatos a las elecciones presidenciales; hasta ese momento, los egipcios solo podían votar sí o no a Mubarak. El activismo no confiaba ni en Mubarak ni en su sistema político, y consideraba que el referéndum por sí solo, sin reformas políticas a gran escala, no garantizaría unas elecciones libres y justas. Agentes de la policía, fuerzas de seguridad de paisano y matones a sueldo retuvieron a las activistas en un espacio reducido y las sometieron a tocamientos y a agresiones sexuales mientras estuvieron atrapadas en ese círculo. Al menos una mujer fue sujetada contra el suelo mientras varios hombres se restregaban contra su cuerpo, fingiendo que la violaban. A las activistas y las periodistas les rasgaron el pañuelo, la

falda y la camisa, y las que se quedaron casi desnudas tuvieron que esconderse detrás de sus compañeros para que estos las ocultasen con sus cuerpos.

Al día siguiente, muchas de las activistas que sufrieron agresiones se reunieron para lanzar un movimiento efímero llamado La Calle Es Nuestra. Algunas de las mujeres exhibían en alto la ropa rasgada del día anterior. Más tarde, algunas intentaron denunciar al régimen (aunque tenían fotografías y vídeos de las agresiones sexuales, sus casos fueron desestimados por «falta de pruebas»). Otras tantas activistas hicieron declaraciones en la televisión vía satélite sobre lo sucedido. Este fue uno de los primeros intentos de arrancarse la mordaza de la vergüenza que impide que las mujeres egipcias hablen de las agresiones sexuales. Muy pocas egipcias habían hecho públicas sus historias de supervivencia con anterioridad. El impacto de estos testimonios fue tremendo. Fue la primera vez que muchos egipcios oían hablar de las agresiones sexuales abiertamente. Sé que mis parientes se sintieron asqueados y furiosos cuando oyeron el testimonio de las activistas.

Una joven me contó que se politizó cuando oyó estos testimonios. «No puedo decidir nada y nada depende de mí: mis padres deciden lo que estudio en la universidad y con quién me casaré. Mi jefe decide qué puedo y qué no puedo hacer con mi tiempo; no puedo ausentarme del trabajo para salir a manifestarme. Y entonces vi a esas mujeres en la televisión hablar de cómo las habían agredido y entendí que ni siquiera controlo mi propio cuerpo: pertenece al Estado».

Recuerda las palabras de esa joven: comprende cómo su familia, la calle y el Estado trabajan conjuntamente para reducir su autonomía sobre su propio cuerpo.

Cuando el Estado te agrede sexualmente —cuando las manos de sus fuerzas policiales y de los matones a sueldo te soban y el Estado te niega cualquier indemnización—, envía un mensaje a todo el mundo: se abre la veda con los cuerpos de las mujeres. Tuvimos pruebas de ello un año después, cuando varios grupos de mujeres jóvenes fueron agredidas en el centro de El Cairo durante el Aíd al Fitr, la fiesta religiosa que celebra el final del Ramadán, el mes del ayuno. Un nutrido grupo de hombres atacó a unas mujeres a plena luz del día, con la audacia de aquellos que saben que el Estado nunca los castigará. De hecho, las agresiones fueron cometidas a menudo ante policías, que continuaron impasibles sin hacer nada.

Cuando aparecieron noticias de estos ataques en grupo en medios privados o extranjeros, el Estado negó que las agresiones —que, al igual que los que había propiciado en 2005, sucedieron a la vista de todos— hubieran tenido lugar. Afortunadamente, por el bien de la verdad, varias personas con blog presenciaron estos ataques y tomaron

fotos. Las activistas que aparecieron en un programa de televisión por satélite aprovecharon la oportunidad para denunciar lo ocurrido, de manera que el público egipcio volvió a tener constancia de estas terribles agresiones sexuales, esta vez perpetradas por civiles en lugar de por fuerzas de seguridad.

Cuando se colgaron los testimonios en blogs, sucedió algo interesante. Las secciones de comentarios se llenaron de respuestas de hombres atónitos y horrorizados. ¿Cómo pudo suceder algo así? ¿Cuándo comenzó a pasar esto? Una vez más, las mujeres respondieron: «¿De dónde sales? Pregúntale a tu esposa, a tu madre, a tu hermana, a tus amigas. ¡Esto pasa a todas horas!».

En una manifestación contra el acoso y las agresiones sexuales a la que asistí en El Cairo unos días después del Aíd, había casi más antidisturbios que manifestantes. Mi hermana Nora tenía entonces veinte años y se unió a la manifestación junto con unas amigas. Nunca había estado en una, pero estaba furiosa después de enterarse de que el Estado negaba lo que tantas veces le había sucedido. Intercambiamos nuestras historias de acoso sexual como veteranas que comparan heridas de guerra.

En ese año, 2006, se conectó la violencia que ejerce la calle y el Estado sobre los cuerpos de las mujeres. También fue el año en el que muchas comenzaron a desterrar el tabú de hablar sobre el acoso y las agresiones sexuales, a rechazar la vergüenza que a menudo recaía sobre ellas en lugar de sobre los chicos y hombres que hacían de su vida cotidiana un infierno.

Cuando comenzó la revolución, las mujeres se manifestaron junto a los hombres, las mujeres combatieron a la policía en El Cairo y el resto del país y las mujeres se mantuvieron firmes en la plaza de Tahrir, negándose a abandonarla a pesar de los francotiradores, los policías y los matones de paisano de Mubarak. Aquellos primeros dieciocho días ofrecieron una visión utópica de lo que Egipto podía llegar a ser.

Muchas manifestantes pasaban la noche al raso, en la plaza, violando los toques de queda impuestos por las familias que controlaban sus vidas. No todas pudieron imponerse a las normas familiares, pero, para aquellas que lo hicieron, fue una ruptura sin precedentes de un código que hasta entonces pocas se atrevían a desafiar.

Muchas de mis amigas que pasaron las noches en la plaza me contaron que no experimentaron ningún tipo de acoso, que los hombres las trataron con un respeto y una consideración por su espacio personal y su integridad que resultaban insólitos en las calles egipcias antes de aquellos dieciocho días en Tahrir. No obstante, un activista me contó que había oído historias que no coincidían con esta

imagen idílica, pero que nadie quería estropear la imagen de la revolución. No estuve en Egipto durante aquellos dieciocho días y no puedo verificar sus declaraciones.

Fuese cual fuese la utopía existente en Tahrir, la machacaron con una serie de terribles agresiones sexuales que comenzaron el 11 de febrero de 2011, el día que Mubarak fue obligado a renunciar al cargo y el día que la reportera de noticias de la televisión sudafricana Lara Logan, que informaba para la cadena estadounidense CBS, fue agredida sexualmente por una muchedumbre. Después se dieron agresiones aún más audaces, con impunidad para los depredadores y, sorprendentemente, escasa repercusión pública. El 8 de marzo de 2011 se organizó una protesta pequeña pero decidida donde se exigía que las mujeres egipcias tuvieran voz en la construcción del futuro del país, incluido el derecho a ser presidentas. A pesar de su papel activo en la revolución, o quizá precisamente por él, las doscientas mujeres que se reunieron (junto con algunos hombres que las apoyaban) eran optimistas. Pero se encontraron con la oposición de los hombres en la plaza Tahrir donde, según *The Christian Science Monitor*, fueron atacadas por hombres de fuera de la plaza que las increparon y, en algunos casos, varias mujeres y algunos de los hombres sufrieron tocamientos y agresiones sexuales.

—¡Marchaos a casa, id a lavar la ropa! —gritaban algunos de los hombres—. ¡No estáis casadas, buscaos un marido!

Al día siguiente, el 9 de marzo de 2011, los soldados desalojaron de la plaza Tahrir a todos aquellos que habían regresado para protestar porque no llegaban los cambios prometidos por la Junta Militar que había accedido al poder después de la caída de Mubarak. Los militares arrestaron a cientos de manifestantes que fueron encarcelados en prisiones militares, donde muchos de ellos fueron torturados y apaleados. Según varios grupos de derechos humanos, diecisiete mujeres manifestantes recibieron palizas y golpes con porras eléctricas, se las sometió a cacheos desnudas, se las forzó a «pruebas de virginidad» y se las amenazó con acusarlas de prostitución.

No había pasado ni un mes desde la caída de Mubarak cuando la Junta Militar que lo había sustituido, presumiblemente para «proteger la revolución», ordenó a sus oficiales meter el dedo en los orificios vaginales de las revolucionarias —unas mujeres que deberían ser nuestras heroínas—, presumiblemente en busca de un himen, presumiblemente para proteger a los militares de acusaciones falsas de violación por parte de las detenidas (porque solo las vírgenes pueden ser violadas, claro). En otras palabras, los militares egipcios agredieron sexualmente a esas egipcias para que ellas no pudieran acusar «en falso» a los oficiales de agresión sexual. Samira Ibrahim, una de las mujeres que sufrió agresiones, denunció, pero una corte

militar exoneró al médico militar a quien ella acusaba de haber dirigido las pruebas, a pesar de que varios miembros de la Junta Militar, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, reconocieron que las pruebas se habían producido. Ibrahim declaró ante un periódico *online*: «La persona que llevó a cabo la prueba era un oficial, no un médico. Me metió la mano dentro durante cinco minutos. Así fue como perdí la virginidad. Cada vez que me acuerdo no sé ni qué decir, me siento fatal. Sé que abusar de una mujer de esa manera se considera violación. Yo me sentí como si me hubieran violado».

En ese momento, nosotras deberíamos haber ajustado cuentas. Ese momento debería haber propiciado otra revolución. Pero no pasó nada. De hecho, a Salwa el Hosseiny, la primera mujer en denunciar públicamente las «pruebas de virginidad», la llamaron mentirosa y la vilipendiaron por intentar volver a la gente contra el lema «el Ejército y el pueblo son una mano», una consigna que se hizo popular cuando parecía que los militares tomaban partido por el pueblo en los últimos días previos a la caída de Mubarak.

Quizá «el Ejército y el pueblo son una mano» sea una de las afirmaciones más sinceras que hayan salido de la revolución: una mano unida que actúa contra las mujeres, una mano que ha manoseado o golpeado a las mujeres y ha tratado de aterrorizarlas para que abandonen el espacio público, una mano a la que le resulta perfectamente aceptable introducir dos dedos en la vagina de una mujer.

Aquellas mujeres arriesgaron sus vidas para liberar Egipto, pero su vulneración solo fue recibida con silencio. Ese silencio señala una verdad: el régimen oprimió a todo el mundo, pero la sociedad oprime a las mujeres en particular. El régimen sabe que puede vulnerar a las mujeres porque la sociedad somete a las mujeres a las mismas vulneraciones; sabe que la sociedad no defenderá a sus mujeres. A cambio de que su propia opresión quede impune, el régimen hace la vista gorda frente a los abusos de la sociedad, tolerando tácitamente el acoso y las agresiones.

El actual presidente egipcio, Al Sisi, estuvo conforme con las «pruebas de virginidad» de marzo de 2011. Desde julio de 2013, cuando Al Sisi derrocó al presidente Mohamed Morsi, que procedía del movimiento de los Hermanos Musulmanes, varias mujeres afines a los Hermanos —que desde entonces han sido declarados «grupo terrorista»— también han denunciado haber sido víctimas de «pruebas de virginidad» mientras estaban detenidas. De modo que no importa en qué punto del espectro político te sitúes: si eres mujer, tu cuerpo no está a salvo.

En los años entre la caída de Mubarak y el ascenso al poder de Al Sisi, el acoso sexual en la calle, después de años de descontrol, se

transformó en agresiones cometidas por turbas especialmente violentas contra las mujeres en manifestaciones y celebraciones públicas. Los grupos de derechos humanos egipcios documentaron 250 casos de ataques de turbas contra mujeres en la plaza Tahrir de El Cairo y sus inmediaciones entre noviembre de 2012 y enero de 2014.

Egipto es un buen ejemplo práctico para entender cómo el Estado y la calle trabajan codo con codo para expulsar a las mujeres del espacio público. También demuestra cómo los regímenes, independientemente de su ideología, se han mostrado poco dispuestos o prácticamente incapaces de abordar lo que Human Rights Watch ha descrito como «una epidemia de violencia sexual». Una de las formas en la que los regímenes y sus partidarios se quitan de encima o les restan importancia a las preocupaciones sobre la integridad física de las mujeres es culpar a sus oponentes de atacarlas. Mientras cada grupo defiende fervientemente a sus hombres de tales acusaciones, las mujeres, que deberían haber sido su principal preocupación, se dejan al margen de la conversación.

Hubo que esperar a las agresiones sexuales en turba, incluida una violación en grupo en la plaza Tahrir durante la investidura de Al Sisi en junio de 2014, para que el presidente egipcio por fin hablara de la violencia sexual contra las mujeres. Al Sisi visitó a la víctima de la violación múltiple, que se recuperaba en un hospital, y se disculpó ante ella. Le prometió que tomaría «medidas decisivas» para combatir la violencia sexual y, dirigiéndose a los jueces egipcios, dijo: «Están violando nuestro honor en las calles y eso no está bien». Pero son los cuerpos de las mujeres los que son violados, no el «honor» de Egipto.

Gracias a los esfuerzos incansables de los colectivos de derechos de las mujeres y a iniciativas modestas pero increíblemente valientes impulsadas para combatir la creciente violencia sexual, incluyendo HarassMap, Tahrir Bodyguard y I Saw Harassment, el Estado finalmente reconoció el problema en 2014 y aparentemente decidió actuar sobre él, criminalizando el acoso físico y verbal de las mujeres y decretando penas contra tales crímenes, algo sin precedentes. En julio, cinco hombres fueron condenados a cadena perpetua por atacar y acosar a varias mujeres durante las celebraciones de la toma de posesión de Al Sisi en junio. La agencia de noticias Reuters informó que otro acusado de dieciséis años fue sentenciado a veinte años de cárcel, y a otro, de diecinueve, le cayeron dos sentencias de veinte, aunque no quedaba completamente claro si cumpliría ambas simultáneamente o de manera consecutiva. Los siete fueron condenados por acoso sexual, según la nueva ley, y de intento de violación, intento de asesinato y tortura.

En un recordatorio de cómo nuestro sistema de justicia penal a veces plantea más preguntas y dilemas de los que resuelve, uno de los

cinco hombres fue sentenciado a cadena perpetua en una sentencia separada por haber atacado a una mujer mientras esta celebraba el aniversario de la revuelta de 2011 que depuso al autócrata Hosni Mubarak. ¿No estará la policía deteniendo a los sospechosos habituales?

Las fuerzas de seguridad de Al Sisi deben ser juzgadas por atacar a las manifestantes. Hasta entonces, sus acciones deberían ser consideradas el colmo de la hipocresía. El ministro del Interior de Al Sisi ha prometido crear un nuevo departamento para combatir la violencia, incluidas las agresiones sexuales y el acoso a las mujeres. ¿Pero cómo va a combatir la violencia contra las mujeres un cuerpo que las ha acosado y agredido? ¿Cómo sabrá la policía cómo actuar y qué hacer en casos de agresión sexual y violación cuando no están formados para tratar con este tipo de crímenes? La palabrería rimbombante y la caballerosidad son una cosa. Otra distinta es cómo se traducen en mecanismos concretos que protejan a las niñas y a las mujeres y hagan prevalecer la justicia.

Por irónico y lamentable que parezca, la violencia sexual extrema ha obligado a Egipto a adelantarse a otras naciones árabes a la hora de romper el tabú de hablar públicamente de las agresiones callejeras.[19] Las valientes activistas egipcias han comenzado la tarea difícil y necesaria de desviar la vergüenza de nuestros cuerpos hacia aquellos que insisten en violarlos.

Casi todo mi cuerpo ha sido sobado o tocado sin mi consentimiento. Estas agresiones tuvieron lugar en Arabia Saudí, donde viví mi adolescencia, y en Egipto, donde me instalé con veintiún años.

El Estado me puso las manos encima en noviembre de 2011 en la calle Mohamed Mahmoud, durante los cinco días de enfrentamientos entre los manifestantes que trataban de proteger la plaza Tahrir y los soldados y la policía que atacaban a las familias de los revolucionarios y quemaban las tiendas de los manifestantes pacíficos.

Los detalles de lo que me sucedió le importaron poco a la enfermera de triaje de urgencias del hospital privado al que acudí, unas dieciséis horas después de que los antidisturbios me rompieran los brazos y me agredieran sexualmente, para obtener atención médica.

—¿Cómo pudiste dejar que te hicieran esto? ¿Por qué no te resististe?

Ya que estaba podía haberme preguntado si es que no tenía vergüenza. ¿Cómo podía haber «dejado» que los antidisturbios me agredieran sexualmente y cómo me atrevía a describir lo que me había sucedido con tanto descaro? Habían pasado muchos años desde que había perdido la virginidad, pero ella me reprochaba mi falta de virginidad moral, por así decirlo. Una buena virgen, una buena virgen moral, se habría «salvado» de las manos de aquellos hombres; para

empezar, una buena virgen moral no habría estado en la calle Mohamed Mahmoud. Por último, una buena virgen moral no habría descrito su agresión sexual tan abiertamente.

—Cuando estás rodeada por cuatro o cinco antidisturbios y te golpean con porras así de largas, no hay «resistencia» que valga —le expliqué a la enfermera.

He hablado a menudo de mi agresión sexual, aunque al hacerlo tomo distancia mecánicamente. Al principio, hablaba para denunciar y avergonzar no solo a los hombres que me habían agredido, sino también al régimen que los había entrenado para hacerlo, que los había lanzado como perros de presa sobre mí y al menos otras doce mujeres en la calle Mohamed Mahmoud. La frase «divide y vencerás» alcanza un nuevo significado cuando le tiras de la chaqueta al oficial al mando, mientras él observa cómo sus hombres manosean cada parte de tu cuerpo, y aun así afirma que estás segura porque él te protegerá. Entonces, después de prometer protegerte, al instante siguiente te amenaza con una violación a manos de otro grupo de sus hombres, que se apiñan a tu alrededor y gesticulan hacia ti.

A pesar de todo, necesitaba un cuerpo, por imperfecto y poco fiable que fuera, que se interpusiera entre mí y los hombres que me asían. Necesitaba creer que había una figura de autoridad que podía protegerme. Necesitaba fingir que el oficial al mando decía la verdad, a pesar de que mi cuerpo demostró su mentira. He necesitado contarlo una y otra vez para saldar cuentas con lo sucedido y también porque, como superviviente, aprendí que este patrón de agresión —promesas de protección mientras la agresión está sucediendo, alternadas con amenazas de violación múltiple— había sido el *modus operandi* utilizado con muchas otras mujeres durante la batalla contra las fuerzas de seguridad en la calle Mohamed Mahmoud.

Las mujeres han combatido con los hombres en las revoluciones políticas que han derrocado a los dictadores. Pero, una vez estos regímenes cayeron, las mujeres han mirado a su alrededor y se han encontrado con la misma opresión, a veces infligida por hombres con los que trabajaron codo con codo, por hombres que aseguraban que las estaban protegiendo.

Escucha a Donia y Mayada, dos mujeres de diecinueve años de un barrio obrero de El Cairo, a las que entrevisté para mi documental de radio.

«Hicimos la revolución para mejorar nuestras vidas y las cosas han ido a peor. Andar por la calle es peligroso. No nos sentimos nada seguras, nuestras vidas no han mejorado y nada de lo que le pedíamos a la revolución se ha cumplido», me dijo Donia.

«Los hombres de por aquí nos miran como si fuéramos artículos en un escaparate. No tenemos derechos. Si te quejas, nadie te escucha y

podrías sufrir consecuencias por hacerlo. Quiero que las mujeres estén en una posición respetable y que no se las considere un objeto que se puede comprar en una tienda».

Mayada dijo: «En general, nuestra sociedad nos dice que el sitio de una mujer egipcia es la casa, no la calle. Por eso a las mujeres no se las considera iguales y muchos de los hombres no te respetan como deberían. En lugar de hacerte sentir que tu sitio está fuera, con ellos, los hombres te dicen que tu sitio está en la casa».

Justo antes de conocer a Donia y Mayada, la productora Gemma Newby y yo acudimos a un hotel de cinco estrellas para un evento llamado Egmadi («hazte fuerte»), donde un grupo de mujeres recibían nociones básicas de autodefensa y bailaban y hacían zumba para levantar el ánimo. El salón donde se llevó a cabo el evento estaba repleto de mujeres jóvenes, de los dieciocho a los veinticinco años. Algunas mujeres más mayores habían traído a sus hijas consigo.

Todas las mujeres con las que traté para el documental de radio se quejaron de los abusos sexuales verbales y físicos constantes a los que se veían sometidas y de la sensación generalizada de inseguridad en las calles de El Cairo. Aunque hay muchas diferencias sociales en Egipto y las ricas están protegidas por numerosos privilegios, del acoso sexual callejero no se libra ninguna, sea rica o pobre. En cuanto tus pies pisan la calle, poco importa si te puedes permitir asistir a un evento en un hotel de cinco estrellas o si vives en un barrio obrero que no tiene comisaría de policía. Es peligroso ser mujer en cualquier sitio.

Los regímenes que gobernaban el mundo árabe antes de las revoluciones recientes eran afines en su desprecio por la integridad física de las mujeres; un mensaje que no pasó desapercibido ante el público masculino, que se hizo eco de un desprecio similar. La falta de responsabilidad hizo que tanto la misoginia estatal como la callejera aumentaran de manera descontrolada, provocando unos episodios aterradores de violencia sexual que se suceden día tras día.

A menos que señalemos la conexión existente entre la misoginia callejera y la estatal, a menos que insistamos en la necesidad de una revolución social y sexual, nuestras revoluciones políticas fracasarán. Además, las mujeres nunca serán libres de vivir como ciudadanas autónomas si su integridad física no se respeta dentro y fuera de casa.

[15] En un informe publicado por Naciones Unidas y la ONG Promundo en 2016, el 74 % de los hombres encuestados afirmaban que las mujeres que vestían de manera «provocativa» en Egipto merecían ser acosadas por la calle. El porcentaje de mujeres que pensaba de manera idéntica se elevaba hasta el 84 %. Otros motivos que se esgrimían para justificar el acoso era la presencia de mujeres en lugares públicos de noche (el 40 % de encuestados y el 43 % de las encuestadas). Solo el 20 % de las mujeres afirmaron que las mujeres disfrutan de la atención masculina al ser acosadas, frente al 43 % de los hombres.

[16] El último informe de Human Rights Watch, con datos de 2017, recalca que las iraquíes están desprotegidas ante la violencia de género, no recogida en el Código Penal. Las relaciones extramatrimoniales, en cambio, sí están perseguidas según el artículo 394. El

informe también alude a la escasez de datos para conocer el nivel de abusos sexuales en el país.

[17] Desde 2014, Libia continúa siendo un Estado fallido donde varias facciones y milicias armadas luchan por el poder. El Código Penal es frecuentemente reemplazado por penas impuestas por los tribunales militares sin ningún tipo de garantía. Según el informe mundial de Human Rights Watch de 2018, elaborado con datos de 2017, cientos de civiles, la mayoría mujeres y niños, también extranjeros, continúan en prisión sin cargos en dos cárceles de Trípoli y Misrata y en un campamento que gestiona la Media Luna Roja libia en Misrata por su supuesta vinculación a los combatientes del Dáesh, sin perspectivas de ser liberados.

[18] Un informe de 2018 de Naciones Unidas dedicado a la violencia sexual en Siria incide en cómo las fuerzas gubernamentales y las milicias aliadas han violado y agredido sexualmente a mujeres, niñas y hombres en una campaña para castigar a las comunidades contrarias al régimen, actos que constituyen crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. El informe también responsabiliza a las fuerzas rebeldes de violencia sexual y tortura, aunque señala que el número de casos es considerablemente menor. El informe, que no contiene cifras totales, sino que se basa en los testimonios de casi quinientas víctimas, testigos y personal médico, recoge casos espeluznantes y asegura que solo son la punta del iceberg.

[19] La ley número 103-13, aprobada por el Parlamento marroquí a principios de 2018, también criminaliza por primera vez en la historia del país el acoso sexual a las mujeres en la calle.

# El dios de la virginidad

> Para la sociedad árabe en general el himen sigue siendo la parte más importante y que más hay que cuidar del cuerpo de la chica, es más valioso incluso que un ojo, un brazo o una pierna. Si una chica pierde un ojo, su familia no se afligirá tanto como si pierde la virginidad. De hecho, que pierda la vida es una catástrofe menor que si pierde el himen.
>
> NAWAL EL SAADAWI, *La cara oculta de Eva: la mujer en los países árabes* (trad. de María Luisa Fuentes).

Nuestros hímenes no son nuestros: pertenecen a nuestras familias. Esa verdad me fue revelada una noche en Ámsterdam, después de participar en un evento sobre los derechos de las mujeres musulmanas. Esa noche, durante la que probablemente fue la primera conversación sobre sexo que mantuve en toda mi vida con una mujer árabe o musulmana, una mujer holandesa-marroquí manifestó ante mí y un grupo de amigas suyas: «La primera vez que mantuve relaciones sexuales fue como si mi madre, mi padre, mis abuelos, todo el vecindario, Dios y los ángeles estuvieran mirando». Todas nos partíamos de la risa. Fue un alivio hablar con mujeres que todavía comprendían el peso de la virginidad y la culpa de perderla; mujeres que no juzgaran. Fue un alivio hablar con mujeres que nunca te preguntarían: «¿Por qué no te resististe?», como hizo la enfermera de urgencias cuando le conté que había sufrido una agresión sexual.

En realidad, me «resistí» durante mucho tiempo; demasiado tiempo, pienso cuando vuelvo la vista atrás. Custodié mi himen como una buena virgen hasta los veintinueve años. Acepté y obedecí los dictados de su familia, que ellos a su vez aprendieron de sus padres: nada de sexo hasta el matrimonio. Ahora, cuando pienso todo lo que esperé, siento pena por mi yo joven y por haber esperado tanto para experimentar y disfrutar de algo que me resulta tan placentero. Pero entonces, durante todos los años que esperé y esperé, me aterrorizaba la simple idea del sexo antes del matrimonio. La familia, el colegio, la religión y la sociedad me habían enseñado y yo había obedecido. Me habían entrenado bien y fui una «buena chica» hasta el final. Mi himen estaba protegido de mi feminismo. Mi feminismo se debatía contra mi velo, pero no contra mi himen. ¿Por qué?

¿Por qué obedecí? Y ¿por qué esperé tanto para desobedecer?

Esas preguntas continuaron persiguiéndome hasta Oklahoma, menudo sitio… Allí, en 2010, en un aula de la Universidad de

Oklahoma donde daba una asignatura de género y nuevos medios en Oriente Medio, comencé a ajustar cuentas públicamente con el dios de la virginidad.

¿Cómo hablas sobre la virginidad con una clase de universitarios estadounidenses sin que la conversación les resulte indiferente o, peor aún, sin hacer de la otra cultura algo exótico? Las mujeres, el sexo y la cultura conforman un triángulo de las Bermudas que tiende a tragarse el debate productivo, ya sea por culpa de una actitud defensiva (cuando los estudiantes se sienten impulsados a defender una práctica cultural) o por una de superioridad (cuando se sienten impulsados a sostener que su cultura está por encima de cualquier desafío cultural que se les plantee).

Lo personal no es solo político, anula este triángulo de las Bermudas. Recordé lo fácil que resulta debatir los problemas de «allá» si se introduce el ángulo personal después de mostrarle a mis alumnos la película libanesa *Caramel*, donde la directora Nadine Labaki interpreta a la dueña de una peluquería en Beirut en la que sus amigas y trabajadoras son una muestra representativa de la mujer libanesa.

Una de las amigas se somete a una reconstrucción de himen justo antes de casarse con un hombre que teme que la rechace si descubre que no es virgen. Al principio algunos estudiantes se mostraron sorprendidos de que la mujer no compartiera su pasado sexual con su futuro marido, mientras otros se preguntaron a qué venía tanta movida con que no fuera virgen. Les recordé que, hasta los años sesenta, la virginidad también era una «movida» en Estados Unidos.

—¿Habéis oído hablar de los bailes de pureza? —preguntó una chica de la clase, refiriéndose a los bailes que se organizan en Estados Unidos para padres e hijas, donde las adolescentes se comprometían a seguir vírgenes hasta el matrimonio. Estos bailes apuntalan la cultura de la pureza de Estados Unidos.

¡Sí!, pensé. Ahora la virginidad era cosa de «aquí». Lo cierto es que había oído hablar de los bailes de pureza a través de artículos en prensa, pero me resultaban tan ajenos como la reconstrucción de himen a mis estudiantes.

Hasta que lo personal nos sacó de nuestra complacencia.

—Solo quiero que todo el mundo sepa que he firmado un compromiso de pureza con mi padre —dijo una de las estudiantes.

No podría haberlo orquestado mejor. Su valor al compartir su experiencia nos recordó que la virginidad no era cosa de Líbano ni de los reportajes de la prensa. Ahí la teníamos, en medio de la clase. En Oklahoma me sucedía a menudo. Suelo bromear diciendo que estar allí era como viajar a Oriente Medio: predominaba una mezcla de religión y política conservadora. Al contemplar cómo la derecha religiosa estadounidense había logrado disminuir los derechos

reproductivos de las mujeres, sobre todo en el sur, entendí lo importantes y valientes que eran las feministas y activistas pro derechos reproductivos en los estados sureños.

Algunos de los estudiantes le hicieron tímidamente algunas preguntas a la estudiante que había compartido el tema de su compromiso de castidad.

—Respeto que pienses que lo has elegido libremente —le dijo una estudiante—. Pero [la dramaturga estadounidense] Eve Ensler decía que al firmar un compromiso con tu padre te arrebatan la sexualidad hasta que firmas otro con tu marido cuando te casas.

Enseñar es una alquimia. Coge un puñado de estudiantes, añade algunos temas difíciles y los resultados te dejarán alucinada.

Procuro que mis clases sean lo más personales posible. Ofrezco mis experiencias para ponerle un rostro al tema que estamos tratando; por tanto, lo menos que podía hacer para mostrar mi gratitud por el generoso gesto de la estudiante que todos habíamos presenciado —y para expresar mi solidaridad con la postura conservadora que en su día compartí con ella— era contar ante la clase cuánto había esperado para mantener relaciones sexuales. En mi pasado no habían existido compromisos de pureza, pero hubo un tiempo en el que yo también creía que debía esperar hasta casarme para mantener relaciones; la boda tardaba en llegar y me harté de esperar.

Cuando era más joven, no tenía a nadie con quien compartir esto. Mi silencio exacerbaba la culpa y durante mucho tiempo solo podía hablar de sexo con mis amigas no musulmanas.

Ahora me he vuelto más audaz, pero mi actitud no siempre es recíproca ni apreciada. En un congreso de mujeres musulmanas, después de compartir lo difícil que había sido para mí superar la culpa por mantener relaciones prematrimoniales, otra musulmana me espetó que, según el Corán, las «fornicadoras eran para los fornicadores», de manera que ahí fuera debía haber un «fornicador» esperándome.

Menudo encanto.

Sin dejarme intimidar, impulsada en ocasiones por un insaciable deseo de compartir —compartir la culpa y despojarme de ella—, he comprobado que me he curtido. Me hice más resiliente en Oklahoma. Algunas noches, sola en la habitación de mi hotel, llorar era la única manera de liberar mis recuerdos, algunos con más de veinte años.

Las religiones y culturas dominadas por hombres, volcadas en la sexualidad masculina sin apenas prestar atención a los deseos de las mujeres, son lo bastante difíciles de sobrellevar sin necesidad del menosprecio de otras mujeres. Sé de dónde proceden estos juicios; reconozco la necesidad de encajar. Esa necesidad internaliza la misoginia y el sometimiento hasta tal punto que las madres les niegan a sus hijas los mismos placeres y deseos que les negaron a ellas, y las

llamarán putas por perseguirlos. Para poder sobrevivir, las mujeres vigilan los cuerpos de otras mujeres y los suyos, sustituyendo el deseo por el «honor» y el buen nombre de la familia.

El dios de la virginidad es muy popular en el mundo árabe. No importa que seas una persona devota o atea, musulmana o cristiana: todo el mundo venera al dios de la virginidad. Se hace todo lo posible para mantener intacto el himen —la piedra angular fragilísima donde se asienta el dios de la virginidad—. En el altar del dios de la virginidad sacrificamos no solo la integridad física de nuestras niñas y su derecho al placer, sino también su derecho a exigir justicia frente a la violencia sexual. A veces hasta sacrificamos sus vidas: en nombre del «honor», algunas familias asesinan a sus hijas para apaciguar al dios de la virginidad. Cuando eso sucede, una siente una tentación irrefrenable de fantasear con un mundo donde las niñas y las mujeres sean algo más que hímenes.

Los hay en nuestras sociedades —las familias y los clérigos— que, si pudieran, les pegarían las piernas a las niñas hasta su noche de bodas sin ninguna duda. En algunos países, las comunidades practican la mejor alternativa y extirpan fragmentos perfectamente sanos de los genitales de las niñas (las partes destinadas al placer), para refrenar su sexualidad hasta que ella y su himen intacto pasan a manos de su marido.

La mutilación genital femenina (MGF) —también conocida como ablación y, de manera errónea, «circuncisión»— «comprende todos los procedimientos que, de forma intencional y por motivos no médicos, alteran o lesionan los órganos genitales femeninos», según la Organización Mundial de la Salud (OMS). La justificación principal de la MGF es el control de la sexualidad femenina. Se cree que reduce el deseo sexual de las niñas, ayudándolas así a mantener su virginidad y, después, su fidelidad conyugal.

El procedimiento no tiene ningún beneficio para la salud de las niñas y las mujeres. Por el contrario, puede causar hemorragias graves, problemas de orina y, con el tiempo, puede producir quistes, infecciones, infertilidad y complicaciones en el parto. La MGF no reduce el deseo sexual, pero a sus víctimas sí que les resulta más difícil experimentar excitación, lubricarse, alcanzar el orgasmo y sentir placer durante el acto sexual, según un estudio llevado a cabo por el hospital universitario King Abdulaziz en Yeda.

Según Unicef, hay más de 125 millones de niñas y mujeres en la actualidad en los veintinueve países de África y Oriente Medio donde se concentra la práctica de la MGF con los genitales mutilados. Se estima que treinta millones de niñas corren el riesgo de ser sometidas a la MGF en la próxima década. Normalmente se practica en la infancia, desde edades tempranas hasta los quince años. Después de

equivocarnos durante décadas al llevarnos las manos a la cabeza por miedo a «ofender» una práctica cultural —un llevarnos las manos a la cabeza que ha hecho poco por la integridad física de las niñas—, la MGF ha sido declarada violación de los derechos humanos de niñas y mujeres por un concierto de tratados internacionales, regionales y acuerdos de consenso político.

En 1997, Naciones Unidas y la OMS lanzaron una declaración conjunta donde manifestaban su apoyo al abandono de las prácticas de la MGF. Durante la década siguiente, se llevaron a cabo esfuerzos para erradicarla desde el terreno jurídico y por parte de colectivos locales y organizaciones de derechos humanos internacionales. Gracias a las lecciones aprendidas durante este periodo, en diciembre de 2012 la Asamblea General de Naciones Unidas lanzó una condena más contundente de la MGF y urgió a las naciones miembros a prohibir formalmente la práctica. Aproximadamente la mitad de los países incluidos en el grupo africano siguieron la recomendación, aunque su puesta en práctica es desigual entre las distintas culturas donde se llevan a cabo estas mutilaciones.

La OMS clasifica la MGF en cuatro tipos:

1. Clitoridectomía: resección parcial o total del clítoris (órgano pequeño, sensible y eréctil de los genitales femeninos) y, en casos muy infrecuentes, solo del prepucio (pliegue de piel que rodea el clítoris).
2. Excisión: resección parcial o total del clítoris y los labios menores, con o sin excisión de los labios mayores (los labios son los pliegues que rodean la vagina).
3. Infibulación: estrechamiento de la abertura vaginal, que se sella procediendo a cortar y recolocar los labios menores o mayores, con o sin resección del clítoris.
4. Otros: todos los demás procedimientos lesivos de los genitales externos con fines no médicos, tales como la perforación, incisión, raspado o cauterización de la zona genital.

Yo debía tener dieciocho o diecinueve años cuando oí hablar por primera vez de la MGF en un artículo de una revista que mis amigas y yo encontramos en la biblioteca universitaria de Yeda. Leímos el reportaje sobre la MGF en silencio, aterradas. No era algo que nosotras (al menos yo) tuviéramos asociado con «nosotros» en absoluto. Aunque poco después, descubrí que muchas mujeres de mi numerosa familia habían sufrido mutilaciones de niñas, y me obsesionaba la idea de que muchas mujeres a las que quería hubieran sido sometidas a un procedimiento tan cruel. Necesitaba saber todo lo posible acerca de esta tortura llevada a cabo en nombre del amor y la aceptación, que negaba el terrible dolor físico, psicológico y emocional que acarreaba.

Los orígenes culturales de la MGF son oscuros. En Sudán, la infibulación (el tipo más radical de MGF) se describe como el método «faraónico», mientras que en Egipto el mismo procedimiento se conoce como el método «sudanés». Esta historia importa poco a las niñas masacradas y mutiladas mientras sus madres observan y, a veces, incluso ayudan a sujetarlas. ¿Puede haber una traición mayor? ¡En nombre del amor, nada menos! Sí, amor. Estas madres no odian a sus hijas. No han olvidado la brutalidad que ellas mismas tuvieron que soportar mientras sus madres las sujetaban. ¿Cómo iban a hacerlo? No han podido olvidarse del dolor, ¿verdad? Pero comprenden —mientras oyen los gritos de sus hijas, ecos de sus propios gritos décadas atrás— que, sin tal carnicería, sus hijas serán consideradas unas obsesas sexuales y no tendrán ninguna posibilidad de casarse. Por eso las mutilan, para completarlas; qué ironía, cortar a alguien, mutilarlo, para perfeccionarlo.

La feminista egipcia Nawal el Saadawi recuerda cómo la mutilaron cuando tenía seis años: «No sabía qué parte del cuerpo me habían cortado y no intenté descubrirlo, simplemente lloraba y llamaba a mi madre pidiendo ayuda. Pero, cuando miré alrededor, el golpe más duro fue descubrir a mi madre allí, de pie, a mi lado. Sí, era ella, en cuerpo y alma, no me estaba confundiendo, allí, en medio de todos esos extraños, hablándoles y sonriéndoles, como si, apenas hacía unos minutos, no hubieran participado en el sacrificio de su hija».

¿Cómo sobrevive una niña a esta barbarie sin perder la confianza en otras personas, sobre todo si su madre estaba presente y no la protegió?

A las afortunadas que logran escapar, el dios de la virginidad las acecha con sigilo aunque ya hayan sido entregadas al marido. En 1994, cubrí el congreso internacional de Naciones Unidas sobre población y desarrollo. Uno de los grupos feministas que participaron me proporcionó un informe sobre derechos reproductivos en Egipto que había preparado para el congreso. En el apartado de mutilación genital femenina se incluía una historia que nunca me ha abandonado. Una chica de diecisiete años fue devuelta a casa de su madre en su noche de bodas con una nota del marido de la joven dirigida a su suegra: «Si quieres que tu hija se case, ya sabes lo que hay que hacer». Al instante, la madre llamó a una matrona tradicional para que extirpase la carne necesaria: medio kilo de carne para completar la transacción, el paso del hogar materno a la casa del marido, la transición de hija a esposa. ¿Entiendes ahora por qué las madres sujetan a sus hijas y ahogan sus gritos? Saben lo que debe hacerse, saben lo que hay que sufrir, saben lo que hay que callar y lo que debe decirse para que sus hijas merezcan un marido.

El himen no tiene una posición de encendido o de apagado. El deseo

sexual no se basa en la presencia o ausencia del himen; tampoco lo determina el clítoris o lo que queda de él después de las incisiones. ¿Dónde comienza y termina el deseo? Eso no parece preocupar a quienes insisten en los beneficios de la MGF. Para la familia, la mayor preocupación es entregar una virgen física a un marido que puede reclamar el himen para sí. Pero la virginidad no solo descansa en la frágil membrana conocida como himen.

El mundo árabe cría a sus niñas para que sean siempre vírgenes a nivel mental y emocional. Después de años machacándote con que el sexo es algo sucio, con que el sexo es pecado —después de cortarte los genitales y enfrentarte al trauma físico y emocional que conlleva—, ¿cómo vas a disfrutar del sexo de repente y mucho menos a expresar tus deseos?

Hay una escena en la novela *Zaat*, del autor egipcio Sonallah Ibrahim, en la que la protagonista, también llamada Zaat, una mujer egipcia de clase media, se plantea someter a sus hijas a la mutilación genital ante la insistencia de su madre. Zaat les plantea a sus amigas sus dudas y estas la disuaden, recordándole cómo sus ablaciones arruinaron sus vidas sexuales.

¿Por qué no hay más madres que lleguen a esta conclusión? ¿Por qué tiene que ser un autor el que les recuerde a las mujeres que nuestra sociedad nos niega el derecho al placer? Debemos crear nuestras propias formas de escribir y hablar con honestidad de la mutilación genital ente mujeres.

Cuando daba los primeros pasos en mi investigación sobre la MGF, el destino, solo puedo definirlo así, puso en mi camino a la doctora Nahid Toubia. Por aquel entonces yo era una joven feminista entusiasta, pero era incapaz de encontrar las palabras para describir el dolor que me causaba descubrir que tantas mujeres que yo quería habían sido agredidas de niñas para practicarles la mutilación genital. La doctora Toubia me ayudó a encontrar las palabras.

Toubia fue la primera mujer en especializarse en cirugía en su Sudán natal, y ha escrito largo y tendido sobre la MGF. En su momento, me habló de las delicadas conversaciones con su madre sobre la ablación de esta, y cuando le pregunté cómo podía hablar yo de estos temas con delicadeza, me contó que nunca había que hacer sentir a las mujeres que queremos como unos bichos raros por haber sido sometidas a la mutilación.

Un año o dos después de conocer a Toubia, Egipto se vio obligado a enfrentarse a la MGF, no porque el país comprendiera finalmente que estábamos rebanando los genitales de nuestras niñas sin necesidad y sin compasión, sino porque la CNN sacó a la luz un vídeo de la mutilación de una niña y sus gritos. Abusaron por partida doble de esa pobre niña; la primera cuando le rajaron la carne, y después al sacarla

en televisión por satélite en todo el mundo. El vídeo apareció justo después de una entrevista donde el entonces presidente Hosni Mubarak afirmaba que en Egipto ya no se practicaba la MGF. De modo que lo que causó indignación no fue el horror de la mutilación, sino que el presidente quedara por mentiroso o como alguien fuera de la realidad.

El productor local de la CNN —no los ciudadanos estadounidenses que produjeron el reportaje o informaron sobre él— fue arrestado y condenado, básicamente, por dejar a Egipto en mal lugar. Y, oh maravilla, en los años siguientes se hicieron anuncios de interés público, se instalaron vallas publicitarias y, durante unos cinco minutos, todos prestamos atención al dolor de nuestras niñas… antes de sumirnos en la negación, delegando la responsabilidad en las ONG, cuya labor incansable a lo largo de los años es digna de Sísifo.

El vídeo mostraba un horror que, en 1994, afectaba al menos al 90 % de las mujeres egipcias que alguna vez habían estado casadas entre los quince y los cuarenta y nueve años. Cuando la gente en Egipto lee esas cifras —publicadas por múltiples organizaciones, desde Unicef hasta la OMS y, más recientemente, compiladas en un estudio de Naciones Unidas de 2013—, se pasa más tiempo negando la veracidad de los números que preguntando por qué aún sometemos a nuestras niñas a la MGF. Un estudio del servicio nacional de salud egipcio informaba de una reducción del número de casos en 2008, afirmando que el 74 % de las niñas de edades comprendidas entre los quince y los diecisiete habían sido sometidas a este procedimiento. Así pues, hay esperanzas de que, contra todo pronóstico, esas ONG incansables hayan hecho progresos. Pero que la mutilación genital afecte aún a tres cuartas partes de las niñas es aterrador.[20]

En Egipto, tanto los miembros de la comunidad musulmana como cristiana practican la MFG, y muchos creen que es un deber religioso a pesar de que no se menciona ni en el Corán ni en la Biblia. En 2008 se prohibió a los médicos y enfermeras egipcios intervenir en estos procedimientos después de que una niña de doce años muriese por una sobredosis de anestesia durante una intervención en una clínica privada en Minya, al sur de Egipto. La prohibición prevé penas que van de los tres meses a los dos años en prisión y multas que ascienden hasta las 5.000 libras egipcias (240 euros).

Pero la prohibición de la MGF no ha logrado erradicar la práctica, que todavía se lleva a cabo por «circuncisoras» tradicionales y algunos médicos. Aunque muchas de las muertes probablemente pasen desapercibidas, de vez en cuando algún caso se cuela en las noticias, como cuando Soheir el Batea, de trece años, murió en junio de 2013 después de que un médico en una clínica privada de Dakahlia, al noreste de El Cairo, la sometiera a MGF a petición de su familia.

El informe de defunción achacaba su muerte a una reacción alérgica a la penicilina. El doctor que llevó a cabo la mutilación y el padre de Soheir fueron llevados a juicio en 2014, el primero de este tipo en Egipto. Finalmente, una oportunidad para la justicia. El tribunal absolvió tanto al doctor como al padre. En el momento de escribirse estas líneas, Human Rights Watch informó que había sido imposible obtener el veredicto que explicase la absolución.[21] Coincidiendo con el juicio, la BBC produjo un reportaje donde la corresponsal Orla Guerin entrevistaba a una matrona tradicional que aseguraba que, a pesar de la prohibición, tenía lista de espera de madres que querían mutilar a sus hijas.

El diario *The Guardian* reveló que muchas personas de Diyarb Bektaris, el pueblo de Soheir, apoyaban la MGF y creían que era obligatoria según el islam. Raslan Fadl, el médico que llevó a cabo la mutilación de Soheir, también era jeque —una persona respetada— en la mezquita local, según el periódico.

«Circuncidamos a todos nuestros hijos… Dicen que es bueno para las niñas —dijo Naga Shawky, una ama de casa de cuarenta años, en declaraciones a *The Guardian*—. La ley no lo impedirá, los aldeanos continuaremos haciéndolo. Nuestras abuelas lo hacían y nosotras debemos hacer lo mismo».

Un granjero de sesenta y cinco años declaró a *The Guardian* que ignoraba que la mutilación genital se hubiera prohibido. «Se circuncida a todas las niñas. Se casan y cuando tengan hijas también las circuncidarán».

Hay voces que solicitan que se revierta la prohibición contra la MGF entre los islamistas y algunos doctores que afirman que las niñas tienen más posibilidades de morir si sus familias las llevan a «circuncisores» tradicionales. Esos mismos doctores ignoran oportunamente las muertes que ya tuvieron lugar en clínicas privadas.

Cuando nos conocimos en el Shehab Center, Hosna, viuda de cincuenta y tres años y superviviente de la MGF, me contó que la prohibición le importaba poco. «La circuncisión se da tanto si la prohíbe la ley como si no; debe llevarse a cabo porque esa es la forma de mantener la pureza de las niñas, de asegurarse de que la niña no se descontrola. No nos importa si va contra la ley o si están intentando detenerla. Conocemos médicos que desean continuar haciéndolo y así ha sido», declaró.

La lucha de las ONG contra la MGF advierte de los peligros de la «medicalización» del procedimiento, gracias a la cual esta práctica bárbara se encubre tras la «respetabilidad» que conlleva que sea practicada por personal con formación médica. La ONG con sede en Londres Orchid Project, que trabaja para poner fin a la MGF, ha declarado que uno de los aspectos más inquietantes de la práctica en

Egipto es la implicación de los profesionales de la medicina. Según un informe de la organización:

> Aunque situado en el continente africano, Egipto difiere del resto de países del continente donde se practica la MGF [mutilación genital femenina]. Se debe sobre todo a que el 77 % de los casos de MGF se lleva a cabo en un entorno médico o por un profesional médico. El creciente índice de medicalización de la MGF en Egipto resulta preocupante para los detractores de la MGF, en concreto porque se estima que el índice de medicalización ha aumentado del 55 al 77 % en solo veinte años. Estas cifras son responsabilidad del Gobierno egipcio, ya que consintió la MGF médica y la apoyó hasta 2008. En ningún otro país africano donde se practique la MGF el Gobierno ha apoyado tal práctica, y sumado al hecho de que las leyes anti-MGF surgieron como resultado de la presión internacional, este apoyo afianza vínculos entre la tradición y la cultura en lugar de hacer campaña contra la MGF, una postura que se interpreta como neocolonialismo.

No solo la medicalización de la MGF legitima una práctica dañina, también hay que añadir a la mezcla una dosis de racismo. El Orchid Project cita un reportaje de 2011 de la BBC en Egipto: «Sobre la medicalización, los miembros de la comunidad aseguran que están más avanzados y se diferencian del "África negra", ya que su forma de practicar la MGF no es bárbara ni antihigiénica». Poco importa que algunos de esos países del «África negra», como Senegal, hayan hecho grandes progresos para reducir de manera radical el índice de MGF.

El Orchid Project señala que las campañas contra la MGF en Egipto comenzaron en 1904: eso son 110 años de fracasos. En esos 110 años solo hemos «logrado» salvar al 25 % de nuestras niñas de una mutilación innecesaria de sus genitales.

He culpado a la mezcla tóxica de cultura y religión en el mundo árabe de muchos de los ejemplos de misoginia que cito en este libro. La MGF es una práctica tan difícil de erradicar precisamente porque se apoya en estos dos gigantes. Aunque se practique la MGF tanto a niñas musulmanas como a cristianas, el activismo lleva mucho tiempo denunciando que son sobre todo los predicadores en las mezquitas los que advierten a las comunidades que es su deber religioso circuncidar a sus hijas.

Los musulmanes no reparamos en esfuerzos por distanciarnos de cualquier conexión entre el islam y la MGF —hacemos lo mismo con la violencia de género— cuando claramente hay quienes (demasiados) la justifican por motivos religiosos. Aunque el muftí de Egipto se unió al papa copto para apoyar la criminalización y subrayar que ni el islam ni el cristianismo consideran la MGF necesaria, sus palabras no han calado. Para algunos, el muftí está comprometido porque está designado por el Estado, y como tal se considera que dirá cualquier cosa que el régimen quiera que diga. Para otros, sus palabras caen en el saco roto del apoyo religioso de la MGF.[22]

Los eruditos musulmanes discrepan sobre si la mutilación genital es obligatoria, recomendable u opcional basándose en dos dichos del

profeta muy controvertidos. Esos dichos no se consideran demasiado sólidos y no tienen mucha credibilidad para algunos eruditos porque parecen contradecir el Corán, donde no se menciona ninguna circuncisión de una mujer. De hecho, hay pasajes en el Corán y en el hadiz que abogan por la satisfacción sexual de la mujer. Tanto el Corán como el profeta Muhammad hablan sobre los preliminares y describen el sexo entre marido y esposa como algo que ambos deben disfrutar; el hadiz Wasa'il llega a afirmar que omitir los preliminares es un acto «cruel» (Wasa'il, vol. 14, p. 40). ¿Acaso esto no es también islam? ¿Por qué no es un deber religioso permitir que el sexo conyugal sea gozoso y, por tanto, es pecado cualquier cosa que impida ese gozo, incluida la ablación de los genitales de la mujer que podrían proporcionarle ese placer?

En lugar de eso, los expertos de la escuela Shafi'i (una de las cuatro escuelas de jurisprudencia suní del islam) interpretan estos dos hadices dudosos para justificar la «circuncisión *sunnah*» en la que el prepucio (el pliegue cutáneo móvil) o la punta del clítoris son extirpados. Supuestamente, este método es completamente distinto de la clitoridectomía y de otras formas más extremas enumeradas por la OMS, pero como esa institución y otras recalcan, cualquier forma de extirpar tejido genital sano es innecesaria y se considera mutilación.

Cuando Egipto prohibió la práctica, en 2008, algunos juristas de los Hermanos Musulmanes se opusieron a la ley. Y algunos de los oficiales del movimiento continuaban haciéndolo hasta hace poco. La consejera en Asuntos de la Mujer de Mohamed Morsi, el primer presidente egipcio después de que Mubarak fuera derrocado, describió la MGF como un proceso de «embellecimiento» y se oponía a la práctica solo en caso de que se llevara a cabo en niñas pequeñas, de siete u ocho años. Los padres debían esperar hasta que las hijas alcanzaran la pubertad, declaró. Estas declaraciones levantaron mucho revuelo. Pero el revuelo es superficial e hipócrita a no ser que vaya acompañado por una indignación sostenida diariamente, anualmente, ante la aceptación generalizada de la MGF en Egipto. En el caso de algunos, la indignación solo iba dirigida contra los Hermanos Musulmanes: atacar solo la misoginia de los Hermanos Musulmanes es una especie de pasatiempo. Hay muchos que cierran los ojos adrede ante la misoginia que campa a sus anchas en Egipto sin importar quién gobierne. Los Hermanos Musulmanes nunca ocultaron su misoginia, pero nadie debería creerse que son los únicos que ostentan el *copyright* de la misoginia solo por ser los únicos que la exhiben públicamente. El índice preocupantemente elevado de MGF y la medicalización de la práctica —con la aprobación de un régimen que no estaba aliado con los Hermanos Musulmanes— es un recordatorio de que el apoyo egipcio a la MGF se extiende más allá de unas declaraciones

absurdamente sinceras por parte de los Hermanos y sus miembros.

Yibuti, Egipto, Mauritania, Somalia, Sudán y Yemen son los países miembros de la Liga Árabe que más vinculados están a la MGF, según un estudio de Unicef. Si queremos ganar la partida para reducir el predominio de la MGF, es importante tener en cuenta los demás países donde se practica ese procedimiento, cómo la MGF ha viajado con los migrantes a países ajenos a las zonas donde normalmente se da (África y Oriente Medio) y qué se está haciendo para combatir la MGF en cada región.

En Sudán, donde el 88 % de las mujeres de edades comprendidas entre los quince y los cuarenta y nueve años ha sufrido MGF (según Unicef), no existe ninguna ley contra esta práctica desde 1983, cuando la que prohibía el tipo más severo, implementada bajo el dominio británico en 1945, fue revocada. Sudán es quizá la nación de Oriente Medio y norte de África donde la práctica es más destructiva, pues allí, como en algunas zonas del sur de Egipto, se realiza la infibulación, el tipo más salvaje de MGF, que implica extirpar el clítoris y los labios menores y coser los bordes de los labios mayores, dejando un orificio para la sangre menstrual y la orina. Este tipo de MGF tiene unas consecuencias funestas a corto y largo plazo, y en muchas comunidades sudanesas es la única forma de MGF que se considera aceptable.

Una campaña reciente de Unicef contra la MGF en Sudán llamada Saleema —que en árabe significa «completa», en referencia a que las niñas deben mantenerse como nacen, con su integridad física intacta — elaboró anuncios de radio y televisión y carteles, y estableció un compromiso para boicotear la práctica de la MGF, un texto que seiscientas comunidades sudanesas han firmado desde el lanzamiento de la campaña en 2008.[23] Algunas activistas criticaron que la campaña evitara las palabras «ablación» o «MGF», atribuyéndolo al deseo por parte de la organización de tranquilizar a los conservadores que no quieren que la práctica desaparezca. Los organizadores de la campaña defendieron su enfoque, asegurando que estaba diseñado para ser inclusivo en lugar de causar confrontación, para promover un diálogo más amplio.[24]

Quienes más se oponen a la existencia de la MGF son las propias supervivientes. Nariman, una mujer egipcia de treinta y cinco años que habló conmigo para el documental de la BBC, mencionó que la revolución había cambiado su opinión de la MGF. «Somos cinco hermanas y a todas nos la hicieron —declaró—. Antes de la revolución, yo no sabía que no era necesaria. A mí me pasó y me siento como si hubiera sido víctima de una injusticia. Creo que ha afectado mi vida y no la quería. Si tengo hijas no dejaré que les hagan algo así».

Nesma el Khattab, la joven abogada que trabaja en el Shehab Center, consideraba que su actitud ante la MGF era parte de la revolución: «Mi lucha comenzó en casa. Mi revolución personal comenzó cuando tenía doce o trece años. Comencé a decirle no a mi familia en muchas cosas. Se suponía que todas las mujeres tenían que llevar nicab, pero dije no al nicab, luché por ir a la universidad, luché por estudiar derecho, luché por trabajar aquí.

»Luché por trabajar por los derechos de la mujer; una de mis hermanas con nicab me dijo: "Si trabajas por los derechos de las mujeres es porque has perdido la fe y vas en contra de Dios". Si es cierto, que así sea, porque adoro mi trabajo.

»Luché para conseguir todos estos derechos. Luché contra la ablación, me la hicieron con nueve años. Se lo dije a mi familia: "Si se lo hacéis a mi hermana pequeña, pondré esta casa patas arriba".

»Antes, decía que no. Entonces llegó la revolución y comencé a decir: "¡Lo exijo!". Ya está en marcha: es una confrontación cara a cara. Yo iba a Tahrir sin que mi familia lo supiera y mi madre decía: "No te dejaremos volver a esta casa". Tengo veinticuatro años. Llevo años luchando, pero la revolución lo llevó a otro nivel».

Esta es exactamente la conexión entre lo personal y lo político, la casa y la calle, la calle y el Estado, que debemos trazar si queremos salvar a nuestras niñas.

El Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) ha creado un canal de YouTube llamado Too Much Pain, donde se recogen una serie de vídeos sobre testimonios de la MGF. En un vídeo, Djenabou Teliwel Diallo, nacida en Guinea, donde el índice de MGF alcanza el 96 %, habla de su excisión, que tuvo lugar en una gran ceremonia junto a otras cien niñas.

«Todas esperaban su turno. Yo también y oía los gritos de las que iban antes que yo. Gritos. Yo estaba paralizada. No podía salir corriendo porque traería la deshonra a mi familia». Más tarde, la abuela de Djenabou llevó a cabo una segunda excisión porque la madre de Djenabou pensaba que no habían hecho bien la primera. Esta vez, la intervención casi acaba con la vida de Djenabou cuando su abuela perforó una vena. Su historia es absolutamente conmovedora, pero también da esperanzas: ahora vive en Bélgica y trabaja como activista contra la MGF.

En 2003, en Nueva York, tuve el privilegio de conocer a una pareja casada de Etiopía y a dos hermanas jóvenes de Kenia que se habían opuesto a siglos de tradición y habían dicho no a la MGF. Cuando se casó en 2002 en Kembata (Etiopía), Genet Girma lucía un letrero donde se leía: «No estoy circuncidada, aprende de mí». Adisie Abosie, el novio, llevaba otro donde ponía: «Soy muy feliz al casarme con una mujer no circuncidada». Genet había roto con el rito de paso por el

que las niñas y jóvenes de esa zona de Etiopía son sometidas al segundo tipo de MGF o excisión: la resección total o parcial del clítoris y los labios menores, con o sin excisión de los labios mayores.

¿Cómo escaparon Genet y Adisie? El Kembatta Women's Self-Help Center los ayudó en sus colegios a trazar la conexión entre la mutilación genital y los partos difíciles que sus madres habían sufrido.

Genet huyó de casa para escapar de la mutilación. Su familia y la de Adisie repudiaron a la pareja, pero ambos perseveraron y celebraron la boda en público para hacer llegar su mensaje a más personas. Unas 2.000 personas asistieron a la ceremonia, que fue retransmitida por los medios etíopes. Desde que se posicionaron públicamente, otras parejas los han imitado y han rechazado la mutilación abiertamente.

Mis otras dos heroínas son Edna y Beatrice Kandie, dos hermanas de Kenia. No solo pueden alardear de haberse salvado ellas, a cuatro hermanas más jóvenes y a muchas otras niñas de la mutilación genital, también pueden enorgullecerse de haber cambiado la ley en su país.

Después de enterarse a través de un pastor de su iglesia de que la Biblia solo habla de circuncidar a los niños, las hermanas le dijeron a su padre que no se someterían al ritual. «Nuestro padre se enfadó mucho al principio y tuvimos que huir de casa», declaró Beatrice, de quince años.

Después de huir, las hermanas contactaron con el activista y abogado en derechos humanos Ken Wafula, que las ayudó a conseguir una orden judicial que impedía que su padre las obligara a someterse a la mutilación. Este precedente condujo a un cambio legislativo en Kenia que criminaliza la mutilación genital femenina. «La mayoría de nuestros amigos y toda la comunidad nos abandonaron porque no les gustaba lo que estábamos haciendo —dijo Beatrice—, pero ahora nos han aceptado. Desde nuestro caso, ninguna niña en el pueblo ha sido circuncidada. Estoy contenta».

Si denunciar el acoso sexual en las calles ha sido un tabú durante mucho tiempo, hablar abiertamente de la MGF está completamente fuera de lugar. Pero es una conversación especialmente importante, una conversación que salva vidas, y debemos tenerla. Incluso cuando se debate la MGF en el mundo árabe, normalmente se asume que es «algo africano», y su supuesta ausencia en la península arábiga y otras partes de Asia, por ejemplo, se usa para justificar que sus raíces son culturales en lugar de islámicas. No obstante, según la ONG germano-iraquí WADI, que ha montado una página web para documentar la presencia de la MGF en todo el mundo llamada Stop FGM Middle East, la mutilación genital no es solo un «problema africano», sino que está también documentada en la península arábiga y otras partes de Asia.

Según WADI, en Arabia Saudí la investigación clínica sobre la posible conexión entre la disfunción sexual femenina y la MGF,

llevada a cabo entre 2007 y 2008, reveló que de 260 mujeres entrevistadas en una clínica de Yeda, la mitad habían sido mutiladas. Se cree que en el estudio saudí hay una mezcla de participantes saudíes y mujeres emigrantes, que proceden de países que se asocian tradicionalmente con la MGF. Además, un estudio realizado en Kuwait y Arabia Saudí con una muestra de 4.800 mujeres embarazadas reveló que el 38 % de ellas habían sido sometidas a la MGF. Según un artículo del periódico saudí en lengua inglesa *Arab News,* «el procedimiento solo es frecuente en el sur de Arabia Saudí, pero la gente de esta región o procedente de otros países donde se realiza encuentra los medios y el lugar para someter a sus hijas al procedimiento, a pesar de estar prohibido en hospitales y clínicas».[25]

Una investigación realizada por estudiantes del Dubai Women's College desveló que la MGF también se practica en los Emiratos Árabes Unidos por motivos islámicos o tribales. En el estudio que publicaron, las estudiantes mencionaban que en una encuesta de 2002 realizada a doscientos estudiantes de ambos sexos, el 34 % de las chicas aseguraron haber sido sometidas a tal procedimiento. El estudio incluía varios testimonios en primera persona de estudiantes que recordaban el momento de la mutilación: algunas eran muy pequeñas, otras tenían siete u ocho años.

La embajada de Estados Unidos en la capital de Omán, Mascate, celebró una mesa redonda recientemente sobre la MGF donde se sugirió que podía ser una práctica bastante extendida en el país, tanto en el norte como en la provincia de Dhofar, al sur. En Indonesia, Malasia, en algunas zonas de Pakistán y la India, y en las zonas kurdas al norte de Irak también se somete a las niñas a la MGF. Los índices de MGT apenas se conocen en estos países, pues es un tabú y un tema que se silencia. Ante la ausencia de cifras oficiales, los cuerpos de Naciones Unidas como Unicef no incluyen estos lugares en su lista de países donde se practica la MGF.[26]

La MGF también se lleva a cabo en Europa, donde la práctica continúa entre algunas poblaciones inmigrantes.

La MGF podría ser una de las formas más extendidas de «abusos físicos graves contra las niñas» que se dan en Gran Bretaña, según el comité de interior de la Cámara de los Comunes. La práctica lleva prohibida en el Reino Unido desde 1985, pero el primer juicio no se celebró hasta 2014. ¿Por qué no se ha perseguido más esta práctica que amenaza aproximadamente a 65.000 niñas menores de trece años? Acertadamente, los parlamentarios achacan la culpa al fracaso de las autoridades por «anteponer erróneamente las diferencias culturales a los derechos de las menores» cuando se trata de la MGF. En su informe, el comité denuncia este fracaso para afrontar el número creciente de casos de MGF en el Reino Unido, y lo define

como un «escándalo nacional» que ha dado lugar a que miles de niñas sufrieran abusos que podrían haber sido prevenidos.

Una y otra vez, fallamos a la hora de proteger a nuestras niñas y nuestras mujeres. Ante la duda, aquellos que no critican la mutilación genital por respeto a otras culturas deberían escuchar a Bogaletch Gebre, la directora del Kembatta Women's Self-Help Center, a la que mutilaron con seis años: «Cuando la cultura afecta la integridad personal de una persona, cuando viola su integridad, ya sea por causas de género o por pertenencia a un grupo étnico, esa cultura debería ser condenada, porque si nos hieren o nos vulneran a una, nos vulneran a todos».

Vale la pena recordar que la clitoridectomía se practicó en su día en Gran Bretaña, en el siglo xix, y en Estados Unidos, donde aparecían esporádicamente artículos ensalzando las virtudes de la «circuncisión femenina» hasta bien entrados los años sesenta; algunas de estas revistas contenían «información sobre niñas y mujeres que habían sido sometidas a distintos procedimientos, sobre todo la reducción de los labios o el clítoris cuando los padres o el marido consideraban que eran "demasiado largos"», según Robert Darby, que ha catalogado la historia de los distintos tipos de circuncisión.

Darby señala en su página web, History of Circumcision [Historia de la circuncisión], que en Gran Bretaña el procedimiento estuvo impulsado por Isaac Baker Brown, que defendía la clitoridectomía a mediados de la época victoriana como cura contra la masturbación y las dolencias nerviosas. Aunque su trabajo cayó en desgracia y no hay estadísticas fiables sobre la clitoridectomía en Gran Bretaña después de 1860, parece que la práctica pervivió más tiempo en Estados Unidos.

Una amiga me contó que, después de sobrevivir a una violación a principios del siglo xx en Estados Unidos, su madre fue sometida a una clitoridectomía en el hospital, para impedir que «se descontrolara sexualmente».

Si incluyo estos ejemplos no es para justificar la MGF actual —no hay justificación posible—, sino para recordar a quienes me leen que distintas culturas han inventado fórmulas para controlar la sexualidad de las mujeres y para «embellecer» sus genitales, y que, igual que las culturas occidentales dejaron atrás las supercherías que en su día justificaban médicamente la alteración de los genitales femeninos, en Oriente Medio y en el norte de África nosotros podemos (y debemos) dejar atrás la mutilación de nuestras niñas.

A menudo, compartir nuestras historias es la única manera de conseguir respuestas a preguntas que tememos formular. En una ocasión, durante una conversación sobre la MGF que mantuve con un grupo de mujeres justo antes del 6 de febrero —el Día Internacional

contra la MGF—, una mujer de treinta y cinco años me hizo una pregunta que era desgarradora de puro simple.

—¿Soy normal? ¿Seré capaz de disfrutar del sexo?

La mutilaron cuando tenía ocho años a petición de su abuelo, sin el consentimiento o el conocimiento de su madre, que no estaba en casa en ese momento.

Le contesté que el clítoris era como un iceberg, pues la mayoría de las terminaciones nerviosas no están solo en el glande, sino que se adentran en el cuerpo. Comprendí, por su pregunta, que todavía era virgen y le dije que esperaba que cuando llegara el momento de mantener relaciones sexuales, fuera con un hombre paciente que también se preocupara por darle placer.

A las niñas y a las mujeres se las obliga a ser vectores culturales. Sus cuerpos son el medio donde se inscribe la cultura, ya sea mediante velos o incisiones. Con frecuencia, la misma cultura que las marca les deniega a las mujeres un papel activo; solo rechazando esta cultura misógina pueden convertirse en las autoras de sus propias vidas. La MGF es uno de los abusos más tempranos que se pueden infligir en el cuerpo de la mujer, de ahí que sea especialmente dañina.

Piensa en la mujer holandesa-marroquí en Ámsterdam, la novia etíope y las hermanas keniatas que conocí en Nueva York: las historias de mujeres hacen realidad lo que suele desoírse con demasiada facilidad. Esas mujeres jóvenes y valientes se han enfrentado a sus comunidades y están reformando sus culturas. Se han negado a ser silenciadas y han insistido en que sus propias elecciones, sus propias narrativas, importan.

Un redactor con el que trabajé en una ocasión intentó disuadirme de lo personal: «¿A quién le importa lo que te sucedió a ti?». Lo más subversivo que una mujer puede hacer es hablar de su vida como si de verdad importase.

Porque importa.

[20] Según un informe de Unicef de 2016, el porcentaje de niñas y mujeres entre los quince y los cuarenta y nueve años que habían sufrido MGF entre los años 2004 y 2015 era del 87 %. El informe recogía como aspecto positivo que el porcentaje de niñas de edades comprendidas entre los cero y los catorce años se hubiera reducido a un 14 %. Sorprendentemente, el mismo estudio reflejaba que solo el 38 % de las mujeres de entre quince y cuarenta y nueve años creía que la práctica debiera erradicarse.

[21] Tras la absolución, un tribunal de apelación reabrió el caso y condenó al doctor a dos años y tres meses de cárcel en 2015. También lo condenaba a cerrar su clínica durante un año. El padre de Soheir, en cambio, fue sentenciado a tres meses de cárcel que no tendría que cumplir a menos que reincidiera. Aunque los activistas entendieron el fallo como una victoria histórica y un síntoma de que la MGF en los centros médicos tenía los días contados, ha habido más víctimas mortales desde entonces. En 2016, Mayar Mohamed Moussa, una adolescente de diecisiete años de la región de Suez, murió en una clínica privada como resultado de la intervención. Al año siguiente, su madre, el médico que se la practicó y un anestesista fueron condenados a penas de un año que no tendrían que cumplir a menos que reincidieran, a pesar de que el Gobierno había enmendado la ley en 2016 y elevado las penas máximas de cárcel de tres a quince años.

[22] Se ha dado recientemente un paso positivo en este sentido, pues el Dar Al-Ifta, un organismo dependiente del Gobierno que asesora en materia de ley islámica, vetó la mutilación genital femenina en mayo de 2018, y añadió que prohibirla era un deber religioso debido a sus efectos nocivos en el cuerpo de las mujeres y niñas. Está por ver si toda la comunidad religiosa se hará eco de estas recomendaciones. Por otra parte, el ministro de Salud, Ahmed Emad el Din Rady, ha presentado recientemente un plan de seis pasos para lograr erradicar la MGF en 2030.

[23] La campaña sigue activa y distintas comunidades han continuado uniéndose. Parece que en los últimos años se ha conseguido revertir la tendencia entre la opinión pública y, según Saleema, un 64 % de niños y hombres y un 53 % de niñas y mujeres sudaneses consideran que la MGF debería desaparecer.

[24] Es posible que esto sucediera en los inicios de la campaña. En la web y los materiales actuales en versión inglesa sí que condena explícitamente la MGF y se utiliza el término.

[25] Aunque se sospecha que la presencia de la MGF en Arabia Saudí es frecuente y también se lleva a cabo en clínicas privadas, no existen datos fiables, según la ONG Stop FGM Middle East. La ONG teme que se esté extendiendo por motivos religiosos. Se cree que el tipo 3 o infibulación es el más habitual.

[26] Unicef proporciona datos de Indonesia del año 2016, y señala que el 49 % de las niñas menores de doce años han sufrido MGF.

## Hogar

> La llamé *Home* [Hogar] porque la veo como una obra que hace trizas las ideas referentes al entorno doméstico, la casa, como algo que sugiere bienestar, el espacio donde reside lo femenino. Como siempre he tenido una relación ambigua con el hogar, la familia y la educación que se extrae de este contexto, me suele gustar introducir una perturbación física o psicológica que contradiga esas expectativas [...] Veo los utensilios de cocina como objetos exóticos, a menudo desconozco para qué sirven en realidad. Respondo a ellos como respondo ante objetos hermosos. Como he sido criada en una cultura donde se enseña a las mujeres el arte de cocinar como parte del proceso de preparación para el matrimonio, tengo una actitud antagónica frente a todo eso.
>
> MONA HATOUM, artista libanesa-palestina, entrevistada por Jo Glencross, en *Mona Hatoum: Domestic Perturbance*, sobre su instalación *Home*, en la Tate Modern.

Lama no tuvo ninguna oportunidad. El padre de esta niña de cinco años, Fayhan al Ghamdi, era un «clérigo», un invitado habitual de las cadenas de televisión musulmanas a pesar de no ser un clérigo autorizado en Arabia Saudí. Maltrató a Lama a varazos, la quemó con cables eléctricos, le aplastó el cráneo y le arrancó las uñas. También la violó en repetidas ocasiones, «por todas partes», según un trabajador social del hospital donde Lama fue ingresada. Es imposible imaginar cómo fueron los últimos meses de vida de esta niña, al igual que resulta inimaginable que su padre la torturase así porque por lo visto sospechaba que la pequeña de cinco años ya no era virgen. La ingresaron en el hospital el 25 de diciembre de 2011 y murió pocos meses después.

Un tribunal saudí sentenció a Al Ghamdi a ocho años de cárcel y ochocientos latigazos. Solo cumplió tres meses de condena antes de que un juez islámico anulara la sentencia y lo pusiera en libertad. Compáralo con el veredicto de otro jurado saudí que sentenció a cuatro hombres jóvenes a penas de entre tres y diez años de cárcel y de 500 a 2.000 latigazos por bailar desnudos en público, y emitió un veredicto en contra de unos abogados de derechos civiles condenándolos a tres años en prisión por «faltar al respeto» al poder judicial.

¿Por qué Al Ghamdi tuvo una sentencia tan leve? El «dinero de sangre» lo explica. La madre de Lama aceptó de su exmarido un millón de riyales, unos 230.000 euros, como compensación por ser la familiar más cercana de la fallecida, algo habitual según la *sharía* o ley islámica, que prevalece, a falta de código penal, en Arabia Saudí. Al

hacerlo, la madre de Lama, una mujer soltera y pobre sin ingresos, renunció a su derecho a exigir justicia.

No obstante, merece la pena recordar dos cosas: según la *sharía*, si la víctima es mujer, le corresponde la mitad del dinero que a un hombre en concepto de «dinero de sangre». E incluso si la madre de Lama no hubiera aceptado el dinero, en Arabia Saudí, donde la violación y el asesinato son algunos de los crímenes castigados con la pena de muerte, un padre no puede ser ejecutado por matar a sus hijos, ni tampoco un marido puede ser ejecutado por asesinar a su esposa. Así lo dicta la ley islámica, luego a cada juez le toca decidir cómo la interpreta cuando dicta sentencia. Arabia Saudí es el único país de la región que no cuenta con código penal. A pesar del trabajo de los activistas, incluidos algunos miembros de la familia real saudí, es poco probable que se haga justicia con el sufrimiento y el asesinato de Lama. Es difícil pensar en alguien más vulnerable que Lama, o en alguien tan impotente para ayudarla como su madre, la exmujer de un «clérigo» que se presentó en su casa y decidió llevarse a su hija un par de semanas, de las que nunca regresó.

Manal Assi tampoco tuvo ninguna posibilidad. Manal era una profesora libanesa de treinta y tres años y su marido la aporreó con una olla a presión después de acusarla de adulterio. Mientras ella yacía moribunda tras la paliza, el marido de Manal, Mohammed Nuheili, llamó a su madre y le dijo, según Associated Press: «Ven a por tu hija, voy a matarla».

Cuando la madre de Manal llegó a casa de su hija, le suplicó a Nuheili que le permitiera ayudar, pero él insistió: «No permitiré que salga de aquí. Quiero que muera delante de ti».

Según los medios libaneses, cuando los vecinos llamaron a la policía les dijeron que no podían intervenir en un «asunto familiar». Un vecino contó a los periodistas que Nuheili se puso en la puerta de su piso amenazando con disparar a cualquiera que osase interferir. Según informaron los medios, el marido de Manal impidió la entrada a su casa al personal de urgencias durante dos horas para atenderla. Manal murió poco después de ser ingresada en el hospital. En el momento de escribir estas líneas, Nuheili ha sido acusado por asesinato con premeditación y está a la espera de juicio.[27]

Las dos hijas de Manal declararon que su padre llevaba años propinándole palizas a su madre y que en una ocasión incluso le había roto la nariz. Al igual que el padre de Lama, el marido de Manal tenía una segunda esposa, y esta vivía en el mismo edificio que Manal, por lo que la afirmación de Nuheili de que su esposa se veía con otro hombre no deja de ser una ironía amarga. Tanto da si tienes cinco o treinta y tres años, tanto da si es tu padre o tu marido; los hombres pueden abusar de ti, matarte y justificar sus actos culpándote a ti de

merecer la violencia y la brutalidad. Como he mencionado en un capítulo anterior, los regímenes y las turbas tratan de expulsar a las mujeres del espacio público y recluirlas en casa por su propia «seguridad», a sabiendas de que, para muchas mujeres, el hogar es un lugar incluso más peligroso.

La violencia de género es una lacra global y evidentemente no es un problema exclusivo de Oriente Medio y el norte de África. Durante mucho tiempo, las mujeres de todo el mundo han sido golpeadas y asesinadas prácticamente con total impunidad. Pero, mientras muchos países han dado pasos de gigante para combatir la violencia de género, las mujeres continúan desprotegidas hasta límites insospechados en todo el mundo árabe debido a la misma combinación tóxica y conservadora de cultura, religión y política.

Tanto Lama como Manal fueron asesinadas antes de que sus respectivos países impulsaran una ley que criminalizase la violencia de género. Sí, tanto en Arabia Saudí como en Líbano, unos países que muchos situarían en extremos opuestos del espectro en materia de derechos de la mujer, los hombres prácticamente tienen luz verde para maltratar a niñas y a mujeres sin sufrir consecuencia alguna. Para el mundo árabe, no se trata de un hecho insólito.

Solo Jordania, Mauritania y Túnez poseen leyes que combaten la violencia de género, aunque rara vez se ponen en práctica. En Marruecos hay una ley contra la violencia de género que lleva años esperando a ser aprobada por el Parlamento.[28] Como mencionaba antes, el Código Penal egipcio permite que un hombre pegue a su mujer si la intención es «buena». El Código Penal iraquí contempla penas máximas de cárcel de tres años a los hombres que matan a sus esposas en lugar de condenarlos a cadena perpetua. En Sudán, una estricta interpretación del islam autoriza la violencia en el ámbito doméstico, y la ley en los Emiratos Árabes Unidos tolera que un hombre «castigue» a su esposa y sus hijas siempre que no les deje marcas.

Las actitudes sociales hacia la violencia de género son tan permisivas con ella como las leyes de la región. Muchas mujeres asumen que serán maltratadas; una encuesta demográfica y de salud realizada en Egipto de 2008 revelaba que el 40 % de las mujeres consideraban que los golpes eran un castigo justificado por «faltas» como echar a perder la cena, salir sin permiso o negarse a mantener relaciones sexuales. Ponte un culebrón o una película en árabe, hay muchos que se producen en Egipto, y verás que esas opiniones se reflejan en el maltrato físico contra las mujeres, un elemento central en casi todas las producciones.

En una ocasión, mi padre compartió conmigo una anécdota reveladora: mi madre y él estaban viendo a un erudito islámico al que

respetaban responder a preguntas que el público realizaba vía telefónica durante un programa de televisión. Una mujer llamó para contarle al erudito que seguía enamorada de su marido, con el que llevaba once años, y enumeró sus supuestas virtudes. «Pero me pega —dijo—. ¿Qué debería hacer?». El erudito le dijo a la mujer que, si hacía una lista de los «pros y contras» de su relación, las cosas buenas superaban las malas con creces. Y lo remató: «¿Qué es lo que haces para que te pegue?».

Mi padre me contó que tanto él como mi madre se sintieron asqueados por la actitud del erudito al culpabilizar a la víctima y porque no hubiera dicho ni una palabra de condena hacia el marido por maltratar a su mujer. «Nunca le preguntó al marido: "¿Por qué le pegas?", ni tampoco mencionó que el Profeta jamás pegó a una mujer», me dijo mi padre.

En la encuesta demográfica y de salud en Egipto de 2005, el 47 % de las mujeres que habían estado casadas alguna vez declararon haber sufrido maltrato físico. En Túnez, una encuesta de 2012 reveló que el 47,2 % de las mujeres habían sido sometidas a violencia física en el hogar. Más del 40 % de las mujeres censadas en Líbano aseguraron haber sido víctimas de maltratos físicos, un tercio declaró haber sufrido abusos sexuales y dos tercios abusos verbales, y el 19 % declaró haber experimentado maltrato emocional. Los investigadores que llevaron a cabo la encuesta en Líbano, en el centro médico de la American University of Beirut, escribieron sobre las actitudes ante el maltrato de sus encuestadas: «Muchas mujeres que han sufrido abusos están completamente resignadas a su situación y deciden continuar en una relación abusiva por miedo a perder a sus hijos, por adaptarse a las expectativas sociales, por la falta de independencia económica, por la ausencia de apoyo familiar y por la obligación de obedecer a sus cónyuges».

Junto a estas razones, muchas mujeres no abandonan estas situaciones de abuso simplemente porque no tienen ningún otro sitio donde ir. La mayoría de países de la región no tienen casas de acogida para las niñas y mujeres que quieren escapar de unos hogares violentos. Aunque quisieran huir, dejar el hogar sean cuales sean sus circunstancias representa un gran tabú para todas ellas. La mayoría de los hombres y mujeres jóvenes de la región viven con sus padres hasta que se casan.

Los intentos recientes de criminalizar y paliar la violencia de género en Arabia Saudí y Líbano subrayan la disparidad entre ambos países, y el hecho de que las leyes por sí solas no pueden cambiar un problema de la sociedad. En agosto de 2013, el gabinete saudí aprobó un borrador de ley que criminalizaba la violencia de género. La ley de «Protección contra el Maltrato», sin precedentes jurídicos, establece

penas de prisión de hasta un año y multas por valor de 50.000 riyales (11.500 euros) para aquellos que resulten culpables de haber cometido maltrato físico o psicológico.

La ley fue aprobada cuatro meses después de que una ONG local, la King Khalid Foundation, organizase la primera campaña de concienciación sobre la violencia contra las mujeres. En el cartel de la campaña, que tuvo mucha difusión en redes sociales, aparecía una mujer con un velo facial que solo dejaba ver los ojos, uno de ellos morado. Bajo la imagen, se leía: «Algunas cosas no pueden taparse. Luchemos juntos contra el maltrato».

Algunos activistas locales vieron en la ley un síntoma de que por fin el reino se tomaba en serio la violencia contra las mujeres; no solo la violencia dirigida a las familiares, sino también a las trabajadoras domésticas, que son tratadas brutalmente por sus jefes. Como señaló la agencia de noticias Reuters, antes de la ley, «la violencia de género contra mujeres, niñas o trabajadoras domésticas se regía por un código penal general basado en la *sharía* o ley islámica. La responsabilidad de decidir según su interpretación de los códigos de la *sharía* recaía sobre los jueces, que permitían una cierta dosis de violencia hacia las esposas "desobedientes", y normalmente consideraban la violencia en el ámbito doméstico un asunto privado».

Pero Human Rights Watch criticó la ley por no detallar «mecanismos específicos de aplicación que garanticen la investigación inmediata de las acusaciones de maltrato y el procesamiento de aquellos que lo cometan».

«Arabia Saudí por fin ha legislado contra el maltrato doméstico, pero aún tiene que pronunciarse sobre cómo se vigilará el cumplimiento de la nueva ley. Sin mecanismos eficaces para castigar el maltrato, esta ley no es más que papel mojado», dijo Joe Stork, director adjunto de HRW para Oriente Medio y el norte de África.

La tendencia saudí a sacralizar el privilegio masculino mitiga cualquier beneficio que la ley pueda reportar a las mujeres. Según HRW:

> La ley define tres tipos de maltrato: físico, psicológico y sexual, pero no señala explícitamente que la violación marital sea un crimen, dejando abierta la posibilidad de realizar distintas interpretaciones penales. La ley tampoco hace referencia a los sistemas institucionales que otorgan un poder desmesurado a los miembros varones de la familia y a los empleadores sobre sus familiares mujeres o sus trabajadoras domésticas, como el sistema de tutela masculina y las normativas injustas con las trabajadoras. En muchos casos, las tuteladas dependen de sus parientes varones o de sus empleadores, que suelen ser los propios maltratadores, para la logística y los traslados si desean denunciar los malos tratos o escapar de las situaciones abusivas.

Al igual que los egipcios deben acudir a un cuerpo de policía depredador para denunciar el maltrato, las mujeres de Arabia Saudí dependen de los mismos familiares que podrían estar maltratándolas

para hacerlo. Es fundamental que continuemos condenando a Arabia Saudí por negarse a afrontar esta misoginia institucionalizada. Lo único que hace esta nueva ley es permitir que Arabia Saudí se luzca por tener una legislación contra la violencia de género en el hogar sobre el papel, un «logro» vacío.

En palabras de Human Rights Watch: «Las mujeres saudíes y las trabajadoras del hogar migrantes que denuncien violaciones y otros abusos a veces se enfrentan a contraacusaciones de fornicación, por lo que pueden ser enjuiciadas penalmente. Los padres pueden presentar acusaciones contra las hijas que dependen de ellos conforme al *'uquq* o "desobediencia al padre". Arabia Saudí tiene que abolir tales prácticas si quiere que la nueva ley sea efectiva».

Asimismo, como declaró ante Reuters Khaled al Fakher, secretario general de la National Society for Human Rights, una organización autorizada por el Gobierno, si la violencia de género era tan frecuente en Arabia Saudí se debía, entre otros motivos, a que las tradiciones tribales impedían que las mujeres denunciasen el maltrato por miedo al estigma social. «Las mujeres se plantean qué dirá la comunidad si denuncian», explicó.

La misma humillación de las víctimas también silenció a las mujeres de Líbano durante años, impidiéndoles hablar sobre la violencia de género. Hicieron falta siete años de presiones por parte de la ONG KAFA (que significa «basta») y varios reportajes sobre algunos episodios horribles de violencia de género en el ámbito doméstico para que el Parlamento libanés finalmente aprobase el borrador de ley para la protección de las mujeres y miembros de la familia ante la violencia doméstica en abril de 2014, casi un año después de que Arabia Saudí aprobase su ley.

Hay una cuestión en la que se diferencia el proyecto de ley contra la violencia de género en cada país bastante significativa. En Líbano, para presionar a los diputados con el fin de que se aprobase el borrador de ley, KAFA organizó una protesta en la capital, Beirut, coincidiendo con el Día Internacional de la Mujer (8 de marzo de 2014) para exigir una ley que protegiese a la mujer del maltrato en el hogar. La convocatoria de la ONG incluía un vídeo conmovedor en YouTube donde aparecían las madres de varias mujeres asesinadas por sus maridos maltratadores. Algunas de estas madres encabezaron esta manifestación de unas 5.000 personas, portando fotografías de sus hijas. Fue una de las manifestaciones más multitudinarias que se recuerdan en Líbano por un asunto social. Muchos de los manifestantes llevaban pancartas acusando a los jueces y forenses de falsificar los informes por muertes de violencia de género. Nunca he oído hablar de una manifestación similar contra la violencia de género en el mundo árabe.

Es esta disposición a manifestarse públicamente —esas madres hablando abiertamente de lo que les sucedió a sus hijas— la que convierte a las víctimas de la violencia de género en algo más que unas simples iniciales en las noticias. Un recordatorio de la insistencia de Audre Lorde en la necesidad de hablar: «Tu silencio no te salvará».

A diferencia de Arabia Saudí, Líbano sí cuenta con algunas casas de acogida para mujeres que deciden huir de los hogares donde son maltratadas. En 2013, KAFA y las fuerzas internas de seguridad lanzaron una campaña nacional por medio de vallas publicitarias donde se animaba a las mujeres a denunciar los abusos, según la cadena Al Jazeera English. Ese mismo año, el grupo pro derechos de la mujer Resource Center for Gender Equality (Abaad) abrió la primera de tres casas de acogida para mujeres en Líbano y, en noviembre de 2013, KAFA inició un proyecto para formar a policías sobre cómo proteger a las mujeres de la violencia de género. Según *The Guardian*, KAFA afirma recibir más de 2.600 llamadas a su teléfono de ayuda contra el maltrato cada año. Son exactamente el tipo de iniciativas que necesitamos si queremos que nuestras leyes vayan más allá del «papel mojado».

Human Rights Watch definió el borrador de ley como positivo pero incompleto. Entre sus aspectos más positivos, se valoraba que permitiese a la mujer solicitar órdenes de alejamiento contra el maltratador. Aunque está por ver cómo se asegurará la policía de que tales órdenes se cumplen, si se tiene en cuenta su reticencia a intervenir en lo que consideran «cosas de familia».

El aspecto más preocupante de la ley contra el maltrato en Líbano no fue solo que los diputados eliminaran la criminalización de la violación en el matrimonio que KAFA tanto se esforzó por incluir en el proyecto de ley; peor aún, es que el borrador introduce el concepto de un «derecho marital a mantener relaciones».

«Es un enorme retroceso —apuntó la cofundadora de KAFA Ghada Jabbour en declaraciones a *The Guardian*—. Ellos [los políticos que estaban redactando el borrador] se sintieron presionados para reintroducir una disposición sobre la violación en el matrimonio, pero lo que incluyeron finalmente criminaliza el uso de amenazas o de la fuerza para conseguir lo que ellos llaman “el derecho marital”. El uso de la fuerza ya está penado según el Código Penal de Líbano. Solo están jugando con las palabras […] el “derecho marital” es un concepto muy nuevo y religioso que se ha introducido en nuestro derecho civil».

Criminalizar la violación en el matrimonio «podría llevar al encarcelamiento del hombre», en palabras del jeque Ahmad al Kurdi, uno de los jueces del tribunal religioso suní, a la CNN, «cuando en realidad está ejerciendo el más básico de sus derechos maritales».

En Líbano, los casos de violencia de género normalmente son juzgados por tribunales religiosos, las autoridades judiciales que dirigen cada una de las dieciocho sectas y comunidades religiosas bajo una serie de leyes conocidas como «leyes de estatuto personal», que rigen el divorcio, la custodia de los hijos y otros asuntos domésticos. La prioridad de estos tribunales es la preservación de la familia, no proteger a las niñas y mujeres de la violencia.

Tanto la Dar al Fatwa, la mayor autoridad suní de Líbano, como el alto consejo islámico chií han declarado su oposición al borrador de ley contra la violencia de género, con el argumento de que la ley islámica ya protege de manera suficiente a las mujeres y por tanto debería continuar siendo la base para gestionar los temas legales relacionados con las familias musulmanas. Según Al Jazeera English, la Dar al Fatwa condenó el borrador de ley en un comunicado de 2011 por «desintegrar las familias musulmanas de Líbano e impedir que los hijos sean criados según los preceptos del islam, además de provocar un problema de competencias entre los tribunales civiles e islámicos implicados».

Evidentemente, en Líbano, un país de musulmanes y cristianos, los diputados conservadores estuvieron de acuerdo en que las autoridades religiosas tuvieran la última palabra en lo que concierne al ámbito doméstico. Aunque Líbano tenga una pátina liberal en temas sociales, es muy engañosa. Las dieciocho leyes de estatuto personal discriminan a las mujeres, y en la práctica las atrapan en matrimonios violentos, según Rothna Begum, investigadora en derechos de la mujer para la zona de Oriente Medio y norte de África en Human Rights Watch.

La primera condena desde que el Parlamento de Líbano aprobó el proyecto de ley condenó a un hombre a nueve meses de prisión y una multa de veinte millones de libras libanesas (unos 11.400 euros) por una agresión brutal a su mujer. No obstante, la esposa, que declaró que su marido la había golpeado todas las semanas durante los dieciocho meses que estuvieron casados, tuvo que solicitar el divorcio a través de los tribunales religiosos, un desafío que una activista pro derechos de la mujer definió como una «larga batalla».

¿Por qué una mujer que ha sido maltratada semanalmente por un marido que es hallado culpable tiene que luchar por liberarse de él? Echemos un vistazo más de cerca a las leyes patriarcales o a lo que se conoce como leyes de estatuto personal, un terreno minado de misoginia e injusticia, que rigen el matrimonio, el divorcio, la custodia de los hijos y las herencias en el mundo musulmán. Las leyes que gobiernan la vida familiar dependen de la interpretación de la religión, pero hay una cosa de la que puedes estar segura: garantizan que siempre prevalezcan los hombres y sus intereses.

Los códigos legales de la mayoría de los países de la región han sido

«modernizados» durante el último siglo, ya sea a través de leyes impuestas por los poderes coloniales o por un distanciamiento de la legislación basada en la religión en pro de unas leyes laicas. Por ejemplo, incluso cuando la constitución de un país considera la *sharía* como una de las fuentes de la ley —como sucede en muchos de la región—, ninguno de ellos, con la excepción de Arabia Saudí, contempla que el castigo por robo sea la amputación de las manos, aunque la *sharía* así lo estipule.

¿Por qué resulta aceptable ignorar la *sharía* cuando se trata de robo, pero es imposible hacerlo cuando se trata de los derechos de la mujer en el seno de la familia? La respuesta es simple: las leyes de estatuto personal son el terreno donde los hombres religiosos y conservadores cimientan su control sobre las vidas de las mujeres.

Esa insistencia tan tenaz por someter a las mujeres mediante códigos antiguos no es exclusiva del islam. En los países eminentemente musulmanes donde se practican varias religiones, todo el mundo está sujeto a las mismas leyes excepto en el caso de las leyes familiares, que dicta cada religión o secta. En Egipto, por ejemplo, los cristianos se rigen por el derecho canónico en casos de matrimonio, divorcio, custodia de los hijos, etc., mientras que los musulmanes deben guiarse por la interpretación que hace Egipto del islam. Ante la ausencia de un derecho civil que regule estos temas familiares, lo que termina sucediendo es que las mujeres y las niñas acaban siendo sometidas a ideas que se formularon inicialmente hace siglos. No importa la religión o la secta a la que pertenezca la mujer, su sometimiento a unas leyes que favorecen a los hombres es la misma.

Observa el ejemplo de los Emiratos Árabes Unidos, según lo describe la Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH):

> Antes de la adopción de un código de estatuto personal en 2005, las áreas de estatuto personal y familia se regulaban por la *sharía*. El nuevo Código de Estatuto Personal incluye numerosas disposiciones discriminatorias. Por ejemplo, según el artículo 39 del Código de Estatuto Personal, las únicas partes que figuran en el contrato matrimonial son el tutor varón de la mujer y su futuro marido (la validez del contrato depende de la firma y del consentimiento de la mujer). Según el artículo 56, las esposas han de obedecer a sus maridos, ocuparse de la casa y criar a los hijos.
>
> En cuanto al divorcio, las mujeres solo pueden solicitarlo ante los tribunales según el procedimiento denominado *khul*, que recoge el artículo 10 del Código de Estatuto Personal. Según este procedimiento, deben renunciar a todos los derechos económicos recogidos en el contrato matrimonial, sobre todo a su dote o *mahr*.
>
> Respecto a la custodia de los hijos, las mujeres solo pueden ser consideradas sus tutoras físicas. Tienen el derecho a la custodia hasta los trece años en el caso de las hijas y hasta los diez si son varones. Después, los tribunales familiares pueden replantearse la custodia. Si una mujer decide casarse de nuevo, renuncia automáticamente a la custodia de los hijos del matrimonio anterior. La poligamia está autorizada [en el caso de los hombres].

El Código de Estatuto Personal también se asegura de que las mujeres hereden la mitad de la cantidad que heredan los hombres, y facilita la

obtención del divorcio a los hombres; según el informe de la FIDH, las mujeres que abandonan a sus maridos pueden ser obligadas a regresar con ellos por ley. Esto, combinado con una custodia de los hijos vinculada a la edad, genera un terrorismo emocional que ata a las esposas a matrimonios abusivos.

Dependiendo de qué escuela islámica de pensamiento rija en tu país, las leyes de estatuto personal estipulan que una mujer necesita el permiso de un tutor varón para casarse, incluso si es viuda o divorciada (la escuela malikí de derecho islámico, predominante en los Emiratos, contempla esta estipulación). Dos casos recientes documentados por el periódico de los Emiratos *The National* subrayan la infantilización de las mujeres que provoca esta ley.

Una divorciada de cincuenta y un años declaró ante *The National* que se estaba planteando viajar a otro país para evitar tener que llevar a su hijo de veintiséis años ante los tribunales para obtener su aprobación para casarse. El segundo caso era aún más surrealista: una mujer de cuarenta años vio como su hijo de once se convertiría en el árbitro de su segundo casamiento cuando alcanzara la pubertad. «Esta ley es una vergüenza. Soy una mujer adulta y se me debería permitir tomar mis propias decisiones», dijo.

No obstante, dos abogados que el periódico entrevistó aseguraron que el sistema de tutela era lo mejor para la mujer. Uno de ellos, el doctor Shakir al Marzouqi, asesor jurídico en los Emiratos Árabes Unidos, se atrevió a decir que «los hombres saben lo que más les conviene»: «Gracias a su amplitud de miras, son los hombres los que más saben, y el padre, el hermano o el hijo de una mujer guardan sus intereses mejor que ella».

Afortunadamente, una abogada señaló ante *The National* los abusos que entraña el sistema de tutela. Aisha al Tenajii, asesora jurídica, declaró al periódico que el bufete legal donde trabajaba había llevado numerosos casos en los que los tutores legales impedían a una mujer casarse por motivos dudosos, como que el futuro esposo perteneciera a «una familia de un estatus inferior» o no tuviera la nacionalidad emiratí.

Pero, incluso sabiendo esto, Al Tenajii no abogaba por descartar la ley por completo por ser injusta e infantilizar a la mujer. Más bien sugería que, a partir de cierta edad, una mujer debería poder casarse sin el consentimiento de un tutor. «No estamos solicitando que se elimine. Después de todo, debería haber alguna regulación, pero no en el caso de una mujer de cincuenta y un años. Después de los veinticinco, por ejemplo, una mujer que ha estado casada con anterioridad no debería necesitar el permiso del tutor para casarse de nuevo».

Tenemos tan interiorizada nuestra opresión que, incluso ante la

injusticia, aprendemos a no pasarnos de la raya. En lugar de exigir a las claras que se elimine un sistema que deja a las mujeres a merced del capricho de los tutores varones, incluidos sus hijos adolescentes, las mujeres solicitan reformas mansamente.

Una ley en los Emiratos Árabes Unidos lleva este absurdo un paso más allá, pues según la misma, las mujeres no solo son propiedad de sus hijos, sino de sus bebés. Según una ley aprobada en 2014, los pechos de una madre son propiedad de su bebé. Una disposición que forma parte de las leyes de derechos de la infancia obliga a la madre a amamantar a su hijo hasta los dos años, permitiendo que los maridos denuncien a sus esposas si no dan el pecho el periodo estipulado. Esto sucede en un país que solo concede a las madres un mes por permiso de maternidad y donde la normativa existente sobre guarderías en los lugares de trabajo para que las madres puedan dar el pecho nunca se ha cumplido.

Un miembro —un hombre, claro está— del Consejo Nacional Federal de los Emiratos Árabes Unidos, que aprobó la ley, comentó que su objetivo era que dar el pecho fuera «un deber y no una posibilidad» para todas las madres. El consejo sugería el uso de amas de cría en el caso de niños con madres fallecidas o con impedimentos para alimentarlos, pero no mencionaba quién pagaría a estas amas de cría.

Con escasas excepciones, estas disposiciones se asemejan mucho a sus equivalentes en otros países de la región. Hablando en plata, el matrimonio garantiza que una mujer, después de obedecer al padre durante toda la infancia y la adolescencia, comience a obedecer al marido y se transforme para él en una fábrica de hijos y en ama de cría (ya que los hijos prácticamente pertenecen al padre).

Los grupos de derechos de las mujeres de varios países han luchado durante años para paliar la discriminación que provocan las leyes de estatuto personal. Después de una batalla de varias décadas por parte de las feministas de Egipto, en el año 2000 el Parlamento ratificó el «procedimiento de *khul*», según el cual si una mujer quería divorciarse debía renunciar a sus derechos económicos estipulados en el contrato matrimonial. Pero en el Egipto actual parece que solo las mujeres ricas pueden permitirse renunciar a tales derechos para obtener el divorcio. Las mujeres pobres cuentan con pocos recursos para abandonar a los maridos que las maltratan y, aun así, las leyes de estatuto personal que permiten que se perpetúen estas injusticias son prácticamente consideradas como si fueran palabra divina, intocables y sin relación alguna con las vidas de las mujeres a las que perjudican.

Cuando el papel y el uso de la religión en la opresión y los abusos continuados hacia las niñas y las mujeres se presenta en toda su crudeza, suelo oír a otros musulmanes decir: «Pero esto no es culpa

del islam. Es culpa de los musulmanes que abusan de la religión». Lo más normal es que después se lancen a proclamar lo perfecto que sería el mundo si todos practicáramos «el islam auténtico». Poco importa que los clérigos de Líbano que se opusieron al proyecto de ley contra la violencia de género creyeran que estaban defendiendo un «islam auténtico» y que tuvieran a gran parte del poder establecido de su lado. Nos negamos a aceptar la realidad si no reconocemos con sinceridad el papel que juega la religión a la hora de mantener el poder del patriarca en el hogar, ni tampoco cómo los religiosos ayudan a sustentar este poder. La defensa del «islam auténtico» solo sirve al poder del patriarca. Nuestra mejor posibilidad de desterrar estos conceptos idealizados es ofrecer ejemplos de las realidades que viven las niñas y las mujeres. Aquellos que insisten en aferrarse al ideal no dejarán de recordarnos que el último sermón del Profeta hacía hincapié en el amor y el respeto hacia las mujeres. Pero ¿se han hecho eco las leyes de estatuto personal de esta enseñanza?

Aprendí la importancia del término «realidades vividas» en Kuala Lumpur (Malasia), durante el lanzamiento de Musawah (en árabe, «igualdad»), un movimiento global por la igualdad y la justicia en el seno de la familia musulmana. Musawah, que reúne a activistas y académicos del islam que promueven una interpretación progresista de la religión, centra gran parte de su labor en las leyes de estatuto personal. Los académicos que pertenecen a Musawah (mujeres y hombres) siempre han abogado por una reinterpretación progresista del islam para paliar las injusticias que enumero en este capítulo.

Me interesan sobre todo las académicas, dentro y fuera de Musawah, que han luchado durante años para arrebatar el poder de la interpretación a los hombres. Por ejemplo, una académica sudafricana —que no colabora con Musawah, sino que trabaja en un círculo religioso que desafía la misoginia que se alimenta del islam— me contó que sus estudiantes habían tachado de sus ejemplares del Corán una aleya que se ha interpretado para justificar que los hombres golpeen a las esposas «desobedientes». Para muchos, esta alteración de un texto sagrado es sinónimo de blasfemia. En otro caso, una traductora iraní-americana autora de la primera traducción del Corán al inglés firmada por una mujer, ha modificado el sentido de esa aleya y proporciona significados alternativos a la palabra que se ha interpretado tradicionalmente como «golpear». Otras dicen que, independientemente del significado original de la aleya, el hecho de que Muhammad nunca pegase a una mujer debería ser tomado como ejemplo, y que las ideas de justicia y piedad que se articulan en el Corán deberían tener prioridad sobre una única aleya que autoriza el castigo físico contra las esposas «desobedientes».

Amina Wadud, mi mentora y una de mis heroínas, lo plantea con

una única y sencilla pregunta: «Dios es justo: ¿responden a este espíritu de la justicia esas interpretaciones?».

A veces me entra la tentación de decir que cualquier mujer que decida casarse en nuestra región, conociendo las leyes de estatuto personal que menoscaban su bienestar y el de sus futuras hijas, debe estar loca o ser masoquista. Pero eso equivaldría a olvidar que, por motivos económicos y sociales, la soltería no es una opción para la mayoría de las mujeres. Ya sea por el sustento económico que un marido proporciona o por la posibilidad de mantener relaciones sexuales socialmente aceptadas sin arriesgarse a la ira del dios de la virginidad, el matrimonio vino para quedarse. De vez en cuando, la prensa anuncia a bombo y platillo una clase emergente de mujeres jóvenes y sobradamente formadas que ganan más dinero que sus compañeros y que no «necesitan» un marido de la misma manera que sus madres y sus abuelas lo necesitaban, pero no son más que una minoría protegida por unos privilegios que son inaccesibles para la mayoría de las mujeres en la región. Escandalizarse ante el hecho de que «incluso las mujeres con estudios» ceden y perpetúan los valores patriarcales es una forma de negar la realidad. Peor aún, niega el derecho de las mujeres que no han tenido la suerte suficiente de recibir una educación a exigir una vida libre de la injusticia de la misoginia. Todas las mujeres en nuestra región merecen igualdad y respeto.

Optar por rebelarse, por desobedecer, supone un alto precio (sobre todo social) que no todas están dispuestas a pagar. Verse condenada al ostracismo por la familia en una sociedad que pone tanto énfasis en los lazos sociales es algo terrible y peligroso. En nuestra cultura, el matrimonio y la maternidad están deificados, son el *summum* de la experiencia femenina. Pero ¿para qué? Cuando los pechos de una madre se regulan por el bien del hijo, mientras que la madre apenas cuenta con medidas de protección, ¿qué es sino una incubadora de hijos y unos pechos para alimentarlos?

También es una vagina a la carta. Túnez y Mauritania son los únicos países de la región que tienen una ley contra la violación en el matrimonio, aunque rara vez se aplica debido a los resquicios legales que permiten que el caso se desestime si la víctima retira los cargos.

Las actitudes frente a la violación en todo el mundo árabe evidencian diferencias abismales. El estigma (y, a veces, la ley) penaliza mucho más a la mujer que al violador. Las mujeres prefieren guardar silencio antes que exponerse a que las culpen o las humillen, o volver a ser violadas en una comisaría de policía. En algunos casos, se arriesgan a ser asesinadas por un pariente para evitarle la vergüenza a la familia. No se disponen de datos precisos, en parte porque las víctimas de violación pueden ser acusadas según la *zina*, el ámbito de la ley islámica que regula las relaciones sexuales

extramatrimoniales. En la mayoría de los países, las víctimas son atendidas por diferentes ONG, no por el Estado, según un informe de 2010 del Comité de Naciones Unidas para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer (Cedaw).

En Libia, durante los cuarenta y dos años que duró el régimen de Gadafi, las mujeres acusadas de violar los «códigos morales» eran encerradas en centros de «rehabilitación social». La única manera que tenían mujeres y niñas de abandonar estos centros era si un pariente varón aceptaba su custodia o si contraían matrimonio. Human Rights Watch apuntó que la mayoría de esas mujeres llegaban a los centros en contra de su voluntad, y las que acudían voluntariamente lo hacían porque Libia no tiene centros de acogida para las supervivientes de la violencia.

Otros países convierten la violación en una boda al permitir que los violadores eviten la condena casándose con sus víctimas. Algunos de los países de la región mantienen este tipo de legislación, introducida en época colonial por el invasor. Un artículo del Código Penal marroquí se basaba en una medida similar en Francia, que fue revocada en 1994. Marruecos fue protectorado francés hasta 1956. Amina Filali y Amina Tamiri eran dos adolescentes marroquís (ambas de dieciséis años, aunque según algunos medios Tamiri tenía doce) que fueron obligadas a casarse con los hombres que las habían violado. Filali se suicidó en 2012; Tamiri en 2013. En enero de 2014, después de la presión continuada de activistas pro derechos humanos, Marruecos enmendó el artículo de su Código Penal (el artículo 475) que permitía a los violadores de menores eludir el juicio si se casaban con sus víctimas.

Aunque los grupos de derechos humanos recibieron bien la enmienda, subrayaron que era necesaria una revisión completa del Código Penal marroquí para garantizar la protección de las niñas y mujeres del país donde la violación (como en tantos otros países de la región) es un tabú tan significativo que las familias lo silencian u obligan a las supervivientes a casarse, y donde el matrimonio infantil aún pervive.

Desprecio la palabra «víctima». Nunca me he considerado víctima de una agresión sexual. Soy una superviviente y también lo son cada niña y cada mujer que han sobrevivido a una violación. Pero no existe otra palabra salvo «víctima» para describir a Amina Filali y Amina Tamiri. ¿Cómo sobrevivir a un matrimonio con tu violador? Atrapada en un estatus de víctima a perpetuidad como la esposa de tu violador, ¿dónde queda la posibilidad de sanar, de guardar duelo, de lamentarse por lo que te ha pasado, de superar y sobreponerse al trauma, cuando tu violador te acompaña cada día? Es algo inconcebible. No hay supervivencia que valga. Los suicidios de las dos niñas lo dejan claro.

Escucha a Dalal, que solo tenía dieciséis años cuando se vio obligada a casarse con su violador. Dalal es de Jordania, donde el artículo 308 del Código Penal permite a los violadores librarse del castigo si se casan con sus víctimas. Habló con nosotras en marzo de 2014 para el documental de radio *The Women of the Arab Spring* [*Las mujeres de la Primavera Árabe*] para el Servicio Mundial de la BBC. En 2012, su agresor la raptó, la violó y la retuvo contra su voluntad durante cinco días. Logró escapar. Un juez sentenció al violador a veintitrés años por violación y rapto a mano armada, y por drogar a Dalal, pero le dijo al agresor que si la convencía para casarse, podría librarse de la sentencia. Al principio, Dalal se negó a casarse con él, pero finalmente cedió ante la presión de sus padres y de los del violador.

—Cuando me casé con él fue como si me estuviera violando de nuevo porque yo no lo quería. No quería casarme, y él me violaba y me pegaba y me quemaba con cigarrillos, y sus padres lo animaban a que me hiciera todo eso —declaró.

Cuando Dalal habló con nosotras para el documental, había vuelto a casa de sus padres embarazada y estaba decidida a divorciarse.

—Las chicas como yo tenemos una posición en la sociedad distinta a la de nuestros padres y otras personas. Estoy en contra de la idea de que una chica violada tenga que casarse con su violador. Pero la chica no tiene otra opción porque siempre será rechazada por toda la sociedad —declaró Dalal.

Con *The Women of the Arab Spring*, fui hasta Jordania con la productora Gemma Newby para comprobar si las protestas generalizadas habían tenido efectos en el país, que continuaba bajo el reinado del rey Abdalá. Puede que Jordania no haya vivido su revolución, pero ha pasado rozándola. Hubo protestas por la economía y muchos grupos de mujeres salieron a las calles para protestar contra las leyes que permiten el matrimonio infantil, los llamados «crímenes de honor» y la violencia de género. Las reformas políticas posteriores elevaron al 12 % la presencia de mujeres en el Parlamento, y en este momento hay dieciocho parlamentarias.[29] Una de estas diputadas, Wafa ben Mostafa, lidera una campaña para abolir el artículo 308. Le pregunté si las mujeres jordanas podrían presionar para conseguir que fuera revocado al igual que sus homólogas marroquís habían hecho con el artículo 475.

—No te sorprenderá que te cuente que todas las mujeres del Parlamento asistieron a la sesión para firmar la petición y ninguna de ellas se opuso, y esto nos indica que si hay más mujeres en el Parlamento, las leyes serán mejores para las mujeres de manera natural. Veintidós miembros del Parlamento han firmado la petición para revocar esta ley, pero resulta difícil hacerlo porque hay varios

diputados, juristas y hombres en el Parlamento que creen que este artículo conserva la estructura de la sociedad jordana y protege el tejido social —me contó Ben Mostafa.

No obstante, como el caso de Dalal refleja en toda su crudeza, el artículo 308 no protege a las niñas y mujeres de los hombres que las violan; en muchos casos, hace exactamente lo opuesto.

Eva Abu Halaweh, abogada y directora ejecutiva de Mizan, un centro que, entre otras cosas, lucha por los derechos de las niñas y mujeres que sufren las consecuencias del artículo 308, me contó que no existe ningún mecanismo para que el fiscal general del Estado en Jordania haga seguimiento de los casos como el de Dalal, a quien Mizan representa.

Según un artículo en *Al Arabiya News*, los matrimonios concertados de acuerdo con el artículo 308 deben tener una duración mínima de cinco años para que el violador tenga garantizada la inmunidad frente a futuras denuncias. Abu Halaweh mencionó que era difícil saber cuántos casos había de niñas y mujeres casadas con sus violadores, porque no se hace referencia al artículo 308 en los contratos matrimoniales. Pero un artículo de 2014 en *The Jordan Times* estima que hasta un 95 % de los casos de violación de Jordania se resuelven cuando las supervivientes se casan con sus violadores.

Para Abu Halaweh, tales matrimonios «no son matrimonios en la práctica porque la voluntad de la mujer no se tiene en cuenta; normalmente lo hacen por la presión familiar, otras reciben dinero, una dote elevada. Hay gente que piensa que beneficia a la mujer, pero no suele ser así».

Abu Halaweh mencionaba que el artículo 308 obligaba a las mujeres a elegir entre «dos opciones falsas»: «te casas con tu violador para salvarte de un crimen de honor. Si no lo haces, te enfrentas a que te asesinen en el seno de tu familia». Me habló de mujeres en prisión preventiva y niñas alojadas en centros juveniles para protegerlas de los familiares que intentaban asesinarlas para librar a la familia de la «vergüenza» de su violación.

Para complicar más aún las ramificaciones del artículo 308 y para ilustrar cómo la prohibición de mantener relaciones extramatrimoniales conduce a las mujeres a plantearse opciones ridículas, Abu Halaweh expuso que, a veces, chicas menores de dieciocho años invocaban el artículo 308 para casarse con sus novios sin necesidad del consentimiento de sus familias, y que parejas a las que habían pillado manteniendo relaciones sexuales eran obligadas por sus familias a casarse por el artículo 308.

¿Por qué Jordania todavía mantiene el artículo 308? Le pregunté a Abdel Moneim Odat, el presidente del comité jurídico en el Parlamento jordano.

—El motivo por el que no castigamos el crimen no es otro que proteger a la familia, a la chica en general, a sus padres y su reputación, porque cuando una chica se casa el impacto social del crimen desaparece —dijo—. Consideraremos los estudios y las estadísticas; la legislación es una necesidad social que expresa los deseos de una sociedad concreta; surge de las tradiciones, de las costumbres y las creencias. La ley no puede separarse de esto.

El artículo 308 deja patente que Jordania necesita desesperadamente tener una conversación sobre libertad sexual, vergüenza y honor. La legislación debería predicar con el ejemplo. La madre de Dalal ahora se da cuenta de que Jordania continúa premiando a los violadores mientras que castiga a las víctimas: «Me arrepiento del día en el que lo ayudé a librarse de la sentencia de veintitrés años —declaró—, porque él y los chicos como él piensan: "Se casará conmigo y me libraré del castigo". Le robó su tesoro, ella nunca lo recuperará, para ella nada volverá a ser como antes. Violar y casarse con la víctima está mal».[30]

No existe ningún símbolo más terrorífico de la violación en el matrimonio que el matrimonio infantil. Un informe de Unicef de 2010 lo definía como un matrimonio en el que uno de los cónyuges es menor de dieciocho años. Esta práctica lamentable está permitida y es predominante no solo en países pobres, como Sudán, Yemen o el mío propio, Egipto, sino en otros mucho más ricos, como Arabia Saudí.

En Sudán, las niñas pueden casarse legalmente tan pronto como alcanzan la pubertad. En Yemen y en Arabia Saudí no existe una edad mínima para contraer matrimonio. Según Human Rights Watch y datos del Gobierno yemení que se remontan a 2006, el 52 % de las niñas se casan antes de cumplir los dieciocho (a menudo con hombres mucho mayores) y el 14 % antes de los quince. Observa el caso de Rawan, una niña de ocho años yemení que murió a manos de su «marido». Falleció a causa de una hemorragia interna después de que un hombre que le quintuplicaba la edad se la follara hasta matarla en su «noche de bodas».

Cuando una niña de ocho años es vendida por unos padres humildes a un hombre de cuarenta años, el uso de términos como «matrimonio» o «marido» es una abominación. Mientras una agencia de noticias de Dubái asegura que la historia es un bulo y ha hecho circular un vídeo de una niña pequeña que es supuestamente Rawan, viva y en buen estado de salud, el periodista yemení que sacó a la luz el caso se mantiene en su versión y acusa a los funcionarios locales de encubrimiento. Hay que reconocer que la indignación global que causó este caso ha puesto en tela de juicio la existencia de niñas esposas en Yemen y en toda la región, propiciando un debate fundamental. Hooria Mashhour, la ministra de Derechos Humanos

yemení, hizo una declaración donde lo reconocía ante la CNN: «Esta no es la primera vez que se da un caso de matrimonio infantil en Yemen, por eso no nos deberíamos centrar solo en este caso. Todos los años se dan numerosos matrimonios infantiles en Yemen. Ya es hora de poner fin a esta práctica».

Human Rights Watch señaló que la transición política y constitucional de Yemen era una oportunidad importante para garantizar la protección de los derechos de las mujeres y las niñas, y recomendaba establecer la edad mínima para casarse en los dieciocho años. Seyaj, un grupo pro derechos infantiles yemení, lanzó una petición similar. Queda por ver si, en el momento de escribir estas líneas, la futura Constitución, aún por redactar, se hará eco de esta recomendación, y si los líderes religiosos y tribales la aceptarán.[31]

Algunas niñas yemeníes son vendidas para casarse por familias que no pueden permitirse mantenerlas. Pero la pobreza no es el único motivo tras el matrimonio infantil y sus partidarios. Unicef señala la discriminación de género inherente al comportamiento social como factor determinante. Tal discriminación procura que los niños tengan un acceso preferente a la educación mientras las niñas se dedican a su función principal, la procreación. Los salafistas ultraconservadores de Egipto eran proclives a eliminar la edad mínima para casarse. Mi libro se centra en países de habla árabe en Oriente Medio y el norte de África, pero merece la pena recordar que una de las primeras cosas que hizo el ayatolá Jomeini después de la revolución iraní de 1979 fue eliminar la edad mínima para contraer matrimonio como parte de sus medidas para adaptar las leyes a la *sharía*.

Cuando los activistas yemeníes trataron de prohibir el matrimonio infantil en 2010, algunos de los líderes islámicos más influyentes del país declararon que aquellos que se oponían al matrimonio infantil eran «apóstatas». Sabían que sería muy difícil, si no imposible, aprobar la legislación si el decreto establecía los diecisiete años como edad mínima para contraer matrimonio. Lo más perturbador fue la cantidad de mujeres que, siguiendo las enseñanzas de los líderes religiosos, se manifestaron en la capital para protestar contra la prohibición del matrimonio infantil, con pancartas que decían: «Sí a los derechos islámicos de la mujer».

¿Qué clase de islam considera que el «matrimonio» —o, más bien, la violación pura y dura de niñas de hasta ocho años— es un «derecho»? Ese no es mi islam, desde luego, ni el de tantos otros musulmanes. Sin embargo, estos líderes religiosos influyentes, estos ultraconservadores y defensores del matrimonio infantil, utilizan el supuesto ejemplo del matrimonio del Profeta con una de sus esposas, Aisha, para justificar el matrimonio infantil. Citan ese ejemplo a sabiendas de que habrá muchos temerosos de criticar cualquier cosa que el Profeta pudiera

haber hecho, de ahí que a aquellos que se oponen al matrimonio infantil se los califique de apóstatas.

Si tanto empeño tienen en imitar lo que consideran el matrimonio de Muhammad con una niña —la edad de Aisha ha sido muy debatida, algunos la sitúan en nueve años y otros en diecinueve—, ¿por qué no siguen el ejemplo de su primer matrimonio? Jadiya, una rica divorciada quince años mayor que él, empleó a Muhammad a su servicio y luego se le declaró. En vida de Jadiya, Muhammad no tomó ninguna otra esposa. A los musulmanes se les enseña que ella fue la primera persona en creer a Muhammad cuando este le contó que había tenido una revelación. ¿Están listos nuestros queridos clérigos para seguir ese ejemplo y abogar por casarse con mujeres mayores? Mira a tu alrededor e intenta encontrar una Jadiya moderna. ¿Por qué se ha mantenido la idea de la esposa niña, pero no la de la esposa más adulta, a imagen y semejanza de Jadiya? La mayoría de las esposas de Muhammad eran mayores que él. ¿Por qué nuestros clérigos no consideran *sunna* —un ejemplo de Muhammad que los musulmanes deben imitar— que los hombres se casen con mujeres mayores?

La respuesta es simple: porque Jadiya representa el poder y la autonomía de la mujer que algunos clérigos desprecian. La esposa niña es un ser indefenso, maleable, sin experiencia de ningún tipo, y carece de capacidad alguna para desafiar la autoridad del hombre. Por eso, aquellos clérigos que insisten en el «derecho islámico» de casarse con niñas pequeñas deberían ser sinceros sobre el motivo: quieren niñas maleables e indefensas que nunca los desafíen. Debemos decir no de una vez por todas para prohibir este tipo de matrimonios y definirlos como lo que son: pedofilia. La protección de nuestras niñas debe ser más prioritaria que los frágiles egos de los clérigos y aquellos hombres a los que los clérigos han dado luz verde para abusar de menores. Independientemente de la edad que tuviera Aisha cuando Muhammad se casó con ella, debemos tener las agallas suficientes para decir que los matrimonios en el siglo vii eran una cosa y los matrimonios en 2014 son otra, y que hoy en día casarse con niñas pequeñas es un crimen. Debemos ser inflexibles en esto.

Supuestamente, Rawan murió después de ser *violada*, igual que Lama murió después de ser *violada*. Hasta que el matrimonio infantil no se considere en esos términos, hasta que dejemos de usar eufemismos para diluir lo que le hacemos a nuestras niñas, más niñas impúberes morirán de hemorragias internas por el trauma que supone el sexo para esos cuerpos inmaduros. Morirán más niñas, como Fawziya Ammodi, de doce años, otra yemení, que murió en 2009 de una hemorragia grave después de tres días de parto. El bebé también murió.

La obediencia ciega a los clérigos, que saben cómo exprimir la

religión hasta la última gota, está matando a nuestras niñas. Debemos hablar, blasfemar si es necesario; ser acusados de apostasía si hiciera falta. A los musulmanes se les enseña que el islam puso fin a la práctica islámica de enterrar vivas a las niñas recién nacidas porque se las consideraba una carga, algo sin valor, pero mientras callemos ante la abominación del matrimonio infantil, no estamos más que enterrando vivas a nuestras niñas ahora.

Hubo un momento en Egipto en 2014, durante un toque de queda que duró tres meses en todas las provincias del país y mantuvo a la gente en casa durante gran parte de la tarde y toda la noche, en que el patriarca en el hogar y el patriarca en el poder fueron imágenes especulares. A medida que la irritación iba en ascenso ante lo que en realidad era un arresto domiciliario, la situación podría haber sido una oportunidad para que los niños y hombres del país se plantearan que el arresto domiciliario es precisamente la realidad que viven las mujeres que conocen. La mayoría de las familias egipcias impone algún tipo de toque de queda a sus mujeres, sobre todo a las solteras.

Algunos hombres a los que les sugerí la conexión se burlaron. Les hice que se planteasen lo frustradas que estarían sus hermanas o sus amigas cuando su toque de queda siguiera en vigor. Les recordé que, mientras el «padre de la nación» estaba a punto de levantar el toque de queda impuesto en el país, el padre en el hogar mantendría el suyo.

Perdí la cuenta de la cantidad de «sí, pero…» que recibí por respuesta. Algunos hombres me explicaron por qué el toque de queda que se les imponía a las niñas y las mujeres en casa era correcto y debía continuar mientras el toque de queda en el país había durado demasiado y debía levantarse. A modo de justificación, me ofrecieron un abanico de excusas, desde: «¿Qué diría la gente si sale una chica de casa en plena noche?», a: «No es seguro que las niñas estén por ahí». Quizá la respuesta más triste de todas fue la de una joven egipcia que estudiaba en el Reino Unido y participaba como público en la grabación del programa *Head to Head* de Al Jazeera English en el que participé. Insistió en que su padre no la odiaba y que le imponía un toque de queda por pura preocupación, para protegerla.

—¿Protegerte de qué? —le pregunté.

Su respuesta, evidentemente, fue que su padre la protegía de los hombres de la calle. La pregunta se da por sentado: ¿por qué nunca nos planteamos imponerles un toque de queda a los niños y los hombres como forma de proteger a las niñas y mujeres del daño que los hombres les infligen en público? Muchos se echarán a reír solo de pensarlo. Pero es hora de que hablemos del tema en estos términos tan básicos, y ya es hora de oponerse a ambos toques de queda —al del patriarca de fuera, en todo el país, y al del patriarca de dentro, solo válido para niñas y mujeres— si no queremos pecar de hipocresía.

En varias ocasiones, mientras debatía la misoginia en la región, he oído: «Pero las mujeres [egipcias, saudíes, marroquís, etc.] son muy fuertes. Son las que de verdad mandan en sus casas».

¿Quiénes son estas mujeres fuertes que dirigen sus hogares? La madre de Lama, desde luego, no era una de ellas. Tampoco Manal Assi en Beirut. La idea de la mujer fuerte en el hogar es un mito en el que nos animan a creer para mantener un sistema opresor, para desviar la atención de la injusticia y la desigualdad. La «mujer fuerte» en casa no puede progresar si ha internalizado el patriarcado y sus males.

Ese mito me recordó a la descripción de bell hooks en su libro de 1981, *Ain't I a Woman? Black Women and Feminism* [¿Es que no soy mujer? Mujeres negras y feminismo], sobre la experiencia de ser una mujer negra.

> Cuando las feministas reconocen que las mujeres negras son victimizadas y en la misma frase subrayan su fuerza, implican que, aunque las mujeres negras estén oprimidas, consiguen evitar el impacto nocivo de la opresión gracias a su fuerza… Pues no es así. Normalmente, cuando la gente habla de la «fuerza» de las mujeres negras se refieren a la forma en la que creen que las mujeres negras soportan la opresión. Ignoran una realidad: que ser fuertes ante la opresión no es lo mismo que superar la opresión, que la resistencia no debe confundirse con la transformación.

Repetir, sin ningún sentido, que las mujeres «mandan en sus casas» es lavarse las manos y equivale a renunciar a la responsabilidad de denunciar y condenar la misoginia institucionalizada de las leyes de estatuto personal que impregna cada aspecto de la vida de la mujer en la región.

Gloria Anzaldúa, bell hooks y otras mujeres que han criticado su cultura fueron atacadas por hacerlo, pero me inspira cómo perseveraron en sus críticas y su valor frente a los ataques que recibieron —muchos por parte de hombres que no querían airear sus «trapos sucios» ante los extraños—, y me recuerda que la única oportunidad que tenemos de derrocar a los patriarcas en nuestros hogares y en nuestras mentes es continuar criticándolos.

A menudo, el poder y la rabia de los relatos personales pueden ser el detonante de estas revoluciones necesarias. El poder de las historias de mujeres radica en su capacidad de derribar los muros insonorizados del hogar. A veces, estas historias solo necesitan un micrófono abierto para hacerse oír. En verano de 2012, en un escenario montado en el jardín de una galería de arte en medio de un antiguo barrio obrero de El Cairo, una mujer joven tomó el micro:

—No puedo contaros esto mirándoos a la cara, así que voy a darme la vuelta para compartir mi historia —dijo, y se dispuso a contarnos, de espaldas a nosotros, que cuando tenía once años, un clérigo que sus padres habían contratado para enseñarla a recitar el Corán abusó sexualmente de ella.

Valentía, vulnerabilidad, gracia.

Su revelación tuvo lugar después de una *performance* de un grupo de teatro que lleva testimonios de mujeres al escenario. La actuación de esa noche de Bussy —del árabe, «mirada»— trataba del acoso sexual que sufren las mujeres egipcias en las calles. Después del espectáculo de Bussy, dio comienzo la iniciativa de micrófono abierto Proyecto Mareekh (que significa «Marte»). La premisa del proyecto era simple: inscríbete y espera tu turno para contar lo que quieras. Nadie puede interrumpirte. La iniciativa ha llevado el micrófono abierto a varios lugares y escenarios para fomentar la libertad de expresión, para ayudar a que los egipcios encuentren su voz y se pronuncien.

Nunca antes, ni desde entonces, había oído a una egipcia hablar de abusos sexuales sufridos durante la infancia. Todo el público estaba perplejo. Varias personas la abrazaron cuando se bajó del escenario. Hubo otros que también hablaron por el micrófono abierto, otra mujer joven que nos contó, de frente, cómo el amigo de su padre había abusado de ella sexualmente cuando tenía catorce años, y continuó hablándonos de sus intentos de suicidio y los problemas psicológicos derivados de ese abuso.

Esta valentía es la misma que la que incita a las mujeres a denunciar la violencia que han experimentado en la calle. Pero, por arriesgado que sea hablar públicamente del acoso y las agresiones sexuales, hablar públicamente de los abusos sexuales, hablar de los crímenes que tienen lugar en el hogar, es todavía más arriesgado. El dolor reside en el hogar, y ahí es donde debemos comenzar a sanar.

[27] El caso de Manal Assi desató una gran polémica en Líbano, más aún cuando el juzgado de lo penal de Beirut sentenció a Nuheili a tres años y nueve meses de cárcel por su asesinato, tras considerar un atenuante que estuviera enfurecido en el momento de los hechos. La familia de Manal, apoyada por gran parte de la opinión pública y distintas organizaciones, apeló al tribunal de casación. En 2017, Nuheili fue condenado a dieciocho años de cárcel, una decisión que ha sentado jurisprudencia en materia de violencia de género en Líbano.

[28] Finalmente, la ley número 103-13, para combatir la violencia contra las mujeres, fue aprobada por el Parlamento marroquí a principios de 2018. Aunque supone un paso histórico en la criminalización de algunas formas de violencia de género, además de establecer medidas preventivas y proteger a las supervivientes, las asociaciones de mujeres han denunciado que la ley es insuficiente. Las supervivientes tienen que presentar cargos penales para obtener protección, algo que pocas pueden permitirse. Tampoco establece medidas concretas para que policías, fiscales y jueces la persigan ni otorga fondos para la creación de casas de acogida.

[29] En 2018 había veinte diputadas (un 15,38 %).

[30] En lo que se definió como un «día histórico», el Parlamento jordano abolió el artículo 308 en 2017. En Túnez, en el mismo año, se derogó una ley similar que permitía que el violador eludiera la justicia al casarse con la víctima. Lo mismo sucedió en Líbano cuando el Parlamento decidió revocar el artículo 522, después de una intensa campaña por parte de activistas. En Baréin se han hecho avances para derogar el artículo 353, una ley parecida, aunque la enmienda ha sufrido cambios y parece que el Parlamento solo está dispuesto a aceptarla en casos de violación en grupo.

[31] Aunque se redactó una nueva Constitución en Yemen en 2015, el proyecto no llegó a aprobarse y continúa vigente la de 1991. El borrador de 2015 incluía un artículo (el número 124) que situaba en los dieciocho años la edad mínima para contraer matrimonio.

# Caminos a través del desierto

> Pero yo no voy a honrar esos aspectos de mi cultura que me han herido y que me han herido en aras de protegerme.
>
> GLORIA ANZALDÚA, *Borderlands/La Frontera: la nueva mestiza* (trad. de Carmen Valle)

En 1990, cuarenta y siete mujeres saudíes violaron el veto que prohibía conducir a las mujeres del reino tomando el volante en un famoso convoy que atravesó Riad, la capital. En las mezquitas las llamaron putas, les prohibieron trabajar durante dos años y les confiscaron el pasaporte temporalmente.

Arabia Saudí, que proporciona el combustible a tantos coches en el mundo con su petróleo, prohíbe conducir a la mitad de su población. [32] Los líderes conservadores de Arabia Saudí siempre han justificado la prohibición y el *apartheid* entre géneros que tantos ámbitos abarca en la nación basándose en la idea de que la sociedad saudí no está «preparada» para que las mujeres tengan más derechos. En Arabia Saudí y otros regímenes dictatoriales, tales excusas se utilizan no solo para ignorar las voces del cambio, sino también para tildar cualquier pequeña concesión que se realice en materia de derechos de la mujer como una medida valiente y progresista contra la supuesta desprevención de la sociedad. Esto es un disparate y así es como se lo debe llamar. No sucede nada «excepcional» con Arabia Saudí, y no debemos dar cuartel a la misoginia flagrante que reina en el país. En todo caso, Arabia Saudí es excepcional por el nivel de discriminación que sufren niñas y mujeres.

La familia real saudí, que se inviste del islam y se presenta como la guardiana del islam —al rey se le conoce como el «custodio de las dos mezquitas sagradas» (las mezquitas de La Meca y Medina)—, tergiversa las críticas de tal manera que criticarlos a ellos equivale a criticar el islam. Desde que Abdul ibn Saud unió a las tribus para fundar el país que lleva el nombre de su familia (y que ha estado bajo el poder absoluto de sus hijos desde entonces), la familia real ha mantenido un pacto con los clérigos mediante el cual los primeros mantienen el control total de la política exterior y la riqueza petrolera y los segundos controlan los corazones y las mentes de su ciudadanía. De vez en cuando se dan conflictos entre estos dos polos de poder e influencia; sucedió, por ejemplo, con una universidad que se fundó

gracias al respaldo del rey con el único campus del reino que no está segregado, para enojo de los clérigos conservadores. Pero, por mucho que se presente a sí misma frente a sus aliados extranjeros como el elemento más «razonable», la familia real comprende muy bien que el concepto «la sociedad no está preparada» no es más que una excusa para quitarse de encima las críticas que señalan la ausencia abismal de derechos de las mujeres. La familia real también sabe que siempre puede contar con el silencio de los aliados gracias a las exportaciones de petróleo, los billones de dólares en armas y acuerdos de negocios y la reticencia de los musulmanes a criticarla, sobre todo por parte de aquellos que pertenecen a la secta suní del islam. ¿Por qué, si no, se presentó el equipo saudí a los Juegos Olímpicos reiteradamente (hasta los juegos de 2012) sin una sola mujer en representación del reino? (Mientras tanto, el Comité Olímpico Internacional vetó al equipo afgano por discriminar a la mujer bajo el dominio de los talibanes).

La excusa saudí siempre fue que a las chicas del reino no se les permitía realizar deporte y, durante mucho tiempo, el mundo y, para mayor vergüenza, también el Comité Olímpico Internacional —que prohíbe cualquier forma de discriminación en su código— lo aceptaron tácitamente. ¿Por qué se les prohíbe hacer deporte a las niñas y mujeres del reino? Porque los clérigos ultraconservadores han decretado que los deportes femeninos son pecaminosos.

Si te preguntas cómo es posible que el deporte sea pecado, solo hace falta que busques un libro de 2006 escrito por el clérigo Mohammed al Habdan: «Esto [los deportes femeninos] es exactamente lo que quieren los impíos de Occidente —escribió—. Su plan es sacar a las mujeres de sus hogares con artimañas y, por tanto, también quitarles el velo».

La cosa se pone peor: por lo visto, los deportes femeninos no son solo un complot occidental, sino una puerta a la tentación sáfica. Habdan señala que las niñas podrían sentirse atraídas entre sí después de ver a sus compañeras vestidas con mallas y camisetas ajustadas. Por eso, según Habdan, las «buenas» chicas saudíes no se desnudan nunca fuera de casa.

Esta hipersexualización de las niñas y las mujeres no es algo nuevo entre los clérigos ultraconservadores del reino, y dice más de ellos que de la población femenina del país.

Veintiséis mujeres participaron en el equipo olímpico de Egipto en los Juegos de 2008 de Pekín. Me encantó ver a una mujer portando la bandera del equipo de Baréin, y a otra en el equipo de los Emiratos Árabes Unidos, la primera mujer en la historia en representar a su país en unos Juegos. Sheikha Maitha bint Mohammed bin Rashid, la deportista de veintiocho años que llevó la bandera de los Emiratos, competía en taekwondo. Durante la ceremonia de apertura, llevó un

velo y una *abaya* negros, aunque no se cubre cuando compite. Por el contrario, las mujeres del equipo de Argelia lucían faldas y tacones. [33]

Unos días antes de la ceremonia de apertura de Pekín, la activista feminista saudí Wajeha al Huwaider colgó un vídeo en YouTube donde protestaba por la prohibición de los deportes femeninos en su país. Otras desafiaron la prohibición jugando al fútbol o al baloncesto clandestinamente y aprendiendo a montar a caballo. En 2008, las autoridades religiosas saudíes prohibieron una maratón exclusivamente de mujeres y un partido de fútbol, pero el equipo de baloncesto femenino Jeddah United hizo una aparición pública como parte de su lucha contra la prohibición. Se arriesgaban a la ira del Estado, pero estaban decididas a hacerse oír.

Estos esfuerzos fueron presión suficiente para que Arabia Saudí diera el brazo a torcer ante el COI. El reino envió a dos atletas mujeres a los Juegos de Londres en 2012. Los ultraconservadores lanzaron una campaña feroz contra las dos mujeres en los medios, llamándolas putas —igual que hicieron los clérigos del régimen con las mujeres que se atrevieron a conducir en 1990— y usando el *hashtag* «prostitutas de las olimpiadas» en Twitter y otras redes sociales. Ningún canal de televisión saudí retransmitió su participación en los juegos.[34]

Antes de que Wojdan Ali Seraj Abdulrahim Shahrkhani pudiera llegar a competir, su velo se convirtió en objeto de disputa entre los organizadores olímpicos, las autoridades saudíes y la Federación Internacional de Judo. Los de la federación habían prohibido inicialmente competir con velo, afirmando que podría ser peligroso por las llaves y otras técnicas agresivas para agarrar a la oponente. Los altos funcionarios saudíes, para guardar las apariencias con los partidarios de la mano dura en el país por haber dejado que las mujeres participaran, insistieron en que Shahrkhani compitiese con velo. Los organizadores olímpicos intervinieron, intentando dejar atrás su reputación de blandos con la misoginia saudí.

Qué pequeños parecían todos ellos en comparación con la joven mujer que cargaba con el peso de las ambiciones de millones como ella a sus espaldas. Al final, llevó un hiyab rediseñado, parecido a una gorra negra. Ni siquiera eso fue suficiente para los saudíes partidarios de la mano dura, que dijeron que se había «deshonrado» por combatir delante de jueces y árbitros varones.

Como ves, la cosa no va de taparse el pelo o de «modestia». Va de controlar los cuerpos de las mujeres, y para mantener ese control, los de la mano dura siempre cambiarán las reglas del juego para que estemos en desventaja.

Entonces Shahrkhani era una yudoca cinturón azul y competía en

las Olimpiadas, para las que se requiere el cinturón negro, pero con ella hicieron una excepción. Las mujeres en Arabia Saudí no pueden participar en competiciones internacionales porque no pueden acudir a competiciones nacionales en el reino por culpa de la prohibición de los deportes femeninos. Al final, cuando finalmente compitió, Shahrkhani perdió en ochenta y dos segundos ante una oponente mucho más experimentada de Puerto Rico, Melissa Mojica.

La otra competidora saudí, Sarah Attar, de diecinueve años, solo tenía un año más que Shahrkhani. Attar tiene la doble nacionalidad estadounidense y saudí, y vive en Estados Unidos, donde forma parte del equipo de atletismo de su universidad y donde se formó como corredora de fondo, pero como no estaba entre la élite mundial, los organizadores la pusieron a competir en los 800 metros.

Como su compatriota la yudoca, Attar fue recibida cariñosamente por el público, que le dedicó una gran ovación a pesar de llegar en último lugar. Como Shahrkhani, Attar era muy consciente de estar haciendo historia.

«Para mí es un honor enorme y una experiencia increíble estar aquí representando a las mujeres —declaró Attar ante Associated Press—. Sé que esto puede marcar la diferencia de verdad… Para las mujeres en Arabia Saudí, creo que esto puede despertar algo en ellas para que se involucren más en los deportes y sean más atléticas —dijo—. Quizá en los próximos Juegos tengamos un equipo fuerte».

En Estados Unidos, Attar entrenaba con pantalones cortos y un top. En los Juegos de Londres, iba cubierta de los pies a la cabeza, con un velo remetido en una sudadera de manga larga y pantalón largo. Attar, que competía con las mejores atletas del mundo, vestidas con la ropa deportiva más aerodinámica del mercado, seguramente se vio perjudicada por sus prendas anchas. Estaban a años luz de su ropa de competición de Estados Unidos y se la veía visiblemente incómoda con el calor de Londres.

Por si la falta de experiencia y el tremendo escrutinio que tuvieron que soportar estas jóvenes mujeres no fueran suficientes, las condiciones que impuso el reino para que «acataran la *sharía*» hicieron que su participación pareciera una farsa. En lugar de dejar en evidencia a los clérigos que advierten que los deportes femeninos fomentan el lesbianismo, en lugar de dejar en evidencia a los intimidadores que llamaban putas en Internet a las dos olímpicas, el régimen saudí deja en evidencia a las mujeres, cuando debería estar elogiándolas. Arabia Saudí no envió a ninguna deportista a los Juegos Asiáticos de 2014 en Corea del Sur.

En mayo de 2013, se levantó la prohibición contra los deportes en los colegios privados para niñas de Arabia Saudí, bajo la condición de que las estudiantes siguieran los códigos de la «vestimenta decente» y

las normas de la *sharía*. La agencia de noticias Saudi Press Agency (SPA) citó declaraciones del portavoz del Ministerio de Educación, Mohammed al Dakhini, según el cual el levantamiento de la prohibición era fruto de «las enseñanzas de nuestra religión, que permite a las mujeres dedicarse a tales actividades según la *sharía*». Sin embargo, Wajeha al Huwaider ya había señalado antes la misma idea —que el islam alentaba a las mujeres a practicar deporte y que en la época del Profeta ya lo hacían— y la tachaban de extremista por sistema.

La gran prueba vendrá con los colegios públicos. El régimen ha tolerado en silencio los deportes en los colegios privados. En abril de 2014, la SPA informó que el consejo de la Shura había solicitado al Ministerio de Educación que considerase incluir los deportes femeninos en las escuelas públicas, siempre bajo la condición de que los colegios sigan las normas de vestimenta de la *sharía* y la segregación de sexos. Reuters informó que los conservadores organizaron una de sus escasas protestas frente a la corte real en la capital, Riad, en contra de esas reformas «occidentalizantes». ¿Qué hay de «occidentalización» en los deportes femeninos? Al igual que pasa con el hiyab, los conservadores invocan una falsa dialéctica cultural para ocultar la verdadera naturaleza de la disputa.

La participación en los deportes debería ser un derecho para todas las niñas de Arabia Saudí, no solo para aquellas cuyas familias se pueden permitir enviarlas a colegios privados que las protegen en cierto modo del «excepcionalismo» del país. A menudo —aunque no siempre—, las ricas están resguardadas de algunos tipos de misoginia, y las más desfavorecidas, las más marginales y las más vulnerables son quienes la sufren más dolorosamente.[35]

Las restricciones para practicar deporte y conducir se reducen principalmente a una cuestión: la movilidad. Las mujeres saudíes se enfrentan a múltiples problemas, pero es el tema más dramático que ejemplifica su cautiverio frente al régimen.

Un año antes de los Juegos Olímpicos de Londres, Manal al Sharif fue encarcelada por conducir un coche con su hermano en el asiento del acompañante y por subir el vídeo de su infracción a YouTube. Madre soltera con un hijo pequeño, fue arrestada después de que la policía asaltara su piso como si fuera a capturar a un terrorista.

En un congreso en El Cairo donde las dos éramos conferenciantes, Al Sharif habló de otra madre soltera que había conocido durante su arresto. La mujer, madre de dos chicas adolescentes, le rogó a Manal que enseñara a conducir a sus hijas para que pudieran ir al colegio y a hacer recados, porque su madre no podía permitirse un chófer y su exmarido no le pasaba la pensión alimenticia ni le pagaba nada a las niñas.

La campaña de Al Sharif de mayo de 2011, organizada sobre todo a través de las redes sociales, unió a docenas de mujeres que subieron vídeos de sí mismas conduciendo a YouTube. Varias se ofrecían a enseñar a conducir a sus compatriotas. Algunas conductoras llegaron a casa sin problema. Otras fueron arrestadas y solo las dejaron en libertad después de que sus padres firmasen un compromiso de que sus hijas no volverían a conducir. Todas estas mujeres habían conseguido el carné de conducir fuera de Arabia Saudí, pero tenían prohibido usarlo en el reino.

Al Sharif declaró ante los reporteros que basta una gota de lluvia para comenzar una tormenta, y adujo que el reino no podría mantener a raya para siempre el huracán pro derechos de las mujeres. Los conservadores vieron en la tormenta de Al Sharif una amenaza tan grande que la acosaron en su puesto de trabajo en una de las compañías petroleras más grandes del mundo, de tal manera que tuvo que abandonar Arabia Saudí y emigrar a Dubái.

En octubre de 2013, dos años después del arresto de Manal al Sharif, unas sesenta mujeres saudíes se pusieron al volante. Esta vez fueron menos las detenidas. En un interesante cambio de rumbo por parte del Estado, dos hombres, uno de ellos columnista, fueron encarcelados durante unos días por apoyar la campaña a favor de las mujeres al volante. Con esta protesta, el régimen tuvo que reconocer lo que siempre había negado: no era la sociedad la que no estaba «preparada» para que las mujeres condujeran. Desde hace años, sobre todo en zonas más apartadas, las mujeres saudíes conducen. Algunas mujeres se visten de hombres para no hacerse notar. Otras conducen solo en caso de emergencia, por ejemplo, para llevar un pariente al hospital. Otras conducen porque les gusta y punto. El mundo no se ha terminado. Su presencia al volante no causa una histeria colectiva entre los conductores, y algunas mujeres cuentan incluso con el apoyo de sus parientes varones. Los que no están preparados son el régimen y los clérigos.

Solo sesenta mujeres condujeron en la campaña de 2013, apenas una decena más que en 1990. Esto es indicativo del miedo y la sumisión que las mujeres saudíes han internalizado. No obstante, es imposible que aquellas que oyeron hablar de esa campaña al volante permanecieran impasibles; al igual que han cambiado irrevocablemente las personas de toda región que vieron las revoluciones y los levantamientos a través de sus televisores y en las pantallas de su ordenador, tanto si se unieron a las protestas como si no.

Sentada en el asiento del acompañante y grabando una de las escapadas en coche de Manal al Sharif antes de su arresto en 2011, estaba Wajeha al Huwaider, la mujer del vídeo que criticaba la

ausencia de mujeres en el equipo olímpico en los Juegos de Pekín. En 2008, Al Huwaider emitió un vídeo suyo al volante en el que se ofrecía a enseñar a conducir a otras mujeres saudíes, y leía una carta abierta al ministro del Interior del país pidiéndole que levantase la prohibición que les impedía circular.

Al Huwaider ha sido una guerrera incansable, fiera y, en ocasiones, solitaria a favor de los derechos de las mujeres en Arabia Saudí. Le prohibieron viajar y escribir para la prensa local, la acusaron de urdir «estratagemas», de practicar un feminismo «demasiado extremo», de estar desconectada de la realidad saudí. Pero es exactamente su «extremismo» el que golpea a una sociedad represora donde más duele. Estar «desconectada» de una sociedad en la que la mujer ha internalizado su sumisión es algo digno de admirar.

Mientras haya mujeres como Al Huwaider luchando, nosotras —es decir, cualquiera que viva fuera de Arabia Saudí— debemos escuchar sus exigencias y amplificarlas. Ni Al Huwaider ni Manal al Sharif ni ninguna de las mujeres que participaron en las tres tandas de protestas en contra de la prohibición de conducir han llamado nunca a nadie para que las «rescaten». Ellas luchan contra un oscurantismo y una misoginia inimaginables, y su lucha es la prueba de que las mujeres saudíes no solo están preparadas para el cambio, sino que lo exigen.

Es una cobardía y una vergüenza negarse a reconocer su lucha, como hizo el secretario de Estado estadounidense, John Kerry, cuando visitó Arabia Saudí poco después de la campaña en contra de la prohibición que impedía conducir a las mujeres. Cuando le preguntaron por las exigencias de las mujeres, Kerry básicamente dijo que Arabia Saudí tenía derecho a imponer el orden social que considerase oportuno. Ni una palabra sobre la lucha o la valentía de las mujeres. Ni una palabra sobre la violación lacerante de sus derechos. Si cualquier grupo étnico o religioso fuera tratado de la misma manera que se trata a las saudíes, este *apartheid* habría sido condenado hacía mucho tiempo, y Arabia Saudí habría sufrido el boicot por parte de Estados Unidos y otras naciones occidentales.

En lugar de esto, Arabia Saudí accede a organismos internacionales a base de dinero, como ONU Mujeres, donde es uno de los dos países que tiene garantizado un puesto en la junta ejecutiva como nuevos donantes. ¿Por qué un país como Arabia Saudí tiene tanto interés en unirse a organismos internacionales como ONU Mujeres? Porque se traduce en una herramienta para ejercer presión —ser miembro en un poderoso organismo— que entraña muy pocas obligaciones.

Estados Unidos y otros países occidentales han luchado con éxito para dejar fuera a Irán de la junta ejecutiva de ONU Mujeres, pero han hecho la vista gorda cuando se trata de los agravios hacia las mujeres de Arabia Saudí. No es más que otro recordatorio de que ignorarán sus

derechos cuando más les convenga. Una vez más, las mujeres son la moneda de cambio más barata.

No es que Naciones Unidas ignore el terrible expediente de Arabia Saudí en lo referente a derechos de las mujeres. Después de todo, ¿cómo olvidar la farsa que tuvo lugar en 2008 cuando una delegación saudí compareció por primera vez ante el panel de expertos en derechos de la mujer de la ONU en Ginebra, e insistió de manera absurda en que las mujeres de su país no sufrían discriminación? La declaración más ridícula tuvo lugar cuando el comité de la ONU preguntó por qué los hombres saudíes podían tomar hasta cuatro esposas. Con cara de póquer, el delegado saudí —un hombre, cómo no — explicó que era para garantizar que el hombre satisficiera su apetito sexual legalmente si una esposa no podía procurárselo. No es de sorprender que la relatora especial de la ONU para la violencia contra las mujeres Yakin Ertürk acudiera poco después a Arabia Saudí en una misión de investigación de diez días. Ertürk dijo después de su visita que Arabia Saudí necesitaba construir un marco legal basado en los estándares de derechos humanos reconocidos internacionalmente, y criticaba las restricciones que sufrían las mujeres por culpa del sistema de tutela. Sin embargo, resulta sorprendente que dijera que la prohibición de conducir a las mujeres no surgió durante sus conversaciones con los altos funcionarios saudíes. Aún más chocante fue la siguiente declaración: «Si la prohibición de conducir va a continuar, creo que es necesario proporcionar otros medios de transporte para que la gente pueda moverse, especialmente para aquellos que no pueden permitirse un coche y un chófer. Sea cual sea la normativa por la que se rige un país, es obligación del Estado proporcionar alternativas».

En lugar de denunciar la prohibición de conducir de la misma manera que lo han hecho las valientes activistas, la relatora especial del Consejo de Derechos Humanos de la ONU sobre violencia contra las mujeres le dio vía libre a Arabia Saudí al sugerir que crease alternativas para que las mujeres no condujeran. Recuerda, esta lucha va de la movilidad y la libertad de las mujeres. Al no reconocerla como tal, Ertürk se unió a la larga lista de autoridades y organismos internacionales que se niegan a denunciar la misoginia saudí y la meten en el saco de las «diferencias culturales». Al ceder de manera recurrente al relativismo cultural, los agentes internacionales se alían con el régimen y los clérigos más retrógrados, y denuestan el valiente trabajo de las activistas locales que mantienen que su país no debería tener licencia para discriminar.

En el año 2000, Arabia Saudí ratificó una carta internacional de derechos de las mujeres, pero estipulaba que, si las disposiciones de la carta generaban conflicto, prevalecería la interpretación de la *sharía*

del país. Entonces, ¿para qué firmar la carta? Sobre todo, si se tiene en cuenta que la interpretación saudí de la *sharía* es el punto de partida de la discriminación de las mujeres: la poligamia, el matrimonio infantil, el acceso limitado al divorcio y las herencias reducidas. Otros países también se escudan mediante mecanismos similares, lo que da pie a la siguiente pregunta: ¿por qué se les permite firmar compromisos que ignoran en la práctica?

¿Cuándo vamos a dejar de aplaudir al régimen saudí por ofrecer unas migajas disfrazadas de «reformas» a las mujeres? La verdad es que el poder de las mujeres aterra al régimen saudí. Al menos así es como yo interpreté su decisión de retrasar las elecciones municipales en 2009.

Todo comenzó con las mujeres kuwaitíes. En mayo de 2009, cuatro mujeres consiguieron escaño en las elecciones al Parlamento de Kuwait. Su victoria supo aún mejor porque los fundamentalistas que se habían opuesto al sufragio femenino durante tanto tiempo perdieron varios escaños en el Parlamento kuwaití.

Justo al día siguiente, Arabia Saudí amplió el mandato de los consejos locales a dos años para dar tiempo a «ampliar la participación de los ciudadanos en la gestión de los temas locales». Según relataron varios activistas, estos consejos locales son inútiles. Son el resultado del breve romance con la democracia del reino en 2005. En ese momento, cinco mujeres anunciaron su candidatura, pero los clérigos ultraconservadores consideraron que aquellas elecciones, las primeras en toda la historia del país, estaban vetadas para las mujeres.

A partir de entonces, las mujeres saudíes y quienes las apoyan continuaron esperando a que el rey Abdalá hiciera extensiva la votación de 2009 a las mujeres. Te puedes imaginar lo nerviosa que se puso la familia real al ver a cuatro parlamentarias kuwaitíes nuevecitas. Bien sabe Arabia Saudí que las saudíes aprenden de sus hermanas kuwaitíes: justo después de la invasión de Kuwait en 1990 por parte de Irak, muchos hombres y mujeres kuwaitíes huyeron de la violencia en coche hasta la vecina Arabia Saudí, inspirando de esa manera las protestas contra la prohibición de conducir.

Está por ver si de verdad las mujeres podrán votar y presentarse a las elecciones municipales a partir de 2015 o si el régimen volverá a mostrarse reacio.[36] En 2013, el rey Abdalá nombró treinta mujeres para el consejo de la Shura, un pseudo-Parlamento consultivo, donde ahora ocupan el 20 % de los asientos de un cuerpo antes exclusivamente masculino. Pero la Shura es un ente sin poder efectivo, y no queda claro si sus «recomendaciones» se traducen en políticas. Más reveladoras de la posición saudí respecto a las mujeres en la política fueron las declaraciones del gran muftí Abdulaziz, pues dijo

que la participación de las mujeres en la política era «abrir la puerta al demonio». Lo que las autoridades realmente temen que se abra es la puerta a una revolución a favor de los derechos de la mujer.

Una de las concesiones más recientes del rey Abdalá respecto a las mujeres ha sido levantar las restricciones para que las mujeres trabajen en ciertos ámbitos laborales, como las tiendas de lencería, donde antes las mujeres tenían que interactuar con un vendedor para comprar las bragas y los sujetadores. Esto era un absurdo casi tan grande como la prohibición de conducir, que da lugar a que las mujeres que no pueden ir a ningún sitio si no es acompañadas de un familiar varón tengan que pasar horas a solas en coches con chóferes que no guardan ningún parentesco con ellas. Esta contradicción evidencia la mentira que es el *apartheid* entre géneros en Arabia Saudí. No se trata de separar a las mujeres de los hombres y mucho menos de «proteger» a las mujeres de los hombres, sino de restringir la movilidad de ellas y, por tanto, su autonomía.

Los religiosos más retrógrados han convertido Arabia Saudí en el hazmerreír. Un país que en seis décadas ha construido autopistas que cruzan el desierto, que es uno de los más conectados a las superautopistas de la información, tiene a las mujeres encerradas en una burbuja medieval…, y el mundo guarda silencio, para mayor vergüenza.

Hay más mujeres saudíes en los campus universitarios que hombres y, sin embargo, según un artículo del *New York Times* de 2013, la tasa de empleo de las mujeres en el reino es un raquítico 15 %. Poco a poco, ámbitos como el derecho se han abierto a ellas. En 2013, Abdalá permitió a las primeras mujeres del reino licenciarse en derecho, con capacidad para representar clientes y montar y dirigir sus propios bufetes. Hay otros ámbitos que les están vedados. Por ejemplo, no hay juezas, ni embajadoras, ni ministras. El puesto más alto que ha ocupado una mujer en el poder fue el de viceministra de Educación, ostentado por Norah al Fayez en 2009.[37]

Como señaló la académica yemení Elham Manea en un artículo de 2013, el estatuto de los trabajadores saudí determina que, de acuerdo con la *sharía*, «las mujeres podrán trabajar en todos los ámbitos afines a su naturaleza». Concluía diciendo que «las mujeres saudíes continúan marginadas hasta el punto de estar totalmente excluidas del mercado laboral saudí».

Proseguía diciendo que «tanto en el sector público como en el privado se requiere el permiso de sus tutores varones para poder contratar mujeres, y un jefe puede despedir a una mujer u obligarla a dimitir “si su tutor decide por cualquier motivo que ya no quiere que trabaje fuera de casa”. Para trabajar en tiendas de ropa, parques de atracciones, cocinas o como cajeras, ya no hace falta el permiso de un

tutor. No obstante, hay una segregación de sexos estricta en el trabajo y se prohíbe a las trabajadoras que interactúen con sus compañeros varones».

Sin duda, si las mujeres pueden trabajar en todos estos ámbitos no se debe en absoluto al altruismo de la familia real, sino al trabajo de «extremistas» como Al Huwaider y Al Sharif, que han luchado largo y tendido para obligar al régimen a hacer estas concesiones. El rey saudí y otros dictadores tienen que entender que deben estar a la altura de su pueblo, no al revés. En 2013 solo condujeron sesenta mujeres, pero miles las vieron y esta experiencia las cambió para siempre. Algunas a las que consideran «desconectadas de la realidad» representan los dilemas de otras muchas, como Nahed Batar, una madre divorciada de cincuenta años con siete hijos que tiene carné de conducir británico y un doctorado. Fue una de las sesenta que condujeron en octubre de 2013. Había esperado durante tres meses el visado para su chófer y se veía obligada a depender de su hijo de diecinueve años para llevarla a ella y a sus cuatro hermanas al colegio y al trabajo. Con su hijo a punto de marcharse a estudiar al extranjero, Batar decidió comenzar a conducir, sin reparar en las consecuencias.

La revolución política no se ha desatado en Arabia Saudí —a diferencia de Egipto, Libia o Túnez—, pero ha comenzado una social. En las universidades hay más mujeres saudíes que hombres. Las mujeres hacen el mismo uso de las redes sociales y los blogs que los hombres. Del mismo modo que la gente joven en los países autoritarios como Egipto crea en el mundo virtual un espacio que no existe en la vida real, las saudíes pueden expresarse en Internet de maneras que resultarían impensables en unas calles y un espacio público dominados por el régimen y los clérigos.

El motivo de que mujeres como Wajeha al Huwaider, Manal al Sharif y sus compañeras en la lucha por ponerse al volante asusten tanto a los clérigos se reduce a que desafían abiertamente el sistema de tutela masculino. La catedrática y activista Aziza Youssef declaró ante Associated Press que, justo antes de la campaña de octubre de 2013, ella y otras cuatro activistas de renombre recibieron llamadas de un alto funcionario con conexiones con el ministro del Interior, el príncipe Mohammed bin Nayef. El hombre les advirtió que no cogieran el coche el día previsto para la campaña a favor de que condujesen las mujeres.

La respuesta del régimen a las protestas deja patente que comprende la amenaza que representan estas mujeres. La valiente labor de estas activistas está a punto de abolir algo más importante que la prohibición de conducir: está a punto de abolir un sistema de *apartheid* entre géneros mantenido por los patriarcas dentro y fuera de casa. «Hasta que [el sistema de tutela] desaparezca, todos los cambios son

pura fachada», ha declarado Youssef. Estas mujeres están enviando un mensaje a los patriarcas en el poder y a los patriarcas en el hogar: no necesitan ni quieren su «protección». La revolución social y sexual es imparable, y estas mujeres serán recordadas como su vanguardia.

[32] En junio de 2018, Arabia Saudí levantó oficialmente el veto que prohibía conducir a las mujeres y comenzaron a expedirse permisos de conducción. Ha sido una medida histórica que ha costado grandes esfuerzos a las activistas saudíes, tal y como describe Eltahawy. Paradójicamente, al mismo tiempo que se anunciaba la medida, varias de ellas fueron encarceladas, entre ellas Loujain al Hatloul, Iman al Nafyan y Aziza Youssef (a quien Eltahawy menciona en este capítulo), como denunció Amnistía Internacional.

[33] En 2016, Egipto envió a los Juegos de Río de Janeiro su mayor delegación y la más inclusiva hasta la fecha: 83 hombres y 37 mujeres. De las tres medallas de bronce que consiguieron, una fue para la taekwondista Hedaya Malak Wahba, que también abanderó la delegación en la ceremonia de clausura, y otro para Sarah Ahmed, levantadora de peso. Ambas compitieron con *hiyab*. También hicieron historia en los Juegos de Río dos atletas de Baréin originarias de Kenia al ganar la primera y segunda medalla del país en unos juegos (Eunice Kirwa, bronce en maratón, y Ruth Jebet, medalla de oro en 3.000 metros obstáculos). Túnez también cosechó éxitos en esgrima (Ines Boubakri, bronce, que dedicó su medalla «a las mujeres tunecinas y a las árabes […] deben tener su lugar en la sociedad») y en lucha libre (Marwa Amri, bronce). Al margen de los éxitos, fue notable la presencia de atletas sirias refugiadas (tres de una delegación de siete): como dijo la nadadora Yusra Mardini, su presencia «enviaba un mensaje al mundo». Líbano envió más mujeres que hombres por primera vez a unos juegos, al igual que Baréin, y en Marruecos la participación fue casi igualitaria

[34] En los Juegos Olímpicos de 2016, celebrados en Río de Janeiro, compitieron once atletas saudíes, siete hombres y cuatro mujeres, doblando así la presencia de estas respecto a los juegos anteriores. El Gobierno comunicó su participación por separado, después de anunciar los nombres de los atletas masculinos, con la excusa de no herir sensibilidades entre la opinión pública.

[35] El Ministerio de Educación saudí finalmente levantó la prohibición contra los deportes femeninos en la escuela pública en julio de 2017. Sin embargo, activistas y organizaciones como Human Rights Watch han denunciado la falta de medidas e infraestructuras que acompañan el levantamiento del veto, que se traducen en problemas para implementar programas deportivos en los colegios.

[36] Las mujeres votaron por primera vez en la historia de Arabia Saudí en los comicios municipales de 2015. Novecientas setenta y nueve candidatas (frente a unos 6.000 hombres) y 130.637 mujeres votantes se registraron para participar en las elecciones (frente a 1,35 millones de hombres). A las candidatas se les prohibió hablar con los votantes hombres, y se les exigió tener oficinas de campaña separadas. Los resultados fueron muy esperanzadores, pues un alto porcentaje (84 %) de las votantes registradas acudió a votar y al menos 17 mujeres resultaron elegidas concejalas. Hay que recordar que el monarca se reserva el derecho de designar libremente un tercio de estos consejos locales.

[37] Según el Banco Mundial, la tasa de empleo de mujeres en Arabia Saudí había subido hasta el 22 % en 2017. En 2018, Tamadur bint Youssef al Ramah ocupó otro cargo importante en el Gobierno, aunque no de primera línea: viceministra de Trabajo.

## Hazte oír

> ¿Qué pasaría si una mujer contara la verdad sobre su vida?
> El mundo se abriría en dos.
>
> MURIEL RUKEYSER, «Käthe Kollwitz»

Comencé a reconciliarme con mi sexualidad cuando tenía veintiocho años. Al igual que me llevó ocho años quitarme el hiyab, tardé mucho en superar lo que me habían enseñado acerca del sexo y lo que debía y no debía hacer con mi cuerpo. Deshacer tabús y una educación cultural y religiosa puede suponer darle un giro radical a todo lo que te han enseñado. Pero puede ser igual de radical desencadenarse lentamente, liberándote de los estratos de culpa poco a poco de manera que no te rompan ni el cansancio ni la soledad.

De los veinte a los treinta, me pasé la mayor parte del tiempo trabajando duro para construirme una carrera como periodista. Me identificaba abiertamente como feminista y escribía tantos artículos como podía sobre derechos de las mujeres. En verano de 1995, me tomé un mes libre y viajé a China para asistir e informar sobre la cuarta conferencia mundial sobre la mujer de Naciones Unidas, donde se creó la Plataforma de Acción de Pekín, la agenda política más progresista hasta la fecha en materia de derechos reproductivos. Ahí estaba yo, que siempre quise ser independiente y autosuficiente, viajando sola a China, cenando sola y escribiendo sola. Se me daba muy bien estar sola.

Había aprendido la terminología del feminismo sexo-positivo, podía escribir sobre derechos reproductivos y había aprendido a sustituir el término *prostituta* por *trabajadora sexual*, aunque este vocabulario nuevo tenía poca aplicación en mi vida. Para alguien acostumbrado a tratar con palabras y a exponer lo que normalmente estaba oculto, me daba cuenta de que yo misma me había estado ocultando tras esas palabras, como en su día me oculté tras el hiyab, y que había compartimentado y separado mi vida personal de mi compromiso político. Usaba las palabras como armas en mi vida laboral, pero nunca las usaba para explorar o explicar las luchas de mi vida personal: ni siquiera era capaz de contarle a la gente que había llevado hiyab. Ahora me doy cuenta de que entonces no tenía el poder para hacerlo.

Canalizar todas mis energías en el trabajo también era una forma muy conveniente de evitar el matrimonio; en esa época, yo no

concebía otra manera de mantener relaciones sexuales. Había evitado casarme porque temía no ser lo bastante fuerte para luchar contra las desventajas religiosas y culturales a las que debía hacer frente una esposa. Por eso, dejé de lado lo personal y me concentré en lo político, al menos en el aspecto externo. Ahora me doy cuenta de que lo político nunca podrá cambiar de verdad si no va acompañado de una lucha paralela en el terreno personal: la doble revolución.

La mayoría de las mujeres que conozco en Egipto —mujeres muy formadas, mujeres económicamente independientes— dicen con la boca pequeña que lo más importante son los hijos y la familia, pero yo no quería primar algo que pudiera herirme o limitar la poca libertad que había conseguido. ¿Por qué debía casarme si eso implicaba «obedecer» al marido? ¿Por qué debería fingir que, por muy duro que hubiera trabajado, cuando tuviera hijos, mi familia sería lo primero?

He visto a varias mujeres muy capaces desarrollar múltiples personalidades después de doblegarse a las exigencias de la sociedad. Mientras algunas de ellas disfrutaban de su autonomía y de sus logros, otras incitaban a sus hijas a adaptarse a los códigos de conducta que se esperan de las niñas y no de los niños, sobre todo en lo que respecta a la sexualidad y la autonomía física. Así es como se transmiten los valores de nuestra sociedad, el testigo que la madre le pasa a la hija. He visto a madres incitar a sus hijas a casarse a pesar de los sentimientos encontrados de estas, e incitar a las mismas hijas para que eviten los métodos anticonceptivos y tengan hijos sin importar si ellas o sus maridos se sentían preparados. Al hacerlo, estas madres operan con una especie de piloto automático culturalmente programado que va en contra de los valores éticos que sus propios logros implican.

No estoy diciendo que todas las mujeres deben renunciar a casarse y a tener hijos. Pero muchas de ellas —que también son infelices por tener que luchar contra el peso de las expectativas sociales— les inculcan a sus hijas un respeto no merecido por los roles de género conservadores. Debemos recordar que, a menudo, estas madres actúan así para «proteger» a sus hijas, y que es injusto que ellas carguen con todo el peso del cambio a menos que desmantelemos el sistema que les exige socializar a sus hijas de esta manera. Aunque esto no las absuelve. Si estas mujeres —con estudios, económicamente independientes— no luchan contra el sistema, si no reconocen los privilegios que las protegen y si este privilegio las obliga a derribar las barreras culturales, entonces ¿qué esperanza queda a nuestras sociedades?

Lo que intento decir es que, a los veintiocho años, me había hecho a la idea de que no me casaría pronto. Estaba harta de esperar, harta de tener que informarme del sexo y su mecánica a través de libros y

revistas. Justo a tiempo —lo tomé como una señal de que debía transformar mi conocimiento en experiencia— conocí a un hombre que me atraía y que se convirtió en mi primera pareja sexual. Le pedí una cita, él aceptó y comenzamos a salir. Era unos años más joven que yo y no era virgen. Sin embargo, tuvo mucha paciencia y se adaptó a mi ritmo para explorar mi sexualidad con él. La primera vez que nos acostamos fue justo después de mi veintinueve cumpleaños. Esa paciencia es la que le había deseado a la mujer de treinta y cinco años que me había preguntado si era «normal» y si disfrutaría del sexo a pesar de estar mutilada.

No sangré. No me dolió. Fue una experiencia hermosa con la que disfruté muchísimo, en parte porque transgredía algo prohibido. Quería contárselo a alguien, a todo el mundo, compartir lo maravilloso que era experimentar esa clase de intimidad sobre la que tanto había leído, experimentar un orgasmo con otra persona no solo a través de la masturbación, y proclamar que el amor y el placer que sentía eran algo que la horrible palabra *fornicación* nunca podría manchar.

Sin embargo, a pesar de la emoción que por fin experimentaba, no tardé en sentir cómo la culpa comenzaba a asomar y resultaba imposible ignorarla. No podía librarme de mi educación. No podía librarme de la tradición. Como los jóvenes hombres y mujeres que tenían más miedo de la ira de sus padres durante las protestas que de los policías a sueldo de Mubarak o de la Junta Militar, yo temía más compartir con alguien mi nueva vida sexual que a los agentes de seguridad que me amenazaron con llevarme a la cárcel si no revelaba la fuente de un artículo.

La autora y doctora en medicina franco-argelina Malika Mokeddem escribe acerca de estos sentimientos en su libro *Mes hommes* [Mis hombres]. Su primer amante fue un compatriota argelino cuya familia había desbaratado sus planes de boda para poder acordar un matrimonio entre él y alguien de su misma tribu. «Las fuerzas tiránicas de la tradición truncaron esa relación amorosa, pero también me inculcaron una certeza: necesitaba un hombre que fuera libre», escribe Mokeddem.

En mi caso, el problema no era que el hombre con el que estaba, un egipcio, no fuera libre, sino que yo no lo era. Las «fuerzas tiránicas de la religión» truncaron mi relación. Él quería casarse y tener hijos, y yo accedí en un primer momento, pero lo rechacé después porque no podía confiar en que él no cambiaría después del matrimonio. Quizá tampoco me fiaba de que yo misma no cambiaría. No tenía ni la energía ni el poder para luchar contra el bagaje cultural y religioso que rodean la familia y el matrimonio. Él comprendió que nunca le daría un sí que durase más de una semana y puso fin a nuestra

relación.

A pesar de todo lo que había conseguido hasta el momento, a pesar de todas las luchas y el feminismo, yo no era libre. No podía hacer lo que quisiera con mi cuerpo sin sentir el peso de la culpa, la cultura, la religión y la «fornicación». ¿De verdad era diferente de las mujeres que consideraba que habían desarrollado una doble personalidad, una que disfrutaba de sus logros y la otra una «buena chica» que respondía a la educación y la tradición?

En su búsqueda de un hombre libre, Mokeddem tuvo aventuras con varios hombres no argelinos. Poco después de romper con mi primer amante, el egipcio, me casé con un estadounidense blanco. Los dos años turbulentos que pasamos juntos me enseñaron que el matrimonio —con cualquier hombre, sin importar su cultura o su religión— no estaba hecho para mí, y me ayudaron a entender que la actitud personal de un hombre hacia las mujeres es más importante que su herencia cultural. Esos dos años de matrimonio también fueron determinantes para mí en el tema de los hijos. Descubrí que no quería tenerlos. Respeto y acepto el instinto maternal que sienten muchas mujeres a la hora de tener hijos, pero yo nunca lo sentí y me alegra no tenerlos. A veces me pregunto si, de haber tenido una hija, cómo la habría criado. ¿Cómo, cuando a mí me ha llevado tanto tiempo desaprender las cosas que más daño hacen a la causa de la liberación y la igualdad de las mujeres, habría criado a mi hija para ser desobediente?

Tras pasar por un proceso de ensayo y error en el tema del matrimonio y los hijos, todavía tenía que reconciliarme con los hombres con los que comparto el mismo bagaje cultural y religioso. Ahora tengo cuarenta y siete años y he pasado los últimos dieciocho luchando contra la culpa sexual. Todavía merodea a mi alrededor: he tenido que esforzarme mucho por incluir estos párrafos, a sabiendas de que mi familia los leería y no lo aprobaría, pero esta es mi revolución. Así es como por fin estoy reconciliando mi yo político y mi yo personal, utilizando las palabras como armas incluso en los ámbitos más difíciles e íntimos de mi vida.

Cuando regresé a Egipto durante nuestra revolución, quería empaparme de hombres egipcios. No hay otra forma de describirlo. Sentía la necesidad visceral de coger mi yo libre de culpa —mayor y más capaz de resistir la carga religiosa y cultural ante la que me arrodillé en su día— y buscar a un hombre que hubiera pasado por una revelación similar. Era estupendo poder manifestarnos juntos, arriesgar nuestras vidas enfrentándonos al régimen, pero ¿qué pasaría cuando terminasen las protestas? ¿Cómo se sostendrían las políticas impecables que estos hombres defendían ante el régimen en lo referente a las revoluciones sociales y sexuales?

Desgraciadamente, muchos de los revolucionarios no supieron abordar la revolución sexual. Me acordé de las palabras que la anarquista y combatiente española Lola Iturbe escribió en su artículo de 1939 en la revista *Tierra y Libertad*, que conocí a través del libro de Martha A. Ackelsberg *Mujeres libres: el anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*: «Los compañeros, tan radicales en los cafés, en los sindicatos y hasta en los grupos, suelen dejar en la puerta de su casa el ropaje de amantes de la liberación femenina y dentro se conducen con la compañera como vulgares maridos».

Amira, una mujer de treinta y dos años que conocí en el evento de Egmadi en El Cairo, me recordó estas palabras mientras debatíamos si la revolución egipcia había transformado los hogares. Le pregunté si la revolución había llegado ya al hogar.

—No lo creo. Todavía no —me dijo—. Porque algunos hombres que participaron en la revolución que se comportaban como liberales fuera de casa, dentro no eran nada liberales. Ni siquiera saben lo que dice la religión. Piensan: «Tengo que dominarte», no piensan: «Tengo que cuidar ti, tengo que apoyarte en lo que hagas».

Aun así, no cejé en mi empeño y encontré hombres con un amor por la liberación de la mujer que traspasaba el umbral del hogar, hombres de carácter dulce que mitigaban la violencia a la que nos enfrentábamos en el espacio público, donde tantos de nuestros cuerpos fueron agredidos y violados. Encontré hombres que rechazaban la hipocresía de nuestra sociedad y la doble moral ante la sexualidad femenina y masculina. Encontré hombres que estaban deseando ser nuestros camaradas en nuestra revolución sexual, que estaban deseando renunciar al privilegio que les permite jugar a ganar con ese doble rasero sexual. Estos hombres fueron mis aliados contra cualquiera que dejara la revolución fuera del dormitorio.

No fue una búsqueda fácil. Algunos hombres aún se debatían contra las cadenas de las que tanto tiempo había tardado en zafarme y me sentía conmovida por sus revoluciones personales. Tenía que recordarme que también los hombres luchaban contra la culpa sexual y una socialización que provocaba una actitud pervertida y malsana hacia las mujeres y el sexo. Creo —y mi experiencia me confirmó esa teoría— que las niñas y las mujeres cargan con la mayor parte del peso de esta socialización. Pero, al conocer mejor a los hombres egipcios y al compartir mis frustraciones por la forma en la que nuestra cultura y la práctica de nuestra religión nos habían llenado de culpa y privado de una forma de entendimiento las unas con los otros, aprendí que nuestros mejores aliados son aquellos hombres decididos a librarse de la culpa sexual, que reniegan de la falsa comodidad que ofrece el doble rasero con el género.

En *Mes hommes*, Malika Mokeddem incluye una carta abierta a su

padre en la que asegura que «escribir sobre hombres a los que amé libremente, a pesar de todo y de todos», fue la mejor forma de enfrentarse a los religiosos y los conservadores —a los que llama «las fuerzas de la oscuridad»— que insisten en controlar las vidas de las mujeres:

> Me afirmo ante mis amores sucesivos, incluyendo a los «blasfemos». En ellos se apoya mi libertad para estar en el mundo […] Insisto en hacerlo. Las fuerzas de la oscuridad me han seguido hasta Francia. Y en Occidente, aparecen por todas partes para negar a las mujeres la dignidad de una existencia legítima. Uno de sus supuestos grandes pensadores —un hombre barbudo con colmillos tan largos como la noche sangrienta argelina— balbucea en las pantallas de televisión sobre la lapidación de las mujeres adúlteras. Sus brigadas han logrado introducir esta carga en las espaldas de las jóvenes inmigrantes, anulándolas. Está por ver si ellas tendrán la última palabra, padre. Para muchas mujeres como yo, la única religión es el derecho a la igualdad, a la libertad, al amor, a la elección sexual.

Escribir sobre amar «libremente, a pesar de todo y de todos» es algo extremadamente raro en nuestra cultura. Hay muy pocas personas en el mundo árabe deseosas de hablar de sexo extramatrimonial, y menos aún de sexo homosexual. Cuando una amiga egipcia me contó que era lesbiana, también me explicó por qué —a pesar de tantos años de activismo contra el régimen de Mubarak, a pesar de las veces que había arriesgado su vida y su carrera por su activismo— no estaba lista para contárselo a su familia o hacerlo público. Le dije que estaba con ella y que apoyaría cualquier decisión suya, y que me sentía honrada de que hubiera confiado en mí. Yo sabía que, al ser una mujer sexualmente activa, ya desafiaba muchos de los tabús más arraigados en el país, pero con el riesgo añadido y la censura de mantener relaciones con mujeres en una sociedad intolerante. Había muchísimas fuerzas que la impulsaban a guardar silencio, a invisibilizar esa parte de sí misma.

Durante mi primer viaje a Beirut, en 2009, pasé la primera noche en un evento al que nunca me habría imaginado que asistiría en Oriente Medio. En un teatro en la calle Hamra, dos mujeres que se declararon abiertamente lesbianas salieron al escenario y leyeron, en árabe y en inglés, fragmentos de un libro que estaba a punto de publicarse llamado *Bareed Mista3jil* [Correo urgente]. Era una colección de testimonios orales de lesbianas, bisexuales, mujeres que se cuestionaban su sexualidad y también personas transgénero de Líbano. Eran historias de mujeres de todo el país, de zonas rurales y urbanas, de distintas sectas y fes. Algunas historias versaban sobre la dificultad o imposibilidad de salir del armario. Otras eran de personas que habían emigrado a países occidentales solo para descubrir que el racismo contra los árabes y la islamofobia reemplazaba la homofobia. Uno de los pasajes describía los retos concretos a los que se enfrentan las lesbianas en su propia cultura:

> Se habla mucho más de la homosexualidad masculina que de la homosexualidad femenina. No resulta sorprendente en una sociedad patriarcal donde se ignora todo lo que atañe a la mujer. Y la sexualidad, como implica que reclamemos nuestros cuerpos y exijamos el derecho al deseo y al placer, es el último tabú en lo que atañe a la mujer. Hemos publicado este libro para llevar a la sociedad libanesa las historias reales de personas reales cuyas voces han sido desoídas durante cientos de años. Viven entre nosotros, aunque nos resulten invisibles, en nuestras familias, en nuestros colegios, en nuestros lugares de trabajo y en nuestros vecindarios. Su sexualidad ha sido objeto de burla, ignorada, negada, oprimida, distorsionada y forzada a ocultarse.

*Bareed Mista3jil* fue publicado por Meem, una comunidad que apoya a mujeres lesbianas y bisexuales que se formó en Beirut en 2007. «Meem» es la pronunciación de la primera letra de la palabra árabe *methleyya*, una adición relativamente reciente al léxico árabe que significa literalmente «misma», como en «mismo sexo», y hace referencia a las lesbianas (para gais, se utilizaría *methli*). Hasta que se introdujeron estas palabras, la única manera de referirse en árabe a una persona homosexual era mediante términos peyorativos, como *shaaz* («desviado») o *khawwal* («maricón»). Estas nuevas palabras son un recordatorio de cómo una cultura puede desviarse de un lenguaje cargado y discriminatorio —y de la discriminación sobre el terreno que inspira— mediante la introducción de nuevos vocablos. Durante mucho tiempo, no tuvimos ninguna palabra para «feminismo» en árabe, y después se introdujo el término *nasawiya*, que nos ayudó a refutar la estúpida acusación de que el feminismo era una importación de Occidente. Necesitamos tantas palabras nuevas en árabe…

Lina Ben Mhenni, feminista y activista tunecina, se pregunta qué significa la palabra «libertad». «Cuando la gente tomó las calles en diciembre de 2010, lo cierto es que pedían trabajo, libertad, dignidad —comentó—. Pero no creo que estuvieran preparados para aceptar que la libertad engloba todas las libertades, incluida la libertad de la mujer, la libertad sexual, la libertad individual: todas. La gente no está preparada para una revolución de este tipo».

Una manera simple pero explosiva para acelerar la revolución sexual sería la introducción de la educación sexual en los currículos de nuestra región. Según un informe de 2007 del organismo Population Reference Bureau, solo Argelia, Baréin, Irán, Marruecos y Túnez incluyen la salud reproductiva en los currículos de la educación pública. En la actualidad, el tema se menciona someramente (si es que se menciona) en algunos libros de texto, dependiendo del país en el que vivas y si acudes a un colegio privado o público. Incluso en los países donde se imparte educación sexual, los profesores suelen sentirse demasiado avergonzados para dar la clase y encargan a los estudiantes que lean solos la lección. Además, en algunos países, los padres protestan si a sus hijos, sobre todo a sus hijas, se les enseña cualquier cosa relacionada con el sexo.

La mayoría de los padres de la región son extremadamente reacios a

hablar de la reproducción con sus hijos. Según una encuesta de 2006 en Argelia por parte del Pan Arab Project for Family Health [Proyecto Panárabe para la Salud Familiar], el 95 % de los encuestados varones y el 74 % de las mujeres supieron por su cuenta de la pubertad, sin que sus padres o sus profesores les contaran nada.

Entonces, ¿de dónde sacan nuestros chicos y chicas la información sobre el sexo? Hoy en día, al menos existen Internet y la pornografía. Pero, dependiendo del porno que se vea, los usuarios pueden verse expuestos a estereotipos de género degradantes y desarrollar una visión del sexo que sitúa el placer y el deseo masculinos en el centro de la experiencia sexual.

Mucha gente joven aprende cosas sobre el sexo, el amor y la vida conyugal en la radio y la televisión, sobre todo en programas de debate en los que los clérigos (de todo pelaje) responden a preguntas de los telespectadores. En estos programas son frecuentes las preguntas sobre el sexo y las relaciones, pero las respuestas de los clérigos siempre son mojigatas e inexactas, y los temas tabú (los anticonceptivos, la homosexualidad y las relaciones extramatrimoniales) no se abordan nunca (para que te hagas una idea del tipo de «consejos» que les esperan a las mujeres que llaman, recuerda la anécdota de mi padre sobre el clérigo que le preguntaba a una esposa maltratada qué había hecho ella para merecer las palizas).

Sin educación sexual que presente el sexo como una experiencia positiva —y que mitigue las asociaciones «sucias» y de tabú— y sin un acceso fácil a los anticonceptivos o a información básica sobre el control de natalidad, el sexo seguirá suponiendo un gran peligro para las personas más vulnerables de nuestras sociedades: las niñas y las mujeres.

Una doctora especializada en obstetricia y ginecología en El Cairo me contó que muchas de sus pacientes tanto en el hospital universitario (pacientes de ingresos reducidos) como en su consulta privada (pacientes más adineradas) presentan síntomas de frustración sexual, pero son incapaces de expresarlo a las claras. Cuando les sugiere ejercicios que podrían practicar con sus maridos, la mayoría de las mujeres aseguran que prefieren la muerte antes que proponérselos. A las mujeres les preocupa que sus maridos piensen que están cuestionando su virilidad o, peor aún, que sus maridos crean que los ejercicios no son una idea de la ginecóloga, sino fruto de una experiencia sexual previa, lo que significaría que las mujeres no eran vírgenes cuando se casaron. En una cultura que consagra la violencia de género, las mujeres se arriesgan al castigo, a los golpes, e incluso a la muerte, por comenzar este tipo de conversaciones.

Irónicamente, debido a la extrema dificultad que las mujeres encuentran para hacerse oír, ha sido un poeta el que ha expresado

mejor los deseos y las frustraciones de las mujeres árabes. El poeta sirio Nizar Kabbani (1923-1998) diseccionó las sociedades árabes en su hipocresía y en la doble moral a la hora de criar a niños y niñas, y en la disparidad de la libertad para amar y desear que se les concedía cuando maduraban. La hermana mayor de Kabbani se suicidó para no casarse con un hombre al que no amaba, y muchos tienen la teoría de que este fue el detonante para que el poeta dedicase toda su vida a dar voz a la subjetividad y las pasiones de las mujeres.

«Kabbani no abordaba una causa popular cuando comenzó a atacar la forma en que se obligaba a las mujeres, a través de una educación extremadamente conservadora, a negar su propia humanidad —señala Salma Khadra Jayyusi en la introducción a *On Entering the Sea: the Erotic and Other Poetry of Nizar Kabbani* [Adentrarse en el mar: poesía erótica y otros poemas de Nizar Kabbani]—.[38] El mayor logro de Kabbani, no obstante, no fue solo atacar la intimidación política, sino que dirigió su afilada pluma contra el tabú más sacrosanto de la cultura árabe tradicional: el sexo […] Abogaba por la liberación tanto del cuerpo como de la mente de los mandatos que les habían sido impuestos a lo largo de los siglos, por un despertar de la mujer a una nueva conciencia del cuerpo y de la sexualidad, lejos de los tabús de la sociedad, concienciándola del tratamiento discriminatorio de los sexos, de su crueldad inherente».

Soy una gran admiradora de la poesía de Kabbani. Pero ¿dónde está la Kabbani mujer?

En su día existió. Un libro me introdujo a las grandes poetas del deseo en árabe: *Classical Poems by Arab Women: A Bilingual Anthology* [Poemas clásicos de mujeres árabes: una antología bilingüe], recopilada y traducida por Abdullah al Udhari. Moris Farhi escribió en la página web Poetry Magazines la siguiente crítica de *Classical Poems*:

> No se me ocurre ninguna colección que solo incluya a mujeres poetas que se nieguen valientemente a guardar silencio en un mundo donde la psicosis masculina hegemónica, en distintos grados de fanatismo, persigue esclavizarlas y poseerlas […] Esta es una colección donde las mujeres […] declaran, libre y orgullosamente, su igualdad ante los hombres […].
>
> No solo incluye poemas del periodo de la Jahiliyya (la época anterior al advenimiento del islam que los académicos e historiadores musulmanes siempre desacreditan —erróneamente— como un periodo de caos e ignorancia y, por tanto, sin interés histórico), pero también de los periodos fundamentales que hicieron del islam una religión importante y dinámica: el periodo omeya, el abasí y el andalusí.

El abanico de mujeres poetas de diversa procedencia de la colección es extraordinario, tanto como su audacia para expresar sus deseos. Desde el califato omeya (603-750), Dahna bint Mashal reprende a su marido:

> Déjame, no puedes encenderme con un abrazo, un beso o un aroma.
> Solo tus embestidas me quitan las penas, haz saltar mi anillo del pie hasta la manga.

Y Bint al Hubab, que alardea de su adulterio:

¿Por qué enloqueces, marido, solo porque ame a otro hombre?
Vamos, azótame, cada herida en mi cuerpo te mostrará el dolor que puedo causarte.

Del periodo abasí (750-1258) tenemos a Safiyya al Baghdadiyya:

Soy la maravilla del mundo, la dueña de corazones y mentes.
Con una vez que mires mis encantos, estarás perdido.

E I'timad Arrumaikiyya (siglo XI), que le pide a su amante sin ningún reparo:

Te ruego que vengas rápido como el viento para montar mi pecho y cavar
y arar mi cuerpo, y no te apartes hasta turbarme tres veces.

¡Cuánto se ha perdido desde que estas mujeres valientes y orgullosas de sus deseos escribieron sus palabras! Los conservadores siempre tacharán de invento «occidental» y blasfemo el lenguaje que empleamos para referirnos a nuestros deseos y a nuestra integridad físicos. Pero siempre ha existido un lenguaje de deseo y orgullo femenino en árabe; está esperando que lo reclamemos.

También hay palabras que debemos desterrar del léxico árabe referidas al sexo. Es hora de dejar de usar la palabra *niña* para aquellas que nunca han mantenido relaciones sexuales y *mujer* para las que sí las han mantenido. Incluso si la triste realidad es que nuestras sociedades sigan creyendo que es un hombre y su pene el que nos convierte en mujeres, debemos cambiar el lenguaje para inspirar un cambio de actitud. La distinción *niña-mujer* tiene ramificaciones que van más allá de las bromas sexuales masculinas. Las leyes que castigan la violación prevén penas más duras si la afectada es una «niña» en lugar de una «mujer»; tratan a las vírgenes y sus genitales como un premio que ha de ser custodiado hasta la llegada del hombre adecuado. El Código Penal marroquí, por ejemplo, contempla condenas más duras si la violación y la «agresión indecente» provocan que la mujer pierda la virginidad. En su informe sobre los sesgos del Código Penal marroquí, Amnistía Internacional menciona que la pena por violar a una mujer va de los diez a los veinte años de cárcel, a menos que la mujer no pierda la virginidad a resultas de la agresión, en cuyo caso la sentencia pasa a ser de entre cinco y diez años.

También debemos ajustar cuentas con la palabra *fornicación*. En los países más pobres de la región, la edad media de contraer matrimonio ha aumentado notablemente, pues hay menos personas capaces de permitirse una vivienda propia u otros gastos asociados con el matrimonio. A medida que más y más jóvenes retrasan la edad del casamiento, la prohibición general de mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio en el mundo musulmán se verá amenazada. ¿Queremos una sociedad donde los amantes se casen solo para mantener relaciones sexuales? ¿Qué pasa si no existe química sexual entre el hombre y la mujer que esperan hasta el matrimonio? Estas

preguntas se están imponiendo en nuestras sociedades, y solo un debate sincero y abierto y una voluntad de romper con la tradición, sea islámica o cristiana, nos ayudarán a hallar respuestas.

No soy tan inocente como para creer que la «fornicación» desaparecerá como concepto o como pecado tanto del modelo de vida cristiano como musulmán en nuestra región. Lo que exijo es un tratamiento pragmático de la sexualidad que permita a los adultos que decidan mantener relaciones consensuadas poder mantenerlas libremente con el conocimiento y los métodos anticonceptivos necesarios para que lo hagan de manera segura. La libertad de elegir no alterará la libertad de esperar hasta el matrimonio, si eso es lo que quieres. Cuanta más libertad tengamos, más opciones tendrá la gente. Cuantas menos libertades tengamos, más rápido se instalará la hipocresía en el corazón de nuestras sociedades.

Se precisa una cierta privacidad para practicar la autonomía, y la privacidad es un bien escaso en los países donde el patriarca en el poder y el patriarca en el hogar están constantemente encima de nosotras, controlando nuestra conducta e imponiendo toques de queda. La mayoría de las mujeres y los hombres de la región viven con sus padres hasta que se casan. ¿Dónde van a encontrar, entonces, un lugar privado si quieren mantener relaciones sexuales? Un hotel no, desde luego, porque la mayoría de los hoteles en Egipto exigen una copia del certificado de matrimonio si alguien de nacionalidad egipcia se registra con una persona del sexo opuesto (irónicamente, esto facilita a veces las relaciones entre personas del mismo sexo; si compartes habitación con otra mujer, es probable que nadie sospeche de tus intenciones). De hecho, en la mayoría de los países de la región, incluidos Líbano, Marruecos e incluso Túnez, un hombre y una mujer que quieran compartir habitación tienen que mostrar un certificado de matrimonio. En Líbano, aunque no está prohibido legalmente, puede que a una pareja no casada se le impida reservar una habitación de hotel según las leyes de familia. En otros países, como Arabia Saudí, una mujer soltera y sin acompañante ni siquiera puede alojarse sola en un hotel, imagínate con un hombre con el que no está casada.

Entonces, ¿dónde van las parejas enamoradas? El Cairo se ha hecho famoso por las parejas tímidas que acuden a los puentes y los paseos con vistas al Nilo, donde se toman de la mano e incluso se aventuran a ir más allá, pero siempre mirando al río, de espaldas al tráfico, como si ignorarlo les garantizara un mínimo de privacidad. Se me parte el corazón al ver a estos hombres y mujeres jóvenes intentar encontrar la forma de contentar su cuerpo y su corazón a pesar de las presiones religiosas, sociales y políticas que los sofocan.

El coche es la mejor alternativa a falta de una habitación propia, pero solo para aquellos que se lo pueden permitir. A las personas lo

bastante valientes como para compartir anécdotas sexuales, las oirás describir el coche como un bastión de privacidad y exploración sexual. Pero las calles de las ciudades grandes como El Cairo están abarrotadas, y las actividades en el asiento de atrás pueden dar lugar a penas de cárcel. En 2012, un exparlamentario egipcio —de la secta salafista, que condena fehacientemente el sexo extramatrimonial— fue condenado a un año de cárcel, que no tendría que cumplir a menos que reincidiera, y a una multa de 1.000 libras egipcias después de ser arrestado cuando la policía lo descubrió «practicando el acto sexual» en un coche en una carretera desierta con una joven que, según algunos, tenía dieciséis años (otros informaron que tenía veintidós). El antiguo miembro del Parlamento le había dicho a la policía que era su sobrina. La joven fue condenada a seis meses de libertad condicional y a una multa de 500 libras egipcias.

En Marruecos, las muestras de afecto en público han encolerizado al régimen. En junio de 2012, Khadija Riyadi, directora de la Asociación Marroquí de Derechos Humanos, junto con otras activistas, solicitó que se excluyese el artículo 490 del Código Penal marroquí, que castiga a aquellos que mantienen relaciones fuera del matrimonio, aunque sean consentidas y entre adultos. El artículo 490 establece: «Todas las personas del sexo opuesto que no estén casadas y que mantengan relaciones sexuales serán castigadas con penas de cárcel de entre un mes y un año». Lo sigue el artículo 491, que alude al adulterio: «Cualquier persona casada culpable de adulterio será castigada con penas de cárcel de entre uno y dos años; solo se actuará judicialmente si hay una denuncia por parte de uno de los cónyuges».

Según la ONG Freedom House, en casos de sexo extramatrimonial solo te pueden condenar si existe un testigo presencial o una confesión de uno de los acusados. Las mujeres sufren un sesgo negativo en el Código Penal marroquí, ya que la palabra del hombre, por ley, vale más que la de la mujer.

«En ausencia de una prueba formal o de un caso con agravantes, la declaración de un hombre siempre prevalece sobre la de una mujer —dijo una representante de la Democratic League for Women's Rights, una ONG marroquí, en declaraciones a la revista *Maroc Hebdo* en 2011—. A muchas mujeres se las acusa de adulterio simplemente porque estuvieron a solas con un hombre que no era su marido en su casa o en un lugar público. Sin un testigo, si son incapaces de probar que su relación con el hombre es puramente profesional y no tiene ninguna connotación sexual, no podrán eludir a la justicia».

Riyadi y sus compañeras activistas comenzaron una campaña pública para derogar el artículo 490 después de reunirse con la ministra marroquí de Solidaridad, Mujeres, Familias y Desarrollo Social, Bassima Hakkaoui, la única mujer en el Gobierno islamista

elegido en 2011.[39] Hakkaoui impulsó los esfuerzos para derogar el artículo 475, que absuelve al violador que se casa con la víctima. Su éxito inspiró a Riyadi a combatir el artículo 490.

«Criminalizar las relaciones sexuales consentidas entre adultos, sea cual sea su estado civil, viola el derecho a la privacidad y a la libertad de expresión. Esta cláusula también puede disuadir a las víctimas de violación que quieran denunciar, porque pueden acusarlas de mantener relaciones extramatrimoniales», declaró Hassiba Hadj Sahraoui, directora adjunta de Amnistía Internacional para Oriente Medio y norte de África.

Poco después del comienzo de la campaña para derogar la ley que persigue el sexo extramatrimonial, el ministro de Justicia Mustafa Ramid declaró que la gente «no estaba preparada» para un enfoque más progresista. Decía que la mayoría de las familias marroquís no quieren modificar las leyes existentes y que prefieren la opción que permite a los violadores casarse con niñas menores de edad para proteger el «honor de la familia». «Estas relaciones sexuales minan los cimientos de nuestra sociedad», afirmó Ramid.

Pero Khadija Riyadi nos ha recordado por qué las mujeres como ella —a menudo criticadas por ser «extremistas» o estar «desconectadas de la realidad»— son absolutamente esenciales para la revolución social y sexual. «Las leyes nos ayudan a cambiar la mentalidad. No queremos esperar a que la mentalidad cambie por sí sola —afirmó en Public Radio International—. Debemos hacer algo para cambiar la mentalidad».

Mokhtar el Ghzioui, director del diario *al-Ahdath al-Maghribia*, apoyó públicamente la campaña de Riyadi para descriminalizar el sexo extramatrimonial, y declaró en una entrevista por televisión que le parecería bien que su madre o su hermana mantuvieran relaciones consensuadas fuera del matrimonio. En respuesta, un predicador llamado Abdullah Nahari, residente de la ciudad de Oujda, cerca de la frontera argelina, subió un vídeo a YouTube donde pedía la muerte de El Ghzioui. Nahari fue llamado a declarar por el fiscal para responder al cargo de incitación al crimen. Tres de los clérigos conservadores más importantes de Marruecos, Abu Hafs, Omar al Heddouchi y Hassan al Kettani, se manifestaron a favor de Nahari en sus páginas de Facebook, apoyando la amenaza de muerte contra un periodista que había expresado su opinión personal.

En octubre de 2013, unas decenas de marroquís llevaron a cabo el primer beso colectivo ante el Parlamento para apoyar a tres adolescentes arrestados por subir a Facebook fotos de dos de ellos besándose. Los manifestantes que se reunieron para besarse dijeron que reclamaban su derecho a mostrar su afecto en público en un país que se había vuelto cada vez más conservador. Según la web de

noticias Middle East Online, «una docena de parejas aproximadamente participó en la protesta, que fue interrumpida rápidamente por un pequeño grupo de detractores que acusaron a las parejas de "ateísmo", les empujaron y les lanzaron sillas». Al final, el jurado absolvió a los adolescentes, que habían sido acusados de escándalo público, pero la pareja acusada, de catorce y quince años, fue reprendida por el juez.

Por lo general, se considera a Marruecos un país más tolerante en cuanto a la aplicación de su Código Penal de influencia islámica porque rara vez arresta a personas que incurren en delitos y faltas relacionados con el sexo y el alcohol, pero esto no es del todo cierto. El régimen se apoya en los clérigos, que operan con el apoyo tácito, cuando no explícito, del régimen, para imponer una censura social y lanzar amenazas que el régimen prefiere evitar que le reprochen.

«Las reformas legislativas para vincular la ley marroquí con los estándares internacionales en materia de derechos humanos son cruciales para garantizar la protección de los derechos de la mujer, pero no basta con cambiar la ley. En una sociedad donde esta no disfruta del mismo estatus que el hombre, no solo la ley, sino también unas actitudes sociales muy arraigadas, conducen a la discriminación», declaró Hadj Sahraoui, de Amnistía Internacional.

Marruecos aún debe abolir el artículo 490. No obstante, las protestas que Riyadi inició son importantes porque han promovido el debate necesario para combatir el silencio que rodea el sexo. Cuando tu cultura se asegura de que no decidas por ti misma si puedes mantener relaciones sexuales, dónde y cuándo mantenerlas, también se asegura tu silencio cuando el sexo no es consentido. Se asegura de que, en la jerarquía de la explotación, las niñas y las mujeres siempre ocupen el escalafón más bajo.

Cuando exploré mi sexualidad por primera vez, sentí que necesitaba mantener mi vida personal en secreto; necesitaba cometer mis propios errores y aprender de ellos a mi manera. Puede que esto funcione para muchas mujeres, pero también debemos recordar que necesitamos abandonar la oscuridad para encontrarnos. En la lucha contra la injusticia, ayuda oír la verdad de las vidas de otras mujeres. Necesitamos escuchar no solo a las mujeres que levantan la voz contra las violaciones sufridas y que, al negarse a callar su trauma sexual, afirman su supervivencia, sino también a las mujeres que hablan abiertamente de los placeres del sexo y que, al negarse a callar sobre sus necesidades y sus deseos, afirman igualmente su supervivencia. Es preciso un instinto de supervivencia muy fiero para librarse de las restricciones culturales y religiosas y declarar: «Quiero sexo. Estoy en mi derecho si lo quiero. Celebro el deseo que siento».

Si hubiera más de nosotras que alzáramos la voz, ¿qué pasaría? Conozco a varias mujeres que, como yo, han pasado años esperando al

matrimonio para mantener relaciones sexuales antes de decidir tomar las riendas de su sexualidad; una a los treinta y un años, otra a los treinta y dos y la tercera a los treinta y ocho. Y hay otras que todavía siguen esperando.

¿Qué pasaría si hubiera más mujeres que hablasen abiertamente de su frustración sexual, la misma frustración que se utiliza para disculpar y justificar la conducta de los hombres que nos tocan y nos agreden sexualmente en las calles? Estas batallas personales pueden parecer muy alejadas de la política, pero no existe un síntoma mayor de la opresión de género que una niña con los genitales mutilados sin su consentimiento que crece y se convierte en una mujer que no sabe cómo funciona su cuerpo, que sabe tan poco sobre este y sobre el placer que se pregunta si es «normal». Cuanto más preparadas estén las mujeres para contar sus propias historias, más fuertes serán como colectivo en la esfera pública.

En noviembre de 2011, una mujer egipcia de veintidós años, Aliaa Elmahdy, le dio la vuelta a la tortilla y nos enfrentó con nuestra hipocresía y nuestra represión sexual al desnudarse. Se hizo una foto de pie en el salón de la casa de sus padres llevando nada más que unas medias, unos zapatos rojos y un pasador a juego en el pelo. Cuando subió la foto a su blog, fue como si hubiera tirado un cóctel molotov desde las barricadas de lo personal.

La desnudez y el sexo, las mismas cosas que tantos hombres practican en Oriente Medio, se convirtieron en sus armas de resistencia política. Nuestros cuerpos, tantas veces reducidos a meros campos de batalla en los conflictos de los hombres, pueden convertirse en nuestras armas elegidas.

El blog de Elmahdy se llenó de visitas y recibió comentarios vitriólicos no solo por parte de los conservadores religiosos indignados ante la desnudez femenina, sino también por parte de muchos liberales, que cabría imaginar que apoyarían su acción. En lugar de eso, los liberales la acusaron de proporcionar munición a los conservadores religiosos. ¡Como si a los clérigos les faltaran excusas para obsesionarse con el cuerpo de las mujeres! Y ¿desde cuándo los revolucionarios permiten que los opositores conservadores marquen la agenda?

Algunos dijeron que no era el momento adecuado para la audacia de Elmahdy. Pero ¿qué son las revoluciones sino audaces? Algunos dijeron que su foto volvería a los egipcios en contra de la revolución al hacerles creer que era cosa de un puñado de jóvenes que tomaban drogas y mantenían relaciones en las tiendas de la plaza Tahrir, como los medios del régimen afirmaban. Pero la revolución debe generar conmoción, debe provocar, debe preocupar, no debe comportarse como es debido y con educación.

Algunos criticaron que el cuerpo de Elmahdy no fuera atractivo según los cánones de belleza egipcios: no era lo bastante curvilínea, no se afeitaba el vello púbico, etc. Es de risa que algunos hombres quieran que estas mujeres rompan con los tabús sociales para encajar en el molde de su ideal de mujer.

Lejos de ser la chica inocente e inmadura que muchos querían hacer de ella, Elmahdy encontró el punto débil de nuestra hipocresía… y pegó donde más duele. Escribió en su blog: «Llevad a los tribunales a las modelos de artistas que posaban desnudas en las escuelas de arte hasta principios de los setenta, esconded los libros de arte y destruid las estatuas desnudas de la Antigüedad, luego desnudaos y colocaos ante el espejo y quemad vuestros cuerpos si tanto los despreciáis para libraros de vuestros complejos antes de intentar humillarme con vuestro machismo y privarme de mi libertad de expresión».

Elmahdy recibió las consabidas amenazas de muerte y tuvo que emigrar a Suecia. Un abogado egipcio lideró una moción para arrebatarle la nacionalidad egipcia, algo que no fue a ninguna parte, pero que sirve para hacerse una idea del escándalo que generaron sus actos. ¡Lo único que había hecho esta mujer era quitarse la ropa en el salón de sus padres y subir una foto! Tenías que entrar en su blog para verla. No organizó una protesta desnuda en la calle. Resulta revelador que Elmahdy levantara más críticas que las que nunca ha despertado la violencia sexual a la que se ven expuestas niñas y mujeres en Egipto.

Digámoslo de otra manera: «¿Por qué la violencia es bastante menos traumática que nuestros cuerpos desnudos?», se preguntaba la autora libanesa Nadine Mazloum después del escándalo por unas fotos en toples de una esquiadora olímpica libanesa. Jackie Chamoun, de veintidós años, estaba a punto de competir por Líbano en los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi en 2014, cuando las fotografías salieron a la luz (las imágenes habían sido tomadas en los descansos de una sesión para un calendario de deportes austríaco, y Chamoun aseguró que desconocía que fueran a ser difundidas). El ministro de Deportes y Juventud de Líbano, Faisal Karami, ordenó que el comité olímpico del país abriese una investigación y «diera los pasos necesarios para que la reputación de Líbano no sufriera» (su forma de conectar el cuerpo de Chamoun con la reputación de Líbano me recuerda a cuando Al Sisi exigía que los jueces egipcios hicieran algo ante las agresiones sexuales contra las egipcias porque el «honor de Egipto» estaba siendo violado en las calles). Incluso dio a entender que el padre de Chamoun se alegraba de la investigación. No es raro que todos los patriarcas piensen igual.

Las fotos de Chamoun y la solicitud de una investigación por parte del ministro aparecieron una semana después de que el marido de

Manal Assi le diera una paliza de muerte en Beirut. La pregunta de Nadine Mazloum yuxtaponía las distintas reacciones a la violencia y a la desnudez en su país. Afortunadamente para Chamoun, varios periódicos criticaron al ministro y se organizó una campaña en redes sociales llamada StripForJackie [Desnúdate por Jackie], donde hombres y mujeres posaban casi desnudos sujetando carteles en apoyo a la esquiadora. En su página de Facebook, el movimiento expresó su intención de subrayar que «algunas mujeres reciben palizas, a otras las matan, a otras las violan, y los medios centran su atención en una mujer llena de confianza, talento y belleza que representa a su país en los Juegos Olímpicos».

Líbano no es un país tan liberal como se suele creer; Chamoun lo reconoció cuando se disculpó. «Quiero disculparme ante todos vosotros, sé que Líbano es un país conservador y esta imagen no representa nuestra cultura. Comprendo perfectamente que queráis criticarla —escribió en una declaración en su página de Facebook al día siguiente de estallar el escándalo—. Mientras estoy en los Juegos Olímpicos, estas fotos que nunca había visto están siendo compartidas. Es triste. Lo único que os pido a todos los que las habéis visto es que dejéis de compartirlas, me ayudaría mucho a centrarme en lo que ahora realmente importa: mis entrenamientos y mi carrera».

Fue triste ver a Chamoun disculparse —Elmahdy no pidió perdón—, pero fue conmovedor ver a algunos libaneses defenderla. No hubo ningún StripForAliaa en las redes sociales en Egipto, a pesar de que Elmahdy posó deliberadamente desnuda en un acto de denuncia política. Lo más parecido a un gesto de solidaridad con el desnudo de Aliaa Elmahdy que he visto, aunque no pretendía serlo, fue una obra de arte llamada *Tank Girl* [La chica del tanque], de la artista egipcia Nadine Hammam. La obra muestra a una mujer con la parte de arriba de un biquini rosa subida a un tanque rosa que escupe por el cañón ratas color rosa (una especie de eyaculación). La obra está rodeada por las palabras *«Go Love Yourself»*, «que te quieran».[40]

Interpreté la *Tank Girl* de Hammam como una crítica directa a la Junta Militar y, por extensión, al miedo de la sociedad egipcia a la sexualidad de la mujer manifestado a través de las «pruebas de virginidad» y la agresión a la mujer conocida como *«Blue Bra Girl»* o «chica del sujetador azul».

En lugar de colocar a la chica del sujetador azul en el suelo a merced de unos soldados que le patean el pecho, Hammam sitúa el tanque, el símbolo militar más robusto, a merced de la «chica del sujetador rosa». En lugar de que un médico militar le abra las piernas a la fuerza para llevar a cabo una «prueba de virginidad», la chica del sujetador rosa de Hammam abre las piernas voluntariamente para controlar el emblema machista de los poderes fácticos en nuestro país.

Con su «que te follen» implícito y las ratas que eyacula el cañón-falo, la obra de Hammam también se hace eco del uso de la desnudez de Elmahdy: que el cuerpo femenino es, en sí mismo y por sí mismo, un espacio de disidencia y provocación. Elmahdy había enfurecido a los hombres que se escabullían para verla una y otra vez en su página web, tan horrorizados como fascinados; Hammam colocó ratas escabulléndose del cañón del tanque, horrorizadas pero también excitadas ante una provocación que culminaba en el orgasmo.

En *Talking Back: Thinking Feminist, Thinking Black* [Responder: pensar en feminismo, pensar en negro], bell hooks reconoce que donde más dolor se inflige es en el espacio entre lo público y lo privado:

> Veo lo conectada que está esta fractura con las prácticas de dominación que se siguen cometiendo (pienso sobre todo en las relaciones íntimas, en cómo funcionan el racismo, el sexismo, el clasismo en nuestra vida cotidiana, cómo esa explotación deshumaniza y duele: ahí es donde más daño nos hacen, donde nos aterrorizan y nos rompen). La realidad pública y las estructuras institucionales de dominación dotan a la opresión y la explotación del espacio privado de realidad, de concreción. Por eso creo que es crucial hablar de los puntos donde se tocan lo público y lo privado, para conectar ambos mundos. E incluso aquellos que hablan de poner fin a la dominación parecen temerosos de fracturar el espacio que los separa.

Este libro es mi contribución a la ruptura de ese espacio que separa lo público de lo privado. Soy producto de mi cultura y de mi fe. Soy hija de los tabús y de los silencios de los que he luchado para liberarme. Soy la hermana de cada mujer que combate contra las fuerzas opresoras que han sofocado nuestras vidas sexuales y las han convertido en un terreno minado, que lucha con resolución y tesón contra las fuerzas opresoras que han asfixiado nuestras sociedades políticamente. Soy la mejor amiga de la mujer que sale a protestar contra los déspotas políticos en la calle y continúa esa protesta contra los déspotas personales en el hogar.

Son las mujeres que conectan la lucha contra las fuerzas opresoras dentro y fuera del hogar las que liberarán nuestras sociedades. Debemos implicarnos en esta lucha mientras derribamos con valentía el espacio que, según bell hooks, separa lo público y lo privado. Debemos hacerlo con los pies en las calles y con nuestras palabras, al grito de: «Pan, libertad, justicia social, dignidad humana». Este es el llamamiento a la libertad en las calles y en el hogar.

Las palabras son importantes para combatir el silencio, la alienación y la violencia. Las palabras son banderas que clavamos en los planetas de nuestro ser. Las palabras dicen: «Esto es mío, he luchado por ello y, a pesar de tus intentos de acallarme, aquí sigo». En el mismo nivel de importancia, las palabras nos ayudan a encontrarnos y a superar el aislamiento que amenaza con abrumarnos y rompernos. Las palabras dicen que estamos aquí.

[38] La editorial Hiperión publicó *El libro del amor* de Nizar Kabbani en 2001, con traducción de María Luisa Prieto González.

[39] Según un informe de la Asociación Jossour, la presencia de la mujer en las esferas de la alta política marroquí no ha mejorado. La última vez que se formó Gobierno, en 2017, de un total de treinta y nueve ministros y secretarios de Estado, solo se nombró a una ministra (la propia Bassima Hakkaoui) y ocho secretarias de Estado. La presencia de mujeres en la política local también es anecdótica.

[40] Juego de palabras con el insulto *go fuck yourself*, «que te follen» o «que te den».

# Epílogo

> Quiero un Egipto donde mi hija pueda pasear por la calle con la misma libertad que un chico. Quiero que experimente todo en la vida y que nadie la mire y diga: «Eres una chica, ¿por qué haces eso?». Quiero que Egipto sea el lugar donde pueda escalar montañas, practicar boxeo si se le antoja, hacer cualquier cosa que le dé la gana y que nadie la mire y la ridiculice porque es una niña y no un niño, ni tampoco que le digan siempre: «Ojalá te cases». Esa no es la meta en la vida. Primero tienes que ser quien eres, cualquier cosa que desees ser, y luego puedes ser madre y esposa y todo lo que quieras porque, para ser madre, tienes que ser muchas otras cosas para poder darle algo a tu hija.
>
> AMIRA, treinta y dos años, hablando
> de su hija, Fairouz, de cuatro.

Amira es la madre que asistió al taller de autodefensa para mujeres Egmadi. Llevó consigo a Fairouz, que se pasó casi todo el evento bailando con la música que acompañaba muchos de los ejercicios, con un globo en la mano. ¿Qué clase de Egipto le dejaremos a Fairouz?

Me mudé a Egipto en febrero de 2013 para escribir este libro y trabajar más de cerca con las mujeres de allí. Ese año, desde el Egyptian Women's Union, uno de los movimientos feministas comunitarios que han surgido recientemente, me pidieron que mantuviera una charla con sus miembros sobre violencia sexual y formas de combatirla. El grupo era una nueva versión de una organización fundada por la veterana feminista egipcia Nawal el Saadawi que había desaparecido. Cuando la revolución egipcia comenzó en enero de 2011, El Saadawi se presentó en la plaza Tahrir, donde mujeres y hombres jóvenes se arremolinaron a su alrededor, inspirados por años de lucha tenaz y decidida por la liberación de la mujer.

Había entrevistado a El Saadawi varias veces en los años noventa, al principio de mi carrera como periodista. A menudo me decía que su abuela tenía razón al definir a Dios como «libertad, justicia y amor». Esas palabras volvieron a mí cuando oí nuestro lema revolucionario: «Pan, libertad, justicia social, dignidad humana». Después de que Mubarak abandonara el poder, asistí a las conferencias de El Saadawi en Nueva York, donde recordó al público por qué había estado encarcelada bajo el régimen de Sadat: «Fui a la cárcel para poder ser libre».

También me alegré al comprobar que el Egyptian Women's Union había revivido y al ver a mujeres y hombres jóvenes trabajando juntos en materia de feminismo. En el debate que moderé, sugerí crear un

grupo de apoyo para mujeres con el fin de fomentar la concienciación.

Me quedó claro que necesitábamos un grupo así cuando una mujer de diecinueve años se levantó y dio rienda suelta a sus frustraciones: «¡Estoy tan llena de rabia! ¡Nadie se imagina cuánta rabia hay dentro de mí!», nos dijo. Escupió esas palabras con tal fuerza que todos nos lo imaginamos perfectamente. Había que aprovechar esa fuerza, esa rabia.

Esa joven mujer —Alaa— nos contó que quería quitarse el velo, pero que su madre no se lo permitía, y que su padre le pegaba.

—Quiero escapar. ¿Debería hacerlo?

Le dije que no podía contestar esa pregunta por ella. Pero intuía que ella ya sabía la respuesta y que había venido a nuestro debate por un motivo concreto. Mientras Alaa hablaba, su dilema me recordó el terrorismo emocional al que tantas de nuestras familias someten a las niñas y a las mujeres.

Alaa terminó por quitarse el hiyab y marcharse de casa, pero solo durante unos meses, porque aún no tenía la mayoría de edad según la ley egipcia, que son los veintiún años. Se unía a nuestro grupo de apoyo de vez en cuando, y algunas de las demás asistentes se mostraban maravilladas de que hubiera tenido la fortaleza de marcharse de casa, un paso gigantesco en las sociedades árabes.

Rania, una integrante del grupo de unos treinta años, se giró hacia Alaa y le preguntó, sencillamente:

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo lo hiciste solo con diecinueve años? ¡La primera vez que viajé sola fue el año pasado y tenía treinta y cuatro! —Rania es la mayor del grupo y Alaa es la más joven.

Son estas conversaciones y la yuxtaposición de experiencias y luchas que se producen las que llevan la revolución al hogar.

—Solía pensar que las mujeres eran inferiores a los hombres —dijo Menna, de diecinueve años—. A mi padre le encantaba controlarnos a mi madre y a mí. Antes de la revolución, creía que las mujeres no podían progresar. Si voy a Tahrir me acosarán, me agredirán y todo lo demás, por eso debía quedarme en casa. Y eso hice. Pero mi madre y yo salimos e hicimos de todo y me sentí diferente. Algo en mí había cambiado.

—Desde que era una niña pequeña, mis padres me decían: «Eres libre de hacer lo que quieras, pero no puedes viajar sola» —contó otra mujer llamada Menna, de veintitrés años—. Después de la revolución, a las manifestantes nos menospreciaron. Comenzaron a decir: «Pero ¿qué hacían allí?». Estábamos allí para defender nuestro país. ¿Por qué debería quedarme en casa para servir a los hombres cuando ellos regresen triunfantes?

Nuestro grupo de apoyo se reúne semanalmente. Las participantes traen a nuestro espacio sus frustraciones, sus esperanzas, su rabia y

cualquier cosa que se les pase por la cabeza, ya sea que se han sentido agredidas sexualmente por algún acosador de camino a la reunión, o el triunfo de haber gritado, empujado o golpeado a alguien que se atrevió a intimidarlas o a agredirlas de alguna manera.

Algunas de las mujeres comentaron que sus amigos y compañeros de trabajo recelaban de lo que hacíamos, y que algunos temían que nuestro grupo de apoyo solo alimentara el odio hacia ellos. Es interesante comprobar que, incluso cuando solo ocho o nueve mujeres se reúnen —queremos que el grupo sea pequeño por un tema de intimidad y para que dé tiempo a que todas hablen cuando quieran—, cuando no hay hombres presentes, los hombres se preocupan.

Cuando miro a las integrantes del grupo veo a mujeres que están pasando por los mismos problemas que yo hace una o dos décadas. Hay una línea directa que me conecta con estas mujeres.

Veo una rabia y una determinación que no pueden contenerse. Se está librando una batalla feroz en Egipto, y no precisamente entre los islamistas y los militares en el poder, las dos facciones que dominan la cobertura informativa de mi país últimamente. La batalla real, la que determinará si Egipto se libra del autoritarismo, es la batalla entre el patriarcado —asentado y mantenido por el Estado, la calle y el hogar — y las mujeres, que dejarán de aceptar este *statu quo*.

Debemos conectar la violencia de género, las violaciones en el matrimonio, la mutilación genital femenina y la violencia sexual callejera y llamarlos por su nombre: crímenes contra las mujeres. Y, al igual que estuvimos junto a los hombres para derrocar al presidente Mubarak, ahora necesitamos hombres que luchen de nuestro lado.

En el momento en el que escribo estas líneas, varias mujeres están encarceladas como prisioneras políticas del régimen de Al Sisi. Por mucho que su encarcelamiento me parezca una abominación, la detención de mujeres como la activista Sanaa Seif, de veinte años, y la defensora de los derechos humanos Yara Sallam, de veintiocho (ambas cumplen penas de prisión de tres años por violar una ley antiprotesta muy severa), es un recordatorio de que todas las mujeres han sido y continúan siendo parte de la revolución de Egipto, que, durante mucho tiempo ha celebrado el nombre de los hombres protagonistas, pero no el de las mujeres.

Mona, la hermana de Sanaa, de veintiocho años, es una científica que se dio a conocer ante todo el mundo en la plaza Tahrir por ser la cofundadora de No Military Trials for Civilians [No Más Juicios Militares a Civiles], que condena el uso de tribunales militares para procesar civiles en Egipto. El activismo de Mona y Sanaa ha garantizado que ellas sean tan conocidas para los que hemos seguido la revolución como su hermano activista Alaa Abd el Fattah, que, en el momento en que escribo estas líneas, está en la cárcel esperando que

se resuelva una apelación por una sentencia de quince años por violar la ley antiprotesta. Los hermanos honran a sus padres, la veterana activista Laila Soueif y el abogado de derechos humanos Ahmed Seif al Islam.[41]

Las protestas no son solo para chicos. Las mujeres egipcias han pagado con su libertad, con sus cuerpos y, a veces, con sus vidas el precio por plantarle cara a sesenta años de régimen militar y a los islamistas que el régimen presenta arteramente como única alternativa, la mejor forma de asustar a sus aliados occidentales para que los apoyen.

Tendremos que ajustar cuentas con nuestra cultura y nuestra religión, con los gobernantes militares e islamistas, dos caras de la misma moneda. Este ajuste de cuentas es básicamente feminista. Y es lo que nos hará libres. Las mujeres —nuestra rabia, nuestra tenacidad, nuestro atrevimiento y nuestra audacia— liberaremos nuestros países.

[41] Sanaa Seif y Yara Sallam fueron puestas en libertad por Al Sisi junto a unos cien jóvenes que se habían opuesto a la ley antiprotesta a finales de 2015. Alaa Abd el Fattah continúa preso a pesar de que su familia ha apelado al tribunal de casación.

## Agradecimientos

No me ha sido fácil escribir este libro. Me supuso un reto compartir algunas de mis experiencias mientras luchaba contra el trauma derivado de mi agresión, pero me resultó más sencillo abordarlo gracias al apoyo y al amor de tantas personas. Mis padres, Ragaa y Ahmed Tarif; mi hermana, Nora; mi hermano, Ehab, y su esposa, Abeer, y mis queridas sobrinas y sobrinos, Danah, Nour, Hanah y Zein: gracias por vuestro amor, que me ha mantenido cuerda, por ver conmigo el fútbol, a pesar de que yo siempre seré una acérrima del Manchester United y todos vosotros sois del Liverpool, su gran rival, gracias por vuestras recomendaciones de lectura, por ayudarme a ver las cosas de formas que nunca me había planteado. Vuestra voluntad de debatir y abordar temas difíciles conmigo siembre ha alimentado mi feminismo y mi lucha, incluso en aquellos casos en los que no estábamos de acuerdo. Sé que habrá partes de este libro que resultarán difíciles de leer para mi familia. Os lo agradezco de antemano. Le doy las gracias a mi agente, Jessica Papin: tu fe en mí me mantuvo a flote los días más difíciles y alimentó este libro desde sus primeros pasos. Gracias, Mitzi Angel y Will Wolfslau, mis editores en Faber and Faber. Vuestra paciencia y clarividencia en el manejo de mis palabras me ayudaron a transformar unos tímidos capítulos iniciales en el libro en el que se convirtieron esos capítulos.

Hay muchos amigos y muchas ciudades que merecen mi agradecimiento: todo mi cariño a aquellos que me ayudan a sentirme en casa en todos los lugares que visito. Algunos de ellos son: en Nueva York, Dirk Eusterbrock, Janne Teller, Robin Morgan, Gloria Steinem y Mary Jasmine Yostos, por apoyarme y alimentarme, prestarme dinero y hacerme creer que podía escribir este libro. En El Cairo: Rasha Kamel, Tarik Salama, Koert Debeuf, el fallecido Bassem Sabry, Ahmed Ghaffar, Ayman Ashour, Amira Aly y Yasmine el Rashidi, por las noches interminables de conversaciones y por la liberación de la Jelly Cola en mi balcón, los partidos de fútbol, la música y el baile.

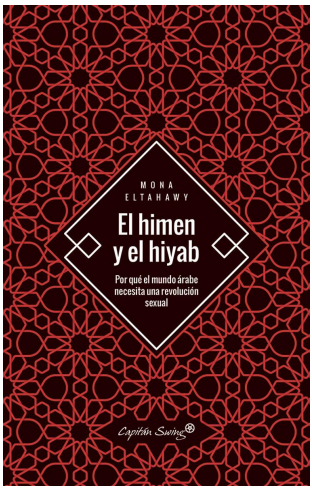
Gracias a Sarah Naguib, Ramy Yaacoub y Mahmoud Salem, por acudir al rescate después de que me pusieran en libertad; a Nasser Weddady, Anne-Marie Slaughter, Nicholas Kristoff, Zeynep Tufekci y a todos los que hicieron correr la voz cuando fui detenida e hicieron

campaña a favor de mi liberación; los médicos que acudieron al Ministerio del Interior en busca de un compañero desaparecido y me encontraron e intentaron ayudarme; el activista que me permitió usar su teléfono móvil para tuitear que me habían pegado una paliza y me habían detenido; a Alec Ross, por responder a ese tuit y contribuir a mi puesta en libertad. Y un gracias de todo corazón a todos los que tuiteasteis #freemona y a todos los que contribuisteis de alguna manera a mi liberación. Os estaré eternamente agradecida. Gracias, Dirk, por cuidar de mí después de la operación. H., me alegra que sobrevivieras; disfruto de los más y los menos, sobre todo de los más.

# Índice

Portada
El himen y el hiyab
Prólogo a la edición española
Prólogo de la traductora
Por qué nos odian
Velo negro, bandera blanca
Una mano contra las mujeres
El dios de la virginidad
Hogar
Caminos a través del desierto
Hazte oír
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Mona Eltahawy
Créditos

# El himen y el hiyab




La periodista Mona Eltahawy no es ajena a la controversia. A través de sus artículos y acciones, ha luchado por la autonomía, la seguridad y la dignidad de las mujeres musulmanas, atrayendo a seguidores y detractores. En su primer libro, *El himen y el hiyab*, Eltahawy realiza una condena definitiva de las fuerzas represivas —políticas, culturales y religiosas— que reducen a millones de mujeres a ciudadanas de segunda clase. Recurriendo a sus años como activista y comentarista de los problemas de las mujeres en Oriente Medio, explica que, desde que comenzó la Primavera Árabe en 2010, las mujeres en el mundo árabe han tenido dos revoluciones que afrontar: una lucha junto a los hombres contra los regímenes opresivos y otra lucha contra todo un sistema político y económico que reprime a las mujeres en Egipto, Arabia Saudí, Túnez, Libia, Yemen y otras naciones. Eltahawy viajó por Oriente Medio y el norte de África reuniéndose con mujeres y escuchando sus historias, y su libro es una llamada a la indignación y a la acción para enfrentarse a esa «mezcla tóxica de cultura y religión que pocos se sienten inclinados a desenmarañar». Un manifiesto motivado por la esperanza y la furia en igual medida.

**Mona Eltahawy**. Puerto Said (Egipto), 1967
Columnista y oradora internacional sobre temas árabes, musulmanes y feminismo, Eltahawy es colaboradora en medios como *New York Times* y *The Guardian* y es invitada habitual en varios programas de televisión y radio. Es miembro del Grupo Asesor de Comunicaciones de Musawah, el movimiento por la justicia y la igualdad en la familia musulmana. En noviembre de 2011, la policía antidisturbios egipcia la golpeó hasta romperle el brazo izquierdo y la mano derecha, y la violó. Newsweek nombró a Eltahawy como una de sus «150 mujeres valientes de 2012», Time la presentó como «persona del año» junto a otras activistas de todo el mundo y la revista Arabian Business la nombró una de las cien mujeres árabes más influyentes. Antes de mudarse a Estados Unidos, en 2000, Eltahawy fue corresponsal de Reuters en Oriente Medio durante seis años, y ha trabajado para medios de Egipto, Israel, Palestina, Libia, Siria y Arabia Saudí y China. Ha sido distinguida con numerosos premios y reonocimientos, como la Medalla de Honor de la Escuela de Periodismo de Misuri, el Premio Especial de Contribución Destacada al Periodismo de la Fundación Anna Lindh, el Premio Anvil of Freedom del Centro Internacional de Periodismo y Nuevos Medios de Estlow, el Premio Samir Kassir de Libertad de Prensa de la Unión Europea o el Premio Eliav-Sartawi por el Periodismo de Oriente Medio, otorgado por Search for Common Ground.

Título original: *Headscarves and Hymens: Why the Middle East Needs a Sexual Revolution* (2016)

© Del libro: Mona Eltahawy
© De la traducción: María Porras Sánchez
Edición en ebook: abril de 2020

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-121914-5-5

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

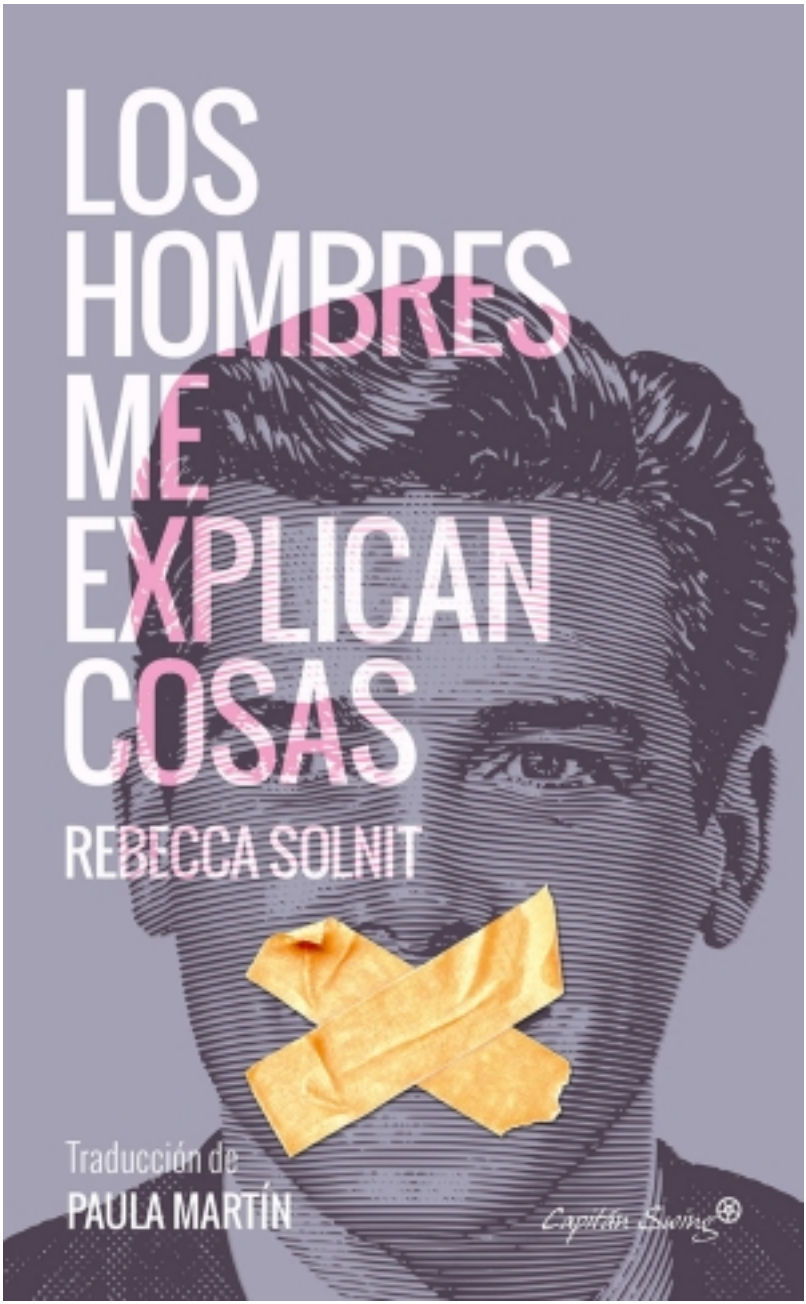
# Lo que han oído es cierto

Forché, Carolyn
9788412191479
408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta es la historia del acto radical de empatía de una mujer y su trascendental encuentro con un hombre enigmático que cambiará el curso de su vida. Carolyn Forché, una de las poetas más aclamadas de su generación, tenía veintisiete años cuando el misterioso desconocido apareció en su puerta. Pariente de un amigo, era un encantador erudito con una mente aparentemente tan desordenada como brillante. Había escuchado rumores sobre quién podría ser: un lobo solitario, un comunista, un agente de la CIA, un revolucionario… Pero nadie parecía saberlo con certeza. Él la invitó a visitar y conocer su país, El Salvador, y ella, por razones que no comprendía completamente, aceptó. Juntos se reunieron con militares de alto rango, agricultores empobrecidos y clérigos que intentaban desesperadamente ayudar a los pobres y mantener la paz. Mientras sacerdotes y campesinos eran asesinados y las marchas de protesta atacadas, él estaba decidido a salvar su país y Forché se vio envuelta en su empresa. Así comenzó un viaje hacia la conciencia social en un momento peligroso.

Cómpralo y empieza a leer




# Los hombres me explican cosas

Solnit, Rebecca
9788494673757
152 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Premio Libro del Año 2017 del Gremio de Libreros de Madrid En este conjunto de ensayos mordaces y oportunos sobre la persistente desigualdad entre mujeres y hombres y la violencia basada en el género, Solnit cita su experiencia personal y otros ejemplos reales de cómo los hombres muestran una autoridad que no se han ganado, mientras que las mujeres han sido educadas para aceptar esa realidad sin cuestionarla. La autora narra la experiencia que vivió durante una cena en la que un desconocido se puso a hablarle acerca de un libro increíble que había leído, ignorando el hecho de que ella misma lo había escrito, a pesar de que se lo hicieron saber al principio de la conversación. Al final resultó que ni siquiera había leído el libro, sino una reseña del New York Times. El término mansplaining conjuga man ("hombre") y explaining ("explica"), en alusión a este fenómeno: cuando un hombre explica algo a una mujer, lo hace de manera condescendiente, porque, con independencia de cuánto sepa sobre el tema, siempre asume que sabe más que ella. El concepto tiene su mayor expresión en aquellas situaciones en las que el hombre sabe poco y la mujer, por el contrario, es la "experta" en el tema, algo que, para la soberbia del primero, es irrelevante: él tiene algo que explicar y eso es lo único que importa.

Cómpralo y empieza a leer

# Sin reglas

Freixas, Anna
9788412191462
216 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La sexualidad de las mujeres mayores es uno de los secretos mejor guardados en nuestra cultura, a pesar de que la evidencia científica confirma que la edad no tiene por qué suponer una dificultad para el disfrute. Freixas aborda los diversos ámbitos que configuran la erótica femenina postmenopáusica, apoyándose en la voz de las propias mujeres mayores. Tras analizar la investigación y el conocimiento sobre el tema y las diversas posiciones teóricas que tratan de explicar la sexualidad después de la menopausia y las actitudes sociales y culturales al respecto, nos adentra en los grandes temas que afectan a la erótica femenina en la madurez. ¿Qué pareja desean las mujeres después de la etapa reproductiva?, ¿cómo se vive la sexualidad en nuestra sociedad globalizada, cuando no se dispone de una pareja cercana?, ¿cómo se viven las opciones sexuales diversas, más allá de la heterosexualidad? La erótica cotidiana se ve afectada por la vivencia de la imagen corporal, por la satisfacción o insatisfacción que sentimos con el cuerpo cambiado por la edad, y también por aspectos relacionados con la salud propia y la de la pareja. Conocer el cuerpo y el deseo y disponer de los recursos necesarios para marcar límites, expresar deseos y rechazos supone un plus de enorme importancia en la satisfacción sexual a todas las edades, que parece más fácil de alcanzar a medida que pasan los años.

Cómpralo y empieza a leer

# El poder del mito

Campbell, Joseph
9788494645280
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué tienen en común el Quijote, John Lennon, Buda, Ulises, el papa, el rey Arturo y La guerra de las galaxias?Para Joseph Campbell, el mito es un instrumento fundamental para interpretar la realidad, enriquecer la experiencia vital y comprender los oscuros y aterradores abismos de la existencia humana, y es también la semilla de las religiones, que emplean distintas metáforas para explicar lo inexplicable. En este diálogo con el periodista Bill Moyers, Campbell intenta entender el pasado y esclarecer el presente por medio de la mitología, sintetizando así los principales postulados de su pensamiento. "El poder del mito" toca temas que van desde el matrimonio moderno a los nacimientos virginales, de Jesús a John Lennon; una amplia gama de temas considerados en conjunto para identificar la universalidad de la experiencia humana a través del tiempo y la cultura. En sus páginas se revela cómo los temas y símbolos, los arquetipos mitológicos, religiosos y psicológicos de las antiguas narraciones continúan dando significado al nacimiento, la muerte, el amor y la guerra. Los símbolos de la mitología y la leyenda están a nuestro alrededor, incrustados en el tejido de nuestra vida cotidiana, y los diálogos entre Moyers y Campbell son una guía imprescindible para reconocer y comprender su significado.

Cómpralo y empieza a leer

# La historia indígena de Estados Unidos

Dunbar-Ortiz, Roxanne
9788412191448
344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hoy en día en Estados Unidos hay más de quinientas naciones indígenas reconocidas por el Gobierno federal que comprenden casi tres millones de personas, descendientes de los quince millones de nativos que habitaban esas tierras. El programa genocida que los colonos desarrollaron durante siglos ha sido omitido en gran medida de la historia, pero ahora, por primera vez, la historiadora y activista Roxanne Dunbar-Ortiz nos ofrece una historia de Estados Unidos contada desde la perspectiva de los pueblos indígenas. Abarcando más de cuatrocientos años, nos revela cómo los nativos americanos, durante siglos, han resistido activamente la expansión del imperio estadounidense, y desafía el mito sobre la fundación de Estados Unidos, exponiendo cómo la política contra los pueblos indígenas era colonialista y estaba diseñada para apoderarse de los territorios de los habitantes originales, desplazándolos o eliminándolos. Una política que, por cierto, fue muy elogiada en la cultura popular, a través de escritores como James Fenimore Cooper o Walt Whitman, así como desde las instituciones gubernamentales y militares más importantes.

Cómpralo y empieza a leer